

W. B. Yeats

Mitologías

TRADUCCIÓN DE JAVIER MARÍAS,  
ALEJANDRO GARCÍA REYES  
Y MIGUEL TEMPRANO GARCÍA



Hadas, demonios, hechizos y fantasmas pueblan los mitos celtas, las leyendas e historias que Yeats, en su empeño por recuperar la impronta cultural irlandesa, recogió en diferentes libros y recopiló bajo el título *Mitologías*. A estas historias se suma una serie de ensayos del autor sobre su experiencia con lo sobrenatural. Todo ello conforma un bello intento de captar la esencia de la tradición espiritual de Irlanda.



William Butler Yeats

# Mitologías

ePub r1.0

Titivillus 10.11.2018

Título original: *Mythologies*

William Butler Yeats, 1959

Traducción: Javier Marías, Alejandro García Reyes y Miguel Temprano García

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



## Índice de contenido

EL CREPÚSCULO CELTA (1893)

LA ROSA SECRETA (1897)

HISTORIAS DE HANRAHAN EL ROJO (1897)

LA ROSA ALQUÍMICA, LAS TABLAS DE LA LEY  
Y LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS (1897)

«PER AMICA SILENTIA LUNAE» (1917)

GLOSARIO

Notas

[Las notas referenciadas con letras son del autor; las referenciadas con números, del traductor. Los asteriscos que acompañan algunas palabras remiten al glosario del final del libro].

**EL CREPÚSCULO CELTA**  
**(1893)**

TRADUCCIÓN DE JAVIER MARÍAS

El tiempo se hunde en decadencia  
como una vela consumida,  
y a las montañas y bosques  
les llega el día, les llega el día;  
pero tú, amable turbamulta antigua  
de los estados del ánimo nacidos del fuego,  
tú no desapareces.<sup>[1]</sup>

1893

*[Time drops in decay | Like a candle burnt out, | And the mountains and woods | Have their day, have their day; | But, kindly old rout | Of the fireborn moods, | You pass not away].*



# LAS HUESTES

Cabalgan las huestes desde el Knocknarea<sup>[\*]</sup>,  
y sobre la tumba de Clooth na-bare;  
Caolte<sup>[\*]</sup> arroja su cabello ardiente,  
y Niam<sup>[\*]</sup> llama: «Sal, sal, ven aquí;

y no te quedes donde el fuego brilla,  
llenando el corazón con un sueño mortal;  
pues los pechos palpitan y los ojos fulgen:  
sal al crepúsculo oscuro, sal, ven aquí.

Los brazos se agitan, se separan los labios;  
y si alguno mira a nuestra impetuosa banda,  
nos ponemos entre él y la acción de su mano,  
entre él y la esperanza de su corazón».

Se abalanzan las huestes entre noche y día;  
¿y dónde hay esperanza o acción tan hermosa?  
Caolte arroja su cabello ardiente,  
y Niam llama: «Sal, sal, ven aquí».

1893

[THE HOST: *The host is riding from Knocknarea, | And over the grave of Clooth-na-bare; | Caolte tossing his burning hair, | And Niam calling, "Away, come away; || And brood no more where the fire is bright, | Filling thy heart with a mortal dream; | For breasts are heaving and eyes a-gleam: | Away, come away, to the dim twilight. || Arms are a-waving and lips apart; | And if any gaze on our rushing hand, | We come between him and the deed of his hand, | We come between him and the hope of his heart". || The host is rushing 'twixt night and day; | And where is there hope or deed os fair? | Caolte tossing his burning hair, | And Niam calling, "Away, come away" ]].*

## ESTE LIBRO

He deseado, como cualquier artista, crear un pequeño mundo con las cosas hermosas, agradables y significativas de este mundo malogrado y torpe, y mostrar, en una visión, algo de la faz de Irlanda a cualquiera de mi propio pueblo que quisiera mirar hacia donde le invito a hacerlo. Por tanto, he puesto por escrito con exactitud y sinceridad mucho que he visto y oído, y excepto a modo de comentario, nada que tan sólo haya imaginado. Sin embargo, no he hecho el menor esfuerzo por diferenciar mis propias creencias de las de los campesinos, sino que más bien he dejado que mis hombres y mujeres, espíritus necrófagos y duendes<sup>[1]</sup> siguieran su camino sin que los ofendiera ni defendiera ningún argumento mío. Las cosas que un hombre ha oído son hilos de vida, y si tira cuidadosamente de ellos desde la confusa rueca de la memoria, quien así lo desee puede tejerlos y formar con ellos la vestimenta como cualquier otro, pero intentaré quedarme al calor de ella, y me daré por contento con que mal no me siente.

La Esperanza y la Memoria tienen una hija, y su nombre es Arte, y esta hija ha edificado su morada lejos del encarnizado campo en que los hombres cuelgan sus vestimentas de ramas bifurcadas para que hagan de banderas de batalla. Oh, amada hija de la Esperanza y de la Memoria, quédate conmigo un poco.

W. B. YEATS

1893

## NOTA DEL AUTOR

He añadido unos cuantos capítulos más del estilo de los antiguos, y habría añadido otros, pero uno pierde, al irse haciendo mayor, algo de la ligereza de sus sueños; empieza uno a asir la vida con las dos manos, y a preocuparse más por el fruto que por la flor, y tal vez ello no sea gran pérdida. En estos nuevos capítulos, como en los antiguos, no he inventado nada salvo mis observaciones y una o dos frases engañosas que pueden evitar que los vecinos de algún pobre cuentista se enteren de su comercio con el diablo y sus ángeles, o con gente por el estilo. Dentro de poco publicaré un libro grande sobre la comunidad del país de las hadas, y trataré de hacerlo lo bastante sistemático y erudito para ganarme el perdón por este puñado de sueños.

W. B. YEATS

1902

## UN NARRADOR DE CUENTOS

Muchos de los cuentos de este libro me los contó un tal Paddy Flynn, un viejecillo de ojos vivos que vivía en una choza llena de goteras y de una sola pieza en la aldea de Ballisodare, la cual, solía decir, es el lugar más gentil —por lo que entendía encantado— «de todo el condado de Sligo<sup>[\*]</sup>». Otros consideran, sin embargo, que lo es después de Drumcliff y de Dromahair. La primera vez que lo vi estaba encorvado sobre el fuego con un bote de setas al lado; la vez siguiente estaba dormido debajo de un seto, sonriendo en medio de su sueño. De hecho estaba siempre contento, aunque yo creía poder ver en sus ojos (rápidos como los de un conejo, cuando escudriñaban desde sus cavidades rugosas) una melancolía que era casi parte de su alegría; la melancolía visionaria de las naturalezas puramente instintivas y de todos los animales.

Y, sin embargo, había en su vida mucho de deprimente, pues en la triple soledad de la vejez, la excentricidad y la sordera iba de un lado para otro muy hostigado por los niños. Tal vez era por esta misma razón por lo que siempre recomendaba alegría y optimismo. Le gustaba, por ejemplo, contar cómo Columcille<sup>[\*]</sup> animó a su madre. «¿Cómo estás hoy, madre?», decía el santo. «Peor», respondía la madre, «Ojalá estés mañana peor», decía el santo. Al día siguiente, Columcille volvía, y tenía lugar exactamente la misma conversación, pero al tercer día la madre decía: «Mejor, gracias a Dios». Y el santo respondía: «Ojalá estés mañana mejor». También le gustaba contar cómo el Juez sonríe, el Día Final, lo mismo cuando premia a los buenos que cuando condena a los perdidos a las llamas que no cesan. Tenía muchas visiones extrañas que lo mantenían contento o lo entristecían. Yo le pregunté si había visto alguna vez a los duendes y obtuve la siguiente respuesta: «¿Acaso no estoy enfadado con ellos?». También le pregunté si había visto alguna vez a la *banshee*<sup>[\*]</sup>. «La he visto —dijo—, allá abajo, junto al agua, batiendo el río con sus manos».

1893

## CREENCIA E INCREDULIDAD

Hasta en las aldeas del oeste hay algunos escépticos. Las Navidades pasadas una mujer me dijo que no creía ni en el infierno ni en los fantasmas. El infierno era una invención forjada por el cura para que la gente fuera buena; y a los fantasmas no se les permitiría, consideraba, ir «deambulando por el mundo» según su propia y libre voluntad; «pero hay duendes y gnomos pequeños, y caballos acuáticos<sup>[\*]</sup>, y ángeles caídos». También he conocido a un hombre, que llevaba un indio mohawk tatuado en el brazo, que abrigaba exactamente creencias e incredulidades semejantes. Se dude de lo que se dude, de lo que nunca se duda es de los duendes, pues, como decía el hombre del indio mohawk en el brazo, «son lógicos».

Una muchachita que servía en la aldea de Grange, justo al pie de las laderas del Ben Bulben<sup>[\*]</sup>, que descienden hacia el mar, desapareció súbitamente una noche hace unos tres años. Al instante se armó un gran revuelo en la vecindad, pues se rumoreó que se la habían llevado los duendes. Se dijo que un lugareño la había sujetado y que había forcejeado largo rato para librarla de ellos, pero al final se impusieron, y él se encontró con tan sólo un palo de escoba en las manos. Se acudió al guardia local, y éste organizó en el acto una batida casa por casa, y al mismo tiempo aconsejó a la gente que quemara todas las *bucalauns* (ambrosías) del campo en el que la chica se había esfumado, pues las *bucalauns* son sagradas para los duendes. Se pasaron la noche entera quemándolas, el guardia repitiendo sortilegios mientras tanto. Por la mañana se halló a la muchachita errando por el campo. Dijo que los duendes se la habían llevado muy lejos, a lomos de un caballo encantado. Por fin vio un gran río, y el hombre que había tratado de impedir que se la llevaran era arrastrado corriente abajo —tales son los vuelcos de la magia feérica— en una concha de berberecho. Durante el trayecto, sus acompañantes habían mencionado los nombres de varias personas que morirían al poco en la aldea.

1893

## AYUDA MORTAL

Uno oye hablar en los poemas antiguos de hombres arrebatados por los dioses para que los ayuden en una batalla, y Cuchulain<sup>[\*]</sup> se ganó a la diosa Fand<sup>[\*]</sup> durante algún tiempo al ayudar a su hermana casada y al marido de su hermana a expulsar a otra nación de la Tierra Prometida. También me han contado que los habitantes del País de las Hadas no son capaces ni de jugar al *hurley*<sup>[\*]</sup> si no cuentan en cada bando con algún mortal, cuyo cuerpo —o lo que se haya puesto en su lugar, como diría el cuentista— está en casa dormido. Sin ayuda mortal son como sombras y ni siquiera pueden golpear las bolas.

Un día iba yo paseando con un amigo por un terreno pantanoso en Galway cuando nos encontramos a un viejo de facciones duras cavando una zanja. Mi amigo había oído decir que este hombre había tenido una visión maravillosa de alguna especie, y al final le sacamos la historia. Un día, cuando era un muchacho, estaba trabajando con unos treinta hombres y mujeres y mozos. Al cabo de un rato vieron, los treinta a la vez, y a una media milla de distancia, a unos ciento cincuenta habitantes del País de las Hadas. Dos de ellos, dijo, iban vestidos con ropas oscuras como gente de nuestra propia época, y se mantenían a unas cien yardas el uno del otro, pero los demás llevaban ropas de todos los colores, «a corchetes» o cuadros, y algunos llevaban chalecos rojos.

No alcanzaba a ver qué estaban haciendo, pero podrían haber estado jugando todos al *hurley*, pues «eso es lo que parecía». A veces desaparecían, y luego «casi juraría» que al volver salían de los cuerpos de los dos hombres vestidos de oscuro. Estos dos hombres eran del tamaño de hombres de carne y hueso, pero los demás eran pequeños. Los vio durante una media hora, y entonces el viejo para quien él y los otros estaban trabajando agarró un látigo y dijo: «¡Vamos, seguid, seguid, o no habremos hecho nada del trabajo!». Yo le pregunté si aquel hombre veía también a los duendes. «Oh, sí, pero no quería que se descuidara un trabajo por el que estaba pagando unos salarios». Hizo trabajar tan duro a todo el mundo que nadie vio lo que pasó con los duendes.

1902

## UN VISIONARIO

La otra noche vino un joven a verme a mi domicilio, y se puso a hablar de la creación de la Tierra y de los cielos y de muchas cosas más. Le pregunté por su vida y sus actividades. Había escrito muchos poemas y pintado muchos bosquejos místicos desde la última vez que nos habíamos visto, pero ahora hacía algún tiempo que no escribía ni pintaba, pues su corazón estaba entregado en pleno a vigorizar y serenar su carácter, y se temía que la vida emocional del artista le resultaba perjudicial. Recitaba, sin embargo, sus poemas con presteza. Los tenía todos en la cabeza. Algunos, de hecho, nunca habían sido puestos por escrito. De pronto me pareció que miraba a su alrededor con algo de ansiedad. «¿Ves alguna cosa, X...?», le pregunté. «Una mujer resplandeciente y alada, cubierta por sus largos cabellos, está de pie cerca de la puerta», contestó, u otras palabras similares. «¿Es el influjo de alguna persona viva que piensa en nosotros, y cuyos pensamientos se nos aparecen bajo esa forma simbólica?», dije yo, pues estoy perfectamente al tanto de los usos de los visionarios y de su manera de hablar. «No —respondió—, porque si fueran los pensamientos de una persona que estuviera viva yo debería sentir el influjo vivo en mi cuerpo vivo, y me palparía el corazón y me faltaría la respiración. Es un espíritu. Es alguien que ha muerto o que nunca ha vivido».

Le pregunté qué estaba haciendo, y me enteré de que estaba empleado en una importante tienda. Lo que le gustaba, sin embargo, era vagar por las colinas, hablando con campesinos medio locos o visionarios, o convencer a gentes raras y contritas de que dejaran a su cargo la custodia de sus tribulaciones. Otra noche, estando con él en su propio domicilio, se presentó más de uno a hablar de sus creencias y descreimientos, y a exponerlos, por así decirlo, a la penetrante luz de su espíritu. A veces le vienen visiones mientras habla con esas gentes, y se cuenta que a varias personas les ha relatado circunstancias reales de sus pasados y de amigos lejanos, y que los ha dejado sin habla de puro terror a su extraño maestro, que apenas si parece más que un muchacho, y es tanto más perspicaz que los más viejos de ellos.

La poesía que me recitó rebosaba de su carácter y sus visiones. A veces hablaba de otras vidas que él cree haber vivido en otros siglos, a veces de gentes con las que había conversado y a cuyas mentes había revelado sus respectivas esencias. Le dije que iba a escribir un artículo sobre él y su poesía, y él me dijo a su vez que podría hacerlo si no mencionaba su nombre, pues deseaba ser siempre «ignorado, oscuro, impersonal». Al día siguiente me llegó un paquete de poemas suyos y, acompañándolos, una nota con estas palabras: «Aquí tienes copias de los versos que dijiste que te gustaban. No creo que pueda volver a escribir ni pintar nunca más. Me preparo para un ciclo de actividades distintas en alguna otra vida. Haré inflexibles mis raíces y ramas. No me toca ahora romper en hojas y flores».

Los poemas eran todos intentos de apresar algún elevado, impalpable estado de ánimo en una red de oscuras imágenes. En todos había pasajes excelentes, pero éstos estaban a menudo incrustados en pensamientos que evidentemente para su espíritu tienen un valor especial, pero que para otros hombres son monedas de una acuñación desconocida. Otras veces la belleza del pensamiento quedaba oscurecida por una escritura descuidada, como si de repente le hubiera asaltado la duda de si escribir no era una labor estúpida. Con frecuencia había ilustrado sus versos con dibujos, en los que una imperfecta anatomía no sofocaba enteramente una sensibilidad para la belleza. Los duendes en que cree le han proporcionado muchos motivos, destacando entre ellos el de Thomas of Ercildoune<sup>[\*]</sup> sentado inmóvil a la luz del crepúsculo mientras una criatura joven y hermosa se asoma quedamente desde la sombra y le susurra al oído. Se había recreado, sobre todo, en los efectos fuertes de color: espíritus que en lugar de pelo tienen en la cabeza plumas de pavo real; un fantasma intentando alcanzar una estrella desde un torbellino de llamas; un espíritu pasando con una esfera de cristal iridiscente —símbolo del alma— medio oculta en la mano. Pero bajo esta largueza de color yacía siempre una llamada a la compasión humana. Esta llamada atrae hacia él a todos los que, como él mismo, buscan la iluminación o bien lloran una alegría perdida. Uno de estos en particular me viene a la cabeza. Hace un invierno o dos, mi amigo se pasaba gran parte de la noche paseando arriba y abajo por la montaña mientras hablaba con un viejo campesino que, mudo para la mayoría de los hombres, a él le confiaba sus penas. Los dos eran desgraciados: X... porque había decidido entonces por vez primera que el arte y la poesía no eran para él, y el viejo campesino porque su vida menguaba sin que le restara ningún logro ni le quedara esperanza alguna. El campesino desvariaba por el prolongado pesar. Una vez estalló diciendo: «Dios posee los cielos... Dios posee los cielos... pero codicia el mundo»; y en una ocasión se lamentó de que sus antiguos vecinos se hubieran ido, y de que todos se hubieran olvidado de él: en cada choza solían arrimarle una silla al fuego, y ahora decían: «¿Quién es ese viejo que está ahí?». «Tengo la corrosión [como se llama en Irlanda a la condenación] encima», repetía, y a continuación se ponía a hablar una vez más de Dios y el cielo. También dijo más de una vez, haciendo señas con el brazo hacia la montaña: «Sólo yo sé lo que ocurrió bajo el espino hace cuarenta años»; y al decirlo las lágrimas de su rostro brillaban a la luz de la luna.

1893



## FANTASMAS DE ALDEA

Los cartógrafos de la antigüedad ponían a lo largo de las regiones inexploradas: «Aquí hay leones». A lo largo de las aldeas de pescadores y escarbadores de la tierra, tan distintos son éstos de nosotros que sólo podemos poner una línea que sea cierta: «Aquí hay fantasmas».

Mis fantasmas habitan en la aldea de H..., en Leinster. En modo alguno ha incrementado la carga de la historia esta antigua aldea, con sus tortuosas callejas, su viejo cementerio de la abadía lleno de hierbas altas, su verde fondo de abetos pequeños, y su muelle, en el que están fondeados unos cuantos lugres de pesca cubiertos de alquitrán. En los anales de la entomología sí es muy conocida. Pues un poco hacia el oeste hay una pequeña bahía en la que quien vele noche tras noche puede ver una cierta y rarísima mariposa nocturna revoloteando a lo largo de la línea de la marea justo al final de la tarde o al inicio del alba. Fue traída aquí hace cien años desde Italia por contrabandistas en un cargamento de sedas y encajes. Si el cazador de mariposas dejara su red y fuera a la caza de historias de fantasmas o cuentos de esos hijos de Lilith que llamamos duendes, tendría necesidad de mucha menos paciencia.

Para alguien asustadizo, acercarse a la aldea de noche requiere grandes dosis de estrategia. Una vez se oyó a un hombre lamentarse: «¡Por la cruz de Jesucristo! ¿Cómo iré? Si paso por delante de la colina de Dunboy me puede acechar el viejo capitán Burney. Si doy la vuelta bordeando el agua, y subo por donde los escalones, en los muelles están el descabezado y otro, y debajo de la tapia del viejo cementerio hay uno nuevo. Si tiro hacia la derecha y doy un rodeo por el otro lado, en Hillside Gate se aparece Mrs. Stewart, y en la Vereda del Hospital está el Diablo en persona».

Nunca me contaron a qué espíritu hizo frente, pero estoy seguro de que no fue al de la Vereda del Hospital. En tiempos del cólera se había levantado allí un cobertizo para acoger enfermos. Cuando hubo pasado la necesidad, fue derribado, pero a partir de entonces al terreno en que estuvo no han dejado de salirle fantasmas y demonios y duendes. Hay en H... un granjero, de nombre Paddy B..., hombre de gran fuerza y abstemio. Su mujer y su cuñada, haciendo cábalas sobre su gran fuerza, se preguntan a menudo qué haría si bebiera. Una noche, al atravesar la Vereda del Hospital, vio lo que al principio supuso un conejo doméstico; poco después comprobó que se trataba de un gato blanco. Cuando se acercó, la criatura empezó a hincharse lentamente y a hacerse más y más grande, y a medida que crecía, él sentía disminuir su fuerza, como si se la chuparan. Dio media vuelta y echó a correr.

Paralela a la Vereda del Hospital corre la «Senda de los Duendes». Todos los atardeceres se desplazan de la colina al mar, del mar a la colina. En el extremo de su senda que da al mar hay una cabaña. Una noche, Mrs. Arbunathy, que vivía en ella, dejó abierta la puerta, pues estaba esperando a su hijo. Su marido estaba dormido

junto al fuego; un hombre alto entró y se sentó a su lado. Cuando ya llevaba un rato allí sentado, la mujer le dijo: «¿Quién es usted, en nombre de Dios?». Él se levantó y salió, diciendo: «Nunca deje abierta la puerta a esta hora, o le puede venir el mal». Ella despertó a su marido y se lo contó: «Uno de los Buenos ha estado aquí», dijo él.

Probablemente el hombre hizo frente a Mrs. Stewart en Hillside Gate. En vida era la mujer del párroco protestante. «Nunca se tuvo noticia de que su fantasma hiciera daño a nadie —dicen las gentes de la aldea—; se limita a hacer penitencia en la tierra». No lejos de Hillside Gate, donde se aparecía ella, se dejó ver durante breve tiempo un espíritu mucho más notable. Su querencia era el veril, un sendero de hierba que arranca del extremo oeste de la aldea. En una cabaña, en el extremo del veril que da a la aldea, vivían un pintor de brocha gorda, Jim Montgomery, y su mujer. Tenían varios niños. Él era un poco pisaverde, y procedía de una clase más alta que sus vecinos. Su esposa era una mujer muy grande; pero él, que había sido expulsado del coro de la aldea a causa de la bebida, le dio una paliza un día. La hermana de ella se enteró, y fue y quitó un postigo de una de las ventanas —Montgomery era fino en todo, y tenía postigos por fuera en todas las ventanas— y le pegó con él, pues era grande y fuerte como su hermana. Él la amenazó con llevarla a juicio; ella le contestó que si lo hacía le rompería todos los huesos del cuerpo. A su hermana ella no volvió a dirigirle nunca la palabra, por haberse dejado pegar por un hombre tan insignificante. Jim Montgomery fue de mal en peor: no mucho después, su mujer ya no tenía bastante para comer, pero no se lo decía a nadie porque era muy orgullosa. Con frecuencia tampoco tenía fuego en las noches frías. Si pasaba algún vecino, le decía que había dejado apagarse el fuego porque estaba a punto de irse a la cama. La gente oía a su marido pegarle a menudo, pero ella nunca se lo contó a nadie. Adelgazó mucho. Por fin, un sábado no hubo comida en la casa para ella ni para los niños. No pudo resistirlo más y fue a pedirle al cura algo de dinero. Éste le dio treinta chelines. Su marido se la encontró y cogió el dinero y le pegó. Al lunes siguiente ella se puso muy enferma, y llamó a una tal Mrs. Kelly. Mrs. Kelly le dijo en cuanto la vio: «Mujer, tú te estás muriendo», y llamó al cura y al médico. Murió al cabo de una hora. Después de su muerte, y como Montgomery no se ocupaba de los niños, el casero hizo que se los llevaran al hospicio. Pocas noches después de que se hubieran marchado, Mrs. Kelly regresaba a su casa por el veril cuando el fantasma de Mrs. Montgomery se le apareció y la siguió. No se separó de ella hasta que ésta llegó a su propia casa. Mrs. Kelly se lo contó al cura, el padre S..., que era un eminente anticuario, y no consiguió que la creyera. Pocas noches más tarde Mrs. Kelly volvió a encontrarse al espíritu en el mismo sitio. Estaba demasiado aterrorizada para recorrer todo el trayecto, pero se paró en la cabaña de un vecino a mitad de camino y pidió que la dejaran entrar. Le contestaron que iban a acostarse: Ella gritó: «En nombre de Dios, dejadme entrar o echo la puerta abajo». Le abrieron y así escapó del fantasma. Al día siguiente volvió a contárselo al cura. Esta vez sí la creyó, y le dijo que el fantasma la perseguiría hasta que ella le dirigiera la palabra.

Se encontró una tercera vez al espíritu en el veril. Le preguntó qué le impedía el descanso. El espíritu dijo que había que sacar del hospicio a sus hijos, pues nunca nadie de su familia había estado antes allí, y que debían decirse tres misas por el reposo de su alma. «Si mi marido no te cree —le dijo—, muéstrale esto», y tocó con tres dedos la muñeca de Mrs. Kelly. Los puntos en que tocaron se hincharon y se pusieron morados. Luego desapareció. Montgomery tardó algún tiempo en creer que su mujer se hubiera aparecido. «No se manifestaría a Mrs. Kelly —decía—, ella se aparecería a gente respetable». Lo convencieron las tres señales, y los niños fueron sacados del hospicio. El cura dijo las misas, y la sombra debió de descansar, porque no se ha aparecido desde entonces. Algún tiempo después, Jim Montgomery murió en el hospicio, tras haber llegado a la mayor pobreza por causa de la bebida.

Conozco a algunos que creen haber visto al fantasma descabezado en el muelle, y a uno que, cuando pasa de noche por delante de la tapia del viejo cementerio, ve a una mujer con ribetes blancos en la cofia<sup>[a]</sup> salir sigilosamente y seguirle. La aparición sólo se separa de él ante su propia puerta. Los de la aldea se figuran que le persigue para vengar algún agravio. «Te me apareceré cuando me muera» es una de las amenazas predilectas. A su mujer, una vez, casi la mató del susto lo que ella reputa un demonio bajo la apariencia de un perro.

Éstos son unos cuantos de los espíritus que operan al aire libre; los más hogareños de la tribu se acumulan en las casas, abundantes como las golondrinas bajo los aleros meridionales. Una noche, una tal Mrs. Nolan estaba velando a su hijo moribundo en Fluddy's Lane. De pronto se oyó el ruido de una llamada en la puerta. No abrió, temerosa de que quien llamara fuera algún ser sobrehumano. Las llamadas cesaron. Al poco, la puerta principal y luego la trasera se abrieron violentamente y se volvieron a cerrar. Su marido fue a ver qué pasaba. Se encontró con que ambas puertas tenían echado el cerrojo. El niño murió. Las puertas volvieron a abrirse y cerrarse como antes. Entonces se acordó Mrs. Nolan de que había olvidado dejar abierta una puerta o ventana, como es costumbre, para la salida del alma. Estas extrañas aberturas y cierres y llamadas eran avisos y recordatorios de los espíritus que escoltan a los moribundos.

El fantasma casero es por lo general una criatura inofensiva y bienintencionada. Se lo aguanta el mayor tiempo posible. Trae buena suerte a los habitantes de la casa. Recuerdo a dos niños que dormían en una habitación pequeña con su madre y sus hermanas y hermanos. En la habitación había también un fantasma. Vendían arenques por las calles de Dublín, y no les preocupaba mucho el fantasma, pues sabían que siempre venderían con facilidad su pescado mientras durmieran en la habitación «encantada».

Tengo algún conocido entre los visionarios de fantasmas de las aldeas del oeste. Las historias de Connacht<sup>[\*]</sup> son muy distintas de las de Leinster. Estos espíritus de H... tienen un estilo tristón, prosaico. Vienen a anunciar una muerte, a cumplir con alguna obligación, a vengar un agravio, incluso a pagar sus facturas —como hizo el

otro día la hija de un pescador—, y luego se apresuran a disfrutar de su descanso. Todo lo hacen con decoro y en orden. Son los demonios, y no los fantasmas, los que se transforman en gatos blancos o perros negros. La gente que cuenta las historias es gente pescadora, pobre, seria, que encuentra en las actividades de los fantasmas la fascinación del miedo. En las historias del oeste hay una rara gracia, una curiosa extravagancia. La gente que las refiere vive en el decorado más salvaje y hermoso que se pueda imaginar, bajo un cielo siempre cargado y fantástico de nubes en movimiento. Son granjeros y labriegos, que de vez en cuando pescan un poco. No temen tanto a los espíritus como para no sentir una complacencia artística y jocosa en sus actividades. Los propios fantasmas participan de su jovialidad. En un pueblo del oeste, en cuyo embarcadero desierto crece la hierba, me han contado que estos espíritus tienen tanto vigor que cuando un incrédulo se atrevía a dormir en una casa encantada, lo arrojaban por la ventana, seguido de su cama. En las aldeas de los alrededores adoptan extraños disfraces. Un anciano caballero muerto roba las coles de su propio huerto bajo la apariencia de un conejo de gran tamaño. Un malvado capitán de barco permaneció durante años encerrado en el yeso de la pared de una cabaña, bajo la apariencia de una agachadiza, haciendo los ruidos más espantosos. Sólo lo desalojaron cuando tiraron la pared; entonces la agachadiza salió precipitadamente del sólido yeso y se alejó ululando.

1893

# «EL POLVO HA CERRADO EL OJO DE HELENA»<sup>[1]</sup>

## I

He estado recientemente en un pequeño caserío, no lo bastante nutrido para que se lo llame aldea, en la baronía de Kiltartan del condado de Galway, cuyo nombre, Ballylee, es conocido en todo el oeste de Irlanda. Allí está el viejo castillo rectangular<sup>[a]</sup>, Ballylee, habitado por un campesino y su mujer, y una cabaña en la que viven su hija y su yerno, y un pequeño molino con un molinero viejo, y viejos fresnos que arrojan sombras verdes sobre un riachuelo y sus grandes pasaderas. Fui allí dos o tres veces el año pasado para hablar con el molinero acerca de Biddy Early, una sabia mujer que vivió en Clare hace unos años, y sobre un dicho que tenía: «Hay remedio contra todos los males entre las dos ruedas del molino de Ballylee», y para averiguar, por medio de él o de otro, si se refería al musgo que hay entre las aguas que pasan o a alguna otra hierba. He estado allí este verano, y allí volveré a estar antes de que sea otoño, porque Mary Hynes, una hermosa mujer cuyo nombre todavía es causa de admiración junto a los fuegos de turba, murió allí hace sesenta años; pues nuestros pies querrían demorarse donde la belleza ha vivido su dolorosa vida para hacernos comprender que no es de este mundo. Un viejo me condujo a poca distancia del molino y del castillo, y me hizo descender por un veril largo y estrecho que casi se perdía entre zarzas y endrinos, y me dijo: «Esos pocos son los viejos cimientos de la casa, pero la mayoría se los han llevado para construir muros, y las cabras se han estado comiendo esas matas que crecen encima hasta que se las han cargado, y ya no crecerán más. Dicen que era la chica más guapa de Irlanda, tenía la piel como nieve fluida —tal vez quería decir nieve fundida—, y arreboles en las mejillas. Tenía cinco guapos hermanos, ¡pero ya se han muerto todos!». Le hablé de un poema en irlandés que Raftery, un famoso poeta, había hecho sobre ella, y de cómo decía: «Es pujante la bodega de Ballylee». Dijo que la pujante bodega era el gran agujero donde el río se hundía bajo la tierra, y me condujo a un pozo muy profundo, donde una nutria se metió corriendo debajo de un canto gris, y me contó que, por la mañana temprano, muchos peces salían del agua oscura «para probar el agua fresca que bajaba desde las colinas».

La primera vez que oí hablar del poema fue a una vieja que vive a unas dos millas de distancia río arriba, y que se acuerda de Raftery y de Mary Hynes. Dice: «Nunca vi a nadie tan guapo como ella, y nunca lo veré mientras viva», y cuenta que él estaba casi ciego, y que «no tenía otro modo de vida que andar por ahí dando vueltas y elegir una casa a la que ir, y entonces todos los vecinos se juntaban a escuchar. Si lo tratabas bien te alababa, pero si no, te recriminaba en irlandés. Era el poeta más grande de Irlanda, y te hacía una canción sobre ese arbusto si acertaba a estar bajo él.

Hubo uno bajo el cual se resguardó de la lluvia, e hizo unos versos alabándolo, y luego, cuando el agua caló, hizo unos versos denigrándolo». Nos cantó el poema a un amigo y a mí en irlandés, y cada palabra era expresiva y audible, como lo eran siempre, a mi parecer, las letras de las canciones antes de que la música se hiciera demasiado orgullosa para ser el ropaje de las palabras, fluyendo y variando con el fluir y variar de las energías de éstas. El poema no es tan natural como la mejor poesía irlandesa del pasado siglo, pues las ideas están dispuestas de una forma demasiado obviamente tradicional, de manera que el pobre viejo medio ciego que lo compuso se ve obligado a hablar como si fuera un rico hacendado ofreciéndole lo mejor del mundo a la mujer que ama, pero tiene expresiones ingenuas y delicadas. El amigo que iba conmigo ha hecho parte de la traducción, pero parte la han hecho los propios campesinos. Yo creo que posee la sencillez de los versos irlandeses en mayor medida de lo que se la encuentra en la mayoría de las traducciones.

Al ir a misa por la voluntad de Dios,  
empezó a llover y el viento se levantó;  
me encontré a Mary Hynes en el cruce de Kiltartan,  
y allí y entonces de ella me enamoré.

Le hablé con cortesía y amabilidad,  
como ella misma tenía fama de hacer;  
contestó: «Nada, Raftery, turba mi ánimo,  
puedes venir hoy conmigo hasta Ballylee».

Yo no me hice rogar ante su ofrecimiento,  
el corazón henchido al oírla así hablar.  
Teníamos sólo que cruzar los tres campos,  
nos duraría la luz hasta Ballylee.

La mesa estaba puesta con vasos y vino,  
su pelo era tan rubio, sentada a mi lado;  
y dijo: «Bebe, Raftery, y sé bienvenido,  
es pujante la bodega de Ballylee».

¡Oh, estrella de la luz, oh, sol en su sazón,  
oh, cabello ambarino, oh, mi parte del mundo!,  
¿querrás venir conmigo el domingo que viene  
para ambos consentir en presencia de todos?

Tendrías tu canción las tardes de domingo,  
ponche en la mesa, o si lo prefirieras vino,  
mas, oh, Rey de la Gloria, seca los caminos  
hasta que encuentre la senda de Ballylee.

Corre un aire suave en la ladera del monte  
cuando miras hacia abajo, hacia Ballylee;  
cuando vas por el valle recogiendo moras,  
se oye el canto de las aves, y el de los Sidhe<sup>[\*]</sup>.

¿Qué vale la grandeza hasta tener la luz  
de la flor de la rama que está junto a ti?  
No hay dios que lo niegue ni que pruebe a ocultarlo:  
es ella el sol del cielo que el alma me hirió.

No hay parte de Irlanda a la que no haya viajado,  
de ríos a cumbres de elevadas montañas,  
hasta el borde del Lough Greine de boca invisible,  
jamás vi belleza que no fuera a su zaga.

Relucía su cabello, y también su frente;  
su rostro era ella misma, su boca tan dulce.  
Es ella la flor, y le concedo la rama,  
es la yema reluciente de Ballylee.

Es Mary Hynes, la tranquila y la sosegada,  
la belleza la lleva en el alma y la cara.  
Ni cien escribas juntos que se reunieran  
podrían anotar la mitad de sus prendas.

Un viejo tejedor, cuyo hijo se cree que por las noches se va a mezclarse con los Sidhe (los duendes), dice: «Mary Hynes era la cosa más hermosa que se haya hecho jamás. Mi madre solía hablarme de ella, pues iba a todos los partidos de *hurling* y allí donde fuese iba vestida de blanco. No menos de once hombres le propusieron matrimonio en un solo día, pero ella no quiso aceptar a ninguno de ellos. Una noche estaban reunidos un grupo de hombres, al norte, más allá de Kilbecanty, sentados bebiendo y hablando de ella, y uno de ellos se levantó y se puso en camino hacia Ballylee para ir a verla; pero el Pantano de Cloone estaba abierto entonces, y al llegar a él se cayó al agua, y allí lo encontraron muerto por la mañana. Ella murió de las fiebres que hubo antes de la gran escasez». Otro viejo dice que él era sólo un niño cuando la vio, pero se acordaba de que «el más fuerte de los que había aquí, un tal John Madden, encontró la muerte por los huesos de ella, de frío que cogió atravesando ríos de noche para llegar a Ballylee». Tal vez éste sea el hombre que recordaba el otro, pues la tradición presta muchas formas a la misma cosa. Hay una vieja que se acuerda de ella en Derrybrien, entre las colinas del Echtge, un lugar inmenso y desolado, que ha cambiado poco desde que dijo el viejo poema: «Sobre la gélida cumbre del Echtge escucha el venado el aullar del lobo», pero evocador aún de muchos poemas y de la dignidad del habla antigua. La vieja dice: «Jamás el sol y la luna relucieron sobre nadie tan guapo, y su piel era tan blanca que se veía azul, y tenía dos pequeños arreboles en las mejillas». Y una vieja arrugada que vive muy cerca de Ballylee, y que me ha contado muchas historias de los Sidhe, dice: «Yo veía a menudo a Mary Hynes, era guapa en verdad. Tenía dos matas de bucles a ambos lados de las mejillas, y eran del color de la plata. Yo vi a Mary Molloy, que se ahogó más allá, en el río, y a la Mary Guthrie que había en Ardrahan, pero ella las ganaba a las dos, una criatura preciosa. También estuve en su velatorio: había visto demasiado del mundo. Era una criatura bondadosa. Un día volvía yo a casa por aquel campo de más allá, e iba cansada, y quién hubo de salir sino la Poisín Glegeal (la yema reluciente) a darme un vaso de leche fresca». Con el color de la plata esta vieja no quería decir otra cosa que algún color vivo y bonito, pues aunque yo conocí a un hombre —ha muerto ya— que la creía capaz de saber «el remedio contra todos los

males del mundo», que los Sidhe sabían, la vieja ha visto demasiado poco oro para conocer su color. Pero un hombre que vive junto a la costa, en Kinvara, demasiado joven para acordarse de Mary Hynes, dice: «Todo el mundo dice que no se ve ahora, ni de lejos, a ninguna tan guapa; se dice que tenía un pelo precioso, del color del oro. Era pobre, pero su traje de diario era el mismo que el de los domingos, de aseada que era. Y si acudía a alguna reunión, del tipo que fuese, andaban todos matándose los unos a los otros por ponerle la vista encima, y había muchísimos enamorados de ella, pero murió joven. Se dice que nadie que tenga una canción sobre ellos vivirá nunca mucho».

Se cree que a los que son muy admirados se los llevan los Sidhe, quienes pueden utilizar los sentimientos incontrolados para sus propios fines, de manera que un padre, como me contó una vez un viejo herbolario, puede entregarles a su hijo, o un marido a su mujer. Los admirados y deseados sólo están a salvo si uno dice «Dios los bendiga» mientras tiene los ojos puestos en ellos.

La vieja que cantó la canción también cree que a Mary Hynes «se la llevaron — como es la expresión— porque si se han llevado a muchos que no son guapos, ¿por qué no iban a llevársela a ella? Y la gente venía de todas partes para mirarla, y puede que hubiera algunos que no dijeran “Dios la bendiga”». Un viejo que vive junto al mar, en Duras, está igualmente convencido de que se la llevaron, «porque todavía viven algunos que se acuerdan de cuando vino para el patrón<sup>[al]</sup> de allá más lejos, y se dijo que era la chica más guapa de Irlanda». Murió joven porque la amaban los dioses, pues los Sidhe son los dioses, y puede ser que el antiguo adagio, que nos olvidamos de entender literalmente, hiciera en la antigüedad referencia a la clase de muerte de Mary Hynes. Estos pobres campesinos y campesinas, en sus creencias y en sus emociones, están a muchos menos años de distancia de aquel antiguo mundo griego —que ponía la belleza junto a la fuente de las cosas— de lo que lo están nuestros eruditos. «Habían visto demasiado del mundo»; pero estos viejos y viejas, al hablar de ella, culpan a otro y no a ella, y aunque pueden ser duros, se suavizan como se suavizaron los ancianos de Troya cuando Helena paseó por lo alto de las murallas.

El poeta que la ayudó a tener tanta fama tiene a su vez una fama enorme por todo el oeste de Irlanda. Algunos opinan que Raftery estaba ciego a medias, y dicen: «Yo vi a Raftery, hombre en tinieblas, pero tenía vista suficiente para verla a ella», o cosas por el estilo, pero algunos opinan que estaba completamente ciego, como bien puede haberlo estado al final de su vida. La Fábula lo hace todo perfecto en su género, y sus ciegos no deben nunca mirar al mundo ni al sol. A un hombre que me encontré un día cuando estaba buscando una charca *na mna Sidhe* en la que han sido vistas mujeres del País de las Hadas, le pregunté cómo era posible que Raftery hubiera admirado tanto a Mary Hynes si estaba ciego del todo. Dijo: «Yo creo que Raftery estaba ciego del todo, pero los que están ciegos tienen un medio de ver las cosas, y tienen la facultad de saber más, y de sentir más, y de hacer más, y de adivinar más que los que tienen visión, y les es concedido cierto ingenio y cierta sabiduría». Todo el mundo le



dirá a uno, en efecto, que Raftery era muy sabio, pues, ¿no era acaso no sólo ciego, sino poeta? El tejedor, cuyas palabras acerca de Mary Hynes ya he ofrecido, dice: «Su poesía era un don del Todopoderoso, pues hay tres cosas que son don del Todopoderoso: la poesía y la danza y los principios. Ésa es la razón por la que en los viejos tiempos un hombre ignorante que bajara de la ladera sabría comportarse mejor y tendría mayor saber que un hombre con educación que uno se encontrara ahora, pues les venía de Dios»; y un hombre de Coole dice: «Cuando se llevaba el dedo a cierta parte de la cabeza, le venía todo como si estuviera escrito en un libro»; y un viejo pensionista de Kiltartan dice: «Una vez estaba de pie debajo de un arbusto, y le dirigió la palabra, y el arbusto le contestó en irlandés. Algunos dicen que fue el arbusto lo que habló, pero debió ser una voz encantada que había en él, y le transmitió el conocimiento de todas las cosas del mundo. El arbusto, después, se secó hasta las raíces, y aún puede vérselo al borde de la carretera entre aquí y Rahasine». Hay un poema suyo sobre un arbusto que yo nunca he visto, y bien puede haber salido del caldero de la Fábula bajo esta forma.

Un amigo mío conoció una vez a un hombre que había estado con él en su muerte, pero la gente dice que murió solo, y una tal Maurteen Gillane le dijo al doctor Hyde<sup>\*1</sup> que a lo largo de toda la noche se vio un chorro de luz que subía hacia el cielo desde el tejado de la casa en que yacía Raftery, y que «eso eran los ángeles que estaban con él»; y a lo largo de toda la noche hubo una luz muy grande dentro del chamizo, «y eso eran los ángeles que lo estaban velando. Le hicieron ese honor por ser un poeta tan bueno, y cantar canciones tan religiosas». Puede ser que la Fábula, que en su caldero torna las mortalidades en inmortalidades, dentro de unos cuantos años haya convertido a Mary Hynes y a Raftery en perfectos símbolos del dolor de la belleza y de la magnificencia y penuria de nuestros sueños.

1900

## II

No hace mucho, estando en una población norteña, tuve una larga conversación con un hombre que de chico había vivido en un distrito rural vecino. Me contó que cuando en el seno de una familia que no se había distinguido por su buen ver nacía una muchacha de gran hermosura, se creía que su belleza le había venido de los Sidhe, y que traía consigo la desgracia. Repasó los nombres de varias muchachas hermosas que había conocido, y dijo que la belleza jamás le había traído felicidad a nadie. Era algo, dijo, de lo que enorgullecerse y a lo que temer. Ojalá hubiera copiado sus palabras entonces, porque eran más pintorescas que mi recuerdo de ellas.

1902

## UN CABALLERO PASTOR

Más al norte del Ben Bulben y de la montaña de Cope vive «un pujante hacendado», un caballero pastor lo habrían llamado en los tiempos gaélicos. Orgullosa de su descendencia de uno de los clanes más guerreros de la Edad Media, es hombre contundente tanto de palabra como de obra. No hay más que un hombre que jure como él, y este hombre vive muy lejos, en la montaña. «Padre que estás en los cielos, ¿qué he hecho yo para merecerme esto?», dice cuando se le ha perdido la pipa; y nadie a excepción del que vive en la montaña puede igualar su lenguaje regateando en día de feria.

Un día estaba yo cenando con él cuando la sirvienta anunció a un tal Mr. O'Donnell. Se hizo un repentino silencio entre el viejo y sus dos hijas. Por fin la hija mayor le dijo a su padre en tono algo severo: «Ve a pedirle que pase y se quede a cenar». El viejo salió, y al poco volvió a entrar con aire de gran alivio, y dijo: «Dice que no quiere cenar con nosotros». «Ve —le dijo la hija—, y dile que pase al salón de atrás, y dale algo de whisky». Su padre, que acababa de terminar de cenar, obedeció de mal humor, y oí cómo la puerta del salón posterior —una pequeña habitación en la que las hijas se sentaban a coser por las tardes— se cerraba tras los hombres. La hija, entonces, se volvió hacia mí y me dijo: «Mr. O'Donnell es el recaudador de impuestos, y el año pasado nos los subió; y mi padre se puso furioso, y cuando vino se lo llevó a la vaquería, y despachó a la vaquera con un recado, y entonces lo puso de vuelta y media. “Ya le enseñaré yo, señor —le respondió O'Donnell—, que la ley sabe defender a sus representantes”; pero mi padre le recordó que no tenía testigos. Por fin mi padre se cansó, y también lo lamentó, y le dijo que le indicaría un atajo para volver a casa. Cuando estaban a medio camino de la carretera general se encontraron con un mozo de mi padre que estaba arando, y por alguna razón esto le hizo acordarse del atropello. Despachó al mozo con un recado, y empezó otra vez a poner de vuelta y media al recaudador de impuestos. Cuando me enteré, me indigné de que se la hubiera armado tan gorda a un desgraciado como O'Donnell; y cuando hace unas pocas semanas me enteré de que a O'Donnell se le había muerto su único hijo y se había quedado con el corazón destrozado, decidí obligar a mi padre a estar amable con él la siguiente vez que viniera».

Luego la hija se fue a ver a una vecina, y yo zanganeé en dirección al salón de atrás. Al llegar a la puerta oí voces enfadadas dentro. Evidentemente los dos hombres se estaban deslizando de nuevo hacia la cuestión del impuesto, pues los oía arrojar cifras de aquí para allá. Abrí la puerta; nada más verme la cara, al hacendado le vinieron a la memoria sus intenciones pacíficas, y me preguntó si yo sabía dónde estaba el whisky. Yo le había visto meterlo en el aparador, así que pude dar con él y sacarlo, mientras miraba el rostro delgado y apesadumbrado del recaudador de impuestos. Era bastante mayor que mi amigo, y mucho más débil y ajado, y de un

tipo muy distinto. No era, como él, un hombre robusto, próspero, sino más bien uno de esos que no encuentran descanso para sus pies en ningún lugar de la tierra. «Será usted, seguro, del linaje de los antiguos O'Donnell —le dije—. Conozco bien el agujero del río donde está enterrado el tesoro de sus antepasados, custodiado por una serpiente de muchas cabezas». «Sí, señor —respondió—, soy el último de una estirpe de príncipes».

Luego nos pusimos a hablar de muchas cosas intrascendentes, y cuando por fin el viejo y demacrado recaudador de impuestos se levantó para irse, mi amigo le dijo: «El año que viene espero que tomaremos una copa juntos». «No, no —fue la contestación—, el año que viene me habré muerto ya». «Yo también he perdido hijos —le dijo el otro con una voz de lo más suave—. Pero sus hijos no eran como el mío». Y acto seguido los dos hombres se despidieron, con el rostro encendido de cólera y los corazones dolidos, y si no hubiera puesto yo unas u otras palabras triviales de por medio, es posible que no se hubieran despedido, sino que se hubiesen enzarzado en una furibunda discusión sobre la valía de sus hijos muertos.

El caballero pastor se habría alzado con la victoria. De hecho, tan sólo se vio derrotado en una ocasión; y éste es el relato de cómo fue. Estaban él y algunos mozos de labranza jugando a las cartas en una pequeña choza que estaba contigua a un granero muy grande. En esta choza había vivido una vez una mujer malvada. De pronto uno de los jugadores tiró un as y empezó a lanzar juramentos sin motivo alguno. Juraba tan espantosamente que los demás se pusieron en pie, y mi amigo dijo: «Aquí pasa algo raro; tiene un espíritu dentro». Echaron a correr hacia la puerta que daba al granero para alejarse lo más rápidamente posible. El pasador de madera no se movía, de modo que el caballero pastor cogió una sierra que había al lado, apoyada contra la pared, y serró el pasador de arriba abajo, y al instante la puerta se abrió de golpe con un estampido, como si alguien la hubiera estado sujetando, y salieron todos huyendo.

1893

## UN CORAZÓN SUFRIDO

Un día un amigo mío estaba haciéndole un dibujo a mi caballero pastor. La hija del viejo estaba sentada al lado, y, cuando la conversación derivó hacia el amor y los galanteos, dijo: «Oh, padre, cuéntale tu historia de amor». El viejo se sacó la pipa de la boca y dijo: «Nadie se casa nunca con la mujer que ama —y a continuación, con una risita ahogada—: Hubo quince que me gustaron más que la mujer con la que me casé», y enumeró los nombres de muchas mujeres. Pasó a contar cómo, siendo chico, había trabajado para su abuelo, el padre de su madre, y que le llamaban (mi amigo ha olvidado por qué razón) por el apellido de su abuelo, que diremos que era Doran. Tenía un gran amigo, al que llamaré John Byrne; y un día él y su amigo se fueron a Queenstown a esperar un barco de emigrantes que había de llevar a John Byrne a América. Iban paseando a lo largo del muelle cuando vieron a una muchacha sentada en un banco que lloraba desconsoladamente, y a dos hombres de pie que reñían delante de ella. Doran dijo: «Creo que sé lo que pasa. Ése será su hermano, y ése será su novio, y el hermano la manda a ella a América para alejarla del novio. ¡Cómo llora! Pero creo que yo mismo podría consolarla». Al poco el novio y el hermano se marcharon, y Doran empezó a pasearse de acá para allá por delante de ella, diciéndole: «Está el tiempo apacible, ¿verdad, señorita?», o cosas por el estilo. Al cabo de un ratito ella le contestó, y se pusieron a hablar los tres. El barco de emigrantes tardó varios días en arribar; y los tres, muy inocentes y felices, se dedicaron a dar vueltas por la ciudad en jardinera, y a ver cuanto había que ver. Cuando por fin vino el barco, y Doran tuvo que revelar a la chica que él no iba a América, ella lloró más por él que por el primer novio. Al subir Byrne a bordo, Doran le dijo en voz baja: «Oye, Byrne, no es que me moleste cedértela, pero no te cases joven».

Al llegar la historia a este punto, la hija del hacendado intervino para comentar burlonamente: «Supongo que eso se lo dijiste a Byrne por su bien, ¿no, padre?». Pero el viejo ratificó que *en efecto* se lo había dicho por su bien; y pasó a contar como, al recibir una carta de Byrne en la que éste le decía que se había prometido con la muchacha, le escribió dándole el mismo consejo. Pasaron años, y no volvió a saber nada; y aunque ahora estaba casado, no podía dejar de preguntarse qué estaría haciendo ella. Por fin se fue a América a averiguarlo, y aunque preguntó a mucha gente, no logró obtener ninguna noticia. Transcurrieron más años, y ya había muerto su mujer, y él estaba bien entrado en años, y era ya un rico hacendado con no pocos asuntos importantes entre manos. Encontró en algún negocio inconcreto el pretexto para volver a ir a América, y para reiniciar su búsqueda. Un día se puso a hablar con un irlandés en un vagón de ferrocarril, y le preguntó, como tenía por costumbre, por emigrantes de aquí y de allá, y finalmente: «¿Ha sabido usted alguna vez algo de la hija del molinero de Innis Rath?», y nombró a la mujer que andaba buscando. «Oh, sí

—dijo el otro—, está casada con un amigo mío, John MacEwing. Vive en Chicago en la calle tal». Doran se fue a Chicago y llamó a su puerta. La abrió ella en persona, y «no había cambiado lo más mínimo». Él le dio su verdadero nombre, que había retomado tras la muerte de su abuelo, y el nombre del hombre que había conocido en el tren. Ella no lo reconoció, pero le dijo que su marido se alegraría de saludar a cualquiera que conociera a aquel viejo amigo suyo y le propuso que se quedara a cenar. Hablaron de muchas cosas, pero, con todo lo que hablaron, no sé por qué, y quizá tampoco lo sabía él, Doran no le dijo en ningún momento quién era. Durante la cena le preguntó por Byrne, y ella se echó a llorar con la cabeza apoyada sobre la mesa, y lloró de tal modo que Doran llegó a temer que su marido pudiera enfadarse. Le dio miedo preguntar qué le había sucedido a Byrne, y poco después se marchó, para no volverla a ver más.

Cuando el viejo hubo terminado la historia, dijo: «Cuénteselo a Mr. Yeats, a lo mejor hace un poema sobre ello». Pero la hija le dijo: «Oh, no, padre. Nadie podría hacer un poema sobre una mujer así». ¡Ay! No hice nunca el poema, tal vez porque mi propio corazón, que ha amado a Helena y a todas las mujeres bellas y veleidosas del mundo, sentiría demasiado pesar. Hay cosas a las que está bien no darles excesivas vueltas, cosas a las que las palabras llanas son lo que mejor les va.

1902

## LOS BRUJOS

En Irlanda se oye hablar poco de las fuerzas más tenebrosas,<sup>[a]</sup> y aún es más raro encontrarse con nadie que las haya visto, pues la imaginación de las gentes se recrea más bien en lo fantástico y lo caprichoso, y la fantasía y el capricho perderían la libertad que es su aliento vital si los asociaran tanto con el mal como con el bien. En realidad me he encontrado con muy pocas personas en Irlanda que traten de comunicarse con las fuerzas malignas, y las pocas que he conocido mantienen sus fines y prácticas totalmente ocultos de aquellos entre quienes viven. Son principalmente empleados y oficinistas modestos, y se reúnen a practicar su arte en una habitación cubierta de colgaduras negras, pero no diré en qué población se halla esa habitación. No quisieron dejarme entrar en ella, pero, al ver que no era del todo lego en la ciencia arcana, me mostraron en otro sitio lo que eran capaces de hacer. «Venga a vernos —me dijo su jefe—, y le mostraremos espíritus que hablarán con usted cara a cara, y bajo formas tan sólidas y pesadas como las nuestras».

Yo había estado hablando de la capacidad de comunicarse con los seres angélicos y feéricos —los hijos del día y del crepúsculo— en estados de trance, y él había afirmado que deberíamos creer tan sólo en lo que podemos ver y sentir al hallarnos en nuestro estado anímico habitual y cotidiano. «Sí —dije yo—, iré a verles —o parecidas palabras—; pero no me dejaré poner en trance, y sabré, por tanto, si estas formas de que usted habla pueden tocarse y sentirse con los sentidos habituales en algún grado superior al de las formas de que hablo yo». No estaba negando la capacidad de otros seres para asumir una envoltura de sustancia mortal, sino solamente que parecía improbable que simples invocaciones, como las que él decía, pudieran hacer otra cosa que sumir el espíritu en trance.

«Pero —dijo él—, las hemos visto mover los muebles de aquí para allá, y desaparecen a una orden nuestra, y ayudan o perjudican a gente que no sabe nada de ellas». No estoy reproduciendo las palabras exactas, sino la esencia de nuestra conversación con tanta fidelidad como me es posible.

La noche convenida me presenté sobre las ocho, y me encontré al jefe, solo, sentado casi completamente a oscuras en una pequeña habitación negra. Iba vestido con una toga negra, como la vestimenta de un inquisidor en un dibujo antiguo, que tan sólo dejaba a la vista sus ojos, los cuales asomaban por dos pequeños agujeros redondos. Sobre la mesa que tenía delante había una fuente de latón con hierbas ardiendo, un cuenco grande, una calavera llena de símbolos pintados, dos dagas atravesadas y ciertos utensilios, cuya utilidad no logré averiguar, con forma de piedras de molinillo. Yo me puse también una toga negra, y recuerdo que no me quedaba del todo bien, y que me dificultaba considerablemente los movimientos. El brujo sacó entonces un gallo negro de un cesto, y le cortó el pescuezo con una de las dagas, dejando caer la sangre dentro del cuenco grande. Abrió un libro y dio

comienzo a una invocación, que no estaba ni en inglés ni en irlandés, y que tenía un sonido grave y gutural. Antes de que hubiera terminado, otro de los brujos, un hombre de unos veinticinco años, entró y, tras ponerse asimismo una toga negra, se sentó a mi izquierda. Yo tenía al invocador justo enfrente, y al poco empecé a notar que sus ojos, que brillaban a través de los pequeños agujeros de su capucha, me afectaban de un modo extraño. Me debatí con fuerza contra su influjo, y la cabeza me empezó a doler. La invocación proseguía, y durante los primeros minutos no ocurrió nada. Luego el invocador se levantó y apagó la luz de la entrada, de modo que no pudiera filtrarse ningún resplandor por la rendija de debajo de la puerta. Ahora no había ninguna luz a excepción de la que procedía de las hierbas de la bandeja de latón, ni se oía sonido alguno a excepción del que provenía del murmullo grave y gutural de la invocación.

Poco después el hombre que estaba a mi izquierda empezó a tambalearse, y exclamó: «¡Oh, Dios!». Yo le pregunté qué le aquejaba, pero él no tenía conciencia de haber hablado. Un momento después dijo que veía una gran serpiente moviéndose por la habitación, y se puso considerablemente excitado. Yo no veía nada con ninguna forma definida, pero me parecía que en torno a mí se estaban formando unas nubes negras. Sentí que habría de caer en un trance si no luchaba contra ello, y que el influjo que estaba provocando este trance estaba en conflicto consigo mismo; en otras palabras, que era maligno. Tras un forcejeo logré librarme de las nubes negras, y de nuevo pude observar con mis sentidos habituales. Los dos brujos empezaron ahora a ver columnas negras y blancas desplazándose por la habitación, y finalmente a un hombre con hábito de monje, y los dejó enormemente desconcertados que yo no viera también estas cosas, pues para ellos eran tan sólidas como la mesa que tenían delante. El invocador parecía ir aumentando paulatinamente su poder, y yo empecé a tener la sensación de que de él emanaba una corriente de oscuridad que estaba concentrándose a mi alrededor; y advertí también ahora que el hombre de mi izquierda había entrado en una especie de trance mortal. Con un último y gran esfuerzo aparté las nubes negras; pero al darme cuenta de que eran éstas las únicas formas que habría de ver sin entrar en trance, y al no sentir gran pasión por ellas, pedí que encendieran las luces, y tras el necesario exorcismo volví al mundo normal.

Le dije al más poderoso de los dos brujos: «¿Qué habría sucedido si uno de sus espíritus se me hubiera impuesto?». «Habría salido usted de esta habitación —me contestó—, con su carácter sumado al de usted». Yo le pregunté por el origen de su brujería, pero apenas le saqué nada de importancia, a excepción de que se la había enseñado su padre, y de que una de las palabras que había repetido varias veces era árabe. No quiso decirme más, porque al parecer se había comprometido bajo juramento a guardar el secreto.

## EL DIABLO

Mi vieja de Mayo<sup>[\*]</sup> me contó un día que algo muy malo había bajado por la carretera y se había metido en la casa de enfrente, y aunque no quiso decirme qué era, yo lo supe perfectamente.

Otro día me habló de dos amigas suyas a las que había galanteado uno que creían que era el Diablo.

Una de ellas estaba de pie al borde de la carretera cuando él pasó por allí a caballo, y la invitó a montar en la grupa y dar una vuelta. Al ella negarse, se desvaneció. La otra estaba esperando a su novio una noche ya tarde en la carretera cuando algo que venía revoloteando y rodando por ésta le dio en los pies. Parecía un periódico, y un momento después le dio en la cara, y ella se dio cuenta por el tamaño de que era el *Irish Times*. De pronto el periódico se transformó en un joven, que le propuso ir a dar un paseo con él. Ella no quiso, y él se desvaneció.

También sé de un viejo, en las laderas del Ben Bulben, que se encontró al Diablo debajo de la cama tocando una campana. Él se fue, robó la campana de la capilla y a campanadas lo echó de allí.

1893



# TEÓLOGOS FELICES Y DESDICHADOS

## I

Una mujer de Mayo me dijo una vez: «Yo conocí a una sirvienta que se ahorcó por amor a Dios. Echaba de menos al cura y la orden<sup>[a]</sup>, y se colgó de la balaustrada con una bufanda. Nada más morir se puso tan blanca como una azucena, y si hubiera sido asesinato o suicidio se habría puesto morada igual que una mora. Le dieron cristiana sepultura, y el cura dijo que nada más morir ya estaba con el Señor. Así que no importa lo que uno haga por amor a Dios». No me extraña que disfrute contando esta historia, pues le gustan todas las cosas santas con un ardor que hace que le acudan con presteza a los labios. Una vez me contó que todo lo que oye describir en los sermones lo ve después con sus propios ojos. Me ha descrito las puertas del Purgatorio tal como se aparecieron ante sus ojos, pero no recuerdo nada de la descripción excepto que no pudo ver a las almas en pena, sino solamente las puertas. Su espíritu se recrea continuamente en lo agradable y hermoso. Un día me preguntó cuáles eran el mes y la flor más hermosos. Al contestarle que no lo sabía, me dijo: «El mes de mayo, por la Virgen, y el lirio de los valles, porque no pecó nunca, sino que brotó puro de las rocas. —Y luego me preguntó—: ¿A qué se deben los tres meses fríos del invierno?». Yo tampoco lo sabía, así que me dijo: «Al pecado del hombre y a la venganza de Dios». El mismo Cristo no sólo era bendito, sino que a ojos de ella estaba perfectamente proporcionado como hombre, tan unidas van en sus pensamientos la belleza y la santidad. Era el único hombre que había medido seis pies de altura exactos, todos los demás miden un poco más o un poco menos.

Sus ideas y visiones de los habitantes del País de las Hadas son también agradables y hermosas, y nunca la he oído llamarlos los Ángeles Caídos. Son personas como nosotros, sólo que más guapos, y esta mujer se ha asomado muchísimas veces a la ventana para verlos conducir sus carros por el firmamento, uno detrás de otro formando una larga hilera, o a la puerta para oírles cantar y bailar al aire libre. Cantan sobre todo, según parece, una canción llamada «La catarata lejana», y aunque una vez dieron con ella en tierra, jamás piensa mal de ellos. Cuando servía en el condado de King era cuando los veía más fácilmente, y una mañana, hace poco, me dijo: «Estaba anoche esperando al señor levantada y eran ya las once y cuarto. Oí un golpetazo justo encima de la mesa. “Típico del condado de King”, digo, y me entró una risa que casi me muero. Era un aviso de que llevaba ya allí demasiado rato. Querían el sitio para ellos solos». Una vez le hablé de alguien que había visto a un duende y se había desmayado, y me dijo: «No sería un duende, sino alguna cosa mala, nadie se desmayaría ante un duende. Era un demonio. Yo no me asusté cuando los demonios casi me hicieron salir disparada por el tejado, con cama y todo.

Tampoco me asusté una vez que estaba con alguna faena cuando oí que algo pesado y blando como una anguila subía por las escaleras dando chillidos. Probó todas las puertas. Donde yo estaba no pudo entrar. Lo habría hecho salir volando y dar la vuelta al universo como una centella. Había un hombre en mi pueblo, un tipo bravío, que sometió a uno de ellos. Salió a la calle a encontrarse con él, pero debían haberle dicho las palabras. Pero los duendes son los mejores vecinos. Si tú te portas bien con ellos, ellos se portarán bien contigo, pero no les gusta que te pongas en su camino». Otra vez me dijo: «Siempre son buenos con los pobres».

## II

Hay, en cambio, un hombre en una aldea de Galway que no sabe sino ver maldad. Algunos lo tienen por muy santo, y otros creen que está un poco tocado, pero algunas de las cosas que dice le recuerdan a uno esas antiguas visiones irlandesas de los Tres Mundos que se supone que le dieron a Dante el plan de la *Divina Comedia*. Pero no podría imaginarme a este hombre viendo el Paraíso. A los habitantes del País de las Hadas les tiene especial manía, y describe las patas como de fauno que tan comunes son entre ellos —que desde luego son hijos de Pan— como prueba de que son hijos de Satanás. No admitirá que «se lleven mujeres, aunque hay muchos que dicen que sí», pero está seguro de que hay «tantos como arena en el mar que nos rodea, y tientan a los pobres mortales».

Dice: «Yo sé de un cura que iba mirando al suelo como si anduviera a la caza de algo, y una voz le dijo: “Si quieres verlos te vas a hartar”, y se le abrieron los ojos y vio el suelo plagado de ellos. Cantar, cantan a veces, y bailan, pero la pata hendida no hay quien se la quite». Sin embargo, sentía tanto desprecio por los seres paganos, pese a todos sus bailes y cantos, que opina que «no tienes más que ordenarles que se larguen para que así lo hagan. Fue una noche —dice— que había vuelto andando de Kinvara, y bajando por el bosque de más allá noté que uno se me acercaba, y pude sentir el caballo sobre el que iba montado y cómo levantaba las piernas, pero no hacen el ruido de los cascos de los caballos. De modo que me paré y me di media vuelta y le dije, muy fuerte: “¡Vete!”, y se marchó y ya no volvió a molestarme más. Y conocí a un hombre que estaba agonizando, y se le puso uno encima de la cama, y él le gritó: “¡Quítate de ahí, animal antinatural!”, y se fue de allí. Son ángeles caídos, y después de la caída Dios dijo: “Hágase el Infierno”, y se hizo al instante». Al decir él esto, una vieja que estaba sentada junto al fuego intervino con un «Dios nos guarde, qué lástima que dijera la palabra, y hoy podría no existir el Infierno», pero el vidente no reparó en sus palabras. Prosiguió: «Y entonces Dios le preguntó al Diablo qué aceptaría a cambio de todas las almas. Y el Diablo dijo que sólo se daría por satisfecho con la sangre de un hijo de virgen, así que se le dio eso, y entonces se abrieron las puertas del Infierno». El hombre entendía la historia, al parecer, como si

se tratara de algún viejo cuento popular en forma de acertijo. «Yo mismo he visto el Infierno. Una vez tuve una visión en la que lo vi. Alrededor tenía una muralla muy alta, toda de metal, y una arcada, y una avenida recta que conducía hasta él, exactamente como la que llevaría hasta el huerto de un señorito, pero los lados no estaban cubiertos de boj, sino de metal al rojo. Y en el interior de la muralla había avenidas que se cruzaban, y no estoy seguro de lo que había a la derecha, pero a la izquierda había cinco grandes hornos, llenos de almas sujetas allí con grandes cadenas. Así que giré sobre mis talones y me alejé, y al darme la vuelta miré de nuevo hacia la muralla, y no le pude ver el final.

»Y otra vez vi el Purgatorio. Parecía hallarse en un sitio llano, y sin murallas alrededor, pero era todo un fulgor llameante, y las almas estaban allí de pie. Y sufren éstas casi tanto como en el Infierno, sólo que allí no hay diablos con ellas, y tienen la esperanza del Cielo.

»Y oí que alguien me llamaba desde allí: “¡Ayúdame a salir de aquí!”. Y cuando miré, era un hombre con el que había solido tener trato en el Ejército, un irlandés, y de este condado, y creo que era descendiente de King O’Connor, de Athenry.

»Así que primero le tendí la mano, pero después le grité: “Las llamas me abrasarían antes de estar a tres yardas de ti”. Así que entonces dijo: “Bueno, ayúdame con tus oraciones”, y así lo hago.

»Y el Padre Connellan dice lo mismo, que ayudemos a los muertos con nuestras oraciones, y él tiene mucha habilidad para hacer sermones, y ha hecho muchas curaciones con el Agua Bendita que se trajo de Lourdes.

1902

## EL ÚLTIMO JUGLAR

Michael Moran nació hacia 1794 no lejos de Black Pitts, en las Liberties de Dublín, en Faddle Alley. A los quince días de nacer se quedó completamente ciego a causa de una enfermedad, y se convirtió, por ende, en una bendición para sus padres, que pronto pudieron mandarle a hacer rimas y a mendigar en las esquinas de las calles y en los puentes que atraviesan el Liffey. Y es bien posible que desearan haber tenido las alforjas llenas de otros igual que él, ya que, libre del estorbo de la visión, su cabeza convertía cada acontecimiento del día y cada cambio de la pasión pública en rimas o en pintorescos refranes. Para cuando se hizo un hombre era ya el reconocido adalid de todos los vendedores de baladas de las Liberties: de Madden, el tejedor, de Kearney, el violinista ciego de Wicklow, de Martin el de Meath, de M'Bride de Dios sabe dónde, y de aquel M'Grane que posteriormente, cuando el verdadero Moran había dejado de existir, se pavoneaba con plumas prestadas, o más bien con harapos prestados, y proclamaba que jamás había habido más Moran que él, y de muchos otros. Y no halló, pese a su ceguera, ninguna dificultad para conseguir mujer, sino que por el contrario pudo seleccionar y escoger, pues era exactamente esa mezcla de golfo y de genio que resulta caro al corazón de la mujer, la cual, por convencional que en sí sea, ama lo inesperado, lo tortuoso, lo desconcertante. Y no le faltaron, pese a sus harapos, muchas cosas excelentes, pues se recuerda que siempre le encantó la salsa de alcaparras, y en una ocasión en que a su mujer se le había olvidado, le lanzó una pierna de cordero a la cabeza. Él no era gran cosa, desde luego; con su basto abrigo de frisa con esclavina y borde festoneado, sus viejos pantalones de pana y sus zapatones, y su recio bastón atado a la muñeca con una correa de cuero: y le habría causado una penosa impresión al juglar MacCoinglinne, si aquel amigo de reyes, en profética visión, hubiera podido contemplarlo desde el pilar de piedra de Cork. Y, sin embargo, a pesar de no existir ya la capa corta y el morral de cuero, Moran era un verdadero juglar, siendo tanto poeta como bufón como noticiero de la gente. Por la mañana, una vez terminado el desayuno, su mujer o algún vecino le leían el periódico en voz alta, y le iban leyendo y leyendo hasta que él los interrumpía con «Eso servirá..., me vienen las meditaciones»; y de estas meditaciones venía la provisión de chistes y rimas del día. Llevaba la Edad Media entera bajo su abrigo de frisa.

En cambio no le tenía a la Iglesia y al clero el odio de MacCoinglinne, pues cuando el fruto de sus meditaciones no maduraba bien, o cuando el público pedía algo más sólido, recitaba o cantaba, en verso medido, la historia o la balada de un santo o mártir o alguna aventura bíblica. Se ponía en una esquina y, cuando se había juntado una muchedumbre, empezaba de manera parecida a lo que sigue (transcribo las anotaciones de uno que lo conoció): «Agrupaos en torno a mí, muchachos, agrupaos a mi alrededor. Muchachos, ¿estoy en medio de un charco? ¿Me estoy mojando?». Al instante varios chicos gritaban: «¡No! ¡No te estás mojando! Estás en

seco y en un buen lugar. Empieza por *Santa María*, empieza por *Moisés*», pidiendo cada uno su historia favorita. Entonces Moran, meneando el cuerpo y agarrándose los harapos, exclamaba: «Todos mis amigos del alma se han convertido en unos lenguaraces»; y tras una última advertencia a los chicos («Como no os dejéis de bromas y diversiones os voy a dejar hechos un caso a unos cuantos»), daba comienzo a su recitado, o tal vez se entretenía aún, para preguntar: «¿Hay ya una multitud a mi alrededor? ¿Algún hereje canalla por ahí?». O podía ocurrir que empezara por cantar:

Agrupaos a mi alrededor,  
muchachos, ¿os queréis agrupar?  
Y oíd bien lo que os he de decir  
antes de que la vieja Sally  
me traiga la tetera y el pan.

De sus cuentos religiosos, el más conocido era «Santa María Egipciaca», un largo poema de excesiva solemnidad, condensación de la obra, mucho más larga aún, de un tal obispo Coyle. Relataba cómo una ramera egipcia, de nombre María, seguía a los peregrinos hasta Jerusalén en busca de clientes, y entonces, al ver que se le negaba la entrada al Templo por intervención sobrenatural, se convertía en penitente, huía al desierto y se pasaba el resto de su vida haciendo penitencia en solitario. Cuando estaba por fin al borde de la muerte, Dios le enviaba al obispo Zósimo para que la oyera en confesión, le diera el último sacramento y, con la ayuda de un león, enviado también por Dios, cavara su fosa. El poema tiene la insufrible cadencia del siglo XVIII en su peor momento, pero era tan popular y se pedía con tanta frecuencia que a Moran se le apodó Zósimo, y se le recuerda por ese nombre. También tenía un poema de su propia invención, llamado «Moisés», que se aproximaba un poco más a la poesía sin aproximarse mucho. Pero Moran malamente podía aguantar la solemnidad, y no tardó en hacer la siguiente parodia golfa de sus propios versos:

En el reino de Egipto, allí donde está el Nilo,  
la princesa bañábase con muchísimo estilo.  
Tras darse un chapuzón regresó hasta la orilla,  
corrió para secarse, rechazó la sombrilla.  
Tropezó en una anea, y al levantarse aprisa  
vio a un niño en una cesta con una gran sonrisa.  
Lo levantó en sus brazos, y dijo con su acento:  
«Caramba, muchachitas, ¿de quién es el portento?».

Con mayor frecuencia, sin embargo, eran sus rimas humorísticas burlas y chanzas a costa de gente contemporánea. Le encantaba, por ejemplo, recordarle a un zapatero, célebre tanto por la ostentación que hacía de su riqueza como por su desaseo personal, su insignificante origen en una canción de la que sólo nos ha llegado la primera estrofa:

En la parte más guarra del guarro Dirty Lane<sup>[1]</sup>  
vivía un remendón muy guarro, Dick Maclane;  
tenía una mujer que en el viejo reinado  
fue hereje protestante, y de mucho cuidado.

En el Puente de Essex forzaba la garganta,  
cada grito que daba, un penique a la manta.  
Pero Dickie llevaba un abrigo flamante  
que le había sacado a la gente importante.  
Era todo un fanático, como los de su banda,  
y cantaba en las calles, o hacía propaganda,  
acompañado siempre de su mujer nefanda.

Tuvo problemas de diversa índole y hubo de hacer frente a numerosos entrometidos y hacerlos callar. Una vez un vigilante muy oficioso lo detuvo por vagabundo, pero se vio clamorosamente derrotado entre las risas del tribunal cuando Moran le recordó a su señoría el precedente sentado por Homero, quien también, declaró, era poeta, y ciego, y mendigo. Al crecer su fama hubo de hacer frente a una dificultad más seria. Diversos imitadores surgieron por todas partes. Cierta actor, por ejemplo, hizo tantas guineas como Moran chelines remedando sus decires y sus canciones y su atavío en el escenario. Estaba este actor cenando una noche con unos amigos cuando se originó una discusión acerca de si su imitación era o no exagerada. Se acordó resolver la disputa mediante una consulta al vulgo. Una cena de cuarenta chelines en un famoso café sería la apuesta. El actor ocupó su puesto en el Puente de Essex, uno de los lugares predilectos de Moran, y no tardó en congregarse una pequeña multitud. Apenas había terminado con «En el reino de Egipto, allí donde está el Nilo» cuando apareció Moran en persona, seguido de otra multitud. Las dos multitudes se unieron con grandes risas y alboroto.

—Buenos cristianos —gritó el simulador—, ¿es posible que haya alguien capaz de burlarse así del hombre pobre que no ve?

—¿Quién es éste? Es un impostor —respondió Moran.

—¡Fuera de aquí, desgraciado! Eres tú el impostor. ¿No temes que la luz divina te deje sin ella por burlarte del hombre pobre que no ve?

—Por todos los ángeles y todos los santos, ¿es que no hay protección contra esto? Eres un canalla de lo más inhumano, al intentar privarme así de mi honrado sustento —respondió el pobre Moran.

—Y tú, tú, desgraciado, ¿es que no me vas a dejar seguir con mi hermoso poema? Gentes cristianas, por caridad, ¿es que no vais a echar a este hombre de aquí, aunque sea a golpes? Se está aprovechando de mis tinieblas.

El simulador, viendo que llevaba las de ganar, agradeció a la gente su apoyo y protección, y siguió con el poema, mientras Moran se limitó a escuchar en desconcertado silencio durante un rato. Pasado ese rato volvió a protestar, diciendo:

—¿Es posible que ninguno sea capaz de conocerme? ¿No veis que soy yo; y que éste es otro?

—Antes de adentrarnos más en esta historia preciosa —le interrumpió el simulador—, apelo a vuestra caridad para que contribuyáis con donativos a ayudarme a seguir.

—¿Es que no tienes alma para querer que se salve, tú, que hasta del Cielo te burlas? —gritó Moran, completamente fuera de sí por este último agravio—. ¿Vas a robarle al pobre además de engañar al mundo? Oh, ¿se habrá visto alguna vez tanta maldad?

—Amigos míos, os dejo a vosotros que decidáis —dijo el simulador—: dad al verdadero hombre que no ve, al que todos conocéis tan bien, y salvadme de ese intrigante.

Y con tales palabras recogió algunos peniques y medios peniques. Mientras lo hacía, Moran dio comienzo a su «María Egipciaca», pero la muchedumbre indignada, quitándole el bastón, estaba ya a punto de apalearlo cuando retrocedió desconcertada de nuevo por su enorme parecido consigo mismo. El simulador les pidió entonces que «le dejaran tan sólo ponerle la mano encima a ese bribón, ¡y no tardaría él en hacerle saber quién era el impostor!». Lo guiaron hasta donde estaba Moran, pero en vez de enzarzarse con él le echó en la mano unos chelines y, volviéndose a la multitud, les explicó que él no era, en efecto, más que un actor, y que acababa de ganar una apuesta, y así, en medio del entusiasmo general, se fue a tomarse la cena que había ganado.

En abril de 1846 se mandó aviso al cura de que Michael Moran estaba muriéndose. El cura se lo encontró en el 15 (ahora 14 <sup>1</sup>/<sub>2</sub>) de Patrick Street, sobre un lecho de paja, en una habitación atestada de andrajosos cantantes de baladas que habían venido a alegrarle las últimas horas. Tras su muerte, los cantantes de baladas volvieron con muchos violines y demás instrumentos y le montaron un buen velatorio, añadiendo cada uno al jolgorio lo que supiera de trovas, cuentos, viejos refranes o rimas chocantes. El tiempo de Moran había pasado, él había rezado sus oraciones y hecho su confesión, y, ¿por qué no iban ellos a darle una calurosa despedida? El funeral tuvo lugar el día siguiente. Un nutrido grupo de admiradores y amigos se metió en el coche fúnebre con el féretro, pues hacía un día de lluvia asqueroso. No habían ido muy lejos cuando uno de ellos exclamó: «Hace un frío que pela, ¿no?». «De espanto —respondió otro—, estaremos tan tiesos como el cadáver para cuando lleguemos al camposanto». «Mala muerte ha tenido —dijo un tercero—; ojalá hubiera aguantado un mes más, hasta que hubiera hecho un tiempo más decente». Un hombre llamado Carroll sacó entonces media pinta de whisky, y todos bebieron por el alma del difunto. Desgraciadamente, sin embargo, el coche iba demasiado cargado, y antes de que hubieran llegado al cementerio se rompió una ballesta, y con ella la botella.

1893

## «REGINA, REGINA PIGMEORUM, VENI»<sup>[a]</sup>

Una noche íbamos paseando por una playa arenosa de la costa extrema occidental un hombre de mediana edad, que había vivido casi toda su vida alejado del estrépito de las ruedas de los cabriolés, una joven, pariente suya, de la que se decía que era lo bastante vidente para vislumbrar extrañas luces sobrevolando los campos entre el ganado, y yo. íbamos hablando de la Gente Desmemoriada, como se llama a veces a los habitantes del País de las Hadas, y en medio de nuestra conversación llegamos a un notable paraje que éstos frecuentan mucho, una cueva poco profunda entre rocas negras, bajo la cual su propio reflejo se extiende sobre la arena mojada del mar. Le pregunté a la joven si veía algo, pues tenía bastantes cosas que preguntarle a la Gente Desmemoriada. Se quedó parada durante unos minutos, y vi que se estaba sumiendo, con los ojos abiertos, en una especie de trance en medio del cual la fría brisa marina ya no la molestaba, ni distraía su atención el monótono bramido del mar. Yo grité entonces con fuerza los nombres de los grandes duendes, y al cabo de unos instantes la chica dijo que oía música en el interior de las rocas, muy adentro, y luego un ruido de charla confusa, y de gente golpeando el suelo con los pies como para ovacionar a algún intérprete invisible. Hasta entonces mi otro amigo se había mantenido a unas yardas de distancia, caminando de un lado para otro, pero ahora, al pasar a nuestro lado, dijo de pronto que íbamos a ser interrumpidos, porque oía risas de niños en algún punto más allá de las rocas. Estábamos, sin embargo, completamente solos. Los espíritus del lugar habían empezado a ejercer su influjo también sobre él. Un instante más tarde sus palabras se vieron corroboradas por las de la chica, quien dijo que habían empezado a mezclarse carcajadas con la música, la charla confusa y el ruido de pies. A continuación vio un chorro de luz brillante salir de la cueva, que parecía haberse hecho mucho más profunda, y a gran cantidad de gente menuda<sup>[a]</sup>, con trajes de varios colores, entre los que predominaba el rojo, bailando al son de una melodía que no reconocía.

Le pedí entonces que llamara a la reina de la gente menuda para que viniera a hablar con nosotros. Su orden, sin embargo, no obtuvo respuesta. Yo mismo, por consiguiente, repetí las palabras con fuerza, y un momento después la chica describió a una mujer alta y hermosa, que salía de la cueva. Para entonces yo también me había sumido en una especie de trance,<sup>[b]</sup> en el cual lo que llamamos lo irreal había empezado a cobrar una apabullante realidad, y tuve una impresión, nada a lo que pudiera llamar una verdadera visión, de adornos dorados y cabello oscuro. Pedí entonces a la chica que le dijera a esta mujer alta que mandara formar a su séquito según sus divisiones naturales, para que pudiéramos verlos. Vi que, como antes, tenía yo que repetir la orden. Los seres salieron entonces de la cueva, y se ordenaron, si no recuerdo mal, en cuatro grupos. Los de uno de estos grupos, según la descripción de la chica, llevaban ramas de serbal en la mano, y los de otro collares hechos



aparentemente de escamas de serpiente, pero no logro acordarme de sus atuendos. Le pedí a su reina que le dijera a la vidente si aquellas cuevas eran las guaridas de duendes más grandes de los alrededores. Movi6 los labios, pero la respuesta result6 inaudible. Le pedí a la vidente que le pusiera a la reina la mano en el pecho, y tras hacerlo oyó ya cada palabra muy nítidamente. No, no era ésta la guarida de duendes más grande, pues había una mayor un poco más allá. Le pregunté entonces si era verdad que ella y su gente se llevaban a mortales, y, si lo era, por qué ponían otra alma en el lugar de la que se habían llevado. «Trocamos los cuerpos», fue su respuesta. «¿Hay alguno de vosotros que haya nacido alguna vez en la vida mortal?». «Sí». «¿Conozco yo a alguien que perteneciera a tu pueblo antes de nacer?». «Los conoces». «¿Quiénes son?». «No sería lícito que lo supieras». Entonces le pregunté si ella y su gente no eran «dramatizaciones de los estados de nuestro ánimo». «No comprende —dijo mi amiga—, pero dice que su gente es muy parecida a los seres humanos, y que hacen la mayoría de las cosas que hacen éstos». Le hice otras preguntas, por ejemplo acerca de su naturaleza, y de su sentido en el universo, pero sólo parecieron desconcertarla. Finalmente dio señales de estar perdiendo la paciencia, pues me escribió en la arena el siguiente mensaje: «Ten cuidado, y no quieras saber demasiado sobre nosotros». Viendo que la había ofendido, le di las gracias por lo que me había enseñado y contado, y la dejé que se fuera de nuevo a su cueva. Al poco rato la chica salió de su trance, y notó el viento frío que venía del mar, y empezó a tiritar.

1893

## «Y HERMOSAS, FIERAS MUJERES»

Un día una mujer que yo conozco se encontró cara a cara con la belleza heroica, esa belleza que es la más elevada y que, según dice Blake, es la que menos cambia de la juventud a la madurez: belleza que ha ido desapareciendo de las artes desde que esa decadencia que llamamos progreso colocó a la belleza voluptuosa en su lugar. La vieja estaba de pie delante de la ventana, mirando en dirección al Knocknarea, donde se cree que está enterrada la Reina Maeve<sup>[\*]</sup>, cuando vio, según me dijo, «a la mujer más hermosa que jamás haya visto usted, cruzando en línea recta hacia ella desde las montañas». La mujer llevaba una espada al costado y un puñal en la mano en alto, e iba vestida de blanco, con los brazos al aire y los pies descalzos. Parecía «muy fuerte, pero no mala», es decir, no cruel. La vieja había visto al gigante irlandés, y «aunque era un hombre de muy buen ver», no era nada en comparación con esta mujer, «pues él era rollizo, y no podría haber avanzado tan marcialmente»; «ella era como Mrs... [una impresionante dama de la vecindad], sólo que sin estómago, y era esbelta y de espaldas anchas, y más guapa que nadie que haya podido usted ver jamás; aparentaba unos treinta años». La vieja se tapó los ojos con las manos, y cuando se los destapó la aparición ya se había desvanecido. Los vecinos se pusieron «furiosos con ella», me dijo, por no haber esperado hasta averiguar si había algún mensaje, pues estaban seguros de que se trataba de la Reina Maeve, que se aparece con frecuencia a los pilotos. Le pregunté a la vieja si había visto a otras mujeres parecidas a la Reina Maeve, y dijo: «Algunas llevan el pelo suelto, pero tienen un aire completamente distinto, como las damas de aspecto soñoliento que se ven en los periódicos. Las que llevan el pelo recogido son como ésta. Las otras llevan largos vestidos blancos, pero las de pelo recogido los llevan cortos, de forma que se les pueden ver las piernas hasta las pantorrillas». Tras hacerle con cuidado algunas preguntas, descubrí que llevaban lo que muy bien podrían ser una suerte de borceguíes; la vieja prosiguió: «Son hermosas y de aspecto fogoso, como los hombres que se ven por las laderas de las montañas cabalgando de dos en dos y de tres en tres y blandiendo sus espadas». Una y otra vez repetía: «En la actualidad no hay raza viva que se les parezca, ninguna tan magníficamente proporcionada —o algo por el estilo. Y luego dijo—: La reina actual<sup>[a]</sup> es una mujer de aspecto simpático y agradable, pero no es como ella. Lo que me hace tener en tan poco a las damas es que no veo a ninguna que sea como ellas.— Se refería a los espíritus femeninos—. Cuando pienso en ella y en las damas de ahora, éstas son como niñas pequeñas que van por ahí corriendo sin saber cómo ponerse bien la ropa. ¿Damas? Vaya, yo ni siquiera las llamaría mujeres». El otro día una amiga mía le preguntó por la Reina Maeve a una vieja en un asilo de Galway, y ésta le dijo que «la Reina Maeve era guapa, y vencía a todos sus enemigos con una vara de avellano, porque el avellano está bendito, y es la mejor arma que se puede encontrar. Podría usted recorrer el mundo con ella», pero la Reina se puso «muy

desagradable al final... Oh, de lo más desagradable. Lo mejor es no hablar de ello. Lo mejor es dejarlo entre el libro y el que lo escucha». Mi amiga creía que la vieja tenía en la cabeza alguna habladuría referente a Fergus<sup>[\*]</sup>, hijo de Rogh<sup>[\*]</sup> y de Maeve.

Y una vez me encontré en las Colinas de Burren a un joven que se acordaba de un viejo poeta que hacía sus poemas en irlandés y que en su juventud había tenido un encuentro, dijo el joven, con una que se llamaba Maeve, y que dijo que era reina «entre ellos»; y que le preguntó si prefería dinero o placer. El poeta le dijo que prefería placer, y ella le concedió su amor durante una temporada, y luego lo dejó, y él ya se quedó muy apesadumbrado a partir de entonces. El joven le había oído cantar con frecuencia el poema elegíaco que había hecho, pero sólo se acordaba de que era «muy apesadumbrado», y de que a ella la llamaba «beldad de todas las beldades».

1902

# BOSQUES ENCANTADOS

## I

El verano pasado, al concluir mi jornada de trabajo, solía irme a pasear por ciertos bosques muy extensos, y allí me encontraba a menudo con un viejo campesino con el que charlaba acerca de su trabajo y de los bosques, y una o dos veces se vino conmigo un amigo al que el viejo abría su corazón de mejor gana que a mí. El viejo se había pasado la vida despejando los senderos de ramas de olmo escocés y de avellano y de alheña y de carpe, y había meditado mucho sobre las criaturas naturales y sobrenaturales del bosque. Al erizo —«*grainne oge*» lo llama él— lo ha oído «gruñir como a un cristiano», y está seguro de que el medio que ese animal tiene de robar manzanas consiste en hacerse un ovillo y revolcarse debajo de un manzano hasta tener una fruta clavada en cada púa. También está seguro de que los gatos, que abundan mucho en los bosques, tienen un idioma propio, una especie de antiguo irlandés. Dice: «Los gatos eran serpientes, y se convirtieron en gatos al producirse algún cambio grande en el mundo. Por eso es difícil matarlos, y por eso es peligroso enredarse con ellos. Si a un gato lo molestas te puede arañar o morder de una forma que te mete veneno dentro, y eso es por el diente de serpiente». A veces cree que se transforman en gatos monteses, y que entonces les crece una uña al final de la cola; pero estos gatos monteses no son lo mismo que los gatos marta<sup>[1]</sup>, que ha habido siempre en los bosques. Los zorros fueron un día domésticos, como lo son hoy los gatos, pero se escaparon y se hicieron salvajes. De todas las criaturas salvajes excepto las ardillas —a las que detesta— habla con lo que parece un interés afectuoso, aunque a veces los ojos le brillarán de placer al recordar cómo, de muchacho, obligaba a los erizos a desenrollarse poniéndoles debajo un manojo de paja ardiendo.

No estoy seguro de que distinga muy claramente entre lo natural y lo sobrenatural. El otro día me dijo que a los zorros y a los gatos les gusta, sobre todo, estar en los «fortes» y *lisses*<sup>[\*]</sup> después del anochecer; y desde luego pasará de alguna historia sobre un zorro a una historia sobre un espíritu con un cambio de tono menor que cuando se dispone a hablar de un gato marta —animal poco común hoy en día—. Hace muchos años trabajaba de jardinero, y una vez lo mandaron a dormir a un cenador en el que había un altillo repleto de manzanas, y se pasó toda la noche oyendo ruido de gente que hacía sonar platos y cuchillos y tenedores arriba, en el altillo. De todas formas, una vez tuvo una visión fantástica en los bosques. Dice: «Estaba yo una vez en el campo cortando leña, allá en Inchy, y una mañana, al llegar allí alrededor de las ocho, vi a una muchacha recogiendo nueces, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros, pelo castaño, y con una cara buena y limpia, y era alta y en la cabeza no llevaba nada, y el vestido que llevaba no era nada llamativo, sino

muy sencillo, y cuando notó que me acercaba se recogió y desapareció como si se la hubiera tragado la tierra. Y yo la seguí y la busqué, pero desde aquel día, y hasta éste, no la he vuelto a ver ya nunca más». Empleaba la palabra *limpia* en el sentido en que nosotros emplearíamos palabras como *lozana* o *agraciada*.

Hay otros que también han visto espíritus en los Bosques Encantados. Un labriego nos contó lo que había visto un amigo suyo en una zona de los bosques que se llama Shan-walla por alguna antigua aldea que hubo allí antes que el bosque. Dijo: «Una noche me despedí de Lawrence Mangan en el corral, y él tiró por el sendero de Shan-walla, y me dijo adiós. Y dos horas más tarde allí estaba de vuelta, en el corral, y me mandó encender una vela que había en el establo. Y me contó que al meterse en Shan-walla un tipo pequeño que le llegaba más o menos a la altura de las rodillas, pero con una cabeza tan grande como un cuerpo de hombre, se le acercó y lo hizo desviarse de la senda y andar por ahí dando vueltas, hasta que por fin lo condujo a la calera, y entonces lo dejó y desapareció».

Una mujer me contó una visión que ella y otros habían tenido junto a cierto pozo muy profundo del río. Dijo: «Estábamos pasando la cerca por la escalerilla, yo y otros que me acompañaban de vuelta de la capilla; y vino una ráfaga de viento muy fuerte y dos árboles se doblaron y se partieron y cayeron al río, y el agua que salpicaron llegó hasta el cielo. Y los que venían conmigo vieron muchas figuras, pero yo sólo vi una, allí sentada junto a la orilla desde la que habían caído los árboles. Llevaba ropas oscuras, y no tenía cabeza».

Un hombre me contó que un día, de chico, él y otro muchacho fueron a lazar un caballo a cierto campo, lleno de cantos rodados y de arbustos de avellano y de enebro trepador y de jaras, es decir, al tramo de la orilla del lago que está libre de frondosidades. Y le dijo al chico que iba con él: «Te apuesto un botón a que si tiro un guijarro encima de ese arbusto se queda en él», con lo que quería decir que el arbusto estaba tan enmarañado que el guijarro no podría atravesarlo. De modo que cogió «un boñigo, y nada más darle, salió del arbusto la música más bonita que jamás se haya oído». Echaron a correr, y cuando ya se habían alejado unas doscientas yardas miraron hacia atrás y vieron a una mujer vestida de blanco que daba vueltas y más vueltas alrededor del arbusto. «Primero tenía forma de mujer, y luego de hombre, y daba vueltas en torno al arbusto».

## II

A veces me enredo en razonamientos aún más intrincados que esos senderos de Inchy, sobre cuál es la verdadera naturaleza de las apariciones. Pero en otras ocasiones digo lo que dijo Sócrates cuando le comunicaron una opinión muy docta acerca de una ninfa del Iliso: «Me basta la opinión común»; y creo que toda la naturaleza está llena de gente invisible, y que de esta gente algunos son feos y

grotescos, otros malos o necios, y muchos más hermosos que nadie que hayamos visto jamás, y que los hermosos no andan muy lejos cuando paseamos por parajes agradables y silenciosos. Ni siquiera cuando era un muchacho podía pasear por un bosque sin sentir que en cualquier momento podría toparme con alguien o algo que llevara mucho tiempo buscando sin saber qué buscaba. Y ahora, a veces, exploro hasta el último rincón de algún pobre soto con paso casi anhelante, tan arraigada está esta fantasía en mí. También tú tienes fantasías semejantes, sin duda, en algún lugar, cuando lo quieran los astros que te gobiernan, al conducirte Saturno a los bosques, o tal vez la Luna a la orilla del mar. No creeré sin asomo de duda que no haya nada en el ocaso, adonde imaginaban nuestros antepasados que los muertos seguían al sol, su pastor, ni que no haya nada más que una presencia vaga tan poco conmovedora como la nada. Si la belleza no es una puerta abierta para escapar de la red en la que quedamos atrapados al nacer, no será belleza por mucho tiempo, y quedarnos en casa sentados al lado del fuego y engordar un cuerpo perezoso o correr de aquí para allá en algún deporte estúpido nos parecerá mejor que contemplar el espectáculo más admirable que jamás hayan montado la luz y la sombra entre hojas verdes. Cuando logro salir del todo de esa maraña de razonamientos me digo que sin duda ellos están ahí, los seres divinos, porque solamente los hemos negado quienes no poseemos sencillez ni sabiduría, y los sencillos de espíritu de todo tiempo y los sabios de la antigüedad los han visto e incluso han hablado con ellos. No lejos viven sus apasionadas vidas hasta el final, según creo yo, y al morir nos reuniremos con ellos si nos limitamos a mantener sencillas y apasionadas nuestras naturalezas. Y ¿no puede ser, incluso, que la muerte nos una a todo lo que es aventura, y que un día luchemos contra dragones entre colinas azules, o que alcancemos eso de lo que todas las aventuras no son sino

Prefiguraciones mezcladas con las imágenes  
de las fechorías del hombre en mejores tiempos,

como pensaban los ancianos de «The Earthly Paradise»<sup>[1]</sup> cuando se sentían animados?

1902

## CRIATURAS MILAGROSAS

En los Bosques Encantados hay gatas martas y tejones y zorros, pero al parecer hay criaturas más poderosas, y el lago puede esconder lo que no pueden pescar ni el sedal ni la red. Estas criaturas son de la raza del venado blanco que aparece y desaparece sin hacer ruido en los relatos artúricos, y del cerdo maligno que mató a Diarmuid<sup>[\*]</sup> donde el Ben Bulben se mezcla con el viento del mar. Son, según yo lo veo, las criaturas mágicas de la esperanza y el miedo, son de las que vuelan y de las que lo siguen a uno por las espesuras que bordean las Puertas de la Muerte. Un hombre que yo conozco recuerda que una noche su padre estaba en el bosque de Inchy, «allí donde los chavales de Gort andaban siempre robando cañas». Estaba sentado junto a la tapia, con el perro al lado, y oyó que algo se acercaba corriendo desde la Presa de Owbawn, y no vio nada, pero el sonido que hacían las patas al golpear contra el suelo sonaba igual que el sonido de las patas de un ciervo. Y cuando la cosa pasó a su lado, el perro se puso entre él y la tapia y empezó a arañar ésta como si estuviera asustado, pero mi padre seguía sin ver nada, sino que solamente oía el sonido de las pezuñas. Así que cuando la cosa hubo pasado, dio media vuelta y se fue corriendo a casa. «Otra vez —dice el hombre—, mi padre me contó que iba por el lago en una barca con dos o tres hombres de Gort, y uno de ellos llevaba un arpón de cazar anguilas, y lo lanzó al agua, y el arpón le dio a algo, y el hombre se desmayó y tuvieron que llevarlo a tierra y sacarlo del bote, y cuando recobró el conocimiento dijo que aquello a lo que le había dado ¡era como un becerro, pero que, fuera lo que fuese, pez desde luego no era!».

1902

## ARISTÓTELES, EL DE LOS LIBROS

El amigo capaz de lograr que el leñador se muestre más locuaz de lo que se mostrará con ninguna otra persona fue a ver a su parienta recientemente. Vive ésta en una cabaña que no queda lejos de la margen del bosque, y es tan habladora como su marido cuando se trata de recordar tiempos pasados.

En esta ocasión se puso a hablar de Goban<sup>[\*]</sup>, el cantero legendario, y de su sapiencia, pero al poco dijo: «Aristóteles, el de los libros, también era muy sabio, y tenía mucha experiencia, pero ¿no acabaron al final ganándole las abejas? Quiso saber cómo colmaban el panal, y durante dos semanas la mayor parte del tiempo se la pasó perdiéndolo mientras las observaba, y no logró verlas llenarlo. Entonces hizo una colmena con una tapadera de cristal y se la puso encima, y pensó que ahora lo vería. Pero cuando fue a pegar el ojo al cristal, las abejas se lo habían tapado todo entero con cera y estaba negro como una olla; y él, tan ciego como antes. Dijo que hasta entonces nunca le habían dado una paliza tan bien dada. ¡Y vaya si se la pegaron aquella vez!».

1902



## EL MARRANO DE LOS DIOSES

Hace unos años un amigo mío me contó una cosa que le había ocurrido cuando era joven un día que había salido al campo a hacer prácticas de tiro con unos fenianos de Connacht. Eran sólo unos cuantos, y marcharon en carro por la ladera de una colina hasta que llegaron a un lugar tranquilo. Dejaron el carro y subieron un poco más a pie con los rifles, y practicaron durante un rato. Cuando ya iban de bajada vieron un cerdo de patas largas y finas, de la antigua especie irlandesa, y el cerdo se puso a seguirlos. Uno de ellos gritó en broma que era un cerdo encantado, y echaron todos a correr siguiendo la broma. El cerdo echó a correr también, y al poco, sin que nadie supiera cómo, este terror fingido se convirtió en terror verdadero, y corrieron como si la vida les fuera en ello. Al llegar al carro hicieron galopar al caballo a toda velocidad, pero el cerdo no dejaba de seguirlos. Entonces uno de ellos levantó el rifle para disparar, pero al apuntar no vio nada. Al poco doblaron un recodo y llegaron a una aldea. Contaron a la gente de la aldea lo que había pasado, y los de la aldea cogieron horcas y palas y demás, y fueron con ellas por la carretera para ahuyentar al cerdo. Al doblar el recodo no encontraron nada.

1902

## UNA VOZ

Iba yo caminando un día por un trozo de terreno pantanoso cercano al Bosque de Inchy cuando sentí, de repente y sólo durante un segundo, una emoción que, me dije, era la raíz del misticismo cristiano. Me había recorrido una sensación de debilidad, de dependencia de un gran Ser personal que se encontrara en algún lugar distante y a la vez muy cerca. Ningún pensamiento mío me había preparado para esta emoción, pues había estado absorto pensando en Aengus<sup>[\*]</sup> y Edain<sup>[\*]</sup>, y en Manannan<sup>[\*]</sup>, Hijo del Mar. Aquella noche me desperté tendido boca arriba y oyendo una voz que hablaba desde lo alto y que decía: «Ningún alma humana es igual a otra, y por tanto el amor de Dios por cualquier alma humana es infinito, pues ninguna otra puede satisfacer la misma necesidad en Dios». Unas noches después de esto me desperté y vi a la gente más hermosa que he visto nunca. Un joven y una joven ataviados con vestimentas verde oliva, cortadas como antiguas vestimentas griegas, estaban de pie al lado de mi cama. Miré a la muchacha y me fijé en que alrededor del cuello el vestido lo llevaba fruncido formando como una especie de cadena, o tal vez una especie de bordado muy tieso que representaba hojas de hiedra. Pero lo que me llenó de asombro fue la milagrosa dulzura de su rostro. Rostros así ya no existen. Era bello como pocos lo son, pero no tenía, pensaría uno, la luz que hay en el deseo o en la esperanza o en el temor o en la especulación. Era apacible como los rostros de los animales, o como las charcas montañosas al atardecer, tan apacible que resultaba un poco triste. Pensé por un instante que podía ser la amada de Aengus, pero ¿cómo podría tener un rostro así aquella perseguida, seductora, feliz e inmortal desgraciada?

1902

## RAPTORES

Un poco al norte de la ciudad de Sligo, en la vertiente meridional del Ben Bulben, a unos centenares de pies sobre el llano, hay un pequeño cuadrado blanco en la piedra caliza. Ningún mortal ha puesto nunca la mano en él; ninguna oveja ni cabra ha pacido jamás junto a él. No hay en la tierra lugar más inaccesible, y, para un espíritu desasosegado, pocos hay más envueltos en el terror. Es la puerta del País de las Hadas. En mitad de la noche el cuadrado gira y se abre, y las huestes sobrenaturales se precipitan al exterior. Durante toda la noche la alegre turba va de un lado a otro recorriendo la tierra, invisible para todos, excepto quizá en algunos sitios más «gentiles» de lo normal —Drumcliff o Dromahair—, donde las cabezas de los «médicos de duendes» o «médicos de vacas», con sus gorros de dormir y como disparadas por un resorte, puede que se asomen a sus puertas para ver qué diablura anda haciendo la «gente gentil». Sin duda a sus expertos ojos y oídos los campos están sembrados de jinetes con gorros encarnados, y el aire repleto de voces agudas: de un sonido semejante al silbido, como ha hecho constar un antiguo vidente escocés, y completamente distinto del habla de los ángeles, que, según ha dicho sabiamente el astrólogo Lilly, «hablan mucho con la garganta, como los irlandeses». Si hay en las cercanías un niño recién nacido o una novia recién casada, los «médicos» otearán con mayor celo del acostumbrado, pues las huestes sobrenaturales no siempre vuelven con las manos vacías. A veces una novia recién casada o un niño recién nacido los acompañan a sus montañas; la puerta gira de nuevo y se cierra tras ellos, y el recién nacido o la recién casada transitan de ahora en adelante por el incruento País de las Hadas: felices, según el cuento, pero condenados a disolverse en el Juicio Final como vapor translúcido, pues el alma no puede vivir sin pesar. Por esta puerta de piedra blanca, y por las demás puertas de ese país en el que *geabheadh tu an sonas aer pingin* («se puede comprar la alegría por un penique»), han pasado aquellos reyes, reinas y príncipes cuyas historias están en nuestra antigua literatura gaélica.

En la esquina oeste de la calle del Mercado de Sligo, donde ahora está la carnicería, apareció de repente —como aparecía un palacio en la *Lamia* de Keats— una botica regentada por un tal y extrañísimo doctor Opendon. De dónde había salido, eso nadie lo supo nunca. En aquella época también vivía en Sligo una mujer apellidada Ormsby cuyo marido se había puesto misteriosamente enfermo. Los médicos no lograban sacar nada en limpio. No parecía tener nada, sin embargo se iba debilitando cada vez más. La mujer fue a ver al doctor Opendon. Se la hizo pasar a la trastienda. Había un gato negro sentado muy erguido delante del fuego. No tuvo tiempo sino de ver que encima del aparador había mucha fruta, y de decirse: «Muy sana debe de ser la fruta cuando el doctor tiene tanta», antes de que entrara el doctor Opendon. Iba todo vestido de negro, igual que el gato, y tras él iba su mujer, asimismo vestida de negro. La Ormsby le dio al doctor una guinea, y a cambio

recibió una botellita. El marido se recuperó esta vez. Entretanto el médico negro curó a mucha gente; pero un día un paciente rico se le murió, y los tres, gato, mujer y médico, desaparecieron a la noche siguiente. Un año después, el tal Ormsby se puso enfermo otra vez. Era hombre bien parecido, y su mujer estaba convencida de que la «gente gentil» lo andaba codiciando. Fue a ver al «médico de duendes» de Cairnsfoot. Nada más oír éste su relato, se colocó al otro lado de la puerta trasera y empezó a mascullar sortilegios. También en esta ocasión el marido se puso bien. Pero algún tiempo después volvió a enfermar, por vez tercera y fatal, y de nuevo la mujer se fue a Cairnsfoot, y el «médico de duendes» se puso al otro lado de su puerta trasera y empezó a mascullar, mas no tardó en regresar para decirle que era inútil: su marido moriría; y ni que decir tiene que el hombre murió, y desde entonces Mrs. Ormsby, cada vez que hablaba de él, movía la cabeza de un lado a otro y decía que ella sabía muy bien dónde estaba, y que no era en el Cielo ni en el Infierno ni tampoco en el Purgatorio. Probablemente creía que en su lugar habían dejado un tronco, pero tan embrujado que parecía el cuerpo sin vida de su marido.

También ella ha muerto ya, pero muchos que aún viven la recuerdan. Creo que durante una temporada fue sirvienta, o bien una especie de asistenta, de unos parientes míos.

A veces, a los que son raptados se les permite, al cabo de muchos años —siete por lo general—, ver por última vez, brevemente, a sus amistades. Hace muchos años, en Sligo, una mujer desapareció de repente cuando estaba paseando con su marido por un jardín. Cuando su hijo, que entonces era un bebé, se hizo mayor, por algún medio le llegó la noticia —no le fue transmitida por sus mayores— de que su madre se hallaba bajo el hechizo de los duendes, y a la sazón prisionera en una casa de Glasgow, y que anhelaba verle. Glasgow, en aquellos tiempos de los veleros, a la mentalidad campesina le parecía que estaba al otro lado del mundo conocido, pero él, como hijo obediente que era, se puso en camino. Pasó mucho tiempo recorriendo a pie las calles de Glasgow; finalmente vio a su madre en un sótano, trabajando. Ella le dijo que era muy feliz y que disponía de los más sabrosos manjares, y le preguntó si no querría comer algo. Y, al tiempo que decía esto, colocó sobre la mesa toda suerte de viandas; pero él, buen sabedor de que su madre estaba intentando hechizarlo dándole alimentos encantados, los rechazó y volvió con los suyos a su casa de Sligo.

A unas cinco millas de Sligo, hacia el sur, hay una charca tenebrosa y rodeada de árboles que es un importante lugar de concentración de aves acuáticas y al que se llama, por su forma, el lago Corazón. De este lago, como de la piedra blanca y cuadrada del Ben Bulben, emergen huestes sobrenaturales. Una vez unos hombres empezaron a desaguarlo; de pronto uno de ellos dio un grito y dijo que veía su casa en llamas. Se dieron la vuelta, y todos los que allí estaban vieron sus respectivas casas ardiendo. Regresaron a ellas a toda prisa para descubrir que no era más que un hechizo de los duendes. Aún hoy se ve a la orilla del lago una zanja a medio cavar: el sello de su impiedad. A poca distancia de este lago oí una hermosa y triste historia de

raptos de duendes. Se la oí a una viejecita con un gorro blanco, que canta en gaélico y se columpia de un pie a otro como si rememorara los bailes de su juventud.

Un joven que iba al anochecer a casa de su novia, con la que se acababa de casar, se encontró por el camino con una alegre compañía, y con ellos a su novia. Eran duendes y la habían robado para mujer del jefe de su banda. A él le parecieron tan sólo una compañía de joviales mortales. Su novia, al ver a su antiguo amor, le dio la bienvenida, pero estaba toda temerosa de que probara las viandas encantadas y se viera arrebatado del mundo por obra de un hechizo y sumido en esa nación incruenta y borrosa, por lo que lo convenció de que se sentara a jugar a las cartas con tres de los de la cabalgata; y el joven jugó y jugó, sin darse cuenta de nada hasta que vio al jefe de la banda que se llevaba a la desposada en brazos. Al instante se levantó de un salto, y supo que se trataba de duendes, porque toda aquella alegre compañía se disolvió en la sombra y la noche. Corrió a su casa, y al acercarse oyó el lamento de las plañideras y supo que su mujer había muerto. Algún poeta gaélico de poca monta había hecho de esta historia una balada ya olvidada, de la que mi amiga del gorro blanco recordaba y me cantó algunos versos sueltos.<sup>[a]</sup>

A veces oye uno hablar de personas raptadas que se comportan como genios benéficos con los vivos, como en el siguiente cuento, oído también muy cerca de la charca encantada, sobre John Kirwan, del Castillo de Hackett. Los Kirwan<sup>[b]</sup> son una familia acerca de la cual están llenas de rumores las historias campesinas, y se cree que descienden de un hombre y un espíritu. Han sido siempre famosos por su belleza, y he leído que la madre del actual Lord Cloncurry era de su tribu.

John Kirwan era un gran aficionado a las carreras de caballos, y una vez desembarcó en Liverpool con un magnífico ejemplar para ir a competir en algún lugar del centro de Inglaterra. Aquella noche, mientras paseaba junto a los muelles, se le acercó un rapaz y le preguntó en qué cuadra tenía su caballo. En tal sitio, contestó Kirwan. «No lo pongas ahí —le dijo el rapaz—; esa cuadra la van a quemar esta noche». Kirwan llevó su caballo a otro lugar, y ni que decir tiene que la cuadra fue incendiada. Al día siguiente se presentó el chico y le pidió en recompensa que le dejara correr y ser su jockey en la carrera que se avecinaba, y luego desapareció. Llegó la hora de la carrera. En el último momento el chico se adelantó corriendo y montó, diciendo: «Si lo fustigo con la mano izquierda es que voy a perder, pero si le doy con la derecha apuesta todo lo que tengas». Porque, decía Paddy Flynn, que me contaba la historia, «el brazo izquierdo no vale para nada. Ya podría yo estarme haciendo con él la señal de la cruz y todo eso hasta Navidad, que a una *banshee* no le haría más efecto que si fuera esa escoba». Bien, el rapaz fustigó al caballo con la mano derecha, y John Kirwan dejó limpios a todos sus contrincantes. Cuando la carrera hubo terminado, le dijo: «Y ahora, ¿qué puedo hacer yo por ti?». «Esto nada más —le dijo el chico—: mi madre tiene una cabaña en tus tierras; a mí me robaron de la cuna. Sé bueno con ella, John Kirwan, y yo velaré por que a tus caballos, vayan

donde vayan, no les persiga ningún mal; pero a mí no me volverás a ver». Y con esto se hizo aire, y desapareció.

A veces hay animales que son raptados: al parecer animales ahogados más que nada. Me contó Paddy Flynn que en Claremorris, en Mayo, vivía una pobre viuda con una vaca y su ternero. La vaca se cayó al río y la corriente se la llevó. Un hombre que andaba por allí se fue a ver a una mujer pelirroja —pues se supone que las pelirrojas saben de estas cosas—, y ésta le dijo que bajara al ternero a la orilla del río, y que se escondiera y vigilara. El hombre hizo lo que la mujer le había dicho, y al caer la tarde el ternero empezó a mugir, y al cabo de un rato la vaca apareció por la orilla del río y se puso a amamantarlo. El hombre, entonces, como se le había dicho, agarró a la vaca del rabo. Y marcharon a paso muy vivo, atravesando vallas y zanjas, hasta que llegaron a una realeza, como llamaba Paddy Flynn a los *raths*<sup>[\*]</sup>. Allí vio, paseando o sentadas, a todas las personas que en vida de él habían desaparecido de su aldea. En las afueras había una mujer sentada con un niño en las rodillas, y esta mujer le gritó que tuviera presente lo que le había aconsejado la mujer pelirroja, y él se acordó de que ésta le había dicho: «Sangra a la vaca». De modo que le clavó su cuchillo al animal y le extrajo sangre. Aquello rompió el hechizo, y él pudo hacer volver a la vaca a casa. «No te olvides de la manea —le dijo la mujer que tenía al niño en las rodillas—; coge la de dentro». Sobre un arbusto había tres maneas; cogió una, y le llevó a la viuda a casa su vaca sana y salva.

Apenas si hay algún valle o falda de montaña en que a uno no le puedan contar de alguien arrebatado en ellos. A dos o tres millas del lago Corazón vive una vieja que fue raptada en su juventud. Por una u otra razón, al cabo de siete años fue devuelta a casa, pero faltándole los dedos de los pies. Los había perdido de tanto bailar.

(Sin fecha)

## LOS INCANSABLES

Uno de los grandes problemas de la vida es que no podemos tener ninguna emoción pura. Siempre hay en nuestro enemigo algo que nos gusta, y en nuestro amor algo que nos desagrada. Es este enredo químico lo que nos hace viejos, y nos arruga la frente y hace más profundos los surcos de nuestros ojos. Si fuéramos capaces de amar y odiar con tan buen corazón como los Sidhe, podríamos volvernos tan longevos como ellos. Pero hasta que llegue ese día sus incansables gozos y pesares siempre habrán de constituir la mitad de su fascinación. En ellos jamás se agota el amor, y las órbitas de los astros no pueden rendir a sus pies danzantes. Los campesinos de Donegal se acuerdan de esto cuando se doblan sobre la pala, o se sientan junto a la criba, al anochecer, absortos en la pesadez de los campos, y cuentan historias sobre lo que no se puede olvidar. Hace poco tiempo, dicen, dos criaturas de pequeño tamaño, la una igual que un joven, la otra igual que una joven, se introdujeron en casa de un granjero, y se pasaron la noche deshollinando el hogar y limpiándolo todo. A la noche siguiente volvieron, y, mientras el granjero estaba fuera, metieron todos los muebles en una habitación del piso de arriba, y, tras ponerlos en círculo pegados a las paredes, al parecer para mayor grandiosidad, se pusieron a bailar. Bailaron y bailaron, y pasaron días y más días, y todo el paisanaje los venía a ver, pero sus pies seguían sin sentir cansancio en ningún momento. El granjero no se atrevía a vivir en la casa mientras tanto; y al cabo de tres meses decidió poner término a la situación, y fue y les dijo que iba a venir el cura. Al oír esto, las pequeñas criaturas se volvieron a su país, y en él su alegría durará mientras las puntas de los juncos sigan siendo marrones, dice la gente, y esto es hasta que Dios abraze el mundo con un beso.

Pero no son solamente los Sidhe los que conocen días inagotables, porque ha habido hombres y mujeres que, al caer bajo el hechizo de aquéllos, han alcanzado, tal vez de derecho, y en virtud de sus espíritus de origen divino, una abundancia de vida y de sentimiento que incluso supera a la de los duendes. Hace mucho tiempo nació una de esas mortales en una aldea del sur de Irlanda. Estaba en la cuna dormida, con su madre meciéndola al lado, cuando entró una mujer de los Sidhe y dijo que la niña había sido elegida como novia del príncipe del reino borroso, pero que, como en ningún caso sería conveniente que la mujer de éste envejeciera y muriese mientras él todavía siguiera en el ardor inicial del amor, se la dotaría de una vida feérica. La madre tenía que sacar del fuego el tronco al rojo y enterrarlo en el jardín, y su hija viviría en tanto el tronco permaneciera sin consumirse. La madre lo enterró, y la niña creció, se convirtió en una beldad, y se casó con el príncipe, que iba a verla al anochecer. Al cabo de setecientos años el príncipe murió, y otro príncipe reinó en su lugar y se casó a su vez con la hermosa campesina; y al cabo de otros setecientos años también murió, y vino otro príncipe y otro marido en su lugar, y así hasta que la joven hubo tenido siete maridos. Por fin un día el cura de la parroquia fue a visitarla,

y le dijo que era un escándalo para toda la vecindad, con sus siete maridos y su larga vida. Ella dijo que lo sentía mucho, pero que no tenía la culpa, y entonces le habló del tronco, y el cura salió sin perder tiempo y estuvo cavando hasta que lo encontró, y entonces lo quemaron, y ella murió, y recibió cristiana sepultura, y todo el mundo quedó contento. Otra de esas mortales fue Clooth-na-Bare,<sup>[a]</sup> que recorrió el mundo entero buscando un lago lo bastante profundo para ahogar su existencia feérica, de la que se había cansado, saltando de colina en lago y de lago en colina, y poniendo un montón de piedras como señal allí donde sus pies se posaran, hasta que por fin halló las aguas más profundas del mundo en el pequeño Lough Ia, que está en Sligo, en la cima de la Montaña de las Aves.

Las dos pequeñas criaturas bien pueden seguir aún bailando; y la mujer del tronco y Clooth-na-Bare dormir en paz, pues han conocido el odio sin trabas y el amor sin mezcla, y nunca se han fatigado con un «sí» y un «no», ni han visto sus pies enredados en la triste red del «quizá» y el «tal vez». Los grandes vientos vinieron y los incorporaron a su propia esencia.

1893



## TIERRA, FUEGO Y AGUA

Algún escritor francés al que leí siendo muchacho decía que el desierto se les había metido en el corazón a los judíos durante sus peregrinajes y que había hecho de ellos lo que son. No logro recordar por medio de qué argumento probaba que eran, incluso ahora, los indestructibles hijos de la tierra, pero bien puede ser que los elementos tengan sus propios hijos. Si conociéramos mejor a los Adoradores del Fuego puede que descubriéramos que sus siglos de piadosa observancia se han visto recompensados, y que el fuego les ha dado algo de su naturaleza; y yo estoy seguro de que el agua, el agua de los mares y de los lagos y de la bruma y la lluvia, poco menos que ha hecho a su imagen a los irlandeses. Las imágenes se forman continuamente en nuestras mentes como si se reflejaran en una charca. En la antigüedad nos entregamos a la mitología, y veíamos a los dioses por todas partes. Hablábamos con ellos cara a cara, y las historias de esa comunión son tantas que yo creo que superan en número a todas las historias similares de todo el resto de Europa. Hoy mismo nuestros campesinos hablan con los muertos y con algunos que tal vez nunca han muerto tal como nosotros entendemos la muerte; e incluso nuestra gente culta pasa sin gran dificultad al estado de la quietud, que es el estado propio de la visión. Podemos hacer que nuestras mentes se asemejen tanto a las aguas tranquilas que hay seres que se congregan en torno a nosotros para poder ver, tal vez, sus propias imágenes, y así vivir durante un instante con una vida más clara, quizá hasta más intensa, a causa de nuestra quietud. ¿Acaso no pensaba el sabio Porfirio que todas las almas llegan a nacer por causa del agua, y que «incluso la generación de imágenes en nuestras mentes es debida al agua»?

1902

## EL PUEBLO ANTIGUO

Una noche, hace unos quince años, caí en lo que parecía el poder del País de las Hadas. Había ido con un joven y su hermana —amigos y parientes míos— a sacarle historias a un viejo campesino; e íbamos ya de regreso a casa comentando lo que éste nos había contado. Estaba oscuro, y nuestras imaginaciones excitadas por sus historias de apariciones, y puede que esto nos llevara, sin que nos diéramos cuenta, al umbral, entre el sueño y la vigilia, donde se sitúan con los ojos abiertos las Esfinges y las Quimeras y donde siempre hay murmullos y susurros. Habíamos llegado a la sombra de unos árboles que oscurecían mucho el camino cuando la chica vio una luz brillante que se movía lentamente por el camino. Ni su hermano ni yo vimos nada, y nada vimos hasta que hubimos andado por espacio de una media hora a lo largo de la orilla del río y hubimos descendido por una estrecha vereda hasta unos campos en los que había una iglesia en ruinas cubierta de hiedra, y los cimientos de lo que se llamaba «el Pueblo Antiguo», que había sido quemado íntegramente, se decía, en tiempos de Cromwell. En la medida en que logro acordarme, llevábamos unos minutos mirando los campos llenos de piedras y zarzas y saúcos cuando vi una luz pequeña y brillante en el horizonte, que, según parecía, subía lentamente hacia el cielo; luego, durante uno o dos minutos, vimos otras luces débiles, y finalmente una llama brillante como la de una antorcha que se movía rápidamente por encima del río. Todo lo vimos en tal estado de ensueño, y parece todo tan irreal, que nunca hasta ahora he escrito ni apenas hablado de ello, e incluso cuando he pensado en ello, por algún impulso irracional, he evitado darle peso en la demostración. Tal vez he sentido que mis recuerdos de cosas vistas cuando el sentido de la realidad estaba debilitado no debían ser dignos de confianza. Hace unos meses, sin embargo, volví a hablar de ello con mis dos amigos, y contrasté sus ya algo flacos recuerdos con los míos. Ese sentido de irrealidad fue tanto más asombroso cuanto que al día siguiente oí ruidos tan inexplicables como aquellas luces, y sin ninguna emoción de irrealidad, y los recuerdo con perfectas claridad y seguridad. La chica estaba leyendo y escribiendo a un par de yardas de distancia, cuando oí un ruido como si hubieran arrojado una lluvia de guisantes contra el espejo, y mientras lo estaba mirando volví a oír un ruido como si algo mucho más grande que un guisante hubiera golpeado el friso de la pared junto a mi cabeza. Y tras ello, hubo durante algunos días otras visiones y ruidos, no para mí sino para la chica y su hermano y la servidumbre. Ahora era una luz brillante, ahora eran letras de fuego que desaparecían antes de poder ser leídas, ahora era un pesado pie que se desplazaba por la casa aparentemente vacía. Uno se pregunta si las criaturas que viven, según creen los campesinos, allí donde los hombres y las mujeres han vivido en tiempos más primitivos nos siguieron desde las ruinas del pueblo antiguo, o si vinieron desde las orillas del río, allí donde la primera luz, junto a los árboles, había brillado un instante.



## EL HOMBRE Y SUS BOTAS

Había en Donegal un incrédulo que no quería ni oír hablar de fantasmas ni duendes, y había en Donegal una casa que llevaba encantada desde que se tenía memoria, y ésta es la historia de cómo la casa se impuso al hombre. El hombre entró en la casa y encendió un fuego en la habitación situada debajo de la que estaba encantada, y se quitó las botas y las dejó en el hogar, y estiró los pies y se estuvo calentando. Durante un rato vio prosperar su incredulidad; pero poco después de que hubiera caído la noche, y se hubiera puesto todo muy oscuro, una de sus botas empezó a moverse. Se levantó del suelo y dio una especie de salto lento en dirección a la puerta, y a continuación la otra bota hizo lo propio, y tras ello la primera bota volvió a saltar. Y al hombre se le ocurrió al instante que un ser invisible se había introducido en sus botas y se marchaba ahora metido en ellas. Al llegar las botas a la puerta, se fueron lentamente escalera arriba, y entonces el hombre las oyó andar pesadamente por la habitación encantada que había encima. Pasaron unos minutos, y pudo oír las de nuevo en la escalera, y después en el pasillo de fuera, y a continuación una de ellas apareció por la puerta y entró, y la otra dio un salto adelantándose y entró también. Fueron hacia él a saltos, y entonces una se elevó y lo golpeó, y después lo golpeó la otra, y acto seguido volvió a golpearlo la primera, y así sucesivamente, hasta que lo sacaron de la habitación, y finalmente de la casa. De este modo fue echado a patadas por sus propias botas, y Donegal se vio vengada de su incrédulo. No se sabe si el ser invisible era un fantasma o uno de los Sidhe, pero la naturaleza fantástica de la venganza parece obra de los Sidhe, que viven en el corazón de la fantasía.

1893

## UN COBARDE

Un día estaba yo en casa de mi amigo el pujante hacendado, que vive más allá del Ben Bulben y de la montaña de Cope, y conocí allí a un chico joven que parecía no ser del agrado de las dos hijas. Les pregunté por qué les desagradaba, y se me dijo que era un cobarde. Esto me interesó, pues algunos de los que los hijos robustos de la Naturaleza toman por cobardes no son más que hombres y mujeres con un sistema nervioso demasiado delicadamente forjado para su vida y su trabajo. Miré al muchacho; pero no, aquella cara rosa y blanca y aquel cuerpo fuerte no tenían nada de sensibilidad excesiva. Al cabo de un rato me contó su historia. Había tenido una vida indómita y temeraria, hasta que un día, dos años antes, volvía a casa tarde por la noche cuando de repente se sintió sumergirse, por así decirlo, en el mundo fantasmal. Durante un instante vio alzarse ante sí el rostro de un hermano que había muerto, y entonces dio media vuelta y echó a correr. No se detuvo hasta llegar a una cabaña que se encontraba casi a una milla carretera abajo. Se lanzó contra la puerta con tanta violencia que partió el grueso pasador de madera y cayó al suelo. A partir de aquel día abandonó su vida indómita, pero era ya un cobarde sin esperanza. Nada logró nunca inducirle a mirar, ni de día ni de noche, el lugar en el que había visto el rostro, y a menudo daba un rodeo de dos millas para evitarlo; ni, decía, «podría la chica más bonita de la región» persuadirlo para que la acompañara hasta casa después de una fiesta si estaba solo.

1893

## LOS TRES O'BYRNE Y LOS DUENDES MALIGNOS

En el reino borroso hay una gran abundancia de todo lo excelente. Hay en él más amor que en la tierra; hay en él más danza que en la tierra; y hay en él más tesoros que en la tierra. Quizá al principio la tierra estuvo hecha para satisfacer el deseo del hombre, pero ahora se ha hecho ya vieja y está en decadencia. ¡No es de extrañar que intentemos sangrar los tesoros de ese otro reino!

Un amigo estaba una vez en una aldea cerca del Slieve League. Un día andaba dando vueltas por un *rath* llamado «Cashel Nore».<sup>[1]</sup> Un hombre de rostro montaraz, y desgredado, y con la ropa cayéndosele a pedazos, llegó a la antigua fortificación y se puso a cavar. Mi amigo se volvió a un campesino que estaba trabajando cerca y le preguntó quién era el hombre. «Ése es el tercer O'Byrne», fue la respuesta. Unos días después se enteró de la siguiente historia: un tesoro muy cuantioso había sido enterrado en el *rath* en los tiempos paganos, y numerosos duendes malignos habían sido apostados para guardarlo; pero un día habría de ser encontrado y pertenecería a la familia de los O'Byrne. Con anterioridad a ese día tres O'Byrne tenían que encontrarlo y morir. Dos ya lo habían hecho. El primero había cavado hasta que por fin había vislumbrado la caja de piedra que lo guardaba, pero al instante algo parecido a un enorme perro peludo bajó por la montaña y lo hizo trizas. A la mañana siguiente el tesoro había vuelto a desaparecer en las profundidades de la tierra. Vino el segundo O'Byrne y cavó y cavó hasta que halló la caja, y levantó la tapa y vio relucir el oro en su interior. Un momento después tuvo alguna visión espantosa, y se volvió completamente loco y no tardó en morir. El tesoro volvió a desaparecer de la vista. El tercer O'Byrne está cavando. Cree que en el momento en que encuentre el tesoro morirá de alguna forma espantosa, pero que el hechizo se verá roto y la familia O'Byrne enriquecida para siempre, como lo estaban antiguamente.

Un campesino de los alrededores vio una vez el tesoro. Encontró una tibia de liebre sobre la hierba. La cogió; había un agujero en ella; miró por el agujero y vio el oro amontonado debajo de la tierra. Fue corriendo a casa a traer una pala, pero cuando llegó de nuevo al *rath* no pudo dar con el lugar en el que lo había visto.

1893

## DRUMCLIFF Y ROSSES

Drumcliff y Rosses eran, son y serán siempre, ¡quíéralo el Cielo!, lugares frecuentados por lo sobrenatural. Yo he vivido cerca de ellos y en ellos, repetidas veces, y gracias a eso he acumulado mucho saber feérico. Drumcliff es un valle ancho y verde que yace al pie del Ben Bulben, al que el gran san Columba en persona, edificador de muchas de las ruinas antiguas del valle, se subió un día para acercarse al Cielo con sus oraciones. Rosses es una pequeña llanura arenosa lindante con el mar, cubierta de hierba corta, como un tapete verde, y que yace en la espuma a mitad de camino entre el redondo Knocknarea, coronado de montones de piedras conmemorativos, y «el Ben Bulben, famoso por sus halcones»:

Pero ya entre el Ben Bulben y el Knocknarea  
muchos pobres marinos naufragarían,

como dice la rima.

En la parte septentrional de Rosses hay un pequeño promontorio de arena y rocas y hierba: un paraje lúgubre y encantado. Pocos campesinos se quedarían dormidos a la sombra de su acantilado bajo, pues el que aquí duerme puede despertarse «tonto», al habersele llevado el alma los Sidhe. No hay atajo más presto hasta el reino borroso que esta punta poblada de chorlitos, pues, obstruida y oculta a la vista ahora por montículos de arena, una larga cueva, «llena de oro y plata, y de las más hermosas salitas y salones», conduce hasta allí. Una vez, antes de que la tapara la arena, un perro se extravió en su interior, y se lo oyó gañir en vano bajo tierra en un fuerte lejano de tierra adentro. Estos fuertes o *raths*, construidos antes de que se hubiera iniciado la historia moderna, cubren todo Rosses y todo Columcille. Aquél en el que gañía el perro tiene, como la mayoría de los demás, una cámara subterránea en forma de colmena en el centro. Una vez en que andaba yo fisgando por allí, un campesino desacostumbradamente inteligente y «lector» que me había acompañado, y esperaba fuera, se arrodilló junto a la abertura, y susurró con tímida voz: «¿Está usted bien, señor?». Yo llevaba ya un ratito bajo tierra, y el hombre temía que se me hubieran llevado como al perro.

Este fuerte o *rath* está en la cima de una pequeña colina, en cuya vertiente septentrional hay unas cuantas cabañas dispersas. Una noche el hijo de un granjero salió de una de ellas y vio el fuerte todo en llamas, y corrió hacia él, pero el «encanto» se apoderó del joven, y de un salto se subió a una valla, con las piernas cruzadas, y se puso a azotarla con una vara, pues se imaginaba que la valla era un caballo. Por la mañana aún seguía azotando su valla, cabalgando todavía por el campo, según le parecía a él, y lo llevaron a casa, donde permaneció convertido en un bobalicón durante tres años antes de volver otra vez en sí. Poco después un granjero

trató de arrasar el fuerte. Las vacas y los caballos se le murieron, y toda clase de desgracias se abatieron sobre él, y finalmente lo llevaron a casa, y se quedó hecho un inútil con «la cabeza encima de las rodillas, al lado del fuego, hasta el día de su muerte».

A unos centenares de yardas al sur del ángulo septentrional de Rosses hay otro ángulo que también tiene su cueva, aunque ésta no está tapada por la arena. Hace unos veinte años un bergantín naufragó cerca de allí, y tres o cuatro pescadores fueron apostados para vigilar el casco abandonado durante la oscuridad. A medianoche vieron, sentados en una piedra en la boca de la cueva, a dos violinistas con gorros rojos tocando el violín con todas sus fuerzas. Los hombres salieron huyendo. Una gran multitud de lugareños bajó corriendo a la cueva para ver a los violinistas, pero las criaturas ya habían desaparecido.

Para el sabio campesino las verdes colinas y bosques que lo rodean están llenos de un misterio que jamás decrece. Cuando la campesina de edad avanzada sale a su puerta al atardecer, y, según sus propias palabras, «mira las montañas y piensa en la bondad de Dios», Dios está tanto más cerca cuanto que las fuerzas paganas no andan lejos: pues al norte, en el Ben Bulben, famoso por sus halcones, la blanca puerta cuadrada gira y se abre al ponerse el sol, y esos indómitos jinetes infieles se precipitan a los campos, mientras al sur la Dama Blanca, que sin duda es Maeve en persona, vaga bajo el amplio gorro de dormir de nubes del Knocknarea. ¿Cómo puede la campesina dudar de estas cosas, aunque el cura le haga gestos de desaprobación con la cabeza? ¿Acaso no vio, hace no mucho, un pastorcillo a la Dama Blanca? Pasó tan cerca de él que la falda de su vestido lo rozó. «Se desplomó, y estuvo muerto tres días».

Una noche, mientras, sentado, me comía el pan salado de Mrs. H..., su marido me contó una historia bastante larga, con mucho la mejor de cuantas oí en Rosses. Muchos pobres hombres, desde Finn mac Cumhal<sup>[\*]</sup> hasta nuestros días, han tenido aventuras parecidas que contar, pues a los «Buenos» les encanta repetirse. En todo caso les encanta a los cuentistas. «En los tiempos en que solíamos viajar por el canal —dijo—, bajaba yo desde Dublín. Al llegar a Mullingar se terminó el canal, y eché a andar, y estaba fatigado y con agujetas después de la lentitud. Me acompañaban algunos amigos, y a ratos caminábamos, a ratos íbamos en un carro. Así hasta que vimos a unas muchachas ordeñando vacas, y nos paramos a bromear con ellas. Al cabo de un rato les pedimos un trago de leche. “No tenemos aquí nada donde echarla —dijeron—, pero venid a la casa con nosotras”. Fuimos a la casa con ellas, y estuvimos hablando sentados alrededor del fuego. Al cabo de un rato los demás se marcharon, y me dejaron a mí, reacio a apartarme del buen fuego. Les pedí algo de comer a las muchachas. Había una marmita en el fuego, y sacaron la carne que había en ella y me la pusieron en un plato, y me dijeron que me comiera solamente la carne que venía de la cabeza. Cuando hube comido, las muchachas salieron, y ya no las volví a ver. Fue oscureciendo más y más, y allí seguía yo sentado, aún reacio a



abandonar el buen fuego, y al cabo de un rato entraron dos hombres, portando entre ellos un cadáver. Al verlos venir me escondí detrás de la puerta. Le dice el uno al otro, poniendo el cadáver en el asador: “¿Quién va a darle vueltas a la carne?”. Dice el otro: “Michael H..., sal de ahí y dale vueltas a la carne”. Salí todo tembloroso, y me puse a darle vueltas al cadáver. “Michael H...—dice el que había hablado primero—, si dejas que se queme tendremos que ponerte a ti en el asador en su lugar”; y tras eso salieron. Yo me quedé allí sentado temblando y dándole vueltas al cadáver hasta cerca de la medianoche. Volvieron los hombres, y el uno dijo que se había quemado, y el otro dijo que lo había hecho bien. Pero tras reñir por ello, los dos dijeron que por aquella vez no me harían ningún daño; y, tomando asiento junto al fuego, uno de ellos me espetó: “Michael H..., ¿eres capaz de contarme un cuento?”. “Y un diablo”, dije yo. Ante lo cual me agarró por los hombros y me echó fuera como una bala. Hacía una noche tormentosa y ventosa. Nunca en toda mi vida vi noche igual: la noche más oscura que jamás hayan desatado los cielos. Ni por mi vida sabía dónde estaba. Así que cuando uno de los hombres salió detrás de mí y me tocó en el hombro, con un “Michael H..., ¿eres capaz de contar un cuento ahora?”, digo: “Lo soy”. Me metió dentro; y, poniéndome junto al fuego, dice: “Empieza”. “No tengo más cuento que el que cuenta —digo yo— que estaba yo aquí sentado, y dos hombres, vosotros, entraron un cadáver y lo pusieron en el asador, y a mí me pusieron a darle vueltas”. “Ése valdrá —dice él—; puedes entrar ahí y echarte en la cama”. Y fui, nada reacio; y por la mañana, ¡dónde estaba sino en medio de un campo muy verde!».

Drumcliff es un gran lugar para los augurios. Antes de una temporada de pesca propicia aparece un barril de arenques en medio de un nubarrón; y en un sitio llamado la Playa de Columcille, un paraje pantanoso y cenagoso, una barca antigua, con san Columba en persona, llega desde el mar flotando en una noche de luna clara; presagio de una cosecha espléndida. También tienen sus espantosos agüeros. Hace unas cuantas temporadas un pescador vio, en el horizonte a lo lejos, al célebre Hy Brazil<sup>[\*]</sup>, que quien lo toca no habrá ya de vérselas con más preocupaciones ni esfuerzos, ni risas cínicas, sino que pasará bajo el más sombreado boscaje, y disfrutará de la conversación de Cuchulain y sus héroes. Una visión de Hy Brazil presagia conflictos nacionales. Drumcliff y Rosses están atiborrados de fantasmas. Junto al pantano, el camino, el *rath*, la ladera, la orilla del mar, se congregan bajo todas las formas: mujeres sin cabeza, hombres con armadura, liebres chinescas, podencos con lengua de fuego, focas silbadoras y demás. Una foca silbadora hundió un barco el otro día. En Drumcliff hay un cementerio muy antiguo. *The Annals of the Four Masters*<sup>[\*]</sup> tienen el siguiente verso acerca de un soldado llamado Denadhach, que murió en 871: «Un piadoso soldado de la raza de Conn yace bajo cruces de avellano en Drumcliff». Hace no mucho, una vieja que se disponía a entrar de noche en el camposanto para rezar, vio, de pie delante de ella, a un hombre con armadura que le preguntó dónde iba. Era el «piadoso soldado de la raza de Conn», dice la sabiduría local, que todavía custodia, con su antigua piedad, el cementerio. Por aquí también es aún corriente la

costumbre de rociar el umbral con la sangre de una gallina cuando muere un niño muy pequeño, para así (según la creencia) hacer pasar a la sangre los espíritus malignos del alma demasiado débil. La sangre es una gran congregadora de espíritus malignos. Se dice que cortarse en la mano con una piedra al entrar en un fuerte es muy peligroso.

No hay en Drumcliff ni en Rosses fantasma más curioso que el fantasma-agachadiza. En una aldea que conozco bien hay un arbusto detrás de una casa: por excelentes razones no digo si en Drumcliff o en Rosses o en la ladera del Ben Bulben, o incluso en la planicie que circunda el Knocknarea. Hay una historia relativa a la casa y al arbusto. Una vez vivió allí un hombre que se encontró en el muelle de Sligo un sobre con trescientas libras en billetes. Se le había caído a un capitán de barco extranjero. Esto lo sabía mi hombre, pero no dijo nada. Era dinero de un flete, y el capitán de barco, no atreviéndose a enfrentarse con sus dueños, se suicidó en medio del océano. Poco después mi hombre murió. Su alma no pudo encontrar reposo. En todo caso, se oían ruidos extraños en torno a su casa. A su mujer, gente que aún vive la vio con frecuencia fuera, en el jardín, rezándole al arbusto del que he hablado, pues a veces se aparecía allí la sombra del muerto. El arbusto sigue hoy en su sitio: en su día parte de un seto, ahora está solo, pues nadie se atreve a meterle pala ni podadera. En cuanto a los ruidos y voces extraños, no cesaron hasta hace unos pocos años, cuando, en el transcurso de unas reparaciones, una agachadiza salió volando del yeso sólido y huyó; el atribulado fantasma del que encontró los billetes, dicen los vecinos, por fin se vio desalojado.

Mis antepasados y parientes llevan muchos años viviendo cerca de Rosses y Drumcliff. A unas cuantas millas al norte yo soy un completo desconocido, y soy incapaz de averiguar nada. Cuando pregunto por historias de los duendes, mi respuesta es más o menos como la que me dio una mujer que vive cerca de un fuerte de piedra blanca —uno de los pocos de piedra que hay en Irlanda— debajo del ángulo marino del Ben Bulben. «Ellos siempre se ocupan de sus propios asuntos y yo me ocupo siempre de los míos»: pues es peligroso hablar de ellos. Sólo la amistad con uno o el conocimiento de los antepasados de uno soltarán estas lenguas cautas. Un amigo mío (no doy su nombre por temor a los aforadores) posee el arte de sacar lo que guarda el corazón más terco, pero luego abastece de grano de sus propios campos a los fabricantes de whisky ilegal. Además, desciende de un célebre mago gaélico, y tiene una especie de derecho consuetudinario a oír historias de toda suerte de criaturas del otro mundo. Éstas son parientes suyos, si es verdad cuanto dice la gente respecto al linaje de los magos.

# EL GRUESO CRÁNEO DE LOS AFORTUNADOS

## I

Una vez un grupo de campesinos islandeses encontró un cráneo muy grueso en el cementerio en que el poeta Egil estaba enterrado. Su enorme grosor les hizo estar seguros de que se trataba del cráneo de un gran hombre, sin duda el del mismísimo Egil. Para asegurarse por partida doble lo pusieron encima de una tapia y le dieron fuertes martillazos. Se ponía blanco allí donde le caían los golpes, pero no se partía, y se convencieron de que era en verdad el cráneo del poeta, y digno de todos los honores. En Irlanda tenemos muchas afinidades con los islandeses, o «daneses», como los llamamos, y con todos los demás habitantes de los países escandinavos. En algunos de nuestros parajes montañosos y yermos, y en nuestras aldeas costeras, todavía nos ponemos a prueba los unos a los otros de manera muy parecida a como los islandeses pusieron a prueba la cabeza de Egil. Puede que hayamos adquirido la costumbre de aquellos antiguos piratas daneses, cuyos descendientes, me cuentan las gentes de Rosses, aún recuerdan todos y cada uno de los campos y altozanos de Irlanda que un día pertenecieron a sus antepasados, y son capaces de describir el propio Rosses tan bien como cualquier nativo. Hay un barrio costero conocido como Roughley, en el que no se sabe que los hombres se afeiten ni recorten jamás sus levantiscas barbas rojas, y en el que siempre hay alguna pelea en marcha. Yo los he visto chocar unos con otros en una regata, y tras mucho gaélico a gritos, pegarse los unos a los otros con los remos. El primer bote había encallado, y, a base de propinarles golpes con los largos remos, impidieron pasar al segundo, sólo por darle el triunfo al tercero. Un día, dice la gente de Sligo, un hombre de Roughley fue juzgado en Sligo por partir un cráneo en una riña, y se valió de la defensa, no desconocida en Irlanda, de que algunas cabezas son tan poco consistentes que uno no puede hacerse responsable de ellas. Tras haberse vuelto hacia el abogado fiscal con una mirada de vehemente desprecio, y haber exclamado: «El cráneo de ese pequeñajo, si hubiera uno de golpearlo, se abriría como un cascarón de huevo. Le lanzó al juez una gran sonrisa, y le dijo con voz zalamera: Pero al de su señoría se podría estar uno dándole golpes dos semanas».

1893

## II

Todo esto lo escribí hace años, basándome en lo que ya entonces eran antiguos recuerdos. Estuve en Roughley el otro día, y lo encontré muy parecido a otros lugares desolados. Puede que estuviera pensando en Moughorow, un lugar mucho más salvaje, pues los recuerdos de la niñez son algo muy quebradizo para apoyarse en ellos.

1902

## LA RELIGIÓN DE UN MARINO

Un capitán de barco, cuando está de pie en el puente, o mira hacia fuera desde su caseta de cubierta, piensa mucho en Dios y en el mundo. Allá lejos, en el valle, entre el trigo y las amapolas, los hombres bien pueden olvidarse de todo excepto el calor del sol en la cara, y la benigna sombra debajo del seto; pero el que viaja a través de la tormenta y la oscuridad no tiene más remedio que pensar y pensar. Un mes de julio, hace un par de años, cené con un tal capitán Moran a bordo del vapor de hélice *Margaret*, que había puesto rumbo a un río del oeste viniendo no sé de dónde. Me pareció un hombre de muchas ideas, sazonadas todas por su personalidad, como suele ocurrir con los marinos.

—Señor —me dijo—, ¿ha oído usted hablar alguna vez de la plegaria de los capitanes de barco?

—No —dije yo—; ¿cuál es?

—Es —respondió—: «Oh, Señor, déjame poner al mal tiempo buena cara».

—¿Y eso qué significa?

—Significa —dijo— que cuando alguna noche me vienen a despertar y me dicen: «Capitán, nos estamos hundiendo», yo no haga el ridículo. Vaya, señor, estábamos en medio del Atlántico, y yo estaba de pie en el puente, cuando me viene el tercero de a bordo con pinta de estarse muriendo. Dice: «Capitán, todo ha terminado para nosotros». Digo yo: «¿No sabía usted cuando se enroló que cada año se hunde un cierto porcentaje?». «Sí, señor», dice él; y digo yo: «¿Y no se le paga a usted por que se hunda?». «Sí, señor», dice él; y digo yo: «¡Pues húdase usted entonces como un hombre, y váyase al infierno!».

1893

## ACERCA DE LA PROXIMIDAD DEL CIELO, LA TIERRA Y EL PURGATORIO

En Irlanda este mundo y el mundo al que vamos después de la muerte no están muy separados. Yo he oído hablar de un fantasma que se pasó muchos años en un árbol y muchos años en la arcada de un puente, y mi vieja de Mayo dice: «Hay un arbusto allá arriba, donde yo vivo, y la gente anda diciendo que debajo hay dos almas cumpliendo su penitencia. Cuando el viento sopla en una dirección, la una está resguardada, y cuando sopla del norte lo está la otra. Está todo combado por la forma en que están echando raíces debajo para estar resguardadas. Yo no me lo creo, pero hay muchos que no pasarían junto a él de noche». En verdad hay veces en que los mundos están tan pegados que parece como si nuestros bienes muebles terrenales no fueran más que las sombras de cosas del más allá. Una dama que yo conocí vio una vez a una niña aldeana corriendo de aquí para allá con unas largas enaguas que iba arrastrando, y le preguntó por qué no había hecho que se las acortaran. «Eran de mi abuela —dijo la niña—; ¿es que quiere usted que ella vaya por ahí con las enaguas llegándole sólo hasta las rodillas, cuando no lleva muerta más que cuatro días?». Yo he leído una historia acerca de una mujer cuyo fantasma se aparecía a los suyos porque le habían hecho tan corta la mortaja que los fuegos del Purgatorio le quemaban las rodillas. Los campesinos esperan tener más allá de la tumba casas muy parecidas a sus casas terrenales, sólo que en ellas no se le harán goteras al techo de paja, ni las paredes blancas perderán su brillo, ni se quedará en ningún momento la vaquería sin buena leche y mantequilla. Pero de vez en cuando un terrateniente o un agente o un aforador pasarán mendigando pan, para mostrar cómo Dios separa a los justos de los pecadores.

*1892 y 1902*

## LOS DEVORADORES DE PIEDRAS PRECIOSAS

A veces, cuando he estado apartado de los intereses públicos, y me he olvidado durante breve tiempo de estar inquieto, me vienen sueños de los que lo hacen despertarse a uno, ahora borrosos y como en sombras, ahora vívidos y de apariencia sólida, como el mundo material que tengo bajo mis pies. Tanto si son borrosos como si son vívidos, está siempre más allá de mi fuerza de voluntad el alterarlos en ningún sentido. Tienen voluntad propia, y se deslizan de acá para allá, y cambian según sus propios mandatos. Un día vi borrosamente un inmenso pozo de negrura, alrededor del cual corría un parapeto circular, y en este parapeto estaban sentados innumerables monos comiendo piedras preciosas que salían de las palmas de sus manos. Las piedras relucían verdes y carmesíes, y los monos las devoraban con un hambre insaciable. Sabía que estaba viendo en ello mi propio Infierno, el Infierno de los artistas, y que cuantos buscaron lo bello y maravilloso con una sed demasiado ávida perdieron la paz y la forma y se hicieron informes y vulgares. Me he asomado también a los Infiernos de otras personas, y en uno vi a un Pedro infernal, que tenía la cara negra y los labios blancos, y que pesaba en una curiosa balanza doble no sólo las malas acciones cometidas, sino las buenas dejadas de hacer, por ciertas sombras invisibles. Yo veía subir y bajar la balanza, pero no veía a las sombras que, lo sabía, se apiñaban en torno a él. En otra ocasión vi a una gran cantidad de demonios con todo tipo de formas —pisciformes, serpentinos, simiescos y perrunos— sentados alrededor de un pozo negro igual que el de mi propio Infierno, y mirando el reflejo como lunar de los cielos, que brillaba en su ascenso desde las profundidades del pozo.

1893

## NUESTRA SEÑORA DE LAS COLINAS

Cuando éramos niños no decíamos «a tal distancia de la oficina de correos», ni «a tanta de la carnicería o de la tienda de ultramarinos», sino que medíamos las cosas por el pozo cubierto del bosque, o por la madriguera del zorro de la colina. Entonces pertenecíamos a Dios y a sus obras, y a las cosas venidas desde los tiempos antiguos. Si entre las blancas setas de las montañas hubiéramos encontrado los pies refulgentes de un ángel no nos habría causado gran sorpresa, porque en aquellos días conocíamos la desesperación inmensa, el amor sin fondo —todos los eternos estados del ánimo—, pero ahora la red que nos atrapa envuelve nuestros pies. A unas millas al este del Lough Gill, una joven protestante, que era tan linda como iba lindamente vestida de azul y blanco, vagaba por entre esas setas de la montaña, y tengo una carta suya en la que cuenta cómo se encontró con un grupo de niñas, y pasó a ser parte de sus sueños. Las niñas, nada más verla, se tiraron boca abajo a un macizo de juncos, como si les diera mucho miedo; pero al cabo de un ratito se les acercaron otras niñas, y se levantaron y se pusieron a seguir a la joven casi temerariamente. Ella se dio cuenta de su temor, y al poco se paró y extendió los brazos. Una niña se echó en ellos al grito de: «¡Ah, tú eres la Virgen salida del cuadro!». «No —dijo otra, acercándose también—, es un hada del cielo, porque tiene el color del cielo». «No —dijo una tercera—, es el hada que sale de la dedalera, que se ha hecho grande». Las demás niñas, sin embargo, afirmaron que en efecto era la Virgen, porque llevaba los colores de la Virgen. El buen corazón protestante de la joven se sintió enormemente conturbado, e hizo que las niñas se sentaran a su alrededor, y trató de explicarles quién era, pero ellas no aceptaban explicación ninguna. Viendo que las explicaciones no servían de nada, les preguntó si habían oído hablar alguna vez de Cristo. «Sí —dijo una—; pero no nos gusta, porque si no fuera por la Virgen nos mataría». «Dile tú que sea bueno conmigo», le susurró otra al oído. «A mí no me dejaría acercarme, porque dice papá que soy un diablo», gritó una tercera. La joven les habló durante largo rato de Cristo y los apóstoles, pero finalmente se vio interrumpida por una mujer entrada en años y con un bastón, que, tomándola por alguna atrevida proselitista, se llevó a las niñas, pese a las explicaciones de éstas de que allí estaba la gran Reina del Cielo que había venido a pasear por la montaña y era buena con ellas. Cuando las niñas se hubieron ido, la joven prosiguió su camino, y había andado alrededor de media milla cuando la niña a la que llamaban «diablo» saltó desde lo alto de la zanja de la vereda, y le dijo que se creería que era «una señora vulgar y corriente» si llevaba «dos faldas», porque «las señoras siempre llevaban dos faldas». Las «dos faldas» fueron mostradas, y la niña se alejó cabizbaja, pero unos minutos más tarde volvió a saltar desde la zanja, y gritó furiosa: «Papá es un diablo, mamá es un diablo y yo soy un diablo, y tú no eres más que una señora vulgar y corriente», y tras tirar un puñado de barro y guijarros se fue corriendo entre sollozos. Cuando mi linda protestante llegó a su casa descubrió



que había perdido las borlas de su parasol. Un año después estaba por casualidad en la montaña, pero llevando ahora un sencillo vestido negro, y se encontró a la primera niña que la había llamado la Virgen salida del cuadro, y vio las borlas colgando del cuello de la niña, y le dijo: «Soy la señora que os encontrasteis el año pasado y que os habló de Cristo». «¡No, tú no eres! ¡No, tú no eres! ¡No, tú no eres!», fue la indignada respuesta.

1893

## LA EDAD DE ORO

Hace no mucho iba yo en el tren, y nos estábamos acercando a Sligo. La última vez que había estado allí andaba preocupado con algo, y había deseado ardientemente un mensaje de esos seres o estados incorpóreo del ánimo, o lo que quiera que sean, que habitan el mundo de los espíritus. El mensaje llegó, porque una noche vi con claridad cegadora, mientras estaba echado en un duermevela, un animal negro, mitad comadreja mitad perro, que avanzaba por la parte superior de un muro de piedra, y al poco el negro animal desapareció, y vino por el otro lado un perro blanco parecido a una comadreja, cuya carne rosa relucía por entre el pelo blanco, y todo envuelto en un resplandor luminoso; y me acordé de una creencia campesina acerca de dos perros encantados que van por ahí representando el día y la noche, el bien y el mal, y me sentí reconfortado por el excelente augurio. Pero ahora anhelaba un mensaje de otro tipo, y el azar, si es que el azar existe, lo trajo, pues un hombre entró en el vagón y se puso a tocar un violín hecho aparentemente con una vieja caja de betún, y aunque yo soy negado para la música, los sonidos me llenaron de las más extrañas emociones. Me pareció oír una voz cuyo lamento procedía de la Edad de Oro. Me dijo que somos imperfectos, incompletos, y que no somos ya como una hermosa tela tejida, sino como un manojo de cuerdas enredadas y tiradas en un rincón. Dijo que el mundo fue una vez absolutamente perfecto y amable, y que el mundo amable y perfecto aún seguía existiendo, pero enterrado como un montón de rosas bajo muchas paladas de tierra. Los duendes y los espíritus de mayor inocencia vivían en él, y se lamentaban de nuestro mundo caído en el lamento de las cañas agitadas por el viento, en el canto de los pájaros, en el gemido de las olas y en el dulce llanto del violín. Dijo que entre nosotros los hermosos no son inteligentes y los inteligentes no son hermosos, y que nuestros mejores momentos los estropea un poco de vulgaridad, o una punzada provocada por los recuerdos tristes, y que el violín habrá de lamentarse siempre de todo ello. Dijo que bastaría con que pudieran morir los que viven en la Edad de Oro para que nosotros pudiéramos ser felices, porque las voces tristes se callarían; pero ellas deben cantar y nosotros debemos llorar hasta que giren y se abran las puertas eternas.

1893

## REPRIMENDA A LOS ESCOCESOS POR HABERLES AGRIADO EL CARÁCTER A SUS FANTASMAS Y DUENDES

Irlanda no es el único lugar en el que aún existe la creencia en los duendes. El otro día, sin ir más lejos, supe de un granjero escocés que creía que el lago que había delante de su casa estaba encantado por un caballo acuático. Tenía miedo de él, y rastreó el lago con redes, y luego intentó vaciarlo con una bomba. Mala cosa habría sido para el caballo acuático si lo hubiera encontrado. Un campesino irlandés hace mucho que habría llegado a un entendimiento con la criatura. Porque en Irlanda hay algo de atemorizado afecto entre los hombres y los espíritus. Se maltratan los unos a los otros sólo dentro de lo razonable; cada uno admite que el otro tiene sentimientos. Hay puntos más allá de los cuales ninguno de los dos irá. Ningún campesino irlandés trataría a un duende apresado como lo hizo el hombre del que habla Campbell<sup>[\*]</sup>. Capturó a una yegua acuática, y la ató a la grupa de su caballo. Era fiera, pero él la obligó a estarse quieta clavándole una lezna y una aguja. Llegaron a un río, y la yegua se puso muy agitada, temerosa de cruzar el agua. El hombre volvió a clavarle la lezna y la aguja. La yegua exclamó: «Atraviésame con la lezna, pero no me metas esa miserable [la aguja] delgada y fina como un cabello». Llegaron a una venta. Él alumbró con la luz de un farol a la yegua; al instante ésta se desplomó «como una estrella fugaz», y se convirtió en una masa de gelatina. Estaba muerta. Ni tampoco tratarían los irlandeses a los duendes como se trata a uno en un antiguo poema de las Tierras Altas. Un duende amaba a una niña que solía cortar turba en la ladera de una colina encantada. Todos los días la mano del duende asomaba por la colina con un cuchillo encantado. La niña solía cortar la turba con el cuchillo. No tardaba mucho, al estar el cuchillo embrujado. Sus hermanos se preguntaban por qué terminaba tan rápidamente. Por fin decidieron espiar, y averiguar quién la ayudaba. Vieron la pequeña mano salir de la tierra, y a la niña cogerle el cuchillo. Cuando la turba estuvo toda cortada, la vieron dar tres golpecitos con el mango en el suelo. La pequeña mano salió de la colina. Arrebatándole el cuchillo a la niña, los hermanos cortaron la mano de un tajo. Nunca se volvió a ver al duende. Devolvió su ensangrentado brazo al interior de la tierra, creyendo, según consta, que había perdido la mano por la traición de la niña.

En Escocia sois demasiado teológicos, demasiado tenebrosos. Hasta al Diablo lo habéis hecho religioso. «¿Dónde vive usted, señora, y cómo está el pastor?», le dijo a la bruja al encontrársela en la carretera, como se reveló en el proceso. Habéis quemado a todas las brujas. En Irlanda las hemos dejado en paz. Claro que la «minoría leal» le sacó el ojo a una con el troncho de una col el 31 de marzo de 1711, en el pueblo de Carrickfergus. Pero resulta que la «minoría leal» es medio escocesa.

Habéis descubierto que los duendes son paganos y malvados. Os gustaría llevarlos a todos ante el magistrado. En Irlanda los belicosos mortales se han mezclado con ellos, y los han ayudado en sus batallas, y ellos a su vez han enseñado a los hombres gran destreza con las hierbas, y a unos pocos les han permitido escuchar sus melodías. Carolan<sup>[\*]</sup> durmió en un *rath* encantado. Desde entonces las melodías de los duendes le rondaron la cabeza, e hicieron de él el gran músico que fue. En Escocia los habéis censurado desde el púlpito. En Irlanda los curas les han permitido que les hagan consultas acerca del estado de sus almas. Desdichadamente los curas han decidido que no tienen alma, que se secarán completamente como tanto vapor traslúcido en el día final; pero lo han decidido más con tristeza que con ira. A la religión católica le gusta seguir en buenos términos con sus vecinos.

Estas dos distintas maneras de ver las cosas han influido en cada país en el mundo entero de las hadas y trasgos. Para sus actuaciones alegres y graciosas hay que ir a Irlanda; para sus hazañas terroríficas a Escocia. Los terrores de nuestros duendes irlandeses tienen algo de mentirijillas. Cuando un campesino se pierde en una casucha encantada, y se le obliga a pasarse la noche entera dándole vueltas a un cadáver en un asador delante del fuego, no nos sentimos preocupados; sabemos que despertará en medio de un campo muy verde, con su abrigo viejo cubierto por el rocío. En Escocia es totalmente distinto. Habéis agriado el carácter naturalmente excelente de los fantasmas y trasgos. El gaitero M'Crimmon, de las Hébridas, se echó su gaita al hombro y se adentró en una cueva marina, tocando muy fuerte, y seguido de su perro. Durante un rato largo la gente pudo oír la gaita. Debía de haber recorrido cerca de una milla cuando oyeron un ruido de lucha. Luego el sonido de la gaita cesó de golpe. Transcurrió algún tiempo, y a continuación el perro salió de la cueva completamente desollado, demasiado débil hasta para aullar. Nunca salió nada más de la cueva. Luego está el cuento del hombre que se zambulló en un lago en el que se creía que había un tesoro. Vio una gran caja de hierro. Al lado de la caja había un monstruo, que le aconsejó que se volviera por donde había venido. Salió a la superficie; pero los curiosos, al oír que había visto el tesoro, lo convencieron de que se zambullera otra vez. Se zambulló. Al poco rato su corazón y su hígado ascendieron y se quedaron flotando, tiñendo de rojo el agua. Nadie volvió a ver nunca el resto de su cuerpo.

Estos trasgos y monstruos acuáticos son corrientes en el folklore escocés. Nosotros también los tenemos, pero nos los tomamos mucho menos a la tremenda. En el río Sligo hay un agujero frecuentado por uno de estos monstruos. Muchos creen ardientemente en él, pero eso no impide que los campesinos bromeen con el tema, y lo rodeen de fantasía deliberada. Cuando yo era chico, un día estuve pescando congrios en el agujero del monstruo. Ya de regreso a casa, con una anguila enorme al hombro, la cabeza colgándole y bailándole por delante, la cola barriendo el suelo por detrás, me encontré a un pescador que conocía. Me puse a contarle un cuento sobre un congrio inmenso, el triple de grande del que llevaba, que me había roto el sedal y

había escapado. «Era él —dijo el pescador—. ¿Has oído contar alguna vez cómo hizo emigrar a mi hermano? Como sabes, mi hermano era buzo, y sacaba piedras para el Consejo del Puerto. Un día se le acerca la bestia, y le dice: “¿Qué andas buscando?”. “Piedras, señor”, dice él. “¿No te parece que es mejor que te largues?”. “Sí, señor”, dice él. Y por eso emigró mi hermano».

1893

## GUERRA

Cuando se rumoreaba hace no mucho que iba a haber guerra con Francia, me encontré a una pobre mujer de Sligo, viuda de un soldado, a la que conozco, y le leí una frase de una carta que yo acababa de recibir de Londres: «La gente anda aquí loca con la guerra, pero Francia parece dispuesta a tomarse las cosas pacíficamente», o alguna frase por el estilo. Ella tenía el pensamiento muy puesto en la guerra, que se imaginaba en parte por lo que había oído contar a los soldados, y en parte por la tradición de la sublevación del 98, pero la palabra *Londres* redobló su interés, porque sabía que en Londres había muchísima gente, y ella misma había vivido una vez en «un barrio muy congestionado». «En Londres hay demasiados, unos encima de otros. Se están cansando del mundo. Que los maten es lo que quieren. Dará lo mismo; pero seguro que los franceses lo único que quieren es paz y tranquilidad. A la gente de aquí les da igual que llegue la guerra. No podrían estar peor de lo que están. También pueden morir ante Dios como soldados. Seguro que en el Cielo tendrán cuarteles». Luego empezó a decir que sería duro ver niños ensartados en bayonetas, y yo sabía que tenía el pensamiento puesto en las tradiciones de la gran sublevación. Al poco dijo: «Jamás conocí a un hombre que hubiera estado en una batalla al que después le gustara hablar de ello. Antes preferirían estar tirando heno desde un almiar». Me contó cómo, cuando era muchacha, ella y sus vecinos solían sentarse junto al fuego a hablar de la guerra que se avecinaba, y ahora tenía miedo de que se avecinara otra vez, porque había soñado que toda la bahía estaba «varada y cubierta de algas». Le pregunté si era en tiempos de los fenianos cuando había tenido tanto miedo de que se avecinara la guerra. Pero ella exclamó: «Nunca lo pasé tan bien ni disfruté tanto como en tiempos de los fenianos. Yo estaba en una casa en la que solían hospedarse algunos de los oficiales; y me pasaba el día andando detrás de la banda de soldados, y de noche me bajaba hasta el extremo del jardín para espiar a un soldado que, con su casaca roja puesta, entrenaba a los fenianos en el campo que quedaba detrás de la casa. Una noche los muchachos ataron a la aldaba el hígado de un caballo viejo, que llevaba muerto tres semanas, y yo me lo encontré al abrir la puerta por la mañana». Y al poco nuestra conversación sobre la guerra dio un salto, como tenía por costumbre hacer, a la batalla del Cerdo Negro, que a ella le parece una batalla entre Irlanda e Inglaterra, pero a mí un Armagedón que volverá a sumir todas las cosas en las Tinieblas Ancestrales, y de esto a dichos sobre la guerra y la venganza: «¿Tú sabes — me dijo — cuál es la maldición de los Cuatro Padres? Pusieron al niño varón en la lanza; y alguien dijo: “Seréis malditos en la cuarta generación que os siga”, y ésa es la razón por la que las enfermedades y todo llega siempre en la cuarta generación».

1902

## LA REINA Y EL BUFÓN<sup>[1]</sup>

A un tal Hearne, un hechicero que está en la frontera de Clare y Galway, le he oído decir que «en todas las cortes» del País de las Hadas «hay una reina y un bufón», y que si uno es «rozado» por cualquiera de los dos nunca se recupera, aunque sí pueda recuperarse del roce de cualquier otro habitante de dicho País. Del bufón dijo que era «quizá el más sabio de todos», y contó que iba vestido como uno de «los mismos que solían ir recorriendo el país». Yo recuerdo haber visto a un hombre alto, larguirucho, harapiento, sentado junto al hogar de la cabaña de un viejo molinero, no lejos de donde estoy ahora escribiendo, del que se me dijo que era un loco; y compruebo en las historias que un amigo ha recogido para mí que se cree que este hombre se traslada durante su sueño al País de las Hadas; pero no sé decir si se convierte en un *Amadán-na-Breena*, un bufón del exterior, ni si allí está vinculado a una corte. Una vieja a la que conozco bien, y que ella misma ha estado en el País de las Hadas, fue quien le habló de él a mi amigo. Le dijo: «Entre ellos hay bufones, y los locos que vemos nosotros, como aquel *Amadán* de Ballylee, se van con ellos por las noches, y también las locas a las que llamamos *Oinseachs* (monas)». Una mujer que está emparentada con el hechicero de la frontera de Clare, y que puede curar a la gente y al ganado por medio de sortilegios, dijo: «Hay algunas curaciones que yo no puedo hacer. No puedo ayudar a nadie que haya recibido una caricia de la reina o del bufón del exterior. Sé de una mujer que vio una vez a la reina, y tenía el aspecto de una cristiana cualquiera. Nunca supe de nadie que hubiera visto al bufón salvo una mujer que estaba paseando cerca de Gort, y dijo: “Ahí está el bufón del exterior que viene por mí”. Así que los amigos que iban con ella se pusieron a gritar, aunque ellos no veían nada, y supongo que ante eso el bufón se marchó, porque a ella no le pasó nada. Era como un hombre grande y fuerte, dijo la mujer, e iba medio desnudo, y eso es todo lo que dijo de él. Yo no he visto nunca a ninguno, pero soy prima de Hearne, y mi tío estuvo ausente veintiún años». La mujer del viejo molinero dijo: «Se dice que la mayoría son buenos vecinos, pero para lo que no hay remedio es para la caricia del bufón; todo el que la recibe va listo. ¡El *Amadán-na-Breena* lo llamamos!». Y una vieja que vive en el Pantano de Kiltartan, y es muy pobre, dijo: «Ya lo creo que es verdad, no hay remedio para la caricia del *Amadán-na-Breena*. Había un viejo al que conocí hace mucho tiempo, que tenía una cinta, y sólo con medirte podía decir qué enfermedades tenías; y sabía muchas cosas. Y una vez me dijo: “¿Cuál es el peor mes del año?”, y yo dije: “El mes de mayo, por supuesto”. “Pues no es ése —dijo él—; sino el mes de junio, ¡porque ése es el mes en el que el *Amadán* hace su caricia!”. Dicen que de aspecto es como cualquier otro hombre, pero que es *leathan* (ancho) y nada espabilado. Yo conocí a un chico que una vez se llevó un gran susto, porque un cordero lo miró por encima de la tapia, y tenía barba, y él supo que era el *Amadán*, porque era el mes de junio. Y lo llevaron a ese hombre del que estaba hablando, el

que tenía la cinta, y éste, al verlo, dijo: “Llamad al médico, y que se diga una misa por él”. Y así lo hicieron, ¡y querréis creer que aún está vivo y tiene familia! Un tal Regan dijo: “Ellos, la otra clase de gente, podrían pasar por aquí cerca, al lado de uno, y rozarle. Pero todo el que recibe el roce del *Amadán-na-Breena* está perdido”. Ya lo creo que es verdad que es en el mes de junio cuando es más probable que dé el toque. Yo conocí a uno que lo recibió, y él mismo me lo contó. Era un chico al que conocía bien, y me contó que una noche fue a verle un caballero que había sido su patrón, y que estaba muerto. Y le dijo que fuera con él, pues quería que luchara con otro hombre. Y cuando fue se encontró con dos grandes escuadrones de ellos, y el otro escuadrón también tenía un hombre vivo con ellos, y se le puso a luchar con él. Y libraron un gran combate, y él venció al otro hombre, y entonces el escuadrón de su bando lanzó un gran grito, y a él se le dejó volver a casa. Pero unos tres años después de eso estaba cortando arbustos en un bosque y vio al *Amadán* irse hacia él. Llevaba en los brazos una vasija grande, y relucía tanto que el chico no podía ver nada más; pero entonces el *Amadán* se la puso detrás de la espalda y arrancó a correr, y el chico dijo que tenía un aspecto salvaje y parecía ancho, como la ladera de la colina. Y el chico echó a correr, y el *Amadán* le tiró a la espalda la vasija, y ésta se rompió con gran estrépito, y parara en lo que parara aquello, allí y entonces se le fue la cabeza. Vivió todavía algún tiempo, y solía contarnos muchas cosas, pero había perdido el juicio. Pensaba que quizá no les había gustado que ganara al otro hombre, y solía temer que algo se le echara encima». Y una vieja del asilo de Galway, que tenía algún que otro conocimiento sobre la Reina Maeve, dijo el otro día: «El *Amadán-na-Breena* cambia de forma cada dos días. A veces se presenta bajo la apariencia de un joven, y luego se presentará bajo la apariencia de la peor de las bestias, intentando dar el toque que solía intentar dar. Recientemente oí decir que le habían pegado un tiro, pero a mí me parece que sería difícil pegarle un tiro».

Yo conocí a un hombre que estaba intentando ver con los ojos del espíritu una imagen de Aengus, el antiguo dios irlandés del amor y la poesía y el éxtasis, que transformó cuatro de sus besos en pájaros, y de pronto la imagen de un hombre con capirote y cascabeles irrumpió en la visión de su espíritu, y se hizo vívida y habló y se dijo «mensajero de Aengus». Y conocí a otro hombre, un gran vidente en verdad, que vio a un bufón blanco en un jardín quimérico, en el que había un árbol con plumas de pavo real en lugar de hojas, y flores que se abrían mostrando pequeños rostros humanos una vez que el bufón blanco las había tocado con su cresta de gallo, y en otra ocasión vio a un bufón blanco sentado junto a una charca y sonriendo y mirando imágenes de hermosas mujeres que ascendían desde la charca y se quedaban flotando.

¿Qué otra cosa puede ser la muerte sino el comienzo de la sabiduría y el poder y la belleza? Y la locura quizá sea una especie de muerte. A mí no puede parecerme asombroso que muchos vean en «todas las cortes de ellos» a un bufón con una reluciente vasija de algún hechizo o sabiduría o sueño demasiado poderoso para la



inteligencia mortal. También es natural que haya una reina en todas las cortes de ellos, y que uno oiga hablar poco de sus reyes, porque las mujeres llegan con más facilidad que los hombres a esa sabiduría que los pueblos antiguos, y aún hoy todos los pueblos salvajes, consideran la única sabiduría. El yo, que es el fundamento de nuestro conocimiento, queda hecho pedazos por la locura, y queda olvidado en las emociones impetuosas de las mujeres, y por tanto los locos pueden vislumbrar, y las mujeres desde luego vislumbran, mucho de lo que la santidad encuentra al término de su penoso viaje. El hombre que vio al bufón blanco dijo de cierta mujer, una mujer que no era campesina: «Si yo tuviera su poder de visión conocería toda la sabiduría de los dioses, y a ella no le interesan sus visiones». Y yo sé de otra mujer, que tampoco era campesina, que se trasladaba durante el sueño a regiones de sobrenatural belleza, y a la que nunca le importó más que ocuparse de su casa y sus hijos; y al poco un herbolario la curó, como dijo ella. La sabiduría y la belleza y el poder a veces pueden, según creo yo, llegar a los que mueren cada día que viven, aunque su morir tal vez no sea como el morir del que habló Shakespeare. Hay una guerra entre los vivos y los muertos, y las historias irlandesas siguen machacando sobre ello. Éstas dirán que cuando se pudren las patatas o el trigo o cualquier otro de los frutos de la tierra, maduran en el País de las Hadas, y que nuestros sueños pierden su sabiduría cuando la savia asciende por los árboles, y que nuestros sueños pueden hacer que se sequen los árboles, y que uno oye el balar de los corderos del País de las Hadas en noviembre, y que los ojos ciegos pueden ver más que otros ojos. Y por creer siempre el alma en estas o en parecidas cosas, ni la celda ni el desierto estarán nunca vacíos durante mucho tiempo, ni vendrán al mundo enamorados que no comprendan la estrofa:

¿Acaso no oyes las dulces palabras  
de ese canto que resuena en el cielo?  
¿Acaso no oyes que los que se mueren  
se despiertan en un mundo de raptó?  
¿Que el amor cuando los miembros están enlazados,  
y el sueño, cuando la noche de vida está hendida,  
y el pensamiento, cuando más se aferra  
a los límites borrosos del mundo,  
y la música, si el amado canta,  
son la muerte?

1901

## LOS AMIGOS DE LOS HABITANTES DEL PAÍS DE LAS HADAS

Los que ven más a menudo a los habitantes del País de las Hadas, y tienen por tanto más de su sabiduría, son con frecuencia muy pobres, pero también se cree con frecuencia que poseen una fuerza superior a la del hombre, como si uno llegara, una vez traspasado el umbral del trance, a aquellas dulces aguas en las que Maeldun<sup>1\*</sup> vio bañarse y rejuvenecer de nuevo a las águilas alicaídas.

Había un viejo llamado Martin Roland, que vivía cerca de un pantano a poca distancia de las afueras de Gort, que los veía a menudo desde sus años mozos, y continuamente hacia el final de su vida, aunque yo apenas si lo llamaría amigo de ellos. Unos meses antes de morir me contó que «ellos» no le dejaban dormir por las noches, gritándole cosas en irlandés, y tocando el caramillo. Le había preguntado a un amigo suyo qué debía hacer, y el amigo le había dicho que se comprara una flauta, y la tocara cuando ellos se pusieran a dar voces o a tocar el caramillo, y que quizá dejarían de molestarlo; y así lo hizo, y ellos siempre se salían al campo cuando él empezaba a tocar. Me enseñó la flauta, y sopló por ella, e hizo un ruido, pero no sabía tocar; y luego me enseñó donde había derribado su chimenea, porque uno de ellos solía quedarse hasta altas horas sentado encima de ella tocando la gaita. Una mujer suya y mía fue a verle hace poco, porque oyó decir que «tres de ellos» le habían comunicado que iba a morir. Él dijo que, después de avisarle, se habían marchado, y que los niños (niños que ellos se habían «llevado», supongo) que solían acompañarlos, y jugar por la casa con ellos, se habían «ido a algún otro sitio», porque «quizá la casa les parecía demasiado fría para ellos»; y una semana después de decir estas cosas se murió.

Sus vecinos no estaban seguros de que en su vejez viera realmente nada, pero sí estaban completamente seguros de que cuando era joven veía cosas. Su hermano dijo: «Está ya viejo, y todas están en su cerebro, las cosas que ve. Si fuera joven podríamos creer en él». Pero él era despilfarrador, y nunca se llevó bien con sus hermanos. Una vecina dijo: «¡El pobre! Dicen que ahora están sobre todo en su cabeza, pero vaya si era un buen mozo sin tacha hace veinte años, la noche que los vio cogidos, en dos grupos, como chiquillas paseando juntas. Fue la noche en que se llevaron a la hijita de Fallon». Y contó cómo la hijita de Fallon se había encontrado a una mujer «con el pelo rojo tan radiante como la plata», que se la llevó. Otra vecina, a la que uno de ellos «le había pegado un tortazo encima de la oreja» por meterse en un fuerte en el que andaban ellos, dijo: «Yo creo que es sobre todo en su cabeza donde están, y anoche, estando él de pie en la puerta, le dije: “Yo tengo siempre el viento en los oídos, y su sonido no cesa jamás”, para hacerle pensar si a él le pasaba lo mismo; pero va y dice: “Yo los oigo cantar y hacer música constantemente, y después uno de ellos saca un flautín, y con él les toca a los otros”. Y una cosa sí sé, que cuando

derribó la chimenea donde decía que solía sentarse a tocar el gaitero, levantó piedras, y eso que es un viejo, que yo no podría haber levantado cuando era joven y fuerte.

Una amiga me ha enviado desde el Ulster el relato de una vieja que estaba en términos verdaderamente amistosos con los habitantes del País de las Hadas. Está transcrito fielmente, pues mi amiga, que había oído la historia de la vieja algún tiempo antes de que yo oyera hablar de ella, logró que la volviera a contar otra vez, y la copió en el acto. Empezó por decirle a la vieja que a ella no le gustaba estar sola en casa a causa de los fantasmas y duendes; y la vieja dijo: «No hay nada que temer de los duendes, señorita. Son muchas las veces en que yo misma hablé con una mujer que era un hada, o algo por el estilo; y ni más ni menos que mortal de todas formas. Solía rondar la casa de su abuelo de usted —es decir, del abuelo de su madre— en mis años mozos. Pero usted lo sabrá ya todo acerca de ella». Mi amiga dijo que había oído hablar de ella, pero hacía mucho tiempo, y que quería volver a saber de ella; y la vieja prosiguió: «Bien, querida, la primera vez de todas que tuve noticia de que andaba rondando fue cuando su tío Joseph de usted —es decir, el tío de su madre— se casó, y estaba construyendo una casa para su mujer, porque primero la llevó a casa de su padre, a la casa de arriba junto al Lough. Mi padre y nosotros estábamos viviendo muy cerca de donde iba a construirse la nueva casa, para vigilar el trabajo de los hombres. Mi padre era tejedor, y se llevó sus telares y todo allí, a una cabaña que estaba al lado. Los cimientos estaban ya trazados, y las piedras para la construcción tiradas por allí, pero aún no habían venido los albañiles; y un día estaba yo con mi madre enfrente de la casa, cuando vemos a una mujer diminuta y muy elegante que viene hacia nosotras campo arriba cruzando el arroyo. Yo era todavía un poco chiquilla por entonces, y estaba jugando y divirtiéndome por allí, ¡pero la recuerdo tan bien como si la estuviera viendo ahora!». Mi amiga le preguntó cómo iba vestida la mujer, y la vieja dijo: «Era una capa gris lo que llevaba puesto, con una falda verde de cachemira y un pañuelo negro de seda atado a la cabeza, como solían llevarlo las campesinas en aquellos tiempos». Mi amiga preguntó: «¿Cómo era de diminuta?». Y la vieja dijo: «Bueno, la verdad es que cuando lo pienso no era nada diminuta, pese a que la llamábamos la Mujer Diminuta. Era más grande que muchas, y, sin embargo, no lo que se diría alta. Parecía una mujer de unos treinta años, con el pelo castaño y la cara redonda. Se parecía a Miss Betty, la hermana de su abuela de usted, y Betty era distinta de todos los demás, no se parecía a su abuela de usted, ni a ninguno de ellos. Tenía una cara redonda y lozana y no se casó nunca, y no aceptaba nunca a ningún hombre; y solíamos decir que la Mujer Diminuta —pareciéndose como se parecía a Betty— era, tal vez, una de sus propias antepasadas a la que se habían llevado antes de que terminara de crecer del todo, y que por eso andaba siempre siguiéndonos y haciendo advertencias y vaticinios. Esta vez se va derechita a donde estaba de pie mi madre. “¡Vete ahora mismo al Lough! —dándole órdenes así—. ¡Vete al Lough, y dile a Joseph que debe trasladar los cimientos de esta casa a donde yo te enseñaré frente al espino. Es ahí donde ha de construirse si quiere tener

suerte y prosperidad, así que haz ahora mismo lo que te digo”. La casa se estaba construyendo en “la senda”, supongo: la senda que utilizan los habitantes del País de las Hadas en sus viajes, y mi madre hace bajar a Joseph y se lo enseña, y él traslada los cimientos, como se le había mandado, pero no los llevó exactamente a donde se le había indicado, y la cosa acabó en que cuando se fue a la casa, su mujer perdió la vida en un accidente que le ocurrió a un caballo que no tuvo espacio entre el espino y el muro para girar a la derecha con una grada. La Mujer Diminuta estaba muy enfadada la siguiente vez que vino, y va y nos dice: “No hizo lo que le mandé, pero ya verá lo que habrá de ver”». Mi amiga preguntó por dónde había venido la mujer esta vez, y si iba vestida como la anterior, y la vieja dijo: «Siempre por el mismo camino, campo arriba atravesando el arroyo. Era una especie de chal ligero lo que llevaba en verano, y una capa en invierno; y vino muchísimas veces, y siempre buenos consejos estaba dándole a mi madre, y advirtiéndole de lo que no debía hacer si quería tener buena suerte. De nosotros ninguno de los demás niños la vio nunca salvo yo, pero yo solía alegrarme cuando la veía subir por el arroyo, y salía corriendo y la cogía de la mano y de la capa, y llamaba a mi madre: “¡Aquí está la Mujer Diminuta!”. Ningún hombre la vio jamás. Mi padre la quería ver, y se enfadaba con mi madre y conmigo, creyendo que estábamos contando mentiras y diciendo disparates. Así que un día que ella había venido, y estaba sentada al lado de la chimenea hablando con mi madre, salgo al campo donde mi padre estaba cavando. “Sube —le digo— si la quieres ver. Ahora mismo está sentada al lado de la chimenea, hablando con madre”. Así que entra él conmigo y mira a su alrededor así como enfadado y no ve nada, y agarra una escoba que estaba a mano y me tira un golpe con ella. “¡Toma esto! —dice—, ¡por tomarme el pelo!””, y sale a toda velocidad, y muy enfadado conmigo. La Mujer Diminuta me dice entonces: “Te lo tienes bien ganado por traer gente a verme. Ningún hombre me ha visto nunca, y ninguno me verá jamás”.

»Hubo un día, sin embargo, en que ella le dio a mi padre un susto tremendo de todas formas, tanto si la había visto como si no. Estaba él entre el ganado cuando ocurrió, y sube a casa todo tembloroso. “Que no os oiga yo decir una palabra más sobre vuestra Mujer Diminuta. Harto de ella me he quedado esta vez”. En otra ocasión, sin embargo, él iba a subir a Gortin a vender caballos, y antes de que se pusiera en marcha, entra la Mujer Diminuta y le dice a mi madre, ofreciéndole una especie de hierbajo: “Tu hombre va a subir a Gortin, y de vuelta a casa le aguarda un susto terrible, pero toma esto y se lo coses al abrigo, y así no sufrirá ningún daño”. Mi madre coge la hierba, pero piensa para sus adentros: “Seguro que esto no hace nada”, y la tira al fuego, y he aquí que, ¡efectivamente!, volviendo de Gortin a casa, mi padre se llevó el susto más grande de toda su vida. Lo que fue no me acuerdo ya bien, pero en cualquier caso lo dejó malherido. Mi madre se quedó preocupada, temerosa de la Mujer Diminuta, después de lo que había hecho, y, efectivamente, ésta estaba enfadada a la vez siguiente. “No me creíste —dijo—, y tiraste al fuego la

hierba que te di, y bastante lejos me fui yo a buscarla”. Hubo otra vez que vino y contó de qué manera había muerto William Hearne en América. “Vete —dice— al Lough, y di que William ha muerto, y que murió contento, y que el último capítulo de la Biblia que leyó fue éste”, y tras ello dio el versículo y el capítulo. “Vete —dice—, y diles que los lean en la próxima reunión de la clase, y que yo le sostuve la cabeza mientras agonizaba”. Y efectivamente, después de eso llegó la noticia de cómo William había muerto el día que ella había mencionado. Y con el capítulo y el himno hicieron lo que ella había mandado, y jamás celebraron una reunión igual ni rezaron como aquella vez. Un día estábamos ella y yo y mi madre de pie hablando, y ella la estaba advirtiendo de algo, cuando de repente dice: “Aquí viene Miss Letty con sus mejores galas, y es hora de que yo me vaya”. Y tras decir esto giró sobre sus pies como un torbellino, y va y se eleva en el aire, y empieza a girar y girar, y a subir y subir, como si estuviera subiendo por una escalera de caracol,<sup>[a]</sup> sólo que mucho más rápida. Subió y subió, hasta que no fue mayor que un pájaro en lo alto recortado contra las nubes, sin dejar de cantar todo el tiempo la música más bonita que he oído en mi vida desde aquel día hasta hoy. No era un himno lo que cantaba, sino poesía, preciosa poesía, y yo y mi madre nos quedamos de pie boquiabiertas mirando hacia arriba, y todas temblorosas. “Madre, ¿qué es la Mujer Diminuta en realidad? —digo yo—. ¿Es un ángel lo que es, o un hada, o qué?”. Llegó en esas Miss Letty, que era su abuela de usted, querida, pero entonces era Miss Letty, y no había noticias de que fuera a ser nada más, y se quedó asombrada al vernos de aquella manera, mirando hacia arriba boquiabiertas, hasta que yo y mi madre se lo contamos. Entonces aún iba vestida muy alegre, y estaba preciosa. Estaba en lo alto de la vereda, donde ninguna podíamos verla venir, cuando la Mujer Diminuta se elevó de aquella forma tan extraña, diciendo: “Aquí viene Miss Letty con sus mejores galas”. ¿Quién sabe a qué lejano país se fue, o a ver morir a quién?

»Después del anochecer no vino nunca, sino siempre de día, que yo recuerde, excepto una vez, y eso fue una víspera de Todos los Santos por la noche. Mi madre estaba junto al fuego, preparando la cena; tenía un pato listo y algunas manzanas. Entra la Mujer Diminuta. “He venido a pasar con vosotros la víspera de Todos los Santos”, dice. “Bien”, dice mi madre, y piensa para sus adentros: “Puedo darle una cena como es debido”. Ella se está un rato sentada junto al fuego. “Ahora te diré dónde tienes que llevarme la cena”, dice. “A la habitación de ahí, al lado del telar: ponme una silla y un plato”. “Ya que pasas aquí la noche, ¿no puedes también sentarte a la mesa y comer con los demás?”. “Haz lo que se te manda, y ponme lo que vayas a darme en la habitación de ahí. Comeré ahí y nada más que ahí”. Así que mi madre le pone un plato de pato y algunas manzanas, lo que hubiera, donde ella había mandado, y nosotros con nuestra cena y ella con la suya; y al levantarnos entré, ¡y fíjese que allí estaba el plato con su cena, y había comido un poco de cada ración, y ella había desaparecido sin dejar rastro!



## SUEÑOS QUE NO TIENEN MORALEJA

La amiga a la que le hablaron de Maeve y la vara de avellano fue al asilo otro día. Encontró a los viejos con frío y en un estado lamentable, «como moscas en invierno», dijo; pero cuando empezaron a hablar se olvidaron del frío. Acababa de dejarles un hombre que había jugado a las cartas en un *rath* con los habitantes del País de las Hadas, los cuales habían jugado «muy limpio»; y un viejo había visto una noche un cerdo negro encantado, y había dos viejos a los que mi amiga había oído reñir acerca de si Raftery o Callanan era el mejor poeta. Uno había dicho de Raftery: «Era un hombre grande, y sus canciones han recorrido el mundo entero. Yo me acuerdo bien de él. Tenía una voz que era como el viento»; pero el otro estaba seguro «de que de pie bajo la nieve te estarías para escuchar a Callanan». Al poco un viejo se puso a contarle a mi amiga una historia, y todos escucharon encantados, soltando carcajadas de vez en cuando. La historia, que voy a contar exactamente como fue contada, era uno de esos viejos cuentos divagatorios, sin moraleja, que hacen las delicias de los pobres y los baqueteados, dondequiera que la vida subsiste en su natural sencillez. Hablan estos cuentos de un tiempo en el que nada tenía consecuencias, en el que, incluso si lo mataban a uno, bastaba con tener buen corazón para que alguien lo devolviera a la vida tocándolo con una vara, y en el que, si uno era príncipe y resultaba que era idéntico a su hermano, podía acostarse con la reina de éste sin tener después más que una pequeña riña. También nosotros, si fuéramos tan débiles y pobres que todo nos amenazara con la desgracia, podríamos recordar todos los antiguos sueños que han sido lo bastante fuertes para aliviar de su peso los hombros del mundo.

Había una vez un rey que estaba muy disgustado porque no tenía ningún hijo, y por fin le fue a consultar a su consejero principal. Y el consejero principal le dijo: «Es bastante fácil de conseguir si haces lo que te digo. Manda a alguien —le dice— a pescar un pez a tal lugar. Y cuando hayan traído el pez, dáselo a comer a la reina, tu esposa».

De modo que el rey mandó a alguien como se le había dicho, y el pez fue pescado y traído, y él se lo dio a la cocinera, y le ordenó que lo pusiera delante del fuego, pero que tuviera cuidado de no dejar que se le formara ninguna ampolla o burbuja. Pero asar un pescado delante del fuego sin que la piel se le levante en uno u otro punto es imposible, y en consecuencia le salió una ampolla en la piel, y la cocinera le pasó el dedo por encima para alisarla, y a continuación se llevó el dedo a la boca para enfriarlo, y de este modo probó el pescado. Y luego le fue subido a la reina, y ésta comió de él; y lo que dejó se tiró al patio y allí en el patio estaban una yegua y una galga, y se comieron los trozos que se tiraron.

Y antes de que transcurriera un año, la reina tuvo un niño, y la cocinera tuvo un niño, y la yegua tuvo dos potros, y la galga tuvo dos cachorros.

Y se envió una temporada fuera a los dos niños a algún lugar donde se cuidara de ellos, y cuando regresaron eran tan parecidos el uno al otro que nadie podía saber cuál era el hijo de la reina y cuál era el de la cocinera. Y esto molestaba a la reina, y fue al consejero principal y le dijo: «Dime alguna manera para poder saber cuál es mi propio hijo, porque no me gusta estarle dando al hijo de la cocinera lo mismo de comer y beber que al mío». «Eso es fácil de saber —dijo el consejero principal— si haces lo que te digo. Sal fuera, y quédate en la puerta por la que entrarán, y cuando te vean, tu hijo inclinará la cabeza, pero el hijo de la cocinera solamente se reirá».

De modo que eso hizo, y cuando su hijo inclinó la cabeza, sus criados le pusieron un distintivo para que ella lo reconociera otra vez. Y cuando estaban todos sentados cenando después de aquello, la reina le dijo a Jack, que era el hijo de la cocinera: «Ya es hora de que te marches de aquí, porque tú no eres hijo mío». Y su propio hijo, al que llamaremos Bill, dijo: «No lo echés, ¿acaso no somos hermanos?». Pero Jack dijo: «Hace ya mucho tiempo que me habría ido de esta casa si hubiera sabido que no era a mis propios padre y madre a quienes pertenecía». Y pese a cuanto Bill fue capaz de decirle, no se quiso quedar. Pero antes de irse, estaban los dos junto al pozo que había en el jardín, y él le dijo a Bill: «Si alguna vez sufro algún daño, esa agua de la superficie del pozo será sangre, y el agua de debajo será miel».

Luego cogió uno de los cachorros, y uno de los caballos que había parido la yegua tras comer del pescado, y el viento que iba tras él no lo pudo alcanzar, y él alcanzó al viento que iba delante de él. Y siguió su camino hasta que llegó a la casa de un tejedor, y le pidió alojamiento, y aquél se lo dio. Y luego siguió su camino hasta que llegó a la casa de un rey, y en la puerta mandó a que le preguntaran si necesitaba un criado. «Lo único que necesito —dijo el rey—, es un muchacho que todas las mañanas lleve las vacas al campo, y las traiga de noche para ordeñarlas». «Yo te lo haré», dijo Jack; así que el rey lo contrató.

Por la mañana mandaron a Jack al campo con las veinticuatro vacas, y el lugar al que le dijeron que las llevara no tenía una brizna de hierba para que pastaran, sino que estaba lleno de piedras. Así que Jack echó una mirada por los alrededores en busca de algún lugar en el que hubiera mejor hierba, y al cabo de un rato vio un campo de hierba verde y buena, y que pertenecía a un gigante. Así que derribó parte del muro y metió las vacas, y él se subió a un manzano y se puso a comerse las manzanas. Entonces entró el gigante en el campo. «Ñam, ñam —dice—, huelo la sangre de un irlandés. Ya veo dónde estás, subido en el árbol —dijo—, eres demasiado grande para un solo bocado; y demasiado pequeño para dos, y no sé qué voy a hacer contigo como no te triture y te convierta en rapé para la nariz». «Ya que eres fuerte, sé misericordioso», dice Jack subido en el árbol. «Baja y sal de ahí, enanito —dijo el gigante—, u os haré, pedazos a ti y al árbol». Así que Jack bajó. «¿Prefieres que nos clavemos puñales al rojo en el corazón —dijo el gigante—, o prefieres que luchemos sobre tepes al rojo?». «A luchar sobre tepes al rojo es a lo que estoy acostumbrado en casa —dijo Jack—, y tus sucios pies se hundirán en ellos y los



míos se sostendrán». Así que entonces iniciaron el combate: El terreno que estaba duro lo ablandaban, y el terreno que estaba blando lo endurecían, e hicieron brotar manantiales por los tepes verdes. Así se pasaron todo el día, sin que ninguno doblegara al otro, y por fin vino un pajarillo y se posó en el arbusto y le dijo a Jack: «Si no acabas con él para la puesta del sol, acabará él contigo». Entonces Jack sacó fuerzas, y puso al gigante de rodillas. «Concédeme la vida —dice el gigante—, y te haré el regalo mejor que poseo». «¿Qué es?», dijo Jack. «Una espada a la que nada puede oponerse». «¿Dónde la encontraré?», dijo Jack. «En esa puerta roja que ves allí en la colina. —Así que Jack fue y la sacó de allí—. ¿Dónde probaré la espada?», dice. «Pruébala en ese tocón de árbol feo y negro», dice el gigante. «No veo nada más negro ni más feo que tu cabeza», dice Jack. Y tras decir esto, de un solo tajo le cortó al gigante la cabeza, que salió por los aires, y él la recogió con la espada al caer, y la partió en dos mitades. «Has tenido suerte de que no me volviera a juntar con el cuerpo —dijo la cabeza—, porque nunca podrías habérmela cortado otra vez». «No te di la oportunidad», dijo Jack.

Así que al anochecer llevó las vacas a casa, y todos se admiraron de la mucha leche que dieron aquella noche. Y cuando el rey estaba sentado cenando con la princesa, su hija, y los demás, dijo: «Esta noche me parece oír a lo lejos sólo dos rugidos en lugar de tres».

A la mañana siguiente Jack volvió a salir con las vacas, y vio otro campo lleno de hierba, y derribó el muro y dejó entrar a las vacas. Todo sucedió igual que el día anterior, pero el gigante que vino esta vez tenía dos cabezas, y lucharon juntos, y el pajarillo vino y le dijo a Jack lo mismo que la vez anterior. Y cuando Jack hubo derribado al gigante, éste dijo: «Concédeme la vida, y te daré lo mejor que poseo». «¿Qué es?», dice Jack. «Es un traje que te lo puedes poner, y verás a todos pero nadie podrá verte a ti». «¿Dónde está?», dijo Jack. «Está dentro de esa puertecita roja de la ladera de la colina». Así que Jack fue y sacó el traje de allí. Y luego le cortó al gigante las dos cabezas, y las recogió al caer y las partió en cuatro mitades.

Y éstas le dijeron que había tenido suerte de no haberles dado tiempo a juntarse con el cuerpo.

Aquella noche, cuando las vacas volvieron a casa dieron tanta leche que todos los recipientes que pudieron encontrarse se llenaron hasta arriba.

A la mañana siguiente Jack volvió a salir, y todo sucedió igual que antes, y esta vez el gigante tenía cuatro cabezas, y Jack las partió en ocho mitades. Y el gigante le había dicho que fuera a una puertecita azul de la ladera de la colina, y allí encontró un par de zapatos que cuando uno se los ponía iba más rápido que el viento.

Aquella noche las vacas dieron tanta leche que no hubo bastantes recipientes para guardarla, y se le dio a arrendatarios y a pobre gente que pasaba por la carretera, y el resto se tiró por las ventanas. Yo mismo pasaba por aquel camino, y bebí un trago de ella.

Aquella noche el rey le dijo a Jack: «¿Cuál es la razón de que las vacas estén dando tanta leche estos días? ¿Las llevas a pastar a alguna otra hierba?». «No —dijo Jack—, pero tengo un buen palo, y cada vez que se quedan paradas o se echan, les doy golpes con él, para que salten y pasen por encima de muros y piedras y zanjas; así es como se logra que las vacas den mucha leche».

Y aquella noche, durante la cena, el rey dijo: «No oigo ningún rugido».

A la mañana siguiente, el rey y la princesa estaban espiando por la ventana para ver qué hacía Jack al llegar al campo. Y Jack sabía que ellos estaban allí, y cogió un palo, y empezó a apalear a las vacas, para que fueran pasando y saltando por encima de piedras, y muros, y zanjas. «No hay mentira en lo que dijo Jack», dijo entonces el rey.

Había en aquel tiempo una gran serpiente que solía venir cada siete años, y exigía que se le diera de comer la hija de un rey, a menos que ésta tuviera a algún hombre bueno que luchara por ella. Y era la princesa del lugar en el que estaba Jack la que había de dársele aquella vez, y el rey llevaba siete años alimentando a un matón que tenía oculto bajo tierra, y podéis creer que éste tenía lo mejor de todo, para estar preparado para luchar con ella.

Y cuando llegó el momento, salió la princesa y el matón bajó con ella a la playa, y al llegar allí qué hizo él, sino atar a la princesa a un árbol, de manera que la serpiente pudiera engullirla fácilmente y sin dilación, y él fue a esconderse en lo alto de una gran hiedra. Y Jack sabía lo que estaba ocurriendo, porque la princesa se lo había contado, y le había preguntado si la ayudaría, pero él había dicho que no. Pero ahora salió, y se puso la espada que le había quitado al primer gigante, y pasó por el lugar en el que estaba la princesa, pero ella no lo reconoció. «¿Está bien que una princesa esté atada a un árbol?», dijo Jack. «Desde luego que no», dijo ella, y le contó lo que había sucedido, y cómo la serpiente venía a llevársela. «Si me dejas dormir un rato con la cabeza en tu regazo —dijo Jack—, me podría despertar cuando llegue». Así que eso hizo, y ella lo despertó cuando vio llegar a la serpiente, y Jack se levantó y luchó con ella, y la hizo retroceder hasta el mar. Y entonces cortó la cuerda que sujetaba a la princesa, y se marchó. El matón bajó entonces saliendo de la hiedra, y llevó a la princesa a donde estaba el rey, y dijo: «He hecho venir a un amigo mío a luchar hoy con la serpiente, que estaba yo un poco encogido después de estar tanto tiempo bajo tierra, pero mañana yo me haré cargo de la lucha».

Al día siguiente volvieron a salir, y sucedió lo mismo; el matón ató a la princesa donde la serpiente pudiera alcanzarla con claridad y facilidad, y él fue a esconderse en la hiedra grande. Entonces Jack se puso el traje que le había quitado al segundo gigante, y salió, y la princesa no lo reconoció, pero le contó todo lo que había sucedido el día anterior, y cómo un joven caballero que ella no conocía había venido a salvarla. Así que Jack le preguntó si podía tumbarse y echar un sueño con la cabeza en su regazo, de manera que ella pudiera despertarlo. Y todo sucedió de la misma

manera que el día anterior. Y el matón la entregó al rey, y dijo que aquel día había traído a otro de sus amigos para que luchara por ella.

Al día siguiente la princesa fue bajada a la playa como las anteriores veces, y se congregó muchísima gente para ver a la serpiente que venía a llevarse a la hija del rey. Y Jack y la princesa habían hablado igual que antes. Pero esta vez, cuando él estaba dormido, ella pensó que quería asegurarse de poderlo volver a encontrar, y sacó sus tijeras y le cortó un mechón de pelo, e hizo un paquetito con él y se lo guardó. E hizo otra cosa más, le quitó uno de los zapatos que llevaba puestos.

Y cuando vio llegar a la serpiente lo despertó, y él dijo: «A la serpiente la voy a poner esta vez de una manera que ya no volverá a comerse a más hijas de reyes». Así que sacó la espada que le había cogido al gigante, y se la clavó a la serpiente en la parte posterior del cuello, de manera que salió un chorro de sangre y agua que llegó hasta cincuenta millas tierra adentro, y acabó con ella. Y entonces se largó, y nadie vio por dónde se fue, y el matón llevó a la princesa ante el rey, y pretendió haberla salvado, y es a él a quien se dio mucha importancia, y tras ello se convirtió en el brazo derecho.

Pero cuando ya estaba preparado el festejo para la boda, la princesa sacó el mechón de pelo que tenía, y dijo que no se casaría con nadie más que con el hombre cuyo pelo coincidiera con aquel, y mostró el zapato y dijo que no se casaría con nadie cuyo pie no se ajustara también a aquel zapato. Y el matón trató de ponerse el zapato, pero ni siquiera le entraba la punta del pie, y en cuanto a su pelo, no coincidía en absoluto con el mechón de pelo que ella le había cortado al hombre que la había salvado.

Así que entonces el rey celebró un gran baile, a fin de reunir a todos los notables del país para probar si a alguno de ellos le ajustaba el zapato. Y fueron todos al carpintero y al ebanista a que les cortaran trozos de los pies para intentar ponerse el zapato, pero no sirvió de nada, ni uno de ellos se lo pudo calzar.

Entonces el rey fue a su consejero principal y le preguntó qué podía hacer. Y el consejero principal le mandó celebrar otro baile, y esta vez le dijo: «Invita a pobres además de a ricos».

Así que se celebró el baile, y vinieron muchos en tropel, pero a ninguno de ellos le ajustaba el zapato. Y el consejero principal dijo: «¿Están aquí todos los que pertenecen a la casa?». «Todos están aquí —dijo el rey—, excepto el muchacho que cuida las vacas, y no me gustaría que subiera aquí».

En aquel momento Jack estaba abajo en el patio, y oyó lo que decía el rey, y se enfadó mucho, y fue y cogió su espada y subió corriendo por la escalera para cortar la cabeza al rey, pero el hombre que guardaba la puerta salió a su encuentro en la escalera antes de que pudiera llegar al rey, y lo hizo calmarse, y cuando Jack llegó a lo alto de la escalera y la princesa lo vio, ella dio un grito y corrió a sus brazos. Y le probaron el zapato y le ajustaba, y su pelo coincidía con el mechón que había sido

cortado. Así que entonces se casaron, y se celebró un gran festejo que duró tres días y tres noches.

Y al cabo de ese tiempo, una mañana se asomó por la ventana un ciervo, que llevaba cascabeles, y éstos iban sonando. Y el ciervo gritó desafiante: «Aquí está la caza, ¿dónde están los cazadores y los galgos?». Así que cuando Jack oyó eso se levantó y cogió su caballo y su galgo y salió a cazar al ciervo. Cuando el ciervo estaba en la hondonada él estaba en la colina, y cuando el ciervo estaba en la colina él estaba en la hondonada, y así se pasaron toda el día, y al caer la noche el ciervo se metió en un bosque. Y Jack se metió en el bosque detrás de él, y lo único que logró ver fue una choza con muros de adobe, y entró, y allí vio a una vieja, de unos doscientos años de edad, y que estaba sentada al lado del fuego. «¿Has visto pasar por aquí un ciervo?», dice Jack. «No —dice ella—, pero ya es demasiado tarde para andar persiguiendo a un ciervo, quédate a pasar la noche aquí». «¿Qué haré con mi caballo y mi galgo?», dijo Jack. «Aquí tienes dos cordoncillos de pelo —dice ella—, y los atas con ellos». Así que Jack salió y ató al caballo y al galgo, y cuando volvió a entrar, la vieja dijo: «Tú mataste a mis tres hijos, y ahora te voy a matar yo a ti», y se puso un par de guantes de boxeo, cada uno de ellos de ciento veintiséis libras de peso, y los clavos que llevaban de quince pulgadas de longitud. Entonces empezaron a luchar, y Jack llevaba las de perder. «¡Socorro, galgo!», gritó él, y entonces gritó la vieja: «¡Aprieta, pelo!», y el cordoncillo de pelo que rodeaba el cuello del galgo lo apretó hasta matarlo. «¡Socorro, caballo!», gritó Jack, y entonces gritó la vieja: «¡Aprieta, pelo!», y el cordoncillo de pelo que rodeaba el cuello del caballo empezó a tensarse y a apretar hasta matarlo. Entonces la vieja acabó con Jack y lo echó fuera.

Ahora para volver a Bill. Un día estaba fuera en el jardín, y echó una mirada al pozo, y qué vio sino que el agua de la superficie era sangre, y que lo que había debajo era miel. Así que volvió a entrar en la casa, y le dijo a su madre: «No comeré dos veces en la misma mesa, ni dormiré dos noches en la misma cama, hasta que sepa lo que le está pasando a Jack».

Así que entonces cogió el otro caballo y el otro galgo, y se puso en camino, a través de colinas en las que nunca canta un gallo ni suena nunca un cuerno, ni el Diablo toca nunca su bugle. Y por fin llegó a la casa del tejedor, y al entrar le dice el tejedor: «Sé bienvenido, y ahora puedo darte mejor trato del que te di la última vez que viniste aquí», porque creía que era Jack quien estaba allí, tanto se parecía el uno al otro. «Eso está bien —se dijo Bill—, mi hermano ha estado aquí». Y por la mañana, antes de marcharse, le dio al tejedor la cabida de una jofaina en oro.

Luego siguió su camino hasta que llegó a la casa del rey, y cuando estaba en la puerta la princesa bajó corriendo por las escaleras, y le dijo: «Sé bienvenido de vuelta otra vez». Y todo el mundo le decía: «No sé cómo has podido salir de caza tres días después de tu boda, y estar ausente tanto tiempo». Así que se quedó a pasar aquella noche con la princesa, y ella creyó todo el tiempo que era su marido.

Y por la mañana vino el ciervo bajo las ventanas, con cascabeles que le iban sonando, y gritó desafiante: «La caza está aquí, ¿dónde están los cazadores y los galgos?». Entonces Bill se levantó y cogió su caballo y su galgo, y persiguió al ciervo a través de colinas y hondonadas hasta que llegaron al bosque, y no vio allí nada más que la choza con muros de adobe y a la vieja sentada al lado del fuego, y ella le invitó a pasar la noche allí, y le dio dos cordoncillos de pelo para que atara con ellos a su caballo y a su galgo. Pero Bill fue más listo de lo que lo fue Jack, y antes de salir tiró a escondidas los dos cordoncillos de pelo al fuego. Cuando volvió a entrar la vieja dijo: «Tu hermano mató a mis tres hijos, y yo lo maté a él, y a ti te mataré igual que a él». Y se puso sus guantes, e iniciaron el combate, y entonces Bill gritó: «¡Socorro, caballo!». Y la vieja gritó: «¡Aprieta, pelo!». «No puedo apretar, estoy en el fuego», dijo el pelo. Y el caballo entró y le dio un golpe con su pezuña a la vieja. «¡Socorro, galgo!», dijo entonces Bill. «¡Aprieta, pelo!», dijo la vieja. «No puedo, estoy en el fuego», dijo el segundo pelo. Entonces el galgo le clavó los dientes a la vieja, y Bill la derribó, y ella pidió merced. «Concédeme la vida —dijo—, y te diré dónde encontrarás de nuevo a tu hermano, y a su galgo y a su caballo». «¿Dónde es?», dijo Bill. «¿Ves esa vara encima del fuego? —dijo ella—; bájala y sal fuera, donde verás tres piedras verdes, y les das con la vara, porque son tu hermano, y su caballo y su galgo, y volverán a la vida otra vez». «Así lo haré, pero primero haré de ti una piedra verde»; dijo Bill, y le cortó la cabeza con su espada.

Entonces salió y golpeó las piedras, y, efectivamente, eran Jack y su caballo y su galgo, que estaban vivos y bien. Y empezaron a golpear otras piedras de alrededor, y de ellas salían hombres, que habían sido convertidos en piedras, miles y miles de ellos. Luego se pusieron en marcha hacia casa, pero durante el camino tuvieron alguna disputa o alguna discusión entre ellos, porque a Jack no le hizo mucha gracia enterarse de que Bill había pasado la noche con su esposa, y Bill se enfadó, y le dio a Jack con la vara, y lo convirtió en una piedra verde. Y se fue a casa, pero la princesa vio que tenía algo en la conciencia, y entonces él dijo: «He matado a mi hermano». Y entonces regresó y lo devolvió a la vida, y ya siempre vivieron felices, y tuvieron canastas de hijos, y los echaban a punta de pala. Yo mismo pasaba una vez, y me invitaron a entrar y me dieron una taza de té.

## AL BORDE DE LA CARRETERA

Anoche fui a escuchar algunas canciones irlandesas a un paraje donde la carretera de Kiltartan se ensancha. Mientras esperaba a los cantantes un viejo cantó una canción sobre aquella beldad rural que murió hace ya tantos años, y habló de un cantante, que él había conocido, que cantaba tan maravillosamente que ningún caballo pasaba por delante de él sin volver indefectiblemente la cabeza y levantar las orejas para escuchar. Al poco, una veintena de hombres y chicos y chicas, cubiertas las cabezas con chales, se reunieron debajo de los árboles para escuchar. Alguien cantó «Sa Muirín Díles», y luego otro «Jimmy Mo Mílestór», tristes canciones de separación, de muerte y de exilio. Luego algunos de los hombres se levantaron y empezaron a bailar, mientras otro marcaba con su voz el vivo compás al que bailaban, y luego alguien cantó «Eibhlín a Rúin», esa alegre canción de encuentro que siempre me ha conmovido más que otras canciones, porque el enamorado que la compuso se la cantaba a su amor a la sombra de una montaña que yo miraba a diario durante mi niñez. Las voces se confundían con el crepúsculo, y se mezclaban con los árboles, y al pensar ya en las palabras también éstas se confundían y desvanecían, y se mezclaban con las generaciones de los hombres. Ahora era una frase, ahora una actitud mental, una forma emocional, las que iban llevando mi memoria a versos más antiguos, o incluso a olvidadas mitologías. Tan lejos fui llevado que era como si llegara a uno de los cuatro ríos, y lo siguiera bajo la muralla del Paraíso hasta las raíces de los Árboles de la Ciencia y de la Vida. No hay canción ni historia transmitida entre las cabañas que no tenga palabras y pensamientos que lo lleven a uno igual de lejos, pues aunque uno poco pueda saber de la ascendencia de aquéllas, uno sabe que se remontan, como genealogías medievales a través de dignidades ininterrumpidas, al principio del mundo. El arte popular es, de hecho, la más antigua de las aristocracias del pensamiento, y por rechazar lo pasajero y trivial, lo meramente ingenioso y bonito, con tanta seguridad como lo vulgar e insincero, y por haber reunido en su seno los pensamientos más sencillos y más inolvidables de las generaciones, es el suelo en el que todo gran arte está enraizado. Dondequiera que sea, contado al lado de la chimenea, o cantado al borde de la carretera, o esculpido en el dintel, apreciación de las artes a las que un espíritu individual da unidad e intención, se extiende rápidamente cuando le llega la hora.

En una sociedad que ha expulsado de su seno nuestra tradición imaginativa, sólo unas pocas personas —tres o cuatro mil entre millones—, auspiciadas por su propio carácter y por una circunstancia feliz, y entonces sólo tras mucho esfuerzo, alcanzan a comprender las cosas imaginativas, y sin embargo «la imaginación es el hombre mismo». Las Iglesias de la Edad Media ganaron para su servicio a todas las artes porque los hombres comprendieron que cuando la imaginación se empobrece, una voz principal —algunos dirían que la única voz— que predica el despertar de la sabia

esperanza y de la fe duradera, y de la caridad comprensiva, no puede hablar más que con palabras entrecortadas, si no se sume en el silencio. Y así, siempre me ha parecido que los que queríamos volver a despertar la tradición imaginativa haciendo revivir viejas canciones, o reuniendo en libros viejas historias, tomamos parte en la disputa de Galilea. Los que son irlandeses y querían extender formas extranjeras, que, para todos menos unos pocos, son formas de pobreza espiritual, también toman parte. Están con los que, siendo del Pueblo Judío, sin embargo gritaban: «Si sueltas a este hombre no eres amigo del César».

*1901*

## HACIA EL CREPÚSCULO

Corazón desgastado, en un tiempo gastado,  
sal de las redes del bien y del mal;  
ríe, corazón, en el crepúsculo gris;  
suspira bajo el rocío de madrugada.

Tu madre Eire es siempre joven,  
brillante el rocío y el crepúsculo gris;  
aunque la esperanza pierdas y decline el amor,  
y ardan en la lengua de fuego de la infamación.

Ven, corazón, donde las colinas se siguen,  
pues es allí donde la hermandad mística  
de sol y luna y hondonada y bosque y río  
y corriente impone su voluntad;

y toca Dios su solitario cuerno,  
y el tiempo y el mundo están siempre huyendo;  
y el amor es menos que el crepúsculo gris,  
menos la esperanza que el rocío de madrugada.

1893

[INTO THE TWILIGHT: *Out-worn heart, in a time outworn, | Come clear of the nets of wrong and right; | Laugh, heart, again in the grey twilight; | Sigh, heart, again in the dew of the morn. || Your mother Eire is always young, | Dew ever shining and twilight grey; | Though hope fall from you and love decay, | Burning in fires of a slanderous tongue. || Come, heart, where hill is heaped upon hill | For there the mystical brotherhood | Of sun and moon and hollow and wood | And river and stream work out their will; || And God stands winding His lonely horn, | And time and the world are ever in flight; | And love is less kind than the grey twilight, | And hope is less dear than the dew of the morn*].



**LA ROSA SECRETA**  
**(1897)**

TRADUCCIÓN DE ALEJANDRO GARCÍA REYES

En cuanto a vivir, nuestros sirvientes lo harán por nosotros.

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

Helena, cuando se miró al espejo, y vio en él las arrugas de la vejez, lloró, y se maravilló de que la hubieran raptado dos veces.

Cita de Ovidio en uno de los cuadernos de LEONARDO DA VINCI

# A LA ROSA SECRETA<sup>[1]</sup>

Remota, secretísima e inviolada Rosa,  
abrázame en mi hora de las horas; allí donde habitan  
cuantos te buscaron en el Santo Sepulcro,  
o en el tonel de vino, más allá de la agitación  
y tumulto de derrotados sueños; donde, cerrados casi  
sus pálidos párpados, vencidos por el sueño, los hombres  
han dado nombre a la belleza. Tus grandes hojas ocultan  
las antiguas barbas, los yelmos de oro y rubíes  
de los Magos coronados; y a aquel rey cuyos ojos  
vieron las Taladradas Manos y el año Leño alzarse  
en las brumas Druidas, haciendo palidecer las antorchas;  
hasta que un vano frenesí le arrebató y murió; y a aquel  
otro que encontró a Fand caminando sobre llameante rocío  
en una costa gris que nunca azotó el viento,  
y perdió el mundo y a Emer por un beso;  
y a aquel que expulsó a los dioses de sus lares,  
y cien veces estalló roja la aurora mientras lo  
festejaba, llorando sobre los túmulos de sus muertos;  
y al rey orgulloso y soñador que desechó corona  
y desventura, y seguido de su bardo y su bufón  
marchó a vivir entre ebrios vagabundos al corazón del bosque;  
y a aquel que vendió aperos, casa y bienes,  
e innumerables años buscó por tierras y por islas,  
hasta encontrar, entre risas y lágrimas,  
una mujer de tan resplandeciente belleza  
que los hombres trillaban el grano a medianoche  
por un mechón de sus cabellos, un pequeño mechón robado.  
También yo espero la hora de tu gran vendaval de amor y odio.  
¿Cuándo se extinguirán en el cielo las estrellas,  
como chispas que brotan del yunque y que se apagan?  
¿Acaso no ha sonado ya tu hora?, ¿no sopla ya tu huracanado viento,  
remota, secretísima e inviolada Rosa?

[TO THE SECRET ROSE: *Far-off, most secret, and inviolate Rose, | Enfold me in my hour of hours; where those | Who sought thee in the Holy Sepulchre, | Or in the winevat, dwell beyond the stir | And tumult of defeated dreams; and deep | Among pale eyelids, heavy with the sleep | Men have named beauty. Thy great leaves enfold | The ancient beards, the helms of ruby and gold | Of the crowned Magi; and the king whose eyes | Saw the Pierced Hands and Rood of elder rise | In Druid vapour and make the torches dim; | Till vain frenzy awoke and he died; and him | Who met Fand walking among flaming dew | By a grey shore where the wind never blew, | And lost the world and Emer for a kiss; | And him who drove the gods out of their liss, | And till a hundred morns had flowered red | Feasted, and wept the barrows of his dead; | And the proud dreaming king who flung the crown | And sorrow away, and calling bard and clown | Dwelt among wine-stained wanderers in deep woods; | And him who sold tillage, and house, and goods, | And sought through lands and islands numberless years, | Until he found, with laughter and with tears, | A woman of so*

*shining loveliness | That men threshed corn at midnight by a tress, | A little stolen  
tress. I, too, await | The hour of thy great wind of love and hate. | When shall the stars  
be blown about the sky, | Like the sparks blown out of a smithy, and die? | Surely thine  
hour has come, thy great wind blows, | Far-off, most secret, and inviolate Rose?].*

## LA CRUCIFIXIÓN DEL PROSCRITO

Un hombre, de cabellos castaños y ralos y pálido semblante, iba medio corriendo por el camino que serpenteaba desde el sur hacia la ciudad de Sligo. Muchos le llamaban Cumhal, el hijo de Cormac, y otros muchos le llamaban Veloz Caballo Salvaje; y era un juglar, y llevaba un corto jubón de varios colores, zapatos puntiagudos y un abultado talego. Era además de la estirpe de los Ernaans, y su país natal era el Campo de Oro; pero comía y dormía en los cinco reinos de Eri<sup>[\*]</sup>, y su morada no estaba sobre la faz de la tierra.

Paseó la mirada desde la torre de lo que, años más tarde, sería la abadía de los Frailes Blancos hasta una hilera de cruces que se recortaban contra el cielo en lo alto de una colina, un poco al este de la ciudad, y cerrando el puño lo blandió contra las cruces. Vio que no estaban vacías, pues los pájaros revoloteaban a su alrededor; y pensó que lo más probable era que en una de ellas hubieran montado a algún vagabundo como él; y murmuró: «Ser ahorcado, estrangulado con la cuerda de un arco, lapidado o decapitado debe ser ya bastante horrible. ¡Pero que los pájaros te picoteen los ojos y que los lobos te devoren les pies! ¡Lástima que el rojo viento de los Druidas no marchitase en la cuna al soldado de Dathi que trajo el árbol de la muerte de bárbaras tierras, o que el mismo rayo que fulminó a Dathi al pie de la montaña no le fulminase también a él, o que las sirenas de verdes cabellos y verdes dientes no cavasen su sepultura en lo más profundo de las entrañas del profundo mar!». Mientras hablaba temblaba, de pies a cabeza y el sudor afloró a su rostro, y no sabía el porqué, pues había visto muchas otras cruces.

Atravesó dos colinas y el portón almenado y después, torciendo por un camino a la izquierda, llegó a la puerta de la abadía. Estaba remachada con gruesos clavos, y al llamar despertó al hermano lego que hacía de portero y le pidió sitio en la hospedería. Entonces el hermano lego puso un pedazo de turba al rojo en una pala y le condujo a un amplio y desnudo cobertizo, con el suelo cubierto de juncos mugrientos; encendió una vela de junco encajada entre dos piedras de la pared, echó los carbones al rojo en el hogar, le entregó dos cabos sin encender y un manojo de yesca y le mostró una manta que colgaba de un clavo, una balda con una hogaza de pan y una jarra de agua, y una tina que estaba al otro extremo en un rincón. Después el hermano lego le dejó solo y regresó a su puesto junto a la puerta. Y Cumhal, el hijo de Cormac, se puso a despabilar la turba al rojo para así poder encender los dos cabos y el manojo de yesca; pero los cabos y la yesca no prendían porque estaban húmedos. Se quitó, pues, los puntiagudos zapatos y sacó la tina del rincón con la intención de lavarse los pies y quitarse el polvo del camino; pero el agua estaba tan sucia que no se veía el fondo. Como no había comido en todo el día tenía tal hambre que, en vez de desahogar su mal humor con la tina, cogió la negra hogaza y le dio un mordisco, pero escupió el bocado enseguida, pues el pan estaba duro y mohoso. Aun así no dio rienda suelta a

su indignación, pues no había bebido nada desde hacía muchas horas; con la esperanza de una cerveza de brezo o de algo de vino para rematar el día ni siquiera había probado el agua de los riachuelos, para que así la cena le supiera mejor. Se llevó la jarra a los labios, pero la apartó enseguida, pues el agua sabía amarga y olía mal. Entonces le dio un puntapié a la jarra, estrellándola contra la pared de enfrente, y descolgó la manta para arrojarse y pasar la noche. Pero apenas la tocó, fue como si las pulgas saltarinas la hiciesen cobrar vida. En este punto, fuera de sí de cólera, se lanzó contra la puerta de la hospedería, pero el hermano lego, demasiado acostumbrado a protestas semejantes, la había cerrado con llave por fuera; vació, pues, la tina y se puso a dar golpes con ella a la puerta, hasta que el hermano lego acudió y le preguntó qué le dolía y por qué le había despertado de su sueño.

—¡Que qué me duele! —rugió Cumhal—, ¿es que no están los cabos tan húmedos como las arenas de Three Rosses<sup>l\*</sup>?, ¿acaso no hay tantas pulgas en la manta como olas en la mar, e igual de bravías?, y el pan, ¿no está tan duro como el corazón del hermano lego que se ha olvidado de Dios?, y el agua de la jarra, ¿no está tan podrida y huele tan mal como su propia alma?, y el agua para los pies, ¿no tiene el mismo color que tendrá él después de abrasarse en el Fuego Eterno?

El hermano lego comprobó que el cerrojo era seguro y se volvió a su nicho, pues tenía mucho sueño y ninguna gana de entablar conversación. Y Cumhal siguió dando golpes a la puerta, y al poco oyó de nuevo los pasos del hermano lego y le gritó:

—¡Oh, cobarde y tiránica raza de los monjes, perseguidores de los bardos y de los juglares, que odiáis la vida y la alegría! ¡Raza que nunca empuña la espada ni dice la verdad! ¡Raza que hacéis que se le fundan los huesos al pueblo mediante la cobardía y el engaño!

—Juglar —replicó el hermano lego—, yo también compongo rimas, y muchas, mientras estoy sentado en mi nicho al lado de la puerta, y me apena oír cómo los bardos echan pestes de los monjes. Hermano, me gustaría dormir y, por tanto, pongo en tu conocimiento que es el superior de nuestro monasterio, nuestro gracioso abad, quien dispone todo lo que se refiere al hospedaje de los viajeros.

—Puedes dormir —le contestó Cumhal—. Voy a entonar una maldición de bardo contra el abad. —Y poniendo la cuba boca abajo debajo de la ventana, se subió encima y empezó a cantar con potente voz. Su canto despertó al abad, que se incorporó en su lecho y tocó un silbato de plata hasta que el hermano lego acudió.

—No puedo pegar ojo con ese ruido —dijo el abad—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Es un juglar —contestó el hermano lego—, que se queja de los cabos, del pan, del agua de la jarra, del agua para los pies y de la manta. Y ahora se ha puesto a cantar una maldición de bardo, ¡oh, hermano abad!, contra vos, y contra vuestro padre y vuestra madre, y contra vuestro abuelo y vuestra abuela, y contra toda vuestra parentela.

—¿La maldición que está echando tiene rima?

—Sí, tiene rima, y con dos asonancias en cada verso de la maldición.

El abad se quitó el gorro de dormir y lo estrujó entre las manos, y en medio de su monda cabeza la mata circular y gris de sus cabellos parecía el túmulo que hay en la cima del Knocknarea; pues en Connacht no han abandonado todavía la antigua tonsura.

—A menos que hagamos algo —continuó—, les enseñaré sus maldiciones a los niños de la calle, a las muchachas que hilan en los portales y a los ladrones del Ben Bulben.

—¿Queréis que vaya entonces —inquirió el otro—, y que le dé unos cabos secos, pan fresco, una jarra de agua potable, agua limpia para los pies y una manta nueva, y que le haga jurar por el bendito san Benigno, y por el sol y la luna, para no dejar ningún cabo suelto, que no les recitará sus rimas a los niños de la calle, ni a las muchachas que hilan en los portales, ni a los ladrones del Ben Bulben?

—Ni nuestro Bendito Patrón, ni el sol ni la luna servirán de nada —replicó el abad—, pues mañana, o al día siguiente, le volverán a entrar ganas de maldecir, o bien, sintiéndose orgulloso de esas rimas, les enseñará sus versos a los niños, a las muchachas y a los ladrones. O le contará a algún otro de su mismo oficio cómo le fue en la hospedería, y ese otro se pondrá a su vez a echar maldiciones, y mi nombre quedará mancillado. Has de saber que no existe propósito de enmienda más que bajo techado y entre cuatro paredes y no por esos caminos. Por tanto, te ordeno que vayas a despertar al hermano Kevin, al hermano Paloma, al hermano Pequeño Lobo, al hermano Patricio el Calvo, al hermano Brandon el Calvo, al hermano Jacobo y al hermano Pedro. Que cojan a ese hombre, que le aten con cuerdas y que le zambullan en el río para que deje de cantar. Y por la mañana, para que esto no haga más estentóreas aún sus maldiciones, le crucificaremos.

—Todas las cruces están llenas —observó el hermano lego.

—Entonces tenemos que hacer otra cruz. Otros le darán su merecido, si nosotros no lo hacemos, pues ¿quién va a poder comer y dormir en paz mientras hombres así anden sueltos por el mundo? ¡Vergüenza sentiríamos incluso ante el bendito san Benigno, y con cara agría nos habría de mirar cuando viniese a juzgarnos en el Último Día, si dejásemos escapar a un enemigo suyo, teniéndolo como lo tenemos en nuestras manos! Hermano, no hay uno solo de todos esos bardos y juglares que no haya sembrado de bastardos los cinco reinos, y cuando rajan una bolsa o rebanan un cuello, y si no es una cosa siempre es la otra, jamás se les pasa por la cabeza confesarse o hacer penitencia. ¿Puedes citarme uno solo que no sea pagano en su corazón, y que no esté siempre suspirando por el Hijo de Llyr<sup>[\*]</sup>, por Aengus, por Bridget<sup>[\*]</sup>, por el Dagda<sup>[\*]</sup> y por Dana<sup>[\*]</sup>, la Madre, y por todos los falsos dioses de antaño; siempre componiendo poemas en honor de todos esos reyes y reinas de los demonios, de Finvaragh, que habita bajo el Cruachmaa, de Aodh el Rojo de Cnoc-na-Sidha, de Cliona, la de las Olas, de Aoibheal, el de la Roca Gris, y de ese al que llaman Donn, el de los Toneles del Mar, y siempre despotricando contra Dios, contra Cristo y contra los Santos benditos? —Mientras hablaba abría los brazos en cruz y

cuando terminó se caló el gorro de dormir hasta las orejas para no oír el ruido, cerró los ojos y se dispuso a dormir.

El hermano lego halló al hermano Kevin, al hermano Paloma, al hermano Pequeño Lobo, al hermano Patricio el Calvo, al hermano Brandon el Calvo, al hermano Jacobo y al hermano Pedro sentados en sus camas, y les hizo levantar. Entonces amarraron a Cumhal, le llevaron a rastras hasta el río, y le zambulleron en el sitio que luego se llamó el vado de Buckley.

—Juglar —le dijo el hermano lego, mientras le llevaban de vuelta a la hospedería—, ¿por qué no usas el ingenio que Dios te ha dado más que para componer cuentos y versos blasfemos e inmorales? Pues ése parece tu oficio. Me sé muchos de tales cuentos y versos casi de memoria, y sé muy bien que es verdad lo que digo. ¿Y por qué honras con rimas a esos demonios, a Finvaragh, a Aodh el Rojo, a Cliona, a Aoibheal o a Donn? Yo soy hombre también de gran ingenio y cultura, pero glorifico siempre a nuestro gracioso abad, a Benigno, nuestro Patrón, y a los príncipes de la provincia. Mi alma es decente y comedida, pero la tuya es como el viento que silba entre los sauces. Dije cuanto pude en tu favor, siendo como eres también hombre de muchas luces, pero ¿quién podría ayudar a alguien como tú?

—Amigo —le respondió el juglar—, mi alma es sin duda como el viento, y me lleva de un lado a otro, de arriba abajo, y dicta a mi mente y fuera de mi mente infinidad de cosas, y por eso me llaman Veloz Caballo Salvaje. —Y ya no habló más en toda la noche, pues sus dientes castañeteaban de frío.

El abad y los monjes fueron a verle por la mañana, le ordenaron que se preparara para ser crucificado y le sacaron de la hospedería. Y cuando tenía aún un pie en el escalón una bandada de soberbios gansos árticos pasó volando con estridentes graznidos por encima de su cabeza. Alzó hacia ellos sus brazos y exclamó:

—¡Oh, gansos magníficos, deteneos un instante y tal vez mi alma podrá viajar en vuestra compañía a los desolados parajes de la costa y el ingobernable mar!

En el portón se vieron rodeados por una multitud de mendigos que habían acudido a pedir limosna a los viajeros o peregrinos que hacían noche en la hospedería. El abad y los monjes condujeron al juglar a un lugar en medio del bosque, a cierta distancia, en donde crecían multitud de árboles nuevos y esbeltos, y le hicieron talar uno y cortarlo hasta darle el largo requerido, mientras los mendigos charlaban y gesticulaban formando un círculo a su alrededor. El abad le hizo cortar después otro tronco más pequeño y clavarlo sobre el primero. Ya tenía, pues, su cruz; y se la cargaron al hombro, pues su crucifixión había de tener lugar en lo alto de la colina donde estaban las otras.

Cuando llevaban media milla les pidió que se detuviesen y le vieran hacer juegos de manos; pues se sabía, les dijo, todos los trucos de Aengus, el de Sutil Corazón. Los monjes más viejos preferían ir deprisa, pero los más jóvenes querían verle: les hizo, pues, múltiples prodigios, llegando incluso a sacarse sapos vivos de las orejas. Pero al cabo de un rato se cansaron, le dijeron que sus trucos eran aburridos y un



tanto irreverentes, y volvieron a cargarle la cruz al hombro. Media milla más adelante les pidió que se detuviesen y haría de bufón, pues se sabía, les aseguró, todas las bufonadas de Conan el Calvo, en cuya espalda crecía una piel de oveja. Y los monjes más jóvenes, después de escuchar sus regocijantes historias, le ordenaron que cargase otra vez con la cruz, pues les parecía pernicioso prestar oídos a tales despropósitos. Otra media milla y les pidió que se detuviesen y le oyeran cantar la historia de Deirdre, la de los Blancos Senos, y de las innumerables desdichas que había sufrido, y de cómo los hijos de Usna perecieron por servirla. Y los monjes jóvenes se volvían locos por oírle, pero cuando hubo terminado montaron en cólera y le golpearon por haber despertado en sus corazones anhelos ya olvidados. Entonces le cargaron la cruz a la espalda y le condujeron a toda prisa hasta la colina.

Al llegar a la cima le quitaron la cruz y empezaron a cavar un hoyo para alzarla, mientras los mendigos se agolpaban a su alrededor y charlaban entre ellos.

—Pido una última gracia antes de morir —dice Cumhal.

—No te concederemos ningún otro aplazamiento —le responde el abad.

—No pido más aplazamientos, pues yo ya desenvainé mi espada, dije la verdad y viví mis sueños, y estoy tranquilo.

—¿Quieres acaso confesarte?

—Por el sol y la luna, no; pido tan sólo que me dejéis comer las provisiones que llevo en mi talego. Siempre que voy de viaje llevo víveres en el talego, pero nunca los pruebo a no ser que me esté muriendo de hambre. Y hace dos días que no he comido.

—Cómetelos, pues —le contesta el abad, y dando media vuelta se fue a ayudar a los monjes a cavar el hoyo.

El juglar sacó una hogaza de pan y unas cuantas lonchas de tocino frito frío de su talego y lo puso en el suelo. «Daré un diezmo a los pobres —proclama, y cortó la décima parte del pan y del tocino—. ¿Quién de entre todos vosotros es el más pobre?». Y entonces estalló un terrible griterío, pues los mendigos empezaron a narrar la historia de sus desventuras y de su pobreza y sus rostros amarillentos se agitaban como el lago Gabhra cuando se llena de agua de los pantanos en época de crecidas.

Les escuchó unos momentos, y contestó: «Yo soy el más pobre, pues he caminado por los caminos desolados y las orillas del mar; y el andrajoso jubón de paño multicolor que llevo sobre mis hombros y los destrozados zapatos puntiagudos que calzan mis pies siempre me han mortificado porque en mi corazón llevaba una ciudad coronada de torres y llena de nobles atavíos. Y yo soy el que más solo ha estado por los caminos y las orillas del mar porque en mi corazón oía el crujir del vestido orlado de rosas de aquella que es más sutil que Aengus, el de Sutil Corazón, y cuya risa es aún más hermosa que la de Conan el Calvo, y cuyas lágrimas encierran más sabiduría que las de Deirdre, la de los Blancos Senos, y que es más adorable que el despuntar de la aurora para quienes se hallan sumidos en las tinieblas. Por todo lo dicho, me

concedo el diezmo a mí mismo; pero como para mí ya todo ha terminado, voy a dároslo a vosotros».

Y les arrojó a los mendigos el pan y las lonchas de tocino, y no dejaron de disputárselas y de chillar hasta que no devoraron las últimas migajas. Pero entretanto los monjes clavaron al juglar en su cruz, la metieron en el hoyo para ponerla derecha, lo llenaron con paladas de tierra y apisonaron la tierra para que quedara igualada y firme. Y después se marcharon, y los mendigos, sentados alrededor de la cruz, siguieron allí. Pero cuando empezó a ponerse el sol, se levantaron para irse ellos también, pues empezaba a hacer frío.

Apenas se habían alejado un corto trecho cuando los lobos, que ya se habían dejado ver en la linde de un bosquecillo cercano, empezaron a aproximarse y los pájaros comenzaron a describir círculos cada vez más cerrados. «Proscritos, quedaos un poco más —gritó entonces a los mendigos con débil voz el crucificado—, y mantened a las fieras y a los pájaros alejados de mí». Pero los mendigos estaban irritados porque les había llamado proscritos, y le arrojaron piedras y lodo, y uno de ellos que llevaba un niño lo aupó poniéndoselo delante de los ojos y le dijo que él era el padre, y le maldijo, y después le dejaron solo. Entonces los lobos se agolparon al pie de la cruz y los pájaros empezaron a volar más bajo cada vez. Y momentos después se lanzaron en picado contra su cabeza, brazos y hombros y empezaron a picoteárselos, y los lobos empezaron a devorarle los pies. «¡Proscritos! —gimió—, ¿por qué os habéis vuelto todos contra el proscrito?».

## DE LA ROSA

Un atardecer de invierno un viejo caballero con una vieja y herrumbrosa cota de malla cabalgaba lentamente por la frondosa ladera sur del Ben Bulben, contemplando cómo el sol se ponía sobre el mar entre nubes carmesíes. Su caballo estaba cansado, como tras un largo viaje, y su yelmo no ostentaba la cimera de ningún señor o rey de los contornos, sino una pequeña rosa hecha de rubíes que a cada paso refulgía con un carmesí aún más intenso. Los blancos cabellos le caían en delgados rizos sobre los hombros, y ese desaliño acentuaba la melancolía de su semblante, semblante de quienes no han salido al mundo más que muy rara vez, y siempre para su aflicción, de los soñadores que tienen que realizar sus sueños, frente a los emprendedores que han de soñar cuanto realizan.

Tras contemplar un rato el sol, dejó caer las riendas sobre el cuello de su caballo, y, tendiendo ambos brazos hacia el oeste, exclamó: «¡Oh, Rosa Divina de la Llama Intelectual, haz que las puertas de tu paz se abran finalmente para mí!». Y de pronto, en los bosques, a unos cientos de yardas montaña arriba, se dejó oír un sonoro chillido. Detuvo el caballo para escuchar, y a sus espaldas oyó ruido de pisadas y de voces. «Los están golpeando para que sigan el estrecho sendero que bordea la cañada», exclamó alguien, y un momento después una docena de campesinos armados de lanzas cortas llegaban a donde se encontraba el caballero, y se paraban a cierta distancia de él, con sus gorros azules en la mano.

«¿Adónde vais con esas lanzas?», les preguntó; y el que parecía el cabecilla respondió: «Una partida de ladrones del bosque bajó hace poco de las colinas y se llevaron los cerdos de un viejo que vive junto al lago GlenCar, y hemos salido en su persecución. Ahora que ya sabemos que son cuatro veces más que nosotros, tan sólo seguimos para averiguar qué camino han tomado; y luego le contaremos nuestra historia a De Courcey, y si él no nos ayuda, a Fitzgerald; pues De Courcey y Fitzgerald acaban de hacer las paces, y no sabemos a cuál de los dos pertenecemos». «Pero para entonces —observó el caballero—, ya se habrán comido los cerdos».

—Una docena de hombres no puede hacer más, y no era razonable que todo el valle se movilizara y arriesgara la vida por dos, o por dos docenas de cerdos.

—¿Puedes decirme —preguntó el caballero—, si el anciano al que pertenecen los cerdos es piadoso y recto de corazón?

—Es tan recto como cualquiera y más piadoso que nadie, pues todas las mañanas le reza una oración a algún santo antes de desayunarse.

—En ese caso sería justo luchar por su causa —prosiguió el caballero—, y si os decidís a pelear contra los ladrones de los bosques, yo llevaré todo el peso de la batalla, y veréis que un solo hombre con armadura vale por muchos de esos ladrones de los bosques, vestidos de lana y cuero.

Y el cabecilla se volvió a sus acompañantes y les preguntó si estaban dispuestos a afrontar ese riesgo; pero parecían ansiosos por regresar a sus cabañas.

—Esos ladrones de los bosques, ¿son traicioneros e impíos?

—Son traicioneros en todas sus acciones —respondió un campesino—, y no hay nadie que los haya visto rezar jamás.

—Entonces —concluyó el caballero—, daré cinco coronas por la cabeza de cada ladrón del bosque que matemos en la pelea. —Y mandó al cabecilla que le mostrara el camino, y reanudaron la marcha todos juntos.

Poco después salieron a un camino de herradura que se internaba serpenteando en los bosques, y, siguiéndolo, desanduvieron el camino que llevaba recorrido, y empezaron a ascender por la frondosa ladera de la montaña. Al poco el sendero se hizo muy angosto y escarpado, y el caballero se vio obligado a desmontar y a dejar su caballo atado al tronco de un árbol. Vieron que seguían la pista correcta, pues en la arcilla blanda se podían distinguir huellas de zapatos puntiagudos y, mezcladas con ellas, las marcas de las hendidas pezuñas de los cerdos. Pronto el sendero se hizo aún más abrupto, y al acabarse las marcas de las pezuñas comprendieron que los ladrones llevaban los cerdos auestas. De cuando en cuando un largo rastro en la arcilla indicaba que un cerdo se les había resbalado, y lo habían llevado un trecho a rastras. Llevaban así unos veinte minutos de marcha, cuando un confuso rumor de voces les indicó que estaban dando alcance a los ladrones. Y entonces las voces cesaron, y comprendieron que también a ellos les habían oído. Apretaron el paso, rápidos y cautelosos, y unos cinco minutos después uno de ellos avistó un justillo de cuero medio oculto tras un pequeño avellano. Una flecha se estrelló contra la cota de malla del caballero, pero rebotó, y al instante una lluvia de flechas volaba sobre sus cabezas. Corrieron y treparon, y treparon y corrieron hacia los ladrones, ahora ya perfectamente visibles, emboscados tras los arbustos, con los arcos temblándoles aún entre las manos; pues no disponiendo más que de sus lanzas tenían que llegar cuanto antes al cuerpo a cuerpo. El caballero marchaba a la cabeza y empezó a derribar ladrones de los bosques uno tras otro. Los campesinos gritaban, y fueron empujando a los ladrones hasta llegar al llano que coronaba la montaña, y, al descubrir allí a los dos cerdos pastando plácidamente las escasas hierbas, corrieron a rodearlos formando un círculo, y empezaron a retroceder de nuevo hacia el estrecho sendero: el viejo caballero ahora iba en último lugar, derribando ladrón tras ladrón. Los campesinos no habían sufrido heridas de consideración, pues él había cargado con todo el peso de la batalla, como bien podía verse por los ensangrentados desgarrones de su cota de malla; y cuando llegaron al arranque del angosto sendero les dijo que bajaran los cerdos al valle, mientras él se quedaba allí para cubrirles la retirada. Así pues, al instante se quedó solo, y, debilitado como estaba por la pérdida de sangre, podría haber sido rematado en aquel sitio y hora por los ladrones del bosque, si éstos, presas del pánico, no se hubieran perdido de vista a toda velocidad.

Transcurrió una hora, y no regresaron; y el caballero ya no pudo seguir en guardia más tiempo, y tuvo que tenderse en la hierba. Pasó otra media hora, y entonces un mozalbete, con algo que parecía un gran penacho de plumas de gallo prendidas en su sombrero, apareció por el sendero que tenía a su espalda; empezó a pasearse por entre los cuerpos de los ladrones muertos, y les fue cortando las cabezas. Después las puso en un montón delante del caballero, y le dijo:

—¡Oh, gran caballero!, me han mandado que viniera a pedir las coronas que prometisteis por las cabezas: cinco coronas por cabeza. Me encargaron que os dijera que han rezado a Dios y a su Madre para que os concedan una larga vida, pero que ellos son pobres campesinos, y que querrían disponer del dinero antes de que muráis. Me lo repitieron una y otra vez, pues temían que se me olvidara, y prometieron que si eso ocurría me pegarían.

El caballero se incorporó apoyándose sobre el codo, y, abriendo una bolsa que colgaba de su cinturón, fue contando cinco coronas por cada cabeza. En total había treinta cabezas.

—¡Oh, gran caballero! —continuó el muchacho—, me mandaron también que os atendiera en cuanto fuera menester, que encendiera un fuego y que os pusiera este ungüento en vuestras heridas.

Y reuniendo palos y hojas, con su eslabón y pedernal hizo saltar chispas bajo un montón de hojas secas y encendió una estupenda fogata. Después, tras quitarle la cota de malla, empezó a unguirle las heridas: pero lo hacía torpemente, como quien hace con desgana lo que le han dicho que haga. El caballero le dijo que parara y añadió: «Pareces buen muchacho».

—Querría pedir algo para mí.

—Aún quedan algunas coronas —contestó el caballero—, ¿quieres que te las dé?

—¡Oh, no! —replicó el muchacho—. A mí no me servirían de nada. Sólo hay una cosa que me gusta hacer, y no necesito dinero para ello. Yo voy de pueblo en pueblo y de colina en colina, y siempre que encuentro un buen gallo lo robo y me lo llevo al bosque, y allí lo escondo bajo una canasta hasta que consigo otro gallo igual de bueno, y los pongo a los dos a pelear. La gente dice que soy un simple, nadie me hace ningún daño, y nunca me piden que haga nada salvo llevar algún mensaje de vez en cuando. Y por ser un simple es por lo que me han mandado a por las coronas: cualquier otro las robaría; y ellos mismos no se atreven a volver, pues ahora que ya no os tienen a su lado, tienen miedo a los ladrones del bosque. ¿No habéis oído decir que, cuando los ladrones del bosque son bautizados, los lobos ofician de padrinos suyos, y que su brazo derecho queda sin bautizar?

—Si no quieres coger estas coronas, mi buen muchacho, me temo que no tengo nada para ti, a no ser que te quedes con la vieja cota de malla que muy pronto ya no volveré a necesitar.

—Había algo que quería, sí, ahora me acuerdo —respondió el muchacho—. Quiero que me digáis por qué os habéis batido como los campeones y los gigantes de

las historias y por tan poca cosa. ¿Sois realmente un hombre como los demás? ¿No seréis más bien un viejo brujo que vive en estas colinas?, y si ahora de repente se levantara viento, ¿no os dejaría reducido a polvo?

—Te hablaré de mí —replicó el caballero—, pues ahora que soy el último de todos mis compañeros, puedo contarlo todo con Dios por testigo. Mira la Rosa de Rubíes de mi yelmo, y verás el símbolo de mi vida y de mis esperanzas.

Y entonces le contó al muchacho esta historia, pero haciendo pausas cada vez más frecuentes; y mientras se la contaba, el muchacho clavó en la tierra delante de él las plumas de gallo, y las iba moviendo como si fuesen actores de la obra.

—Yo vivía en una tierra lejos de ésta, y fui uno de los Caballeros de San Juan —comenzó el anciano—, pero dentro de la Orden yo era de los que siempre soñaban con más arduas empresas al servicio de esa verdad que no puede entenderse más que con el corazón. Al fin se unió a nosotros cierto caballero de Palestina, al cual la verdad de las verdades le había sido revelada por Dios Mismo. Él había visto una gran Rosa de Fuego, y una Voz procedente de la Rosa le había dicho que los hombres estaban desviándose de la luz de sus propios corazones, y postrándose ante unas normas y un orden meramente externos; y que a ese paso la luz acabaría extinguiéndose, y que nadie escaparía a la maldición, salvo el hombre bueno pero necio que es incapaz de pensar, y aquel otro, apasionado y perverso que ni siquiera lo intenta. La luz del corazón, le dijo la Voz, brillaba ya cada vez con menos lustre, y a medida que empalidecía una infección iba sembrando el mundo de corrupción; y ninguno de los que han visto claramente la verdad podrían entrar en el Reino de Dios, que está en el Corazón de la Rosa, si siguieran de buen grado en este mundo corrompido; y, por tanto, han de mostrar su cólera contra los Poderes de la Corrupción muriendo al servicio de la Rosa. Mientras el caballero de Palestina nos decía todas estas cosas el aire se llenó de la fragancia de la Rosa. Y de ese modo supimos que era la mismísima Voz de Dios la que nos hablaba por boca del caballero, y le pedimos que nos guiara en todo y que nos enseñara cómo obedecer a la Voz. Nos unió, pues, en juramento, y nos dio santos y señas mediante las cuales podríamos reconocernos unos a otros aunque pasaran muchos años, nos fijó unos determinados lugares para que nos encontrásemos y nos envió en destacamentos por el mundo en busca de causas justas y a morir combatiendo por ellas. Al principio, nosotros creíamos que era mejor morir ayunando en honor de algún santo; pero él nos dijo que eso era pecado, pues era buscar la muerte por la muerte misma, y de ese modo arrebatábamos a las manos de Dios la elección del momento y forma de nuestra muerte, y al hacerlo así hacíamos de menos Su poder. Hemos de escoger nuestros servicios por su propia excelencia, y nada más que por eso, y dejar que Dios nos recompense a Su debido tiempo y de Su debida forma. Y después nos obligó a comer siempre de dos en dos a la mesa para que así nos vigilásemos mutuamente y no ayunásemos de forma caprichosa. Y pasaron los años, y mis compañeros fueron muriendo uno tras otro en Tierra Santa, bien guerreando contra los perversos

príncipes de la tierra, bien limpiando de salteadores los caminos; y con ellos murió el caballero de Palestina, y al final quedé yo solo. Peleé por todas las causas en que los menos luchan contra los más, y mis cabellos fueron volviéndose blancos, y un miedo terrible a haber caído en desgracia a los ojos de Dios se apoderó de mí. Pero, finalmente, cuando llegó a mis oídos que esta isla de Occidente padecía más guerras y rapiña que ninguna otra tierra, vine hasta aquí, y he encontrado lo que buscaba, y ¡mira!, una gran alegría me embarga.

En ese momento se puso a cantar en latín, y mientras cantaba su voz se fue quebrando y haciéndose cada vez más débil. Después sus ojos se cerraron y se entreabrieron sus labios, y el muchacho vio que había muerto.

—El cuento que me ha contado era muy bonito —dijo el muchacho—, pues había batallas, pero hay muchas cosas que no he entendido y se hace difícil recordar una historia tan larga.

Y cogiendo la espada del caballero empezó a cavar una sepultura en la arcilla blanda. Cavó con ahínco, y casi había concluido ya su tarea cuando abajo, en el valle, cantó un gallo.

—Ah —exclamó—, tengo que atrapar a ese pajarraco. Y bajó a la carrera el angosto sendero que conducía al valle.

## LA SABIDURÍA DEL REY

La Gran Reina de Irlanda había muerto en el parto, y su hijo fue encomendado a una nodriza que vivía en una pequeña cabaña en el lindero del bosque. Una noche la mujer estaba sentada meciendo la cuna, meditando sobre la hermosura del niño, y rezando para que los dioses le concedieran una sabiduría equiparable a su belleza. Entonces llamaron a la puerta, y se levantó muy extrañada, pues los habitantes más próximos eran los de la mansión del Gran Rey, a una milla de distancia, y ya era entrada la noche. «¿Quién llama?», gritó, y una voz tenue respondió: «¡Abrid, porque soy una comadre del halcón gris, y vengo de las tinieblas del gran bosque!». Aterrorizada descorrió el cerrojo, y una mujer toda vestida de gris, de avanzadísima edad y sobrehumana estatura, entró y se situó junto a la cabecera de la cuna. La nodriza retrocedió hacia la pared, incapaz de apartar los ojos de la mujer, pues a la luz del fuego vio que en vez de cabellos tenía en la cabeza plumas de halcón gris. «¡Abrid! —gritó otra voz—, pues soy una comadre del halcón gris y velo su nido en las tinieblas del gran bosque». La nodriza volvió a abrir la puerta, por más que sus dedos temblorosos casi no podían ni asir el cerrojo, y otra mujer gris, con no menos años que la primera, y con idénticas plumas, entró y se situó junto a la primera. Al poco llegó una tercera mujer gris, y tras ésta una cuarta, y luego otra, y otra y otra más, hasta llenar la cabaña con sus cuerpos inmensos. Permanecieron largo rato en silencio, pero al fin una susurró con un hilo de voz: «Hermanas, supe que era él por su rojo corazón bajo la piel de plata»; y entonces habló otra: «Hermanas, supe que era él porque su corazón aleteaba como un pájaro bajo una red de cuerdas de plata»; y después otra tomó la palabra: «Hermanas, supe que era él porque su corazón cantaba como el pájaro que es feliz en una jaula de plata». Y seguidamente se pusieron a cantar a coro, mientras las que estaban más cerca de la cuna la mecían con sus largos y arrugados dedos; y sus voces tan pronto eran dulces y acariciantes, tan pronto eran como el viento que silba en el gran bosque, y ésta era su canción:

Ojos que no ven, corazón que no siente:  
tiempo ha que la raza de los hombres y mujeres,  
con voluntad cruel y caprichoso humor,  
nos retiró nuestra ración de grano,  
derribó nuestro pétreo Altar;  
el granizo, la lluvia y el trueno tan sólo,  
y los rojos corazones que grises volvemos,  
fieles serán hasta la consumación de los Tiempos.

*[Out of sight is out of mind: | Long have man and woman-kind, | Heavy of will and light of mood, | Taken away our wheaten food, | Taken away our Altar-stone; | Hail and rain and thunder alone, | And red hearts we turn to grey, | Are true till Time gutter away].*



Cuando acabó la canción, la comadre que había hablado primero dijo: «Ya no nos queda más que mezclar una gota de nuestra sangre con su sangre». Y se arañó el brazo con la afilada punta de un huso, que le había hecho traer a la nodriza, y vertió una gota de sangre, gris como la bruma, en los labios del niño; y desapareció en las tinieblas.

Cuando las comadres se habían ido, la nodriza recobró su valor, y corrió a la mansión del Gran Rey, y en plena sala de los consejos gritó que los Sidhe habían visitado aquella noche al niño; y el rey y sus poetas y hombres de leyes marcharon con ella a la cabaña y se agolparon alrededor de la cuna, ruidosos como urracas, y el niño se incorporó y los miró.

Transcurrieron dos años, y el rey murió; y los poetas y hombres de leyes gobernaron en nombre del niño, pero deseaban verle cuanto antes como dueño y señor, pues nunca se había visto un niño tan sabio, y todo habría ido bien de no ser por un prodigio que empezó a preocupar a todos los hombres; y a todas las mujeres, que, por supuesto, hablaban de ello sin parar. Las plumas de halcón gris habían empezado a crecer entre los cabellos del niño, y aunque su nodriza se las cortaba continuamente, al poco tiempo volvían a ser más numerosas que nunca. Lo cual, dado que los milagros eran cosa corriente en aquellos tiempos, no habría tenido la menor importancia de no ser por una antigua ley de Irlanda que decía que nadie que tuviese algún defecto corporal podría sentarse en el trono; y dado que el halcón gris es una bestia de los aires, a aquel entre cuyos cabellos crecían sus plumas no podía dejar de considerársele más que como un ser tarado y maldito; ni tampoco podría el pueblo deslindar su admiración por la sabiduría que le adornaba del horror que alguien de sangre no humana habría de inspirarle. Y, no obstante, todos estaban decididos a que reinase, pues, bien por las locuras de ciertos reyes, bien por discordias intestinas, habían ya sufrido enormemente; y el único temor que albergaban era que su gran sabiduría le llevase a someterse a la ley y que llamara a algún otro para que reinase en su lugar.

Cuando el niño cumplió siete años, los poetas y hombres de leyes fueron convocados por el poeta mayor y se sopesaron y debatieron todos estos extremos. El niño ya se había dado cuenta de que cuantos le rodeaban tenían cabellos únicamente, y por más que le aseguraron que también ellos habían tenido antes plumas, pero que las habían perdido por cierto pecado que cometieron sus antepasados, sabían que tan pronto como empezara a viajar a lo largo y a lo ancho del país descubriría la verdad. Tras muchas deliberaciones promulgaron una nueva ley por la que se ordenaba que todo el mundo, bajo pena de muerte, entremezclase con sus cabellos por medio de algún artificio plumas de halcón gris; y enviaron hombres provistos de redes, hondas y arcos a los países circundantes para que hiciesen acopio de las plumas necesarias. Y decretaron asimismo que cualquiera que le contara al niño la verdad sería ejecutado.

Transcurrieron los años, y el niño fue pasando de la infancia a la adolescencia y de la adolescencia a la edad viril, y empezó a concebir extraños y sutiles pensamientos, como que cosas muy distintas se revelaban a menudo idénticas y que otras, que presentaban una gran semejanza, encerraban sin embargo grandes diferencias. De otros países acudían multitudes a verle y a hacerle preguntas, pero los guardianes apostados en las fronteras obligaban a ponerse en el pelo a todo el mundo las plumas de halcón gris. Mientras le escuchaban, sus palabras parecían transformar en luz las tinieblas y embargaban sus corazones como si fuesen música; pero cuando regresaban a sus países de origen, sus palabras les parecían muy lejanas y lo que alcanzaban a recordar demasiado extraño y sutil como para servirles de guía en sus vidas. Muchos, desde luego, vivieron de modo distinto después de aquello, pero su nueva vida resultó menos satisfactoria que la anterior: para unos, los que habían defendido durante largo tiempo una causa justa, porque, después de escuchar los elogios que de ella hacía, regresaban a sus países de origen y descubrían que cuanto habían amado ya no les parecía tan digno de amor, pues les había enseñado lo poco que separa lo verdadero de lo falso; para otros, los que nunca habían luchado por causa alguna, y no habían hecho más que procurar en paz la prosperidad de sus hogares, porque ahora sentían sus huesos más frágiles y menos predispuestos a la dura labor, pues él les había revelado metas más altas; y gran número de los más jóvenes, tras oírle disertar sobre todas estas cosas, se acordaban de ciertas palabras extrañas que hacían imposibles las pequeñas alegrías cotidianas, y al perseguir otras más inalcanzables se volvían desgraciados.

Entre quienes acudieron a verle y escucharle se encontraba la hija de un reyezuelo que habitaba en remotas tierras; y al verla se enamoró de ella, pues era muy hermosa, con una belleza distinta a la de las demás mujeres, pero su corazón era como el de las otras mujeres, y cuando pensó en el misterio de las plumas de halcón sintió miedo. Abrumada por su grandeza, a un mismo tiempo aceptaba y rechazaba su amor, y un día tras otro el rey le hacía regalos que los mercaderes habían traído de la India o, tal vez, de la mismísima China; y con todo, siempre alternaba las sonrisas con el ceño fruncido, siempre mitad otorgando, mitad dando negativas. Él puso a sus pies toda su sabiduría, y le contó infinidad de cosas que los mismos Sidhe habían ya olvidado, creyendo que ella las entendía y que su belleza era testimonio de su sabiduría.

Había en palacio un joven alto, de rubios cabellos y muy diestro en la lucha; y un día el rey oyó su voz entre los sauces. «Amor mío —decía—, les odio por hacer que te pongas estas mugrientas plumas entre tus hermosísimos cabellos, y todo para que esa ave de presa que se sienta en el trono pueda dormir tranquilo por las noches»; y entonces la voz grave y musical que él tanto amaba respondió: «Mis cabellos no son tan hermosos como los tuyos; y ahora que he quitado las plumas que llevabas los acariciaré con mis manos así, y así, y así; porque no tengo ningún miedo». Entonces el rey recordó muchas cosas que tenía olvidadas sin haber llegado nunca a entenderlas, comentarios fortuitos de sus poetas y hombres de leyes, dudas que creía

ya aclaradas; y llamó a los amantes con voz temblorosa. Salieron de entre los sauces y se arrojaron a sus pies implorando perdón. Él se inclinó, quitó las plumas de entre los cabellos de la mujer y se fue sin decir una palabra. Se dirigió a la sala de consejos, y ante sus poetas y sus hombres de leyes allí reunidos subió al estrado y con voz potente y clara habló: «Hombres de leyes, ¿por qué me hicisteis pecar contra las leyes? Y vosotros, hombres de versos, ¿por qué hicisteis que pecara contra los secretos de la sabiduría?; porque si las leyes fueron hechas por los hombres en beneficio de los hombres, la sabiduría la crearon los dioses, y no hay hombre que pueda vivir con su luz, pues, como el granizo, la lluvia o el relámpago, su trayectoria es mortífera para las cosas mortales. Hombres de leyes y, vosotros, hombres de versos, vivid de acuerdo con vuestra especie, y llamad a Eochaid, el de la Mente Rápida, para que reine sobre vosotros, pues yo parto en busca de los de mi estirpe». Luego bajó a donde estaban y les fue quitando a uno tras otro las plumas de halcón gris, y, tras arrojarlas sobre los juncos que alfombraban el suelo, se fue, y ninguno se atrevió a seguirle, pues sus ojos centelleaban como los ojos de las aves de presa; y nadie volvió jamás a verle ni a oír su voz.

## EL CORAZÓN DE LA PRIMAVERA

Un hombre muy viejo, con un rostro casi tan descarnado como la pata de un pájaro, estaba sentado meditabundo en la rocosa orilla del islote llano y cubierto de avellanos que ocupa la mayor parte del lago Gill. Un muchacho de diecisiete años, de rostro bermejo, estaba sentado a su lado, observando cómo las golondrinas se lanzaban sobre las tranquilas aguas a la caza de moscas. El anciano iba vestido de raído terciopelo azul y el muchacho llevaba una pelliza de lana y un rosario colgaba de su cuello. A sus espaldas, y medio oculto por los árboles, había un pequeño monasterio. Mucho tiempo atrás había sido incendiado por hombres sacrílegos del partido de la reina, pero el muchacho había construido una nueva techumbre con juncos para que el anciano dispusiera de un refugio en sus últimos días. Sin embargo, no había hundido la pala en el jardín circundante, y los lirios y las rosas de los monjes habían ido creciendo hasta tropezar y mezclarse, en confusa exuberancia, con el círculo de helechos que se iba estrechando a su alrededor. Más allá de los lirios y de las rosas los helechos eran tan corpulentos que un niño que caminara entre ellos, aun andando de puntillas, desaparecería de la vista; y más allá de los helechos se alzaban multitud de avellanos y de robles pequeños.

—Amo —dijo el muchacho—, todo este largo ayuno y tanto afán por hacer señas después del anochecer a los seres que habitan en las aguas y entre los avellanos y los robles, es excesivo para vuestras fuerzas. Descansad un poco de todos estos afanes, pues vuestra mano hoy parece más pesada sobre mi hombro y vuestros pies menos firmes de lo que me han parecido otras veces. La gente dice que sois más viejo que las águilas, y sin embargo no os procuráis el reposo que corresponde a la vejez. — Hablaba con pasión, como poniendo el corazón en sus palabras, y el anciano le respondió lenta y sentenciosamente, como con el corazón ausente en días y acontecimientos lejanos.

—Te diré por qué no me ha sido posible descansar —contestó—. Justo es que lo sepas, pues me has servido fielmente estos cinco años, con afecto incluso, ahuyentando de ese modo el maleficio de la soledad que se abate siempre sobre los sabios. Y, por tanto, ahora que el fin de mis esfuerzos y el triunfo de mis esperanzas están ya al alcance de la mano, es preciso que conozcas las razones.

—Amo, no creáis que quiero interrogaros. Mi vida consiste en mantener el fuego encendido, y la paja del tejado bien prieta para que no entre la lluvia, y firme para que cuando sople el viento no la esparza entre los árboles; y en bajar los pesados volúmenes de los anaqueles, y en poseer un corazón reverente y poco curioso. Dios, en Su abundancia, ha dotado de una sabiduría diferente a todo cuanto existe, y la mía estriba en hacer todas estas cosas.

—Tienes miedo —interrumpió el anciano, y sus ojos brillaron un momento de ira.

—A veces, de noche —prosiguió el muchacho—, cuando estáis leyendo, con el cayado de madera de serbal en vuestra mano, me asomo a la puerta y unas veces veo a un hombre gris y gigantesco llevando unos cerdos por entre los avellanos, y otras una multitud de pequeños seres con gorros rojos que salen del lago arreando unas blancas vaquillas. Esos seres menudos no me dan tanto miedo como el hombre gris; pues, cuando se aproximan a la casa, ordeñan las vacas, beben su espumosa leche y empiezan a bailar; y sé que hay bondad en el corazón que ama la danza; pero precisamente por eso les temo. Y también me dan miedo esas damas altas y de blancos brazos que surgen de los aires y se mueven lentamente de acá para allá, poniéndose ellas mismas coronas de rosas o de lirios y agitando a su paso sus cabellos dotados de vida, que, según he oído decir a los seres pequeños, se mueven al compás de sus pensamientos, tan pronto soltándose al viento como adhiriéndose firmemente a sus cabezas. Sus rostros son dulces y hermosos, pero los Sidhe me dan miedo, como me dan miedo las artes que los atraen a nuestro lado.

—¿Por qué —preguntó el anciano—, temes a los antiguos dioses, a los que hacían que las lanzas de los padres de tus padres fueran resistentes en la batalla, y a esos pequeños seres que salían de noche de las profundidades de los lagos y cantaban con los grillos junto a sus hogares? En nuestro día fatal ellos seguirán velando por la hermosura de la tierra. Pero he de decirte el porqué de mi ayuno y de mis afanes, cuando a otros les vence el sueño de la vejez, pues sin tu ayuda, una vez más, habría ayunado y me habría esforzado en vano. Cuando me hagas una última cosa, podrás irte a levantar tu casa, a arar tus campos, a tomar a alguna joven por esposa y a olvidar a los antiguos dioses, porque cuando me vaya dejaré tras de mí en este pequeño refugio dinero para que la cumbreira de tu cabaña sea sólida y para que tengas bodega y despensa siempre llenas. Yo he buscado a lo largo de toda mi vida el secreto de la vida. No fui feliz en mi juventud, pues sabía que tendría que pasar; ni tampoco cuando ya fui un hombre, pues sabía que se acercaba la vejez; y, así pues, me consagré, en mi juventud, en mi madurez y en mi ancianidad a la búsqueda del Gran Secreto. Anhelaba una vida cuya longevidad se contara por siglos, despreciaba una vida de sólo ochenta inviernos. Quería ser —no, ¡lo seré!— como los antiguos dioses de la tierra. Cuando era joven leí en cierto manuscrito hebreo que encontré en un monasterio español, que, después de que el Sol entre en Capricornio y antes de rebasar el León, hay un momento que tiembla con la Canción de los Poderes Inmortales, y que todo aquel que encontrara ese momento y escuchara la Canción se volvería como los mismos Poderes Inmortales; regresé a Irlanda y pregunté a los duendes y a los que curan a las vacas, si sabían cuándo llegaría ese momento; pero aunque todos habían oído hablar de él, ninguno fue capaz de encontrarlo en el reloj de arena. Me consagré, pues, a la magia, consumiendo mi vida en el ayuno y el trabajo para que los dioses y los duendes me fueran propicios; y ahora, por fin, uno de los duendes me ha dicho que ese momento está a punto de llegar. Uno, que llevaba un gorro rojo y cuyos labios estaban blancos con la espuma de la leche nueva, me lo

susurró al oído. Mañana, poco antes de expirar la primera hora después del alba, hallaré ese momento, y entonces partiré hacia un país del sur y me construiré un palacio de mármol blanco rodeado de naranjos, y reuniré a los valientes y a los bellos en torno mío, y entraré en el reino eterno de mi juventud. Pero, para que pueda oír toda la Canción, el hombrecillo con la espuma de la leche nueva en los labios me dijo que tienes que traer gran cantidad de ramas verdes y amontonarlas junto a la puerta y bajo la ventana de mi aposento; y tienes que cubrir el suelo con juncos verdes y tiernos, y cubrir la mesa y los juncos con las rosas y los lirios de los monjes. Todo esto has de hacerlo esta noche, y por la mañana, al término de la hora primera después del alba, vendrás a verme.

—¿Serás joven entonces? —preguntó el muchacho.

—Seré entonces tan joven como tú, pero ahora todavía soy viejo y estoy cansado, y tienes que ayudarme a llegar hasta mi silla y junto a mis libros.

Tras dejar al brujo en su habitación y encender la lámpara que, por algún designio, desprendió un dulce olor como de flores extrañas, el muchacho se internó en el bosque y empezó a cortar ramas verdes de los avellanos, y grandes manojos de juncos de la orilla occidental de la isla, donde las pequeñas rocas dejan paso a suaves pendientes de arena y de arcilla. Anocheció antes de que hubiera cortado cuanto necesitaba para su propósito y casi era ya medianoche antes de que hubiera transportado el último haz a su sitio, y vuelto a por las rosas y los lirios. Era una de esas noches cálidas y hermosas en las que todo parece tallado en piedras preciosas. Al sur, a lo lejos, el Bosque de Sleuth parecía como esculpido en berilo verde y las aguas en las que espejeaba brillaban como un ópalo pálido. Las rosas que iba cortando eran como rubíes resplandecientes y los lirios poseían ese lustre mate de las perlas. Todo había cobrado el aspecto de lo imperecedero, todo excepto una luciérnaga cuya tenue luz seguía brillando impasible entre las sombras, moviéndose lentamente de aquí para allá, lo único que parecía con vida, la única cosa que se antojaba perecedera como las esperanzas de los mortales. El muchacho reunió un gran ramo de rosas y de lirios y, con la luciérnaga engarzada entre la perla y el rubí, lo llevó a la habitación, donde el anciano estaba sentado medio amodorrado. Dispuso los haces, uno tras otro, por el suelo y sobre la mesa y luego, tras cerrar suavemente la puerta, se precipitó a su lecho de juncos, a soñar en una madurez apacible, con una esposa deseable y risas infantiles. Al alba se levantó y bajó a la orilla del lago, llevando consigo el reloj de arena. Puso un poco de pan y de vino en la barca para que a su amo no le faltaran provisiones al partir para su viaje, y se sentó a esperar a que transcurriera la primera hora después del alba. Poco a poco los pájaros empezaron a cantar y cuando estaban cayendo los últimos granos de arena, de pronto todo pareció desbordarse con su música. Era el momento más hermoso y lleno de vida del año; en él se podía oír el latir de la primavera. Se levantó y fue a ver a su amo. Las verdes ramas tupían la puerta y tuvo que abrirse paso a través de ellas. Cuando entró en la habitación, el sol describía parpadeantes círculos de luz sobre el suelo, los muros y la mesa, y todo

estaba sumido en suaves sombras verdes. Pero el anciano permanecía sentado apretando entre sus brazos un gran ramo de rosas y de lirios, y con la cabeza hundida en el pecho. Sobre la mesa, a su izquierda, había un talego de cuero lleno de piezas de oro y plata, como preparado para algún viaje, y a su derecha un largo bastón. El muchacho le tocó, pero no se movió. Le alzó las manos, pero estaban completamente frías y volvieron a caer pesadamente.

—¡Más le hubiera valido —exclamó el muchacho— rezar sus oraciones y besar el rosario!

Miró el raído terciopelo azul y vio que estaba cubierto de polen de las flores, y mientras lo miraba, un zorzal, que se había posado sobre las ramas apiladas contra la ventana, empezó a cantar.

## LA MALDICIÓN DE LOS FUEGOS Y DE LAS SOMBRAS

Una noche de verano, cuando había paz, una veintena de soldados de caballería puritanos, a las órdenes del piadoso Sir Frederick Hamilton, irrumpió en la abadía de los Frailes Blancos de Sligo. Cuando la puerta se vino abajo con gran estrépito vieron a un pequeño grupo de frailes reunidos en torno al altar, con sus blancos hábitos que brillaban trémulos a la luz impasible de los cirios sagrados. Todos los monjes estaban arrodillados excepto el abad, que se hallaba de pie sobre las gradas del altar con un gran crucifijo de latón en sus manos. «¡Disparad!», ordenó Sir Frederick Hamilton, pero ninguno se movió, pues todos eran nuevos conversos y los cirios y el crucifijo les amedrentaban. Por unos instantes todos guardaron silencio, y entonces cinco soldados, que formaban la escolta personal de Sir Frederick Hamilton, levantaron sus mosquetes y dispararon contra cinco de los frailes. El estruendo y el humo despojaron de su misterio a las pálidas luces del altar, y los restantes soldados recobraron el valor y comenzaron a disparar. Un momento después, los frailes yacían sobre las gradas del altar, con sus blancos hábitos manchados de sangre. «¡Incendiad el edificio!», clamó Sir Frederick Hamilton, y un soldado trajo un montón de paja seca y la apiló contra el muro oeste, pero no lo prendió, pues aún tenía miedo del crucifijo y de los cirios. Al ver esto, los cinco soldados que formaban la escolta de Sir Frederick Hamilton subieron al altar y cogiendo cada uno un cirio santo prendieron fuego a la paja. Las rojas lenguas de fuego se lanzaron hacia el techo y se deslizaron por el suelo, envolviendo en una llamarada sitiales y bancadas y haciendo bailotear las sombras de los soldados entre los modillones y lápidas conmemorativas. Por unos momentos el altar se mantuvo apartado e incólume en medio de su propia luz; los soldados volvieron hacia allí sus ojos. El abad, al que habían creído muerto, se había puesto en pie y ahora se erguía ante él alzando el crucifijo con ambas manos sobre su cabeza. De pronto, con potente voz exclamó: «¡Sean malditos todos los que han disparado contra quienes vivieron en la Luz del Señor, pues andarán errantes entre sombras y entre fuegos!». Y tras decir esto se desplomó de bruces, muerto, y el crucifijo de latón cayó rodando por las gradas del altar. El humo se había hecho ya tan denso que empujó a los soldados al exterior en busca de aire fresco. Ante ellos se alzaban casas incendiadas. A sus espaldas los ventanales de la abadía resplandecían llenos de santos y de mártires que despertaban, como de un trance sagrado, a una vida airada y turbulenta. Los ojos de los soldados estaban deslumbrados y por unos momentos no podían ver más que los rostros llameantes de santos y mártires. Pero poco después divisaron a un hombre que venía corriendo hacia ellos cubierto de polvo. «¡Los irlandeses derrotados —gritó— han enviado a dos mensajeros para sublevar contra vosotros a toda la comarca de Manor Hamilton, y si no los detenéis os aniquilarán en



los bosques antes de que estéis de vuelta en casa! Cabalgan hacia el noreste, entre el Ben Bulben y el Cashel-na-Gael».

Sir Frederick Hamilton llamó a los cinco soldados que primero habían disparado contra los frailes y les dijo: «Montad inmediatamente, atravesad los bosques hacia la montaña, adelantad a esos hombres y matadlos».

Los soldados partieron al instante y muy poco después chapoteaban cruzando el río por el sitio que ahora se llama el vado de Buckley, y se internaron en los bosques. Tomaron un camino de herradura que serpenteaba siguiendo la orilla norte del río. Las ramas de los abedules y serbales se confundían en lo alto y ocultaban la nebulosa luz de la luna, sumiendo al sendero en una oscuridad casi total. Marchaban a buen trote, bien charlando, bien viendo a algún conejo o comadreja extraviados escabullirse en la oscuridad. Poco a poco, a medida que las tinieblas y el silencio de los bosques fueron haciéndose más opresivos, marcharon más unidos y empezaron a charlar atropelladamente; eran viejos camaradas y cada uno conocía la vida de los demás. Uno estaba casado y contó lo contenta que se pondría su mujer cuando le viera volver sano y salvo de aquella precipitada expedición contra los Frailes Blancos y oyera cómo la buena suerte había sonreído a tanta temeridad. El mayor de los cinco, cuya esposa había muerto, habló de una botella grande de vino que le aguardaba en lo alto de un estante; mientras un tercero, que era el más joven, tenía una prometida que esperaba impaciente su regreso, y cabalgaba a cierta distancia delante de los demás sin participar en la conversación.

De pronto el joven se detuvo, y vieron que su caballo estaba temblando. «He visto algo —exclamó—, aunque debe haber sido sólo una sombra. Parecía un gusano gigantesco con una corona de plata sobre la cabeza». Uno de los cinco se llevó la mano a la frente para santiguarse, pero al recordar que había cambiado de religión volvió a bajarla y dijo: «Estoy seguro de que no era más que una sombra, pues hay muchísimas a nuestro alrededor y de las más extrañas formas». Después siguieron cabalgando en silencio. Había estado lloviendo hasta el mediodía y las gotas que caían de las ramas les empapaban los cabellos y los hombros. Al poco reanudaron la conversación. Habían estado juntos en múltiples batallas contra infinidad de rebeldes y volvieron a contarse una vez más la historia de sus heridas respectivas, y casi se olvidaron de la terrible soledad de los bosques.

De pronto los dos caballos que marchaban al frente relincharon y se pararon, negándose a seguir adelante. Ante ellos había un destello de agua y por el rumor comprendieron que se trataba de un río. Desmontaron, y tras muchos tirones y caricias consiguieron llevar los caballos hasta la orilla del río. En medio de las aguas se erguía una mujer anciana y de elevada estatura, cuyos grises cabellos caían flotando sobre un vestido también gris. El agua le llegaba por las rodillas y de cuando en cuando se agachaba como si estuviera lavando algo. Enseguida vieron que lo que lavaba parecía estar medio flotando. La luna lanzó entonces un vacilante rayo de luz sobre el río y descubrieron que se trataba del cuerpo sin vida de un hombre, y

mientras lo miraban la corriente volvió su rostro hacia ellos, y en ese mismo instante cada uno de los cinco soldados reconoció su propio rostro. Mientras permanecían mudos y paralizados por el terror, la mujer empezó a hablar, diciendo con voz fuerte y pausada: «¿Habéis visto a mi hijo? Lleva una corona de plata sobre la cabeza». Entonces el mayor de los soldados, el que había sido herido más veces, desenvainó su espada y exclamó: «He luchado por la verdad de mi Dios y no he de temer a las sombras de Satanás», y con estas palabras se lanzó al agua. Al cabo de un momento regresó. La mujer se había desvanecido, y por más golpes que había asestado al aire y al agua no había encontrado nada.

Los cinco soldados volvieron a montar y llevaron los caballos al vado, pero todo fue inútil. Lo intentaron una y otra vez, zambulléndose por distintos sitios, pero los caballos echaban espuma por la boca y reculaban. «Internémonos otra vez en el bosque —propuso el soldado de más edad—, y cruzaremos el río más arriba». Cabalgaron bajo las ramas de los árboles, la hiedra que crecía en el suelo crujía bajo los cascos de los caballos y los ramajes golpeaban sus yelmos de acero. Después de cabalgar unos veinte minutos salieron de nuevo al río, y diez minutos más tarde encontraban un sitio por donde era posible cruzar sin hundirse por encima de los estribos. El bosque de la orilla opuesta, mucho menos denso, partía la luz de la luna en largos rayos. Las nubes, empujadas por el viento que se había levantado, cruzaban velozmente sobre la faz de la luna, haciendo bailotear los delgados rayos de luz por entre los dispersos arbustos y los pequeños abetos. Las copas de los árboles empezaron también a gemir, y su sonido era como la voz de los muertos que lleva el viento; y los soldados recordaron que, según dicen, los muertos del Purgatorio son arrojados contra las puntas de los árboles y las aristas de las rocas. Torcieron un poco hacia el sur, con la esperanza de poder encontrar otra vez el camino de herradura, pero no hallaron ni rastro de él.

Entretanto el gemido fue haciéndose cada vez más desgarrador, y la luz de la luna parecía bailotear cada vez más deprisa. Poco a poco empezaron a percibir el sonido de una música lejana. Era el sonido de una gaita y se dirigieron hacia allí llenos de alegría. Provenía del fondo de una profunda hondonada en forma de copa. En medio de la hondonada se hallaba un viejo con un gorro rojo y el rostro marchito. Estaba sentado junto a una fogata hecha con palos y a sus pies, clavada en tierra, tenía una tea encendida y tocaba una vieja gaita con verdadera furia. Los rojos cabellos le caían por el rostro como orín de hierro resbalando por una roca. «¿Habéis visto a mi esposa? —preguntó, alzando un momento la mirada—, ¡estaba lavando!, ¡estaba lavando!». «Me da miedo —exclamó el soldado joven—. Me temo que no es un hombre de carne y hueso». «No —replicó el soldado viejo—, es un hombre como nosotros, pues en su rostro puedo distinguir las pecas que produce el sol. Le haremos que nos sirva de guía»; y con estas palabras desenvainó su espada y los demás hicieron lo mismo. Rodearon al gaitero formando un círculo y le apuntaron con las espadas, y el soldado viejo le dijo que tenían que dar muerte a dos rebeldes que

habían tomado la carretera que corre entre el Ben Bulben y ese imponente espolón montañoso que se llama el Cashel-na-Gael, y que tenía que montar con uno de ellos y servirles de guía, pues se habían extraviado. El gaitero señaló a un árbol que había cerca, y vieron un viejo caballo blanco, con brida y bocado puestos y ya ensillado. Se echó la gaita a la espalda y, cogiendo la antorcha en una mano, montó a caballo y partió delante de ellos a galope tendido.

El bosque cada vez era menos espeso, y el terreno empezaba a ascender hacia la montaña. La luna ya se había ocultado, pero las estrellas brillaban resplandecientes por entre las nubes. La pendiente del terreno fue haciéndose cada vez más acusada hasta que al fin cabalgaban ya por la espaciosa cumbre de la montaña, muy por encima de los bosques. Éstos se extendían millas y millas a sus pies, y al sur, a lo lejos, se divisaba el rojo resplandor de la ciudad en llamas. De pronto el guía tiró de las riendas, y señalando hacia arriba con la mano que no portaba la antorcha, chilló: «¡Mirad, mirad los cirios santos!», y después se lanzó hacia delante al galope, agitando la antorcha en todas direcciones. «¿No oís los cascos de los mensajeros? — gritó el guía—. ¡Deprisa, deprisa, o se os escaparán de las manos!», y reía como encantado con la cacería. Los soldados creyeron oír a lo lejos, como por encima de sus cabezas, rumor de cascos; pero el terreno ascendía ahora cada vez más, y aquella velocidad resultaba a cada momento más temeraria. Trataron de frenar, pero no pudieron, pues los caballos parecían haberse vuelto locos. El guía había soltado las riendas sobre el cuello de su viejo caballo blanco, y agitaba los brazos mientras cantaba en gaélico. De pronto, a una distancia inmensa por debajo de ellos, distinguieron el delgado reflejo de un río, y se dieron cuenta de que se hallaban al borde de ese abismo que ahora se llama Lugnagall, o en inglés el «Escarpado Paraje de los Forasteros». Los seis caballos saltaron hacia delante, y cinco alaridos rasgaron el aire, y un instante después cinco hombres con sus cinco caballos se estrellaban con un golpe seco en las verdes pendientes al pie del risco.

## DONDE NO HAY NADA, ALLÍ ESTÁ DIOS

Las pequeñas chozas de mimbres de Tullagh, donde los hermanos acostumbraban rezar o enfrascarse en muy diversos trabajos de artesanía, cuando el crepúsculo les arrojaba de los campos de cultivo, estaban vacías, pues los rigores del invierno habían congregado a la comunidad en la pequeña cabaña a la sombra de la capilla, igualmente de madera; y el abad Malathgeneus, el hermano Paloma, el hermano Zorro Calvo, el hermano Pedro, el hermano Patricio, el hermano Avetoro, el hermano Cejas Rubias, y muchos otros, demasiado jóvenes aún para haberse ganado ya un nombre en la gran batalla, estaban sentados junto al fuego con sus rostros rubicundos, el uno remendando un sedal para pescar anguilas en el río, el otro confeccionando una trampa de lazo para pájaros, un tercero arreglando el palo de una azada, aquél escribiendo en un voluminoso libro y éste trabajando un estuche lleno de joyas para guardar el libro; y entre los juncos, a sus pies, estaban tumbados los novicios, los que un día serían hermanos, y aquélla era su casa y su escuela, y aquel magnífico fuego brincaba y parpadeaba para confortar sus tiernos años. Uno de ellos, un niño de unos ocho o nueve años que se llamaba Olioll, estaba tendido boca arriba, mirando al agujero en el techo por donde salía humo y contemplando con ojos mansos, como los ojos de una bestia del campo, cómo las estrellas aparecían y desaparecían tras la humareda. De pronto se volvió hacia el hermano que estaba escribiendo en el gran libro, y cuya misión era la de instruir a los niños, y le preguntó:

—Hermano Paloma, ¿dónde están sujetas las estrellas?

El hermano, regocijado al ver tanta curiosidad en el más necio de sus discípulos, dejó la pluma a un lado y respondió:

—Hay nueve esferas cristalinas, a la primera está sujeta la luna; a la segunda, el planeta Mercurio; a la tercera, el planeta Venus; a la cuarta, el Sol; a la quinta, el planeta Marte; a la sexta, el planeta Júpiter; a la séptima, el planeta Saturno; éstas son las estrellas errantes; y a la octava están sujetas las estrellas fijas; pero la novena esfera es una esfera de la sustancia en la que el soplo de Dios se movió en el principio.

—¿Y qué hay más allá? —preguntó el niño.

—Más allá no hay nada: está Dios.

Y entonces los ojos del niño se posaron en el estuche enjovado en el que, a la luz del fuego, resplandecía un magnífico rubí, y preguntó:

—¿Por qué el hermano Pedro ha puesto un gran rubí en una de las caras del estuche?

—El rubí es un símbolo del amor de Dios.

—¿Y por qué el rubí es un símbolo del amor de Dios?

—Porque es rojo, como el fuego, y el fuego todo lo consume, y donde nada hay, allí está Dios.

El niño guardó silencio, pero un momento después se puso en pie y exclamó:

—Fuera hay alguien.

—No —replicó el hermano—. No hay más que lobos; les he oído ir y venir por la nieve todo el rato. Ahora que el invierno les hace bajar de las montañas se vuelven feroces. Ayer por la noche irrumpieron en un redil y se llevaron muchísimas ovejas, y si no tomamos precauciones acabarán devorándolo todo.

—No, son pisadas de hombre, pues son más pesadas; y puedo oír también las pisadas de los lobos.

Aún no había acabado de decir esto cuando alguien golpeó tres veces a la puerta, pero sin hacer demasiado ruido.

—Voy a abrir porque debe de tener muchísimo frío.

—No abras, que a lo mejor es un hombre-lobo, y nos devora a todos.

Pero el muchacho ya había descorrido el pesado cerrojo de madera y todos los semblantes, un tanto pálidos la mayoría, se volvieron hacia la puerta que se abría lentamente.

—Lleva un rosario y una cruz, no puede ser un hombre-lobo —exclamó el niño, y un hombre, al que la nieve cubría totalmente la larga y enmarañada barba y los alborotados cabellos que le caían sobre los hombros y casi hasta la cintura, y chorreaba del andrajoso manto que apenas llegaba a cubrir su cuerpo curtido y marchito, entró y examinó un semblante tras otro con ojos mansos, extáticos.

Se quedó a cierta distancia del fuego y al fin, clavando sus ojos en el abad Malathgeneus, exclamó:

—¡Oh, bendito abad, dejadme que me acerque al fuego para calentarme y secar la nieve de mi barba, de mis cabellos y de mi manto; y no morir así del frío de las montañas, irritando al Señor con un martirio caprichoso!

—Llégate al fuego —le contestó el abad—, y caliéntate y toma la comida que el joven Olioll te va a servir. Muy triste es, sin duda, que alguien por quien Cristo murió sea tan pobre como tú.

El hombre se sentó junto al fuego, y Olioll le quitó el manto que estaba chorreando y le puso delante carne, pan y vino; pero no comió más que el pan, y apartando el vino a un lado pidió agua. Cuando la barba y el pelo ya se le habían empezado a secar un poco y sus miembros habían dejado de tiritar de frío, habló de nuevo.

—¡Oh, bendito abad, tened piedad de los pobres, tened piedad de un mendigo que ha caminado durante muchos años por este mundo inhóspito, y encomiéndame alguna tarea para hacer, la más dura que haya, pues soy el más pobre de los pobres de Dios!

Entonces los hermanos discutieron entre ellos qué trabajo podían encomendarle, y al principio sin resultado, pues en aquella laboriosa comunidad no había tarea que no tuviera a alguien asignado para realizarla; pero al final uno recordó que el hermano Zorro Calvo, cuya misión era la de dar vueltas al gran molino de mano del cobertizo, pues era demasiado estúpido para cualquier otra cosa, se estaba haciendo viejo para

tan pesada tarea; y, así pues, el mendigo fue adscrito al molino de mano a partir del día siguiente.

Pasaron los fríos, y la primavera dio paso al verano, y el molino nunca estaba parado, ni quien allí trabajaba lo hacía a regañadientes, pues todo el que pasaba podía oír cantar al mendigo mientras daba vueltas a la manivela. Y hasta la última de las tribulaciones pareció desvanecerse para aquella dichosa comunidad, pues Olioll, que siempre había sido estúpido e incapaz de aprender nada, se volvió inteligente, y esto fue tanto más milagroso cuanto que ocurrió de repente. Cierta día se había mostrado más perezoso aún que de costumbre, y le pegaron y le advirtieron que o bien se sabía mejor la lección a la mañana siguiente o le enviarían a una clase inferior con niños más pequeños que se burlarían de él. Se fue arrasado en lágrimas, y cuando volvió al día siguiente, aunque su estupidez —fruto de una mente siempre dispuesta a prestar oídos al vuelo de una mosca o a ensimismarse con cualquier lucecilla fugitiva— había sido durante tanto tiempo la comidilla de la escuela, se supo tan bien la lección que pasó a la cabeza de la clase, y a partir de aquel día fue el mejor de los escolares. Al principio, el hermano Paloma lo interpretó como una respuesta a sus plegarias a la Virgen y lo consideró como una prueba contundente del gran amor que ella le profesaba; pero, dado que infinidad de súplicas mucho más fervientes no habían conseguido añadir ni una sola gavilla a la cosecha, empezó a pensar que el niño debía de tener tratos con bardos, con Druidas o con brujas, y decidió seguirle y vigilarle. Le había contado sus sospechas al abad, y éste le ordenó que tan pronto como descubriera la verdad le avisara; y al día siguiente, que era un domingo, se presentó en el sendero a la hora en que el abad y los hermanos volvían de vísperas, con sus blancos hábitos, y cogiendo al abad por el hábito le dijo:

—El mendigo es uno de los más grandes santos y taumaturgos. Seguí a Olioll y pronto advertí en él, por la lentitud de su andar y su cabeza gacha, ese aire cansino que le infunde la estupidez, y cuando llegó al bosquecillo que hay junto al cobertizo del molino comprendí por el sendero abierto entre los matorrales y por las huellas de pisadas en el barro que él ya había andado aquel camino muchas otras veces. Me escondí detrás de un arbusto en donde el sendero describe una curva, en una pendiente, y por las lágrimas de sus ojos me di cuenta de que su estupidez era demasiado antigua y su sabiduría demasiado nueva como para librarle del pánico a la vara. Cuando ya estaba en el cobertizo me acerqué a la ventana y miré dentro, y los pájaros descendieron y se posaron en mi cabeza y sobre mis hombros, pues no se muestran tímidos en ese santo lugar, y un lobo pasó a mi lado rozando con el lado derecho de su lomo mi hábito y con el izquierdo las hojas de un arbusto. Olioll abrió su libro y buscó la página que yo le había dicho que se aprendiese y se puso a llorar, y el mendigo se sentó junto a él y estuvo consolándole hasta que se quedó dormido. Cuando estaba en lo más profundo de su sueño, el mendigo se puso de rodillas y empezó a rezar diciendo: «¡Oh, Tú que habitas más allá de las estrellas, muéstranos Tu poder como en un principio, y haz que los conocimientos que Tú le envías

fructifiquen en su mente, en la que no hay cosa alguna de este mundo, y que las nueve órdenes angélicas glorifiquen Tu nombre!»; y del aire brotó entonces una luz que envolvió a Olioll, y yo aspiré el perfume de las rosas. Tan atónito estaba que debí de hacer algún movimiento y el mendigo se volvió y me vio, y postrándose me dijo: «Oh, hermano Paloma, si he hecho mal, perdóname, y haré penitencia. Fue la compasión lo que me impulsó a ello»; pero yo sentí miedo y eché a correr, y no he parado hasta llegar aquí.

Entonces los hermanos empezaron a conversar todos juntos, y uno decía que se trataba de este o de aquel santo, y otro afirmaba que no era ése sino uno distinto; y un tercero sostenía que no era ninguno de aquellos, pues todos estaban aún en sus hermandades respectivas, sino que se trataba de tal otro; y la charla estuvo tan a punto de degenerar en disputa como una cosa así era posible en aquella apacible comunidad, pues todos reclamaban a tan gran santo para su provincia natal. Al fin, el abad dijo:

—No es ninguno de los que habéis mencionado, pues por Pascua me enviaron todos sus saludos y todos ellos estaban en sus hermandades; es Aengus, el Amante de Dios, el primero de aquellos que se fueron a vivir en parajes solitarios y entre las bestias salvajes. Hace ahora diez años, abrumado por el peso de tantas y tan diversas tareas en una hermandad instalada al pie de la colina de Patricio, marchó al bosque para así poder honrar al Señor sólo con su canto; pero la fama de su santidad condujo a gentes por millares hasta su celda, hasta el punto de que en aquella alma que se había despojado de todo lo demás nació un cierto orgullo. Hace nueve años se vistió de harapos, y nadie le ha vuelto a ver desde ese día, a no ser, desde luego, que sea cierto que ha sido visto viviendo entre los lobos de las montañas y comiendo la hierba de los campos. Vayamos y postrémonos ante él; pues, al fin, tras larga búsqueda ha encontrado esa nada que es Dios; y roguémosle que nos guíe por la senda que él ya ha transitado.

Y marcharon con sus blancos hábitos por el camino de herradura del bosque, los acólitos al frente, agitando sus incensarios, y el abad, con su báculo cuajado de piedras preciosas, en medio del incienso; y al llegar ante el cobertizo del molino se arrodillaron y se pusieron a rezar, aguardando el momento en que el niño despertara y el santo, interrumpiendo su vigilia, saliera a contemplar cómo el sol se ponía entre las tinieblas desconocidas, tal como era su costumbre.

## LOS VIEJOS DEL CREPÚSCULO

En el lugar, cerca de la Punta del Hombre Muerto, en Rosses, donde una caseta de timonel abandonada mira al mar por dos ventanas redondas como si fueran ojos, se levantaba en el siglo pasado una choza de barro. Hacía también las veces de torre vigía, pues un tal Michael Bruen, un viejo que había sido contrabandista, y que aún era padre y abuelo de contrabandistas, vivía allí, y cuando, después de caer la noche, una esbelta goleta francesa entraba sigilosamente en la bahía, tras costear Roughley, su misión consistía en colgar una linterna de cuerno en la ventana que daba al sur, para que la noticia corriera a la isla de Dorren, y de allí, mediante otra linterna de cuerno, al poblado de Rosses. Pero salvo estos mensajes luminosos, tenía muy poco trato con la humanidad, pues era muy viejo y no pensaba en otra cosa que no fuera la salvación de su alma, encorvado siempre sobre su rosario español. Una noche había estado de guardia horas y horas, pues soplaba un viento suave y favorable y *La Mere de Miséricorde* traía un retraso excesivo. Al final ya estaba a punto de echarse en su camastro de paja, pues sabía que no se atrevería a doblar Roughley y echar el ancla después de que hubiese amanecido, cuando divisó una larga bandada de garzas reales que volaban lentamente desde la isla de Dorren hacia las lagunas que, medio asfixiadas por las cañas, se encuentran detrás de lo que llaman el Segundo Rosses. Nunca antes había visto garzas reales volando sobre el mar, pues son aves costeras, y en parte porque esto le sacó de su modorra y más, si cabe, porque el dilatado retraso de la goleta había vaciado su despensa, descolgó su herrumbrosa escopeta, que tenía el cañón sujeto con un trozo de cuerda, y se encaminó hacia las lagunas.

Muy poco después llegaba junto a las garzas que, en gran número, se erguían con sus patas levantadas en las aguas poco profundas; y agazapado tras los juncos de la orilla comprobó la carga de estopín de la escopeta, y encorvándose un momento sobre su rosario murmuró: «San Patricio Bendito, tengo unas ganas enormes de pastel de garza; y si no permites que falle te rezaré todas las noches un rosario hasta que me acabe el pastel». Después se tendió en tierra, apoyó la escopeta sobre una piedra de gran tamaño, y apuntó a una garza que se erguía sobre la suave hierba de la orilla de un pequeño torrente que desembocaba en la laguna; pues tenía miedo de coger reuma si intentaba vadear, cosa que hubiera tenido que hacer si disparaba a una de las que se hallaban dentro del agua. Pero cuando miró por el cañón la garza había desaparecido y, para su asombro y terror, un hombre que parecía de una edad infinitamente avanzada se alzaba en su lugar. Bajó la escopeta, y la garza estaba otra vez allí, con la cabeza agachada y su inmóvil plumaje. Levantó la escopeta, y apenas lo había hecho cuando el viejo se alzaba de nuevo ante él, y hasta que no bajó la escopeta por segunda vez no se desvaneció. Dejó la escopeta en el suelo, se santiguó tres veces, rezó un Padrenuestro y un Ave María, y casi en voz alta murmuró: «Algún enemigo de Dios está pescando en el agua bendita», y acto seguido apuntó con sumo cuidado y



muy lentamente. Hizo fuego, y cuando el humo se hubo disipado vio, arrebuñado sobre la hierba, a un anciano y una larga bandada de garzas reales que volaban hacia el mar. Bordeó un entrante de la laguna, y al llegar al pequeño torrente miró al suelo y vio una figura envuelta en ropas descoloridas, de antiquísima factura y manchadas de sangre. A la vista de algo tan diabólico meneó la cabeza. De pronto las ropas se movieron, un brazo se alzó hacia el rosario que colgaba de su cuello, y unos dedos largos y descarnados casi tocaron la cruz. Se echó hacia atrás gritando:

—¡Brujo, no dejaré que toques mi santo rosario!

—Si me escuchas —replicó una voz tan débil que era como un suspiro—, verás que no soy ningún brujo y me dejarás besar la cruz antes de que muera.

—Te escucharé —contestó él—, pero no dejaré que toques mi santo rosario. —Y sentándose en la hierba a cierta distancia del anciano, cargó de nuevo la escopeta, se la puso sobre las rodillas y se dispuso a escuchar.

—Hace no sé cuantas generaciones nosotros, que ahora somos garzas reales, éramos hombres de gran cultura; no cazábamos, ni guerreábamos, ni tampoco rezábamos oraciones, ni cantábamos canciones, ni hacíamos el amor. Los Druidas nos hablaron muchas veces de un nuevo Druida, Patricio; la mayoría le rechazaba, pero unos pocos pensaban que su doctrina era idéntica a la suya propia, sólo que plasmada en nuevas imágenes, y querían brindarle un buen recibimiento; pero nosotros, cuando hablaban de él, bostezábamos. Por último vinieron gritando que iba camino de la mansión del rey, y volvieron a enzarzarse en su discusión, pero nosotros no prestábamos oídos a ninguna de las dos facciones, pues nuestras discusiones versaban sobre prosodia y sobre la importancia relativa de la rima y de la asonancia, de la sílaba y del acento; y ni siquiera nos inmutamos cuando pasaron por delante de nuestra puerta, camino del bosque, con sus bastones encantados bajo el brazo, ni cuando, ya de noche, regresaron con pálidos semblantes y gritos de desesperación; pues el chasquido de nuestros cuchillos grabando en Ogham<sup>[\*]</sup> nuestros pensamientos constituía nuestro deleite.

»Al día siguiente grandes multitudes desfilaron camino de la mansión del rey, y uno de los nuestros, que había dado un descanso a su buril para bostezar y desperezarse, oyó a lo lejos el sonido de una voz; pero nuestros corazones estaban sordos, y continuamos grabando, y discutiendo, y leyendo, y riéndonos todos juntos. Al poco oímos muchos pasos que venían hacia nuestra casa, y un momento después dos altas figuras aparecieron en la puerta, una vestida de blanco, la otra con un manto carmesí; y reconocimos al Druida Patricio y a nuestro rey. Dejamos a un lado los delgados cuchillos y nos postramos ante el rey, pero la que nos habló no fue la voz fuerte y áspera de nuestro rey, sino una voz de éxtasis: «He predicado los mandamientos de Dios —dijo— en la mansión del rey, y desde el centro de la tierra a las ventanas del Cielo reinó un gran silencio, y el águila flotaba con inmóviles alas, y los peces con aletas inmóviles, mientras los pardillos, abadejos y gorriones acallaron sus lenguas siempre temblorosas, y las nubes eran como mármol blanco, y los

camarones se quedaron quietos en las remotas marismas, soportando con entereza la eternidad, por difícil que les resultase. Pero vuestros delgados cuchillos continuaron con su chasquido y, cuando todas las demás cosas guardaban silencio, su sonido se hizo intolerable. Y puesto que habéis vivido allí donde los pies de los ángeles no alcanzaban a tocar vuestras cabezas, ni los demonios podían azotar con sus cabellos las plantas de vuestros pies, haré que sirváis de escarmiento para toda la eternidad; os convertiréis en garzas grises y andaréis meditabundos por las grises lagunas, y revolotearéis sobre el mundo a esa hora en que está más lleno de suspiros; y vuestras muertes sobrevendrán por azar y sin previo aviso, pues nunca volveréis a estar seguros de nada por toda la eternidad».

La voz calló, pero el santurrón se inclinó sobre su escopeta, con los ojos clavados en el suelo, demasiado estúpido para comprender lo que acababa de oír; y así hubiera seguido largo rato tal vez, si un tirón del rosario no le hubiera hecho volver en sí. El viejo sabio se había arrastrado por la hierba y tiraba de la cruz hacia abajo, tratando de llevársela a los labios.

—¡No tocarás mi santo rosario! —gritó el devoto, y con el cañón de la escopeta golpeó aquellos largos dedos marchitos. No debió hacerlo, pues el anciano se desplomó de espaldas sobre la hierba con un suspiro y quedó inmóvil. Se agachó y se puso a examinar la descolorida vestimenta, pues al darse cuenta de que poseía algo que el viejo sabio codiciaba su miedo se había ido disipando y, ahora que el santo rosario estaba ya a salvo, casi había desaparecido por completo; y sin duda, pensó, si aquel manto abrigaba y no tenía agujeros, san Patricio le quitaría el encantamiento y se lo dejaría listo para ponérselo. Pero allí donde ponía los dedos la vieja tela descolorida se deshacía, y entonces sopló sobre la laguna una ligera ráfaga de viento y redujo al viejo sabio y a su arcaica indumentaria a un montoncito de polvo, y el montoncito fue haciéndose cada vez más pequeño hasta no quedar nada más que la verde y suave hierba.

## **COSTELLO EL ORGULLOSO, LA HIJA DE MACDERMOT Y LA LENGUA VIPERINA**

Costello había vuelto de los campos y estaba tumbado en el suelo delante de la puerta de su cuadrado torreón, con la cabeza descansando entre sus manos, contemplando la puesta de sol y haciendo conjeturas sobre los cambios atmosféricos. Aunque la indumentaria de Isabel y de Jacobo, ya casi pasada de moda en Inglaterra, había empezado a imponerse entre la pequeña nobleza rural, él todavía llevaba la amplia capa de los irlandeses nativos; y tanto la imperturbable confianza de su semblante como su cuerpo robusto denotaban el orgullo y la fuerza de una época más sencilla. Sus ojos fueron de la puesta de sol a donde la larga y blanca carretera se perdía al suroeste tras el horizonte, y luego a un jinete que ascendía lenta y trabajosamente la colina. Minutos después el jinete se encontraba ya lo bastante cerca como para que su cuerpo menudo y desgarbado, su larga capa irlandesa, la desvencijada gaita que colgaba de sus hombros y el rocín de áspero pelaje que montaba, pudieran distinguirse con claridad en la gris luz crepuscular. Al llegar a una distancia desde donde podía oírsele, empezó a gritar:

—¿Durmiendo es como estás, Tumaus Costello, mientras que a hombres de más valía se les parte el corazón por los anchos y blancos caminos? ¡Levántate de ahí, orgulloso Tumaus, pues te traigo noticias! ¡Levántate de ahí, grandísimo bobo! ¡Sacúdete el polvo de la tierra, mala hierba de hombre!

Costello se había puesto en pie, y cuando el gaitero llegó a su lado, le agarró por el cuello de la casaca, le sacó en volandas de la silla de montar y empezó a zarandearle.

—¡Déjame, déjame en paz! —protestó el otro, pero Costello siguió zarandeándole.

—Te traigo noticias de Una, la hija de MacDermot.—Los fuertes dedos se soltaron, y el gaitero cayó al suelo dando boqueadas.

—¿Por qué no me dijiste —preguntó Costello— que venías de su parte? Te habría facilitado las cosas.

—Vengo de su parte, pero no diré nada hasta que no me pagues por el vapuleo.

Costello echó mano a la bolsa en que llevaba el dinero, y pasó cierto tiempo antes de que pudiera abrirla, pues sus manos temblaban.

—Aquí tienes todo el dinero de mi bolsa —le dijo, dejando caer unas cuantas monedas francesas y españolas en la mano del gaitero, que mordió las piezas antes de decidirse a contestar.

—Bien, el precio es justo, pero no he de hablar hasta que no cuente con protección segura, pues si los MacDermot me ponen la mano encima en alguna

vereda después de que haya anochecido, o en Cool-a-vin cuando sea de día, me dejarán hasta que me pudra entre las ortigas de alguna zanja, o me colgarán donde colgaron a aquellos ladrones de caballos, el último Beltaine[\*] hizo cuatro años. —Y mientras hablaba amarró las riendas de su rocín a una herrumbrosa barra de hierro que estaba empotrada en el muro.

—Te haré mi gaitero y mi escudero —dijo Costello—, y no hay quien se atreva a ponerle la mano encima a nada, sea hombre o perro, que pertenezca a Tumaus Costello.

—Y sólo te diré mi mensaje —añadió el otro, arrojando la silla de montar al suelo — con un vaso de whisky en mi mano, pues aunque vaya cubierto de harapos y con el estómago vacío, mis antepasados iban bien vestidos y bien comidos, hasta que los Dillon, a quienes todavía he de ver aullar en la boca del Infierno, incendiaron, hace siete siglos, su casa y se llevaron su ganado.

Costello le condujo, por una estrecha escalera de caracol de piedra, arriba, a una cámara alfombrada de juncos que carecía de cualquiera de las comodidades que empezaban a ser ya comunes entre la pequeña nobleza rural, y le señaló un asiento junto a la gran chimenea; y cuando el gaitero se sentó, llenó un vaso de cuerno y se lo puso delante, en el suelo, y a su lado una jarra, y entonces se volvió hacia él y le preguntó:

—Duallach, hijo de Daly, ¿va a reunirse conmigo la hija de MacDermot?

—La hija de MacDermot no se reunirá contigo, pues su padre ha puesto a varias mujeres para que la vigilen, pero he de decirte que tal día como hoy, dentro de una semana, será la Víspera de San Juan, la noche de sus esponsales con MacNamara del Lago, y que ella quiere que tú estés allí para que, cuando le digan que beba por aquel a quien más ama, pueda hacerlo por ti, Tumaus Costello, y que así todos sepan dónde está su corazón; yo, por mi parte, te aconsejo que lleves hombres valientes contigo, pues vi con mis propios ojos a aquellos ladrones de caballos. —Y entonces le tendió a Costello el vaso ya vacío, y exclamó—: ¡Lléname el vaso otra vez, y ojalá llegue el día en que toda el agua del mundo quepa en una concha de caracol marino y no haya más que whisky para beber!

Viendo que Costello no contestaba, sino que tomaba asiento como abstraído en un sueño, gritó:

—¡Lléname el vaso, te digo, pues ningún Costello es tan principal en este mundo que no pueda esperar por un Daly, por más que el Daly vaya con su gaita por los caminos y Costello posea una colina pelada, una casa vacía y un puñado de vacas!

—Ensalza a los Daly si te place —contestó Costello mientras le llenaba el vaso —, pues me has traído dulces palabras de mi amada.

Los días siguientes Duallach anduvo de aquí para allá tratando de reclutar una escolta, y todos los hombres que se encontraba se sabían alguna historia de Costello: uno le contó cómo, cuando no era aún más que un chiquillo, mató a un luchador, apretando con tal fuerza el cinturón que les ceñía a ambos que al fornido luchador le

rompió la espalda; otro cómo había conducido una partida de caballos salvajes a través de un vado por una simple apuesta; un tercero cómo, siendo ya un hombre, había partido la herradura de acero en Mayo; pero nadie que quisiera tomar partido por un hombre tan apasionado como pobre en una disputa con personas de tanto rango y tan ricas como MacDermot de las Ovejas y MacNamara del Lago.

Costello salió entonces él mismo y volvió con un tipo grandullón y medio imbécil, un gañán de una granja que le adoraba por su fuerza, un grueso granjero cuyos antepasados habían servido a su familia y un par de mozalbetes que cuidaban de sus cabras y de sus vacas; y les hizo formar delante del fuego. Habían llevado consigo sus pesados garrotes y Costello les dio una pistola a cada uno, y les tuvo toda la noche bebiendo y disparando a un nabo blanco que había ensartado con una broqueta en la pared. Duallach se sentó en el banco junto a la chimenea y se puso a tocar «El verde manojito de juncos», «El torrente de Unchion», y «Los príncipes de Breffny» con su vieja gaita, y a burlarse, bien del aspecto de los tiradores y de su torpe puntería, bien del propio Costello por no contar con mejores sirvientes. El gañán, el tipo medio imbécil, el granjero y los muchachos estaban más que acostumbrados a las burlas de Duallach, pero no dejaba de extrañarles la tolerancia de Costello, que si bien rara vez acudía a duelos o a esponsales, en caso de hacerlo no se habría mostrado tan paciente con las chanzas de ningún gaitero.

Al día siguiente por la tarde se pusieron en camino para Cool-a-vin, Costello montando un caballo bastante aceptable y ciñendo espada, y los demás a lomos de ponies de áspero pelaje y con sus garrotes bajo el brazo. Mientras avanzaban por pantanos y veredas podían ver hogueras que contestaban a otras hogueras de colina a colina, de horizonte a horizonte, y por todas partes grupos que bailaban al rojo resplandor de las fogatas de turba. Al llegar a la casa de MacDermot vieron delante de la puerta a una gran multitud de gentes miserables que bailaban alrededor de una hoguera, en medio de la cual ardía un carromato, y por la puerta y las troneras de los lados llegaba al exterior la luz de los velones y el ruido de innumerables pies ejecutando una danza de las de Isabel y de Jacobo.

Ataron los caballos a unos arbustos, pues el número de los allí amarrados indicaba que los establos estaban llenos, y tras abrirse paso por entre la multitud de campesinos que se agolpaba delante de la puerta, entraron en la gran sala donde tenía lugar el baile. El gañán, el tipo medio imbécil, el granjero y los dos muchachos se mezclaron con un grupo de sirvientes asomados a una alcoba y Duallach tomó asiento en el banco de los gaiteros, pero Costello se abrió paso hasta donde se hallaba MacDermot, que estaba sirviendo whisky, y MacNamara a su lado.

—Tumaus Costello —dijo el anciano—, muy bien has hecho en olvidar el pasado y acudir a los esponsales de mi hija.

—He venido —respondió Costello—, porque, cuando en tiempos de Costello De Angalo mis antepasados vencieron a tus antepasados y después firmaron la paz, hicieron un trato por el cual un Costello siempre podría acudir con su séquito y su

gaitero a todas las fiestas de los MacDermot, e igualmente un MacDermot, con séquito y gaitero, a todas las que diera un Costello.

—Si vienes con aviesas intenciones y con hombres armados —contestó MacDermot poniéndose rojo— de poco te valdrá tu destreza con las armas, pues varios de los miembros del clan de mi mujer han venido desde Mayo, y mis tres hermanos y sus sirvientes han bajado de las Montañas del Buey. —Y mientras hablaba tenía la mano oculta bajo su capa, como apretando la empuñadura de un arma.

—No —replicó Costello—, no he venido más que para bailar una danza de despedida con vuestra hija.

MacDermot sacó la mano de debajo de la capa y se acercó a una pálida joven que se hallaba de pie, no lejos de ellos, con los ojos clavados en el suelo.

—Costello ha venido para bailar un baile de despedida, pues sabe que ya no volveréis a veros jamás.

Mientras Costello la conducía por entre los bailarines sus ojos, dulces y humildes, admiraban enamorados su orgullo y su violencia. Ocuparon su puesto en la Pavana, esa danza cortesana que, junto con la Zarabanda, el Gallead y las danzas de Morris, había desplazado en todas partes, salvo entre la pequeña nobleza rural más genuinamente irlandesa, a las danzas de antaño, de ritmos más rápidos, intercaladas de versos y llenas de pantomima; y mientras bailaban les invadió ese hastío del mundo, esa melancolía y esa compasión del uno por el otro que son la exultación del amor. Y cuando una danza terminaba y los gaiteros dejaban a un lado sus gaitas y alzaban las jarras, seguían allí, de pie, un tanto apartados de los demás, esperando pensativos y en silencio que empezara la pieza siguiente, y que el fuego brotara de sus corazones y les inflamara de nuevo; y así bailaron la Pavana y la Zarabanda, el Gallead y las danzas de Morris toda la noche, y muchos se paraban a contemplarles, y los campesinos se asomaban a la puerta para escudriñar, como si se dieran cuenta de que algún día, pasados muchos años, habrían de reunir a su alrededor a los hijos de sus hijos y les contarían que ellos habían visto a Costello bailar con Una, la hija de MacDermot; y en medio del baile y de la música de las gaitas, MacNamara iba de un lado a otro hablando a voces y gastando bromas estúpidas, para que todo pareciera normal, y el viejo MacDermot, esperando que rayara el alba, iba poniéndose cada vez mas rojo.

Al fin creyó llegado el momento de terminar y en una pausa, al acabar una danza, anunció que su hija iba a beber la copa de sus esponsales; entonces Una se acercó a donde él estaba y los invitados formaron un semicírculo a su alrededor, Costello junto a la pared, y el gaitero, el gañán, el granjero, el tipo medio imbécil y los dos mozalbetes inmediatamente detrás de él. El anciano sacó de un nicho en la pared la copa de plata con la que su madre y la madre de su madre habían hecho los brindis de sus esponsales, la llenó de vino español y se la tendió a su hija con las palabras de ritual: «Bebe por aquel a quien más amas».

Ella se llevó un momento la copa a los labios, y entonces, con voz débil pero clara, dijo: «Bebo por mi verdadero amor, Tumaus Costello».

Y entonces la copa rodó por el suelo, sonando como si fuera una campana, pues el anciano la había golpeado en el rostro y la copa había caído, y se hizo un profundo silencio.

Entre los sirvientes que ahora habían salido de la alcoba había muchos hombres de MacNamara, y uno de ellos, un narrador y poeta que tenía asignados plato y silla en las cocinas de MacNamara, sacó de su cinto un puñal francés, pero Costello enseguida le derribó por tierra. Y si no hubiera sido por los murmullos y los gritos de los campesinos que llenaban la puerta, y de los que se agolpaban fuera, detrás, el ruido del acero se habría generalizado inmediatamente; pues todos sabían que aquéllos no eran hijos de los irlandeses de la reina, sino de los fieros irlandeses de las orillas del lago Gabhray del lago Cara, los Kelly, Dockery, Drury, O'Regan, Mahon y Lavin, que habían dejado sin bautizar el brazo derecho de sus hijos para que así pudiesen asestar mejor los golpes, e incluso se decía que habían nombrado a los lobos padrinos de sus retoños.

Los nudillos de Costello estaban blancos de apretar la empuñadura de su espada, pero enseguida retiró la mano y seguido por los que le acompañaban se dirigió hacia la puerta, y los bailarines le abrían paso, los más con gesto airado y lentamente, mientras lanzaban miradas a los campesinos que murmuraban y gritaban, pero los había también que se hacían a un lado de buen grado y con rapidez, pues la gloria de su fama le acompañaba. Cruzó por entre los fieros y amistosos semblantes campesinos y llegó hasta los arbustos en donde estaban atados su caballo y los ponies; y montó e hizo montar asimismo a su escolta y enfilaron la angosta vereda. Cuando habían recorrido un corto trecho, Duallach, que marchaba el último, se volvió hacia la casa donde un pequeño grupo de los MacDermot y de los MacNamara se encontraba junto a otro mucho más numeroso de campesinos, y gritó: «¡MacDermot, te mereces estar como estás en este momento, pues tu mano fue siempre mezquina para con los gaiteros y los violinistas, y para con los pobres vagabundos!». No había acabado de decir esto cuando los tres viejos MacDermot de las montañas del Buey se lanzaron hacia sus caballos, y el anciano MacDermot en persona empuñó las bridas de un poni que pertenecía a los MacNamara y gritó a los demás que le siguiesen; y habría habido un sinfín de golpes e innumerables muertes si los campesinos no hubieran cogido astillas aún encendidas de los rescoldos de las fogatas y las hubieran arrojado entre las patas de los caballos, para que se soltasen de quienes los sujetaban y se dispersasen por los campos, y antes de que hubieran podido reunirlos otra vez Costello ya se encontraba muy lejos.

A lo largo de las semanas siguientes, a Tumaus Costello no le faltaron noticias de Una, pues cuando no era una mujer que iba vendiendo huevos, era un hombre u otra mujer que iban a la Fuente Santa, y que le contaban que su amada había caído

enferma al día siguiente de la Víspera de San Juan, y que se encontraba un poco mejor o un poco peor.

Finalmente llegó un lacayo a caballo a donde estaba Costello ayudando a sus dos gañanes a segar un prado, le entregó una carta y partió al instante; y la carta contenía, en inglés, estas palabras: «Tumaus Costello, mi hija está muy enferma. Si no vienes a verla, morirá. Te ordeno, por tanto, que acudas junto a aquella cuya paz robaste mediante traición».

Costello tiró la guadaña, mandó a uno de los muchachos a por Duallach, y él ensilló su caballo y el poni de Duallach.

Cuando llegaron a la casa de MacDermot era casi de noche, y el lago Gabhra se extendía a sus pies azul y desierto; y aunque en la lejanía habían visto oscuras figuras que entraban y salían por la puerta, la casa parecía no menos desierta que el lago. La puerta estaba entreabierta, y Costello llamó a ella repetidas veces, pero no obtuvo respuesta.

—Aquí no hay nadie —exclamó Duallach—, pues MacDermot tiene demasiado orgullo como para darle la bienvenida a Costello el Orgullosa.

Y abrió la puerta de un golpe, y vieron a una mujer muy vieja, sucia y harapienta, que estaba sentada en el suelo recostada contra la pared. Costello vio que se trataba de Bridget Delaney, una mendiga sordomuda; y ella, al verle, se levantó y les hizo una seña para que la siguiesen, y les condujo, a él y a su acompañante, escalera arriba y por un largo corredor hasta una puerta que estaba cerrada. La abrió empujándola, se hizo a un lado y se sentó como estaba antes; Duallach se sentó en el suelo también, pero cerca de la puerta, y Costello entró y se quedó mirando fijamente a Una, que dormía en un lecho. Tomó asiento a su lado en una silla y esperó, y así pasó mucho tiempo, y ella seguía dormida, y entonces Duallach le dijo con señas desde la puerta que la despertase, pero él le mandó callar y que contuviera hasta la respiración para que pudiera seguir durmiendo. Poco después se volvió a Duallach y le dijo:

—No es prudente que me quede aquí si no hay nadie de su familia, pues el vulgo es siempre muy dado a culpar a la que es hermosa.

Y entonces bajaron a la puerta de la casa y se quedaron allí esperando, pero fue haciéndose de noche y nadie apareció.

—Algún necio sería el que te puso Costello el Orgullosa —exclamó al fin Duallach—, pues si te hubiera visto esperar y esperar donde no han dejado más que a una mendiga para recibirte, Costello el Humilde es lo que te habría llamado.

Entonces Costello montó a caballo y montó Duallach, pero cuando no llevaban más que un corto trecho recorrido Costello tiró de las riendas e hizo detenerse a su caballo. Pasaron muchos minutos, y entonces exclamó Duallach:

—No me extraña que tengas miedo de ofender a MacDermot, pues tiene muchos hermanos y amigos, y aunque es ya viejo, es hombre fuerte y con bríos, y además es uno de los irlandeses de la Reina, y los enemigos del Gael<sup>[\*]</sup> están de su parte.

Y Costello, poniéndose rojo y con la mirada vuelta hacia la casa, contestó:



—Juro por la Madre de Dios que si no salen en mi busca antes de que atraviere el vado del río Oscura, no he de volver allí jamás. —Y reanudó la marcha, pero con paso tan lento que el sol se ocultó y los murciélagos empezaron a volar sobre los pantanos. Al llegar al río deambuló un rato por la orilla, pero luego se metió en él hasta el medio y detuvo su caballo donde había poca profundidad. Duallach, por su parte, cruzó a la otra orilla un poco más arriba, donde el río era más profundo, y allí esperó.

Transcurrió un buen rato y entonces Duallach le gritó de nuevo, y esta vez con gran acritud:

—El que te engendró era un estúpido, y una estúpida la que te parió, y estúpidos son los que dicen que perteneces a un antiguo y noble linaje, pues de quienes descendes es de esos mendigos de medroso semblante que iban de puerta en puerta postrándose ante los sirvientes.

Con la cabeza agachada, Costello atravesó el río y se plantó a su lado, y si no hubiera sido por un ruido de cascos en la orilla opuesta y un jinete que venía chapoteando a su encuentro, le habría respondido. Era un criado de MacDermot, y con un habla jadeante como quien ha cabalgado largo y tendido, dijo:

—Tumaus Costello, vengo para llevarte otra vez a casa de MacDermot. Cuando ya te habías ido, su hija Una despertó y pronunció tu nombre, pues estabas presente en sus sueños. Bridget Delaney, la Muda, vio que sus labios se movían, vino al sitio donde nos ocultábamos en el bosque que domina la casa, y cogiendo a MacDermot por el manto le llevó junto a su hija. Él vio la desdicha que la afligía y me ordenó que montara su propio caballo y que te condujera allí lo antes posible.

Costello se volvió entonces hacia el gaitero Duallach, y agarrándole por la cintura le sacó de la silla de montar y le arrojó contra una piedra de gran tamaño que había en el río, hundiéndose sin vida en las profundidades. Después, clavando las espuelas en su caballo, se alejó al galope tendido hacia el noroeste, siguiendo la margen del río, y hasta que no llegó a otro vado más practicable no paró, y vio la luna que espejeaba en el agua. Se detuvo un momento, indeciso, después atravesó el vado, cruzó las montañas del Buey y empezó a bajar hacia el mar; con los ojos fijos casi todo el tiempo en la luna. Pero, de pronto, su caballo, que desde hacía ya largo rato iba bañado en un sudor oscuro y jadeaba penosamente, pues no había cesado de espolearle, se desplomó pesadamente, arrojándole al borde del camino. Trató de levantarlo, pero al ver que no lo lograba continuó solo hacia la luz de la luna; y llegó al mar, y divisó una goleta que estaba allí fondeada. Al ver que ya no podía ir más allá a causa del mar, se dio cuenta de que estaba extenuado y de que la noche era muy fría, y entró en una taberna clandestina que había cerca de la costa y se dejó caer sobre un banco. El local estaba lleno de marineros españoles e irlandeses que acababan de pasar de contrabando un cargamento de vino, y que estaban a la espera de un viento favorable para hacerse de nuevo a la mar. Un español le ofreció algo de beber en mal gaélico. Lo bebió y se puso a charlar atropelladamente, fuera de sí.

Durante unas tres semanas el viento o bien sopló tierra adentro, o lo hacía con furia excesiva, y los marineros siguieron allí, bebiendo, charlando y jugando a las cartas, y Costello se quedó en su compañía, durmiendo sobre un banco de la taberna, y bebiendo, charlando y jugando más que cualquiera de ellos. Pronto perdió el poco dinero que tenía y después la larga capa, las espuelas y hasta las botas. Por fin sopló hacia España un viento favorable, la tripulación remó hasta la goleta, y poco después las velas desaparecieron tras el horizonte. Entonces Costello, rota su vida en mil pedazos, emprendió el regreso a casa, y tras caminar todo el día llegó por la mañana temprano a la carretera que discurría desde las inmediaciones del lago Gabhra hasta el borde sur del lago Cay. Aquí divisó una multitud de campesinos y de granjeros que marchaban a paso muy lento detrás de dos sacerdotes y de un grupo de personas ricamente ataviadas, varias de las cuales portaban un ataúd. Abordó a un anciano y le preguntó de quién era aquel entierro y quiénes eran toda aquella gente, y el anciano contestó:

—Es el entierro de Una, la hija de MacDermot, y nosotros somos los MacNamara, los MacDermot y su séquito, y tú eres Tumaus Costello, el que la asesinó.

Costello se dirigió hacia la cabeza de la procesión, adelantando a gentes que le lanzaban miradas iracundas, y sólo vagamente acertaba a comprender lo que había oído. Al poco se detuvo y preguntó otra vez de quién era aquel entierro, y un hombre le respondió: «Llevamos a Una, la hija de MacDermot, a la que tú asesinaste, a su sepultura en la ínsula Trinitatis», y el hombre cogió una piedra y la lanzó contra Costello, dándole en la mejilla y haciendo que la sangre le bañara el rostro. Costello siguió adelante, sin acusar apenas el golpe, y al llegar a la altura de los que portaban el ataúd se abrió paso entre ellos, y poniendo su mano sobre el ataúd preguntó con potente voz:

—¿Quién va en este ataúd?

Los tres viejos MacDermot de las Montañas del Buey cogieron piedras y dijeron a cuantos les rodeaban que hicieran otro tanto; y le arrojaron de la carretera cubierto de heridas.

Cuando la procesión ya había pasado, Costello se puso de nuevo a seguirla, y desde lejos vio cómo introducían el ataúd en una barcaza, la comitiva montaba en otras, y cómo las barcasas surcaban lentamente las aguas hacia la ínsula Trinitatis; y al cabo de un rato vio regresar las barcasas, sus pasajeros se confundieron con la multitud de la orilla, y todos se dispersaron por innumerables caminos y veredas. Le pareció que Una estaría en algún punto de la isla sonriendo dulcemente, y cuando todos se habían ido hizo a nado el mismo recorrido que las barcasas habían hecho a remo, halló la recién cavada sepultura junto a las ruinas de la Abadía y se arrojó sobre ella, llamando a Una para que se reuniera con él.

Permaneció allí tendido toda aquella noche y todo el día siguiente, llamándola de cuando en cuando para que acudiera a su lado, pero al llegar la tercera noche había ya

olvidado que su cuerpo yacía bajo tierra y sólo sabía que ella se encontraba cerca, en alguna parte, y que no quería reunirse con él.

Justo antes del alba, a esa hora en que los campesinos oyen aún los fantasmales gemidos de su voz, gritó con fuerza:

—Una, si no vienes junto a mí, me iré y ya no volveré jamás. —Y antes de que se extinguiera el eco de su voz, un viento frío y arremolinado sopló sobre la isla y vio a las mujeres de los Sidhe que cruzaban velozmente; y detrás marchaba Una, pero ya no sonreía, sino que cruzó por delante de él con paso rápido y encolerizado semblante, y al pasar le golpeó en el rostro gritándole:

—Entonces vete y no vuelvas más.

Costello se levantó de la sepultura, y sólo entendía que había enojado a su amada y que ésta deseaba que se fuera, e introduciéndose poco a poco en el lago empezó a nadar. Y siguió nadando, pero sus miembros parecían demasiado extenuados como para mantenerle a flote, y cuando llevaba recorrido un corto trecho se hundió sin ofrecer resistencia.

Al día siguiente un pescador lo encontró entre las cañas de la ribera, tendido sobre la blanca arena del lago, y lo transportó a su casa. Y los campesinos acudieron a llorarle y a entonar un canto fúnebre, y le enterraron en la Abadía de la ínsula Trinitatis donde sólo el altar en ruinas se interponía entre él y la hija de MacDermot, y sobre sus tumbas plantaron dos fresnos que, con el paso de los años, entrelazaron sus ramas y fundieron sus hojas.

# **HISTORIAS DE HANRAHAN EL ROJO (1897)**

Reescrito en 1907 con la ayuda de Lady Gregory

## HANRAHAN EL ROJO

Hanrahan, el maestro de la escuela rural, un joven alto, fuerte y pelirrojo, entró en el granero en donde algunos hombres del pueblo estaban sentados la Víspera de Samhain<sup>[\*]</sup>. Anteriormente había sido vivienda, y cuando su propietario se construyó otra mejor, había unido las dos piezas y lo seguía utilizando para almacenar unas cosas u otras. Había fuego en la vieja chimenea, y velas de sebo encajadas en unas botellas, y encima de unos tablones, atravesados sobre dos barriles haciendo de mesa, había una botella negra de un cuarto. Casi todos los hombres se hallaban sentados junto al fuego, y uno de ellos estaba cantando una larga canción de viaje sobre un hombre de Munster<sup>[\*]</sup> y otro de Connacht que se peleaban por sus provincias respectivas.

Hanrahan se dirigió al dueño de la casa y le dijo: «He recibido tu mensaje»; pero después de decir esto se calló, pues un viejo montañés que llevaba una camisa y unos pantalones de franela sin blanquear, y que estaba sentado cerca de la puerta, le estaba mirando, y mientras manoseaba una vieja baraja murmuró algo entre dientes. «No le hagas caso —le dijo el dueño de la casa—, es sólo un forastero que llegó hace poco, y, siendo como es la noche de Samhain, le dimos la bienvenida, pero creo que no está muy en sus cabales. Ahora atiende y oirás lo que dice».

Entonces prestaron atención, y pudieron oír cómo el viejo, mientras iba poniendo boca arriba las cartas, mascullaba para sí: «Picas y Cuadrados, Valor y Poder; Tréboles y Corazones, Conocimiento y Placer».

—Lleva una hora diciendo cosas por el estilo —comentó el dueño del granero, y Hanrahan apartó la vista del viejo, como si no le agradara seguir mirándole.

—He recibido tu mensaje —repitió entonces Hanrahan—. El mensajero me dijo: «Está en el granero con sus tres primos carnales, que son de Kilchriest, y con ellos están varios lugareños».

—Es mi primo que está ahí quien quiere verte —le contestó el dueño de la casa, y llamó a un joven con una pelliza de lana que estaba escuchando la canción y le dijo —: Éste es Hanrahan el Rojo, para el que traes ese mensaje.

—Y un mensaje muy agradable, a fe mía —añadió el joven—, pues es de parte de vuestra prometida, de Mary Lavelle.

—¿Cómo es que traes un mensaje de su parte? ¿Qué sabes de ella?

—Yo no la conozco, no, pero ayer estuve en Loughrea y un vecino suyo que tiene tratos conmigo me comentó que ella le había encargado que si encontraba en el mercado a alguien de esta comarca, os hiciera saber que su madre ha muerto, y que si seguís pensando aún en reuniros con ella, que está decidida a mantener la palabra que os dio.

—Claro que me reuniré con ella —respondió Hanrahan.

—Y os pide que no os demoréis, pues si no cuenta con un hombre en la casa antes de que finalice este mes, es muy probable que el pequeño pedazo de tierra se lo den a otro.

Al oír esto, Hanrahan se levantó del banco en que se había sentado.

—No me demoraré —exclamó—, hay luna llena, y si consigo llegar a Kilchriest esta misma noche, mañana, antes de que el sol se ponga, estaré junto a ella.

Cuando los demás le oyeron empezaron a reírse de él, al verle con tanta prisa por acudir junto a su prometida, y uno de ellos le preguntó si iba a abandonar la escuela instalada en el viejo horno de cal, en la que impartía tan buenas enseñanzas a los niños. Pero él le contestó que bien contentos se pondrían los niños cuando fueran por la mañana y la encontraran vacía y sin nadie que les obligara a hacer sus tareas; y en cuanto a la escuela, llevando consigo el pequeño tintero que colgaba de su cuello con una cadena y su voluminoso Virgilio y la cartilla escolar en el faldón de su pelliza, podría volver a montarla en cualquier otro sitio.

Varios le pidieron que bebiera un vaso antes de partir, y un mozo, cogiéndole de la zamarra, le dijo que no podía irse sin cantarles la canción que había compuesto en honor de Venus y de Mary Lavelle. Bebió un vaso de whisky, pero dijo que no se detendría por más tiempo y que iba a ponerse enseguida en camino.

—Hay tiempo más que suficiente, Hanrahan el Rojo —dijo el dueño de la casa—. Ya tendrás tiempo de sobra para renunciar a la buena vida cuando te cases, y además puede pasar muchísimo tiempo antes de volver a vernos.

—No me quedaré —replicó Hanrahan—, mi alma me lleva sin tregua por los caminos, arrastrándome junto a la mujer que envió a por mí, y que estará sola y velando hasta que yo llegue.

Varios de los presentes le rodearon, insistiendo en que él, que siempre había sido un compañero tan jovial, tan dado a las canciones y a toda suerte de bromas y de diversiones, no podía abandonarles antes de que acabase la noche, pero él les dijo a todos que no, se los quitó de encima y se dirigió hacia la puerta. Pero apenas había pisado el umbral cuando el extraño anciano se levantó y puso su mano, enjuta y marchita como la garra de un pájaro, sobre la mano de Hanrahan y le dijo:

—Hanrahan, el hombre de letras y gran compositor de canciones, no puede dejar así, en una noche de Samhain, una reunión como ésta. Quédate un poco más —siguió diciéndole—, y juega una partida conmigo; aquí tengo esta vieja baraja que ha cumplido su cometido muchas otras noches como ésta, y aunque vieja ya, muchas de las riquezas de este mundo se han perdido y ganado con ella.

Uno de los jóvenes comentó: «No se diría que muchas de las riquezas de este mundo te hayan salido al paso, anciano», y lanzó una mirada a los pies descalzos del viejo, y todos rieron. Pero Hanrahan no rió, sino que se sentó en silencio y no dijo una palabra. Entonces uno de ellos preguntó: «Así que después de todo vas a quedarte con nosotros, ¿no, Hanrahan?»; y el viejo añadió: «Pues claro que va a quedarse, ¿no oísteis cómo yo se lo he pedido?».

Entonces todos miraron al anciano como preguntándose de dónde vendría. «Vengo de muy lejos —dijo—, he venido a través de Francia y de España, y bordeando el lago Greine, el de oculto nacimiento, y nadie me ha negado cosa alguna». Y después guardó silencio y nadie quiso hacerle más preguntas, y se pusieron a jugar. Seis hombres jugaban en los tablones, y los demás seguían el juego desde detrás. Jugaron dos o tres partidas sin dinero, y entonces el viejo sacó del bolsillo una moneda de cuatro peniques, desgastada y pulida por el uso, e instó a los demás a que apostaran algo al juego. Entonces todos pusieron algo de dinero encima de los tablones, y aunque era poco, al pasar de unas manos a otras, pues primero ganaba uno y luego siempre el que se sentaba a su lado, parecía mucho. Y a veces la suerte le volvía la espalda a uno de ellos y se quedaba sin nada, y entonces otro cualquiera le hacía un pequeño préstamo y luego con lo que ganaba otra vez se lo devolvía, pues ni la buena ni la mala suerte acompañaban mucho tiempo a ninguno.

Y una vez Hanrahan dijo, como diría un hombre en sueños: «Ya es hora de que me ponga en camino»; pero justo en ese momento le sirvieron una buena carta, la jugó y todo el dinero empezó a ir a parar a él. Y en otra ocasión pensó en Mary Lavelle, y suspiró; pero entonces la suerte le volvió la espalda y se olvidó otra vez de ella.

Pero al final la suerte empezó a sonreír al anciano y ya no le abandonó, y todo lo que tenían fue a parar a sus manos, y empezó a reírse para sus adentros con risitas, y a cantar para sí una y otra vez, «Picas y Cuadrados, Valor y Poder», y así todo lo demás como si fueran los versos de una canción.

Y al cabo de un rato quien hubiera visto a aquellos hombres, y cómo sus cuerpos se echaban hacia delante y hacia atrás, y cómo tenían los ojos clavados en las manos del viejo, hubiera pensado que o estaban borrachos o se estaban jugando a las cartas toda la hacienda que tenían en este mundo; pero no era así, pues la botella de un cuarto desde que empezó el juego no se había tocado, y estaba casi llena todavía, y todo cuanto se jugaban eran unas cuantas monedas de seis peniques, unos pocos chelines y, quizá, un puñado de piezas de cobre.

—Sois hombres que sabéis ganar y sabéis perder —dijo el anciano—, lleváis el juego en vuestros corazones». Entonces empezó a barajar las cartas y a mezclarlas a tal velocidad que al final no sabían ya si lo que veían eran cartas o más bien se les antojaban aros de fuego en el aire, como cuando los chiquillos juegan con tizones encendidos; y después fue como si toda la habitación se quedara a oscuras y no veían más que sus manos y las cartas.

Y en un abrir y cerrar de ojos una liebre salió dando un salto de entre sus manos, y si era una de las cartas la que había tomado esa forma o bien había surgido de la nada entre las palmas de sus manos, eso nadie lo supo, pero allí estaba, corriendo a todo correr por el suelo del granero, como toda liebre que se precie.

Unos miraban a la liebre, pero la mayoría clavó sus ojos en el viejo, y mientras le miraban, un podenco salió de un salto de entre sus manos, exactamente igual que

había hecho la liebre, y después otro podenco y luego otro, hasta formar toda una jauría que corría tras la liebre de un extremo al otro del granero.

Todos los jugadores estaban ahora de pie, la espalda contra los tablones, tratando de esquivar a los perros y casi ensordecidos por el estruendo de sus ladridos, pero por veloces que fueran no conseguían dar alcance a la liebre y ésta continuaba dando vueltas, hasta que, al fin, la puerta del granero se abrió de golpe, como empujada por una ráfaga de viento, y la liebre, redoblando su carrera, saltó por encima de los tablones en que habían estado jugando, salió por la puerta y se perdió en la noche, y los perros, saltando por encima de los tablones, salieron por la puerta tras ella.

Entonces gritó el viejo: «¡Seguid a los perros, seguid a los perros, y esta noche tendréis una caza magnífica!», y salió en pos suyo. Pero aunque aquellos hombres estaban habituados a cazar liebres y siempre prontos a cualquier tipo de diversión, les daba pánico salir de noche, y Hanrahan fue el único que se levantó y exclamó: «Yo les seguiré, les seguiré».

—Más vale que te quedes aquí, Hanrahan —le dijo el mozo que tenía a su lado—, pues podrías correr un gran peligro.

Pero Hanrahan contestó:

—Quiero ver jugar limpio, jugar limpio —y salió por la puerta tambaleándose como un hombre en sueños, y la puerta se cerró tras él al salir.

Creyó ver al viejo enfrente, pero no era más que su propia sombra que la luna llena proyectaba en la carretera por delante de él, pero podía oír los ladridos de los perros persiguiendo a la liebre por los verdes y anchurosos campos de Granagh, y los seguía a todo correr, pues no había nada que pudiera detenerle; y un rato después llegó a unos campos más pequeños rodeados con cercas de piedras medio sueltas, y al cruzarlos derribó piedras por el suelo, pero no hizo un alto para volverlas a poner en su sitio; y pasó por el lugar en donde el río desaparece bajo tierra en Ballylee, y podía oír a los perros corriendo hacia el nacimiento del río por delante de él. Pronto vio que le costaba cada vez más correr, pues marchaba cuesta arriba, y las nubes habían ocultado la luna y apenas podía distinguir el camino, y por un momento se apartó del sendero para tomar un atajo, pero su pie resbaló en un hoyo pantanoso y tuvo que salir a él otra vez. Y no sabía ni cuánto tiempo llevaba corriendo ni qué dirección seguía, pero finalmente se halló en la pelada cima de la montaña, sin nada a su alrededor más que ásperos brezales, y ya no oía a los perros ni ninguna otra cosa. Pero a sus oídos empezaron a llegar de nuevo sus ladridos, al principio muy lejanos, pero enseguida cercanísimos, y cuando ya los tenía encima se remontaban de repente en el aire y el fragor de la cacería proseguía sobre su cabeza; entonces se alejó hacia el norte hasta que ya no oyó nada.

—Eso no es jugar limpio —exclamó—, eso no es jugar limpio. —Y como ya no podía dar ni un paso más, se sentó en el brezo allí mismo, en el corazón del Slieve Echtge, pues, tras la tremenda caminata, las fuerzas le habían abandonado.



Y al cabo de un rato se dio cuenta de que a su lado había una puerta abierta, y por ella salía una luz, y se extrañó de no haberla visto antes teniéndola tan cerca. Y se puso en pie, y aun extenuado como estaba se acercó a la puerta y descubrió que, aunque afuera era de noche, dentro brillaba el sol. Y después se encontró a un anciano que había estado cogiendo tomillo de verano y lirios amarillos y éstos parecían exhalar todos los dulces olores del estío. Y el anciano le dijo: «Mucho tiempo has tardado en llegar hasta nosotros, Hanrahan, tú el hombre de letras y gran compositor de canciones».

Y con estas palabras le condujo a una casa enorme y resplandeciente, y todas las cosas magníficas de que Hanrahan había oído hablar y todos los colores que había visto a lo largo de su vida se hallaban allí. Al fondo de la casa había un estrado y sobre él, en una altísima silla, estaba sentada una mujer, la más hermosa que el mundo vio jamás, con un rostro pálido y alargado y un tocado de flores, pero tenía esa mirada cansina de quien lleva esperando mucho tiempo. Y a los pies de la silla, en un escaño, estaban sentadas cuatro mujeres grises y viejas, y una sujetaba un gran caldero<sup>[\*]</sup> sobre su regazo; y otra una enorme piedra sobre sus rodillas, y no parecía pesarle a pesar de su gran tamaño; y la tercera blandía una larguísima lanza hecha de afilada madera; y la última de todas ellas empuñaba una espada desenvainada.

Hanrahan estuvo mirándolas largo rato, pero ninguna le dijo una sola palabra ni le dirigió la más ligera mirada. Quería preguntarles quién era aquella mujer sentada en la silla, que era como una reina, y qué es lo que estaba esperando, pero a él, que siempre había tenido facilidad de palabra y que no temía a nadie, ahora le daba pavor hablarle a una mujer tan hermosa y en un sitio tan espléndido. Y entonces decidió preguntar qué eran las cuatro cosas que las cuatro mujeres grises y viejas sujetaban como si se tratase de grandes tesoros, pero no daba con las palabras precisas para expresarlo.

Entonces la primera de las viejas se levantó, sujetando el caldero con ambas manos, y exclamó: «Placer», pero Hanrahan no dijo una palabra. Luego se levantó la segunda, con la piedra en las manos, y dijo: «Poder»; y se puso en pie la tercera blandiendo la lanza y dijo: «Valor»; y la última de las cuatro viejas se levantó empuñando la espada y dijo: «Conocimiento». Y tras pronunciar estas palabras las cuatro parecían esperar que Hanrahan les hiciese alguna pregunta, pero no despegó los labios. Y entonces las cuatro viejas salieron por la puerta, llevándose consigo sus tesoros, y al irse una de ellas exclamó: «No tiene ningún deseo que pedirnos»; y otra añadió: «Es débil, es débil»; y la tercera dijo: «Tiene miedo»; y la última sentenció: «Ha perdido el juicio». Y entonces dijeron todas a coro: «Echtge, la hija de la Mano de Plata tendrá que seguir durmiendo. ¡Qué lástima, qué gran lástima!».

Y entonces la mujer que era como una reina exhaló un suspiro tristísimo, y a Hanrahan le pareció que aquel suspiro tenía el sonido de torrentes ocultos; pero aunque se hubiese encontrado en un lugar diez veces más grandioso y resplandeciente que aquél, no habría podido impedir que el sueño le venciese; y empezó a

tambalearse como un hombre borracho, y en aquel mismo momento y lugar se tendió en el suelo.

Cuando Hanrahan despertó, el sol le daba en la cara, pero a su alrededor la hierba estaba cubierta de blanca escarcha, y en la orilla del torrente junto al que estaba tendido, y que corre por Doire-caol y Drim-na-rod, había hielo. Por el perfil de las colinas y los reflejos del lago Greine en la lejanía vio que se hallaba en uno de los picos del Slieve Echtge, pero no acertaba a saber cómo había llegado hasta allí; pues todo lo que había ocurrido en el granero se le había olvidado por completo y de su larga caminata no conservaba más recuerdo que el dolor de los pies y el entumecimiento de los huesos.

Un año había pasado después de aquello, unos hombres de la aldea de Cappaghtagle se hallaban sentados junto al fuego en una casa al borde de la carretera, y Hanrahan el Rojo, ahora muy delgado y demacradísimo, con los cabellos larguísimos y muy alborotados, se acercó al cuarterón de la puerta y pidió permiso para entrar y descansar; y le dieron la bienvenida, pues era la noche de Samhain. Se sentó con ellos, y le sirvieron un vaso de whisky de una botella de un cuarto; y al ver el pequeño tintero que colgaba de su cuello, comprendieron que era hombre instruido y le pidieron que les contase historias de los griegos.

Él sacó el Virgilio del gran bolsillo de su tabardo, pero las tapas estaban completamente negras y abarquilladas por la humedad, y la página por la que lo abrió totalmente amarilla, pero esto no era lo más grave, sino que lo miraba como alguien que nunca hubiera aprendido a leer. Uno de los mozos que estaba allí empezó a reírse de él, y le preguntó por qué acarrea un libro tan pesado si no era capaz de leerlo.

Este comentario irritó a Hanrahan, que volvió a meterse el libro en el bolsillo y les preguntó si tenían una baraja, porque las cartas eran mejores que los libros. Cuando le sacaron las cartas las cogió y empezó a barajar, y mientras las barajaba pareció como si algo le viniera a la memoria, y apoyando la cabeza sobre una mano, como quien trata de recordar, preguntó: «¿No he estado yo aquí antes?», y «¿Dónde estaba yo una noche igual que ésta?», y entonces se levantó bruscamente, dejando que las cartas rodaran por el suelo, y exclamó: «¿Quién fue el que me trajo un mensaje de Mary Lavelle?».

—Nunca te habíamos visto antes ni sabemos quién es Mary Lavelle —contestó el dueño de la casa—. ¿Quién es esa mujer —añadió—, y de qué estás hablando?

—Era una noche como ésta ahora hace un año, yo estaba en un granero y unos hombres jugaban a las cartas, y sobre la mesa había dinero que pasaba de unas manos a otras y allí... me dieron un mensaje, y yo ya estaba saliendo por la puerta para ir en busca de mi amada que me había mandado llamar, de Mary Lavelle.

Y entonces Hanrahan gritó con potente voz:

—¿Dónde he estado desde aquel día? ¿Dónde he estado todo este año?

—No es fácil decir dónde has podido estar todo este tiempo —contestó el más viejo de los presentes—, o por qué parte del mundo habrás estado viajando;

probablemente llevarás en tus pies polvo de innumerables caminos; pues son muchos los que andan errantes y desmemoriados como tú —concluyó—, cuando les han echado una maldición.

—Es cierto —añadió otro de los hombres—. Yo conocí a una mujer que anduvo siete años errante, y cuando regresó contó a sus amigos que muchas veces se había tenido que contentar con comer lo que les ponían a los cerdos en un dornajo. Ahora lo mejor que puedes hacer es ir a ver al cura —prosiguió—, y que te libre de lo que te hayan echado encima, sea del género que sea.

—Junto a mi amada es adonde voy a ir, junto a Mary Lavelle —replicó Hanrahan—, pues ya he perdido demasiado tiempo, ¿cómo saber lo que le puede haber ocurrido en el transcurso de todo un año?

Cuando ya estaba saliendo por la puerta, todos le dijeron que lo mejor era que se quedase a pasar allí la noche y que cobrase fuerzas para el viaje; y él pensaba también lo mismo, pues se sentía sumamente débil, y cuando le dieron algo para comer lo devoró como quien nunca ha visto comida antes, y uno de ellos comentó: «Come como si hubiera venido pisando hierba hambrienta». Y con la blanca luz del amanecer se puso en camino, y el tiempo se le hizo interminable hasta que llegó a la casa de Mary Lavelle. Y al llegar encontró desencajada la puerta y la paja del tejado esparcida por el suelo, y no vio a ningún ser viviente. Y cuando preguntó a los vecinos qué había sido de ella, todo lo que pudieron decirle era que se había ido de la casa y que se había casado con un hombre muy trabajador, y que luego los dos se habían ido a buscar trabajo a Londres o a Liverpool o a alguna otra gran ciudad. Y nunca llegó a saber si había encontrado un lugar que fuera peor o mejor que aquél, pues jamás volvió a verla ni a tener noticias suyas.

## EL TRENZADO DE LA CUERDA

Una vez Hanrahan marchaba por los caminos cerca de Kinvara, al anochecer, cuando oyó el sonido de un violín procedente de una casa algo apartada de la carretera. Y tomó el sendero que conducía a la casa, pues no tenía costumbre de pasar por un sitio en donde hubiera música, baile o buena compañía sin hacer un alto. El dueño de la casa se hallaba a la puerta y cuando Hanrahan se aproximó, le reconoció y le dijo: «Bienvenido seas, Hanrahan, no te has dejado ver en todo este tiempo». Pero la mujer de la casa salió a la puerta y le dijo a su marido: «Preferiría que Hanrahan no entrase esta noche, pues ahora no tiene muy buena fama entre los curas y entre las mujeres que miran por su reputación, y si bebe, aunque sólo sea una copa, nada de lo que pueda hacer me sorprendería». Pero el hombre contestó: «A Hanrahan de los poetas nunca he de cerrarle mi puerta», y con estas palabras le hizo entrar.

En la casa se había reunido un gran número de aldeanos y más de uno se acordaba de Hanrahan; pero algunos de los chiquillos que estaban en los rincones no le conocían más que de oídas y se pusieron en pie para así poder verle, y uno de ellos preguntó: «¿Hanrahan no era aquel que tenía la escuela, y Ellos se lo llevaron?», pero su madre le tapó la boca con la mano y le mandó que se callara y que no fuera diciendo tales cosas. «Pues Hanrahan puede montar en cólera —añadió—, si oye hablar de esa historia o si alguien se pone a hacerle preguntas». Uno de los presentes le pidió entonces una canción, pero el dueño de la casa dijo que aquél no era momento de pedirle ninguna canción, antes de que hubiera descansado; y le sirvió whisky en un vaso, y Hanrahan le dio las gracias y se lo bebió de un trago.

El violinista afinaba su violín para el siguiente baile, y el dueño de la casa les dijo a los mozos que cuando vieran bailar a Hanrahan iban a ver todos lo que era bailar, pues desde la última vez que estuvo allí no se había vuelto a ver nada parecido. Hanrahan dijo que no iba a bailar, que ahora hacía mejor uso de sus pies viajando por las cuatro provincias de Irlanda. Acababa de decir esto cuando en el cuarterón de la puerta apareció Oona, la hija de la casa, llevando en sus brazos unas cuantas astillas de pino de los pantanos de Connemara para el fuego. Las echó a la hoguera, y las llamas al avivarse iluminaron su gran hermosura y su sonrisa, y dos o tres de los mozos se levantaron y le pidieron un baile. Pero Hanrahan cruzó la sala, apartó a los otros a un lado y dijo que, después del largo camino que había recorrido para estar junto a ella, era con él con quien tenía que bailar, y seguramente le susurró dulces palabras al oído, pues ella no puso ninguna objeción, se quedó a su lado, y un ligero rubor afloró a sus mejillas. En ese momento otras parejas se pusieron en pie, pero cuando el baile ya iba a empezar, Hanrahan miró casualmente al suelo y vio que sus botas estaban gastadas y rotas y que las astrosas calzas grises le asomaban por debajo; y en tono de enfado dijo que el suelo era malo y que la música no era gran

cosa, y se sentó en el rincón en penumbra junto al hogar. Y al punto la muchacha se sentó a su lado.

El baile mientras tanto continuaba, y apenas acababa una danza cuando ya estaban pidiendo la siguiente, y durante algún tiempo nadie prestó demasiada atención a Oona y a Hanrahan el Rojo, sentados en aquel rincón. Pero la madre empezó a sentirse intranquila y llamó a Oona para que la ayudase a poner la mesa en la habitación de dentro. Pero Oona, que jamás le había dicho antes a nada que no, le contestó que iría enseguida, pero que todavía no, pues estaba escuchando algo que él le decía al oído. La madre se sintió entonces aún más inquieta, se acercó a donde estaban, y hacía como si removiera el fuego o barriera el hogar para así poder oír un minuto lo que el poeta estaba diciéndole a su hija. Y en una ocasión oyó que le estaba hablando de Deirdre, la de las blancas manos, y de cómo había conducido a la muerte a los hijos de Usna; y de que el rubor de sus mejillas no era de un rojo tan intenso como la sangre de tantísimos hijos de reyes derramada por su culpa, y de que los remordimientos nunca la habían abandonado; y quizá era su recuerdo, añadió, el que hacía que los trinos del chorlito en los pantanos sonasen al oído de los poetas tan lastimeros como la canción fúnebre de unos jóvenes por el compañero muerto. Y si no fuera por los poetas que han ensalzado su belleza en sus canciones, no habría quedado de ella ni el recuerdo. Y en otra ocasión no entendió bien lo que estaba diciendo, pero, por lo que pudo oír, sonaba como si fuera poesía, aunque sin rima, y esto fue lo que le oyó decir: «El sol y la luna son el hombre y la doncella, son mi vida y tu vida, surcando, siempre surcando los cielos como bajo una misma caperuza. Fue Dios el que hizo al uno para el otro. Él creó tu vida y mi vida antes del principio del mundo, Él las creó para que fueran por el mundo, de un confín al otro, como los dos mejores bailarines que, cuando todos los demás están ya agotados y se recuestan contra la pared, siguen bailando sin parar de un extremo al otro del granero, frescos y risueños».

La vieja fue entonces a donde estaba su marido jugando a las cartas, pero éste no le hizo el menor caso, y entonces se dirigió a la mujer de uno de los vecinos y le dijo: «¿Es que no habrá forma de que podamos separarlos? —Y sin esperar respuesta les espetó a unos mozos que estaban allí charlando—: ¿Qué clase de hombres sois que no podéis hacer que la mejor muchacha de la casa salga a bailar con vosotros? Id todos ahora —añadió—, y a ver si lográis arrancarla de la cháchara del poeta». Pero Oona no quiso escuchar a ninguno, y se limitó a hacerles un gesto con la mano para que se apartaran. Entonces se encararon con Hanrahan y le dijeron que bailara él con la muchacha o que la dejase bailar con alguno de ellos. Hanrahan, al oír lo que le decían, respondió: «Sea así, pues, bailaré yo con ella, pues no hay nadie en la casa lo bastante hombre para bailar con ella más que yo».

Entonces los dos se pusieron en pie y la sacó a bailar llevándola cogida de la mano, y varios de los mozos se sintieron ofendidos, y otros empezaron a mofarse de su tabardo hecho jirones y de sus botas agujereadas. Pero él no les hizo ningún caso,

y Oona tampoco les prestó la menor atención, y se miraban el uno al otro como si el mundo les perteneciese a ellos solos. Pero otra pareja que había estado sentada como si fuesen amantes, salió a bailar al mismo tiempo, y se cogieron de las manos y movían los pies siguiendo el compás de la música. Pero Hanrahan les volvió la espalda, como irritado, y en lugar de bailar se puso a cantar, y mientras cantaba seguía llevando a Oona cogida de la mano, y su voz sonaba cada vez más fuerte, y las burlas de los mozos cesaron, y calló el violín, y al final no se oía más que su voz, que sonaba como el viento. Y lo que cantaba era una canción que había compuesto en cierta ocasión en sus correrías por el Slieve Echtge, y su letra tal como podría traducirse al inglés era como sigue:

¡Oh!, que el viejo y huesudo dedo de la Muerte  
no nos encuentre nunca allí,  
en el alto y cóncavo país de las ciudades,  
donde el amor es dar y perdonar;  
donde las ramas tienen fruto y flor  
todas las estaciones del año;  
donde los ríos van desbordados  
de cerveza roja y de cerveza negra.  
Un anciano toca la gaita  
en un bosque de oro y plata;  
reinas, de ojos azules como el hielo,  
bailan entre la multitud.

*[O Death's old bony finger | Will never find us there | In the high hollow townland  
| Where love's to give and to spare; | Where boughs have fruit and blossom | At all  
times of the year; | Where rivers are running over | With red beer and brown beer. |  
An old man plays the bagpipes | In a golden and silver wood; | Queens, their eyes  
blue like the ice, | Are dancing in a crowd].*

Y mientras cantaba Oona se arrimó más a él, y el rubor desapareció de sus mejillas, y sus ojos ya no eran azules, sino grises por las lágrimas que se le saltaban, y quien la hubiera visto habría pensado que, allí, en aquel mismo momento, estaba decidida a seguirle del oeste al este del mundo.

Pero uno de los mozos gritó: «¿Dónde está ese país del que canta? Ten cuidado, Oona, está muy lejos, antes de llegar a él tendrías que recorrer un largo camino». Y otro añadió: «Si te vas con él, no es en el País de los Jóvenes en donde acabarás, sino en Mayo, en medio de los pantanos». Oona le miró entonces como si quisiera interrogarle, pero él alzó su mano en la suya, y medio cantando, medio gritando, exclamó: «Ese país está muy cerca de nosotros, está en todas partes; puede que se halle en ese cerro pelado de ahí detrás, o tal vez en el corazón del bosque». Y con voz potente y clara gritó: «En el corazón del bosque. ¡Oh, que nunca nos encuentre la Muerte en el corazón del bosque! Y tú, Oona, ¿quieres venirte allí conmigo?», le preguntó.

Pero mientras estaba diciendo esto las dos viejas habían salido fuera, y la madre de Oona lloraba y decía:

—Le ha echado un maleficio a Oona. ¿No podemos hacer que los hombres le expulsen de la casa?

—Eso es justo lo que no puedes hacer —le contestó la otra mujer—, pues es un poeta del Gael, y bien sabes que si echaras de tu casa a un poeta del Gael, te echaría tal maldición que el grano se agostarían en los campos y a las vacas se les secaría la leche, y esto nada menos que durante siete años.

—¡Dios nos ayude! —gimió la madre—, ¡por qué le dejaría yo entrar en la casa, con la pésima reputación que tiene!

—Si no le hubieras dejado entrar no habría habido el menor problema, pero grandes males se abatirán sobre ti si le echas a la fuerza. Pero ahora escucha, porque tengo un plan para que salga de la casa por su propio pie sin que nadie tenga que echarle.

Al poco rato las dos mujeres volvieron a entrar, llevando cada una un haz de heno en el delantal. Hanrahan no estaba ya cantando, sino que estaba hablándole a Oona muy rápida y dulcemente, y le decía:

—La casa es angosta, pero el mundo es ancho, y ningún amante sincero ha de tener miedo a la noche, ni a la mañana, ni al sol, ni a las estrellas, ni a las sombras del crepúsculo, ni a ninguna cosa terrena.

—Hanrahan —interrumpió entonces la madre, dándole un golpecito en el hombro—, ¿puedes echarme una mano un minuto?

—Anda, Hanrahan —añadió la vecina—, ayúdanos a hacer una cuerda con este heno, pues tú eres diestro con las manos, y una ráfaga de viento ha soltado la techumbre de paja del almiar.

—Lo haré por vosotras —contestó, cogiendo el bastoncillo en sus manos, y la madre empezó a pasarle el heno, y él lo iba trenzando, pero lo hacía a toda prisa para acabar pronto y quedarse otra vez libre.

Las mujeres siguieron con su charla mientras le pasaban el heno, y le daban ánimos, y le decían lo buen trenzador de cuerdas que era, mejor que ninguno de sus propios vecinos o que cualquiera de los que habían visto hasta entonces. Y Hanrahan se dio cuenta de que Oona estaba observándole y se puso a trenzar a toda velocidad, la cabeza erguida, jactándose de la destreza de sus manos, de los muchos conocimientos que albergaba en su cabeza y de la fuerza de sus brazos. Y mientras se pavoneaba iba andando hacia atrás, sin dejar de trenzar la cuerda, hasta que llegó a la puerta que estaba abierta a sus espaldas, y sin reparar en ello cruzó el umbral y se encontró en la carretera. Y apenas se halló fuera, la madre, con un salto repentino, le arrojó la cuerda que quedaba dentro, cerró la puerta y el cuarterón y les echó el cerrojo.

Cuando terminó se sintió enormemente contenta y rió a carcajadas, y los aldeanos también rieron y la felicitaron. Pero oían los golpes que daba fuera a la puerta y las

maldiciones que profería, y la madre apenas tuvo tiempo de detener a Oona, que tenía ya puesta la mano en el cerrojo. Después hizo una seña al violinista y éste acometió un reel<sup>[\*]</sup>, y uno de los mozos cogió a Oona sin pedirle permiso y se la llevó al centro del baile. Y cuando acabó la danza y el violín calló, fuera ya no se oía el menor ruido y la carretera estaba tan en silencio como antes.

Por lo que se refiere a Hanrahan, cuando vio que le habían dejado fuera y que esa noche no podía ya contar con un refugio, ni con bebida, ni con ninguna muchacha que le prestara oídos, su rabia y coraje se desvanecieron, y se encaminó a donde las olas batían contra la playa.

Se sentó en una piedra de gran tamaño, y empezó a balancear el brazo derecho y a cantar para sí lentamente, que era lo que siempre hacía para reconfortarse cuando todo le salía mal. Y si fue en aquella ocasión o en otra distinta cuando compuso la canción que aún hoy lleva por título «El trenzado de la cuerda», y que comienza «¿Qué gato negro me ha metido en este aprieto?», eso es algo que nunca se ha sabido.

Pero después de cantar un rato, fue como si la bruma y las sombras, unas veces emergiendo del mar, otras agitándose sobre su superficie, se espesaran en torno suyo. Le pareció que una de las sombras era la mujer-reina que había visto dormida en el Slieve Echtge; pero ahora no estaba dormida, sino que se burlaba y gritaba a los que venían tras ella: «Fue débil, fue débil, no tuvo valor». Y entonces se percató de que aún llevaba en la mano los cabos de la cuerda y se puso a trenzarlos de nuevo, y mientras lo hacía le parecía que con ellos iba trenzando todas las desdichas del mundo. Y después le pareció como si la cuerda se transformara en su sueño en un gusano gigantesco que surgía del mar y se le enroscaba alrededor y le iba apretando más y más cada vez. Y por fin se libraba de él, y siguió caminando, tembloroso y vacilante, por el borde de la playa y las grises figuras volaban de un lado a otro en torno suyo: Y esto es lo que decían: «Lástima que se muestre sordo a la llamada de las hijas de los Sidhe, pues en el amor de las mujeres terrenas nunca ha de hallar el menor consuelo hasta el fin de la vida y de los tiempos, y el frío de la sepultura atenazará para siempre su corazón. Él ha escogido la muerte; dejemos que muera, dejemos que muera, dejemos que muera».



## HANRAHAN Y CATHLEEN<sup>[\*]</sup>, LA HIJA DE HOULIHAN

Una vez Hanrahan viajaba hacia el norte, echando de cuando en cuando una mano a algún granjero en la época más ajetreada del año, y contando sus historias e interpretando su repertorio de canciones en duelos y en esponsales.

Un día, en la carretera de Colooney, se encontró por casualidad con una tal Margaret Rooney, mujer a la que había tratado en Munster cuando él era joven. En aquella época ella no gozaba de muy buena reputación, y el cura acabó expulsándola del pueblo. La reconoció por sus andares, por el color de sus ojos, y por la manera que tenía de echarse hacia atrás con la mano izquierda el pelo que le caía por la cara. Había estado vagabundeando de aquí para allá, le dijo, vendiendo arenques y cosas así, y ahora iba de vuelta a Sligo, a la casa del Burgo<sup>[\*]</sup> en la que vivía con otra mujer, Mary Gillis, con un pasado muy semejante al suyo. Se alegraría muchísimo, añadió, si la acompañaba y se quedaba en casa con ellas, y les cantaba sus canciones a los labriegos, a los ciegos y a los violinistas del Burgo. Se acordaba muy bien de él, continuó, y siempre le había tenido gran simpatía; y en cuanto a Mary Gillis, se sabía varias de sus canciones de memoria y, por tanto, no había de temer que no le tratara bien, y todos los labriegos y mendigos que le oyeran le darían una parte de sus propias ganancias por sus relatos y sus canciones mientras se quedara con ellos, y darían a conocer su nombre por todas las parroquias de Irlanda.

Se alegró de acompañarla y de encontrar una mujer que escuchara el relato de sus desventuras y que le consolara. Era ese momento del atardecer en el que todo hombre puede pasar por guapo y toda mujer parece hermosa. Mientras le contaba el infortunio del «Trenzado de la cuerda» ella le rodeó con su brazo y a la luz del crepúsculo tenía tan buen aspecto como cualquier otra.

Siguieron charlando todo el camino hasta llegar al Burgo, y por lo que se refiere a Mary Gillis, cuando le vio y supo quién era, casi se puso a llorar sólo de pensar que tenía en su casa a un hombre de tantísima fama.

Hanrahan se sintió muy contento de poder quedarse con ellas por algún tiempo, pues estaba cansado de tantas andanzas; y desde el día en que encontró hundida la pequeña cabaña, y que Mary Lavelle se había ido, y la techumbre de paja esparcida por el suelo, ya nunca había pretendido tener una casa propia; y jamás se había quedado en un sitio el tiempo preciso para ver cómo verdeaban las hojas que había visto marchitarse, ni para ver recogido el grano que había visto sembrar. Para él suponía un gran cambio contar con un refugio para guarecerse de la humedad, y un fuego cuando se hacía de noche, y con un plato de comida en la mesa sin tener que pedirlo.

Mientras estuvo viviendo allí, tan tranquilo y tan bien atendido, compuso muchísimas de sus canciones. La mayor parte eran canciones de amor, pero algunas

eran canciones de arrepentimiento, y otras canciones sobre Irlanda y sobre sus desdichas, con uno u otro nombre.

Todas las tardes los labriegos y los mendigos, los ciegos y los violinistas se daban cita en la casa para escuchar sus canciones y poemas, y sus relatos de los viejos tiempos de los Fianna<sup>[\*]</sup>, y los grababan en su memoria, que aún no estaba deformada por los libros; y de ese modo divulgaron su nombre por duelos, esponsales y festividades a todo lo largo y lo ancho de Connacht. Nunca vivió con tanto desahogo ni tuvo tantos ingresos como en aquella época.

Una tarde de diciembre estaba tarareando una cancioncilla que decía habérsela oído al chorlito verde de la montaña, sobre los muchachos de rubios cabellos que se fueron de Limerick, y que andaban errantes y sin rumbo por los confines de la tierra. Esa noche había muchísima gente en la sala, incluidos dos o tres mozalbetes que habían entrado a hurtadillas, se habían sentado junto al fuego, y estaban muy ocupados asando una patata en las brasas o haciendo cosas parecidas como para prestarle demasiada atención; pero mucho tiempo después, cuando su nombre hubiera caído en el olvido, recordarían el sonido de su voz, su forma de mover las manos y su mirada, sentado en el borde de la cama proyectando su sombra, que cuando se movía se agrandaba hasta tocar el techo, en la pared encalada que tenía detrás.

De repente dejó de cantar, y sus ojos se nublaron como si mirara algo a lo lejos.

Mary Gillis, que estaba sirviéndole whisky en una jarra que tenía al lado en su mesa, dejó de servir y le preguntó:

—¿Es que piensas dejarnos?

Margaret Rooney, que oyó la pregunta y no sabía por qué la había hecho, se tomó aquellas palabras totalmente en serio y se acercó a él, y en su corazón sintió miedo de perder a tan buen compañero, a alguien del que se contaban tantas cosas y que hacía acudir a su casa a tantísima gente.

—No vas a irte de nuestro lado, ¿verdad, corazón? —le dijo cogiéndole la mano.

—No, no era en eso en lo que estaba pensando —contestó—, sino en Irlanda y en la tremenda desdicha que la aflige. —Y apoyando la cabeza contra una mano empezó a cantar estos versos, y el sonido de su voz era como el viento en un paraje solitario:

Los viejos y pardos espinos se parten en dos en lo alto de Cummen Strand,  
azotados por un viento negro y amargo que sopla de la izquierda;  
nuestro valor se resquebraja como el árbol viejo azotado por el negro viento y muere,  
pero en nuestros corazones llevamos escondida la llama que arde  
en los ojos de Cathleen, la hija de Houlihan.

El viento ha agolpado las nubes en lo alto del Knocknarea,  
y fulminado las piedras con el rayo, por lo que cuenta Maeve.  
La ira, cual estruendosa nube, inflama nuestros corazones;  
pero todos nos postramos en tierra para besar los pies silenciosos  
de Cathleen, la hija de Houlihan.

El pantano amarillo se ha desbordado en lo alto del Cloth-na-Bare,  
pues vientos de lluvia agitan la sofocante atmósfera;  
nuestros cuerpos y nuestras almas corren como aguas desbordadas;

pero más pura que el esbelto cirio que arde ante el Leño Santo  
es Cathleen, la hija de Houlihan.

*[The old brown thorn-trees break in two high over Cummen Strand, | Under a bitter black wind that blows from the left hand; | Our courage breaks like an old tree in a black wind and dies, | But we have hidden in our hearts the flame out of the eyes | Of Cathleen, the daughter of Houlihan. || The wind has bundled up the clouds high over Knocknarea, | And thrown the thunder on the stones for all that Maeve can say. | Angers that are like noisy clouds have set our hearts abeat; | But we have all bent low and low and kissed the quiet feet | Of Cathleen, the daughter of Houlihan. || The yellow pool has overflowed high up on Clooth-na-Bare, | For the wet winds are blowing out of the clinging air; | Like heavy flooded waters our bodies and our blood; | But purer than a tall candle before the Holy Rood | Is Cathleen, the daughter of Houlihan].*

Mientras cantaba empezó a quebrársele la voz y unas lágrimas resbalaron por sus mejillas, y Margaret Rooney ocultó el rostro entre las manos y empezó a llorar con él. Entonces los harapos de un mendigo ciego que estaba sentado junto al fuego se estremecieron con un sollozo, y después ya no hubo uno solo que no prorrumpiera en lágrimas.

## LA MALDICIÓN DE HANRAHAN EL ROJO

Una hermosa mañana de mayo, mucho tiempo después de abandonar la casa de Margaret Rooney, Hanrahan iba andando por la carretera cerca de Colooney, y el sonido de los pájaros trinando en los arbustos, que estaban blancos de flores, le hizo ponerse a cantar mientras proseguía su marcha. Se dirigía a su pequeño refugio, que no era otra cosa que una choza, pero que le gustaba extraordinariamente. Pues estaba cansado de tantísimos años de vagabundear de techo en techo en todas las estaciones del año, y aunque raro era que no le dispensaran una buena acogida y que no compartiesen con él cuanto había en las casas, le parecía que su mente se iba entumeciendo al igual que sus articulaciones, y ya para él no era tan fácil, como solía, divertirse y corretear por las noches, ni hacer reír a los muchachos con su alegre charla, ni halagar a las mujeres con sus canciones. Y hacía cierto tiempo se había instalado en la choza que algún pobre hombre había abandonado para marchar a la recolección y a la que no había vuelto jamás. Y después de reparar la techumbre de paja, hacerse una cama en un rincón con unos cuantos sacos y juncos y barrer el suelo, se sintió muy contento de disponer de un pequeño refugio para él solo, donde podía entrar y salir cuando le apeteciera, y pasarse toda una tarde con la cabeza apoyada entre las manos si se le antojaba y si, lejanos ya los viejos tiempos, la soledad le embargaba. Uno tras otro, los vecinos empezaron a enviarle a sus hijos para que recibiesen alguna instrucción, y con lo que éstos le traían, unos cuantos huevos, una torta de avena o un par de carbones de turba, se las arreglaba para vivir. Y si de vez en cuando se iba al Burgo a pasar un día y una noche de desenfreno, nadie decía palabra, pues sabían que era poeta y que el suyo era un corazón errabundo. Y del Burgo volvía aquella mañana de mayo, muy alegre y tarareando una nueva canción que se le había ocurrido. Pero no llevaba mucho tiempo andando cuando una liebre se cruzó corriendo en su camino y se perdió en los campos a través de las piedras sueltas de una cerca. Y sabía que el que una liebre se atravesara en su camino no era ninguna buena señal, y se acordó de la liebre que le había llevado hasta el Slieve Echtge la noche que Mary Lavelle estaba esperándole, y cómo, desde entonces, nunca había conocido el sosiego ni un solo instante. «Y es más que probable que ahora me esté acechando alguna nueva desgracia», sentenció.

Y tras decir esto oyó que alguien sollozaba en el campo que tenía al lado, y miró por encima de la cerca. Y vio allí a una muchacha que estaba sentada a la sombra de un espino blanco, y que lloraba como si se le fuera a partir el corazón. Tenía el rostro oculto entre las manos, pero la suavidad de sus cabellos, la blancura de su cuello y su semblante juvenil le trajeron a la memoria a Bridget Purcell, a Margaret Gillane, a Maeve Connelan, a Oona Curry, a Celia Driscoll, y a tantas otras muchachas para las cuales había compuesto canciones y cuyo corazón había cortejado con su lengua galanteadora.

Ella alzó la mirada y él vio que era una muchacha de aquellos contornos, la hija de un granjero.

—¿Qué te ocurre, Nola? —le preguntó.

—Nada que tú puedas arreglar, Hanrahan el Rojo.

—Si te aflige alguna desgracia yo podría muy bien ayudarte —siguió diciéndole—, pues conozco la historia de los griegos, y sé muy bien lo que son los infortunios y las separaciones, y la crueldad del mundo. Y si no soy capaz de librarte de tu desventura —prosiguió—, hay muchos otros a los que sí salvé con el poder que poseen mis canciones, como lo poseyeron las canciones de los poetas que hubo antes que yo desde el comienzo del mundo. Y yo me sentaré a conversar con todos los demás poetas en algún lugar lejano, más allá del mundo, hasta el fin de la vida y de los tiempos —concluyó.

La muchacha dejó de llorar y dijo:

—Owen Hanrahan, me han dicho muchas veces que tú sufriste desgracias y persecución, y que desde aquel día en que negaste tu amor a la mujer-reina en el Slieve Echtge conoces todas las desdichas del mundo; y que ella desde entonces nunca te ha dejado tranquilo. Pero, cuando la gente que te ha hecho daño es de este mundo, ¿sabes cómo devolverles el daño? ¿Y ahora, Owen Hanrahan, harás lo que te pida? —preguntó.

—Por supuesto que lo haré —contestó él.

—Es que mi padre, y mi madre, y mis hermanos —le dijo—, van a casarme con el viejo Paddy Doe, porque posee una granja de cien acres al pie de la montaña. Y lo que tú puedes hacer, Hanrahan —prosiguió—, es ponerle en una rima igual que hiciste una vez cuando eras joven con el viejo Peter Kilmartin, para que la desdicha le acompañe desde que se levante hasta que se acueste, y le haga pensar más en el cementerio de Colooney y menos en desposorios. Y mira de no tardar mucho, pues han fijado la boda para mañana, y antes desearía ver salir el sol el día de mi muerte que aquel otro día.

—Le pondré en una canción que atraerá sobre él la vergüenza y la desgracia; pero dime, ¿cuántos años tiene?, pues me gustaría citarlos en la canción.

—¡Uy!, tiene años y más años. Es tan viejo como tú, Hanrahan el Rojo.

—Tan viejo como yo —repitió Hanrahan, y la voz parecía quebrársele—; ¡tan viejo como yo, y nos llevamos más de veinte años! —Día aciago, sin duda, para Hanrahan el Rojo, cuando una muchacha con la lozanía de Mayo en sus mejillas le considera ya un hombre viejo—. ¡Oh, dolor! —añadió—, has clavado una espina en mi corazón.

La dejó y bajó andando por la carretera hasta que encontró una piedra y se sentó en ella, pues le parecía como si todo el peso de los años se le hubiera venido encima en un minuto. Y recordó que, no hacía aún muchos años, la dueña de una casa le había dicho: «Ahora ya no eres Hanrahan el Rojo, sino Hanrahan el Amarillo, pues tus cabellos se han vuelto del color de una mecha de sebo». Y otra mujer, a la que

había pedido algo para beber, en vez de darle leche fresca se la había dado agria; y a veces las muchachas hablaban en voz baja y se reían con jovenzuelos ignorantes mientras él les recitaba sus poemas o les daba conversación. Y pensó en la rigidez de sus articulaciones cuando se levantaba por las mañanas, y en el dolor de sus rodillas al término de un viaje, y le parecía que se había hecho muy viejo, que tenía frío en la espalda y varices en las espinillas, que su respiración se entrecortaba y que todo él iba marchitándose. Y con aquellos pensamientos sintió una profunda indignación contra la vejez y contra todo lo que lleva consigo. Y en ese momento alzó la mirada y vio una gran águila moteada que planeaba lentamente en dirección a Ballygawley, y gritó:

—¡También tú, águila de Ballygawley, eres vieja, y tus alas están llenas de boquetes, y yo voy a incluirte en mi rima, a ti y a tus viejos compañeros, el Lucio del Lago Dargan y el Tejo del Escarpado Paraje de los Forasteros, y seréis malditos para siempre!

A su izquierda había un arbusto, en flor como los demás, y una ligera ráfaga de viento arrancó los blancos capullos y los posó sobre su tabardo.

—Flores de Mayo —exclamó, haciendo con ellos un montoncito en el hueco de su mano—, nunca sabréis lo que es la vejez, pues os marchitáis en plena lozanía. Yo os pondré en mi rima y os daré mi bendición.

Después, se levantó, arrancó del arbusto una ramita y se fue con ella en la mano. Pero ese día, camino de casa, parecía viejo y acabado, con los hombros caídos y el rostro cubierto de tinieblas.

Cuando llegó a su cabaña no había nadie, entró y se tendió un rato sobre la cama, como solía hacer cuando quería componer algún poema, loa o maldición. Y terminarla no le llevó esta vez mucho tiempo, pues el poder de los bardos que componían maldiciones le asistía. Y cuando la hubo acabado, se puso a pensar cómo podría divulgarla por toda la comarca.

Entonces empezaron a llegar varios de sus alumnos, para ver si iba a haber escuela aquel día, y Hanrahan se levantó y se sentó en el banco que había junto al fuego, y todos se colocaron a su alrededor. Creían que iba a sacar el Virgilio, el Misal o la cartilla escolar, pero en vez de eso lo que esgrimió fue la ramita de espino que aún llevaba en la mano.

—Niños —dijo—, hoy tengo para vosotros una nueva lección.

»Vosotros y todos los seres hermosos del mundo sois como esta flor, y la vejez es el viento que llega y arranca la flor. Y yo he compuesto una maldición contra la vejez y contra los viejos, y ahora escuchad mientras os la recito.

Y esto fue lo que les dijo:

El poeta, Owen Hanrahan, a la sombra de un arbusto de Mayo, lanza una maldición sobre su propia cabeza por volverse marchita y gris; y también sobre la moteada veleta del Cerro de Ballygawley que, por vieja, sabe lo que son la amargura y la enfermedad; y sobre el tejo que verde se yergue desde tiempos inmemoriales

cerca del Escarpado Paraje de los Forasteros y de la Quebrada del Viento;  
y sobre el gran lucio gris que desova en el lago del Castillo Dargan,  
con su largo cuerpo lleno de lombrices y dolores;  
y después maldice al viejo Paddy Bruen, el del Pozo de la Novia,  
pues en su cabeza no queda un solo pelo y le vence la modorra.  
Y después al vecino de Paddy, Peter Hart, y a Michael Gill, su amigo,  
pues las historias de sus andanzas nunca tienen fin.  
Y luego al viejo Shemus Cullinan, pastor de las Tierras Verdes,  
por llevar dos muletas en sus pérfidas manos;  
después invoca al tenebroso Norte para que maldiga al viejo Paddy Doe,  
que pretende apoyar su marchita cabeza sobre un regazo de nieve,  
y quiere ahogar el canto de una voz y desgarrar un corazón alegre;  
que la maldición le persiga hasta que alma y cuerpo se separen,  
pero bendice a las flores de Mayo, pues llenas de hermosura vienen y se van.

*[The poet, Owen Hanrahan, under a bush of may, | Calls down a curse on his own head because it withers grey; | Then on the speckled eagle-cock of Ballygawley Hill | Because it is the oldest thing that knows of cark and ill; | And on the yew that has been green from the times out of mind | By the Steep Place of the Strangers and the Gap of the Wind; | And on the great grey pike that broods in Castle Dargan Lake, | Having in his long body a many a hook and ache; | Then curses he old Paddy Bruen of the Well of Bride | Because no hair is on his head and drowsiness inside. | Then Paddy's neighbour, Peter Hart, and Michael Gill, his friend, | Because their wandering histories are never at an end. | And then old Shemus Cullinan, shepherd of the Green Lands, | Because he holds two crutches between his crooked hands; | Then calls a curse from the dark North upon old Paddy Doe, | Who plans to lay his withering head upon a breast of snow, | Who plans to wreck a singing voice and break a merry heart; | He bids a curse hang over him till breth and body part, | But he calls down a blessing on the blossom of the may | Because it comes in beauty, and in beauty blows away].*

Se la repitió a los niños hasta que todos fueron capaces de recitar al menos una parte y los más despiertos se la sabían entera.

—Esto es bastante por hoy —les dijo entonces—. Y ahora lo que tenéis que hacer es ir a cantar la canción, con la música de «El Verde Manojito de Juncos», a todo el que os encontréis, y a los viejos sobre todo.

—Cuenta conmigo —contestó uno de los chiquillos—; conozco bien al viejo Paddy Doe. La última Víspera de San Juan le metimos un ratón por la chimenea, pero esto es mejor que ningún ratón.

—Yo iré a la ciudad de Sligo y la cantaré por las calles —añadió otro de los muchachos.

—Sí, hazlo —respondió Hanrahan—, y ve al Burgo y enséñasela a Margaret Rooney y a Mary Gillis, y diles que la canten ellas también, y que hagan a su vez que los mendigos y los labriegos la canten allá adonde vayan.

Los niños salieron a la carrera, llenos de orgullo y de malicia, cantando la canción a voz en grito mientras iban corriendo, y Hanrahan se convenció de que no había

peligro de que la gente no la oyese.

A la mañana siguiente estaba sentado delante de la puerta, viendo llegar de dos en dos o de tres en tres a sus discípulos. Habían llegado casi todos, y él estudiaba la posición del sol en los cielos para saber si ya era hora de empezar o no, cuando oyó un ruido que parecía el zumbido de un enjambre de abejas en el aire, o el rumor de un río subterráneo en época de crecidas. Entonces divisó una multitud que se dirigía a la cabaña desde la carretera, y se dio cuenta de que la muchedumbre estaba toda formada por viejos, y que Paddy Bruen, Michael Gill y Paddy Doe eran los cabecillas, y que no había uno solo que no llevara en la mano un garrote de madera de fresno o de endrino. Tan pronto como le divisaron, los garrotes empezaron a agitarse en todas direcciones, como ramas en una tormenta, y los viejos pies a correr.

Ya no esperó más, sino que subió la colina que se alzaba detrás de la cabaña a todo correr hasta que desapareció de su vista.

Pasado un rato, después de permanecer escondido entre los tojos que crecían en una zanja, volvió dando un rodeo a la colina. Y cuando alcanzó la cabaña con la vista vio que todos los viejos se agolpaban a su alrededor, y que en aquel preciso instante uno de ellos lanzaba sobre la techumbre de paja un rastrillo con un manojito de yesca encendida.

—¡Oh, dolor! —exclamó—. He conjurado en mi contra a la Vejez y al Tiempo, al Cansancio y a la Enfermedad, y de nuevo tendré que vagar errante. ¡Oh, Bendita Reina de los Cielos —concluyó—, protégeme del Águila de Ballygawley, del Tejo del Escarpado Paraje de los Forasteros, del Lucio del lago del Castillo Dargan, y de las yescas encendidas de los de su especie: los Viejos!



## LA VISIÓN DE HANRAHAN

Era el mes de junio cuando Hanrahan iba camino de Sligo, pero no llegó a entrar en la ciudad, sino que torció hacia el Ben Bulbin, pues a su memoria acudían los recuerdos de los viejos tiempos y no se sentía con ánimo de encontrarse con gentes vulgares. Y mientras caminaba iba cantando para sí una canción que una vez se le había ocurrido en sueños:

¡Oh!, que el viejo y huesudo dedo de la Muerte  
no nos encuentre nunca allí,  
en el alto y cóncavo país de las ciudades,  
donde el amor es dar y perdonar;  
donde las ramas tienen fruto y flor  
todas las estaciones del año;  
donde los ríos van desbordados  
de cerveza roja y de cerveza negra.  
Un anciano toca la gaita  
en un bosque de oro y plata;  
reinas, de ojos azules como el hielo,  
bailan entre la multitud.

El pequeño zorro murmuró:  
«¡Oh!, pero ¿dónde está la perdición del mundo?».  
El sol sonreía dulcemente,  
la luna tiraba de mis riendas;  
pero el pequeño zorro rojo murmuró:  
«¡Oh!, no le tires de la rienda,  
que cabalga hacia el país de las ciudades  
que es la perdición del mundo».

Cuando sus corazones tan fogosos están  
que a la acción quieren pasar,  
descuelgan sus pesadas espadas  
de ramajes de oro y plata;  
pero todos los que caen en la batalla  
a la vida despiertan de nuevo.  
¡Suerte que su historia  
no se divulgue entre los hombres!  
Pues ¡ay de esos fornidos granjeros  
que dejan descansar el arado!  
Su corazón será como la copa  
que alguien ha bebido hasta apurar.

Miguel descolgará su trompeta  
de una rama que tiene sobre la cabeza,  
y armará con ella un poco de ruido  
cuando servida la mesa ya esté.  
Gabriel saldrá de las aguas  
con una cola de pez, y contará  
los prodigios acaecidos  
en los mojados caminos que transitan los hombres,  
y alzando un viejo cuerno de plata labrada,  
beberá hasta caer dormido

en los confines de estrellas.<sup>[1]</sup>

*[The little fox he murmured, | «O what of the world's bane?». | The sun was laughing sweetly, | The moon plucked at my rein; | But the little red fox murmured, | «O do not pluck at his rein, | He is riding to the townland | That is the world's bane». || When their hearts are so high | That they would come to blows, | They unhook their heavy swords | From golden and silver boughs; | But all that are killed in battle | Awaken to life again. | It is lucky that their story | Is not known among men, | For O the strong farmers | That would let the spade lie, | Their hearts would be like a cup | That somebody had drunk dry. || Michael will unhook his trumpet | From a bough overhead, | And blow a little noise | When the supper has been spread. | Gabriel will come from the water | With a fish tail, and talk | Of wonders that have happened | On wet roads where men walk, | And lift up an old horn | Of hammered silver, and drink | Till he has fallen asleep | Upon the starry brink].*

En este punto Hanrahan había empezado a subir la montaña, y dejó de cantar, pues para él era una larga ascensión y a cada poco tenía que sentarse un rato a descansar. Y una de las veces que estaba descansando, llamó su atención un arbusto de rosas silvestres, ya florecido, que crecía al lado de un fortín<sup>[1]</sup>, y a su mente acudieron las rosas silvestres que solía llevarle a Mary Lavelle, y que nunca más había llevado a ninguna otra mujer. Arrancó del arbusto una ramita que tenía ya capullos y flores abiertas, y siguió con su canción:

El pequeño zorro murmuró:  
«¡Oh!, pero ¿dónde está la perdición del mundo?».  
El sol sonreía dulcemente,  
la luna tiraba de mis riendas;  
pero el pequeño zorro rojo murmuró:  
«¡Oh!, no le tires de la rienda,  
que cabalga hacia el país de las ciudades  
que es la perdición del mundo».

Y reanudó el ascenso de la colina, dejó el fortín a un lado, y entonces le vinieron a la memoria poemas antiguos que hablaban de buenos y de malos amantes, y de aquellos que habían despertado del sueño de la sepultura por la fuerza de su recíproco amor, y fueron llevados a otra vida en un paraje de sombras, en donde están a la espera del juicio, y el rostro de Dios les está vedado.

Y, finalmente, al atardecer, llegó al Escarpado Lugar de los Forasteros, y allí se tendió al borde de unos riscos y miró hacia el valle, lleno de una bruma gris que se extendía de montaña a montaña. Y mientras lo contemplaba le pareció que la bruma se iba transformando en figuras de hombres y de mujeres de sombras, y su corazón empezó a palpar de espanto y de alegría ante la visión. Y sus manos, que nunca estaban quietas, empezaron a deshojar los pétalos de las rosas de la ramita, y los seguía con la vista mientras caían flotando hacia el valle como un pequeño tropel revoloteador.

De pronto oyó una música lejana, una música que contenía más risa y más llanto que toda la música de este mundo. Y al oírla, su corazón exultó, y empezó a reír a carcajadas, pues comprendió que aquella música había sido compuesta por seres de una belleza y de una grandeza muy superiores a las de las gentes de este mundo. Y le pareció que los pequeños y suaves pétalos de las rosas, al descender revoloteando hacia el valle, empezaban a cambiar de forma hasta convertirse, allá lejos, en la bruma, en un tropel de hombres y mujeres, que tenían el color de las rosas. Y luego ese color se transformó en muchos más colores, y lo que vio fue una larga fila de altos y bellísimos jóvenes, y de mujeres-reinas, que no se alejaban, sino que, por el contrario, venían a su encuentro y pasaban por delante de él, y sus rostros, que rebosaban ternura a pesar de la arrogancia de sus miradas, estaban muy pálidos y demacrados, como si siempre marcharan en pos de cosas elevadas y lamentabilísimas. Y de la bruma emergían brazos de sombras que trataban de asirlos, pero sin conseguirlo, pues la serenidad que les embargaba no podía ser turbada. Y delante y detrás de ellos, pero a una distancia que parecía marcada por la reverencia, otras figuras se desvanecían y surgían, avanzaban y retrocedían, y Hanrahan comprendió por el remolino de su vuelo que eran los Sidhe, los antiguos dioses derrotados; y los brazos de sombras no se tendían para aprehender a los Sidhe, que son de aquellos que no pueden ni pecar ni obedecer. Y entonces todos fueron haciéndose más pequeños en la lejanía, como si se dirigieran hacia la blanca puerta que se abre en la falda de la montaña.

La bruma se extendía ante él como un mar desierto que bañara las montañas con largas olas grises, pero mientras la contemplaba empezó de nuevo a llenarse de vida, de una vida trunca y privada de razón que formaba parte de ella, y brazos y pálidas cabezas de alborotados cabellos aparecieron en la inmensidad gris. Fue elevándose más y más hasta llegar a la altura del escarpado risco, y entonces las figuras parecían cualquier cosa menos sólidas, y aquella nueva procesión, medio perdida entre la bruma, desfilaba muy lentamente y con paso desigual, y en el centro de cada sombra había algo que brillaba a la luz de las estrellas. Al ir aproximándose Hanrahan vio que eran también amantes, y que en vez de corazones tenían unos espejos con forma de corazón, y todos se miraban y volvían a mirarse sin cesar en los espejos de los demás. Iban pasando, y al pasar se hundían en la bruma, y otras figuras surgieron en su lugar, pero éstas ya no desfilaban de dos en dos, sino que marchaban unas detrás de las otras, haciendo con los brazos tendidos gestos atroces, y vio que las que iban delante eran mujeres, y aunque sus cabezas eran de una hermosura inigualable, sus cuerpos no eran más que sombras sin vida, y sus largos cabellos se agitaban y arremolinaban como dotados de una vida propia y terrible. Y entonces la bruma ascendió de golpe y las ocultó, y una ligera ráfaga de viento las empujó hacia el nordeste, al tiempo que cubría a Hanrahan con la blanca ala de una nube.

Se puso en pie temblando y ya se disponía a escapar del valle, cuando divisó dos sombrías siluetas medio escondidas que se hallaban como suspendidas en el aire más

allá del risco, y una de ellas, que tenía unos ojos tristes como los de un mendigo, le dijo con voz de mujer:

—Háblame, pues ni en este ni en ningún otro mundo nadie me ha dirigido la palabra desde hace setecientos años.

—Dime quiénes son los que han desfilado —preguntó Hanrahan.

—Los que pasaron primero —respondió la mujer—, son los amantes que gozaron de más fama en el pasado, Blanaid, y Deirdre, y Grania, y sus queridos compañeros, y muchísimos más que no por menos conocidos fueron menos amados. Y dado que ellos no buscaban en su pareja la lozanía de la juventud únicamente, sino también esa otra belleza que perdura como la noche y las estrellas, la noche y las estrellas les protegen por toda la eternidad del fragor de la guerra y de cuanto es perecedero, a pesar de las muertes y de la amargura que su amor atrajo sobre el mundo.

»Los que venían a continuación —prosiguió—, que aún respiran la dulzura del aire y llevan espejos en sus corazones, no son cantados por los poetas en sus cantos, pues no buscaron sino triunfar el uno sobre el otro, para así mostrar su fuerza y su belleza, y de eso hicieron un simulacro de amor. Y en cuanto a las mujeres con cuerpos de sombras, ellas no buscaban ni el triunfo ni el amor; sino únicamente ser amadas, y por eso ni en sus cuerpos ni en sus corazones hay sangre más que cuando alguien se la infunde con un beso, y su vida no dura más que un instante.

»Todos son muy desdichados, pero yo soy la más desdichada de todos, pues soy Dervorgilla<sup>[\*]</sup>, y éste es Diarmuid, y nuestro pecado fue el que trajo al normando a Irlanda. Y la maldición de todas las generaciones pesa sobre nosotros, y no hay quien sufra un castigo como el nuestro. Lo que él amaba en mí y yo en él era tan sólo la lozanía del hombre y la mujer, y por ello al morir no hallamos esa paz eterna e inquebrantable, y la amargura por las contiendas que desatamos sobre Irlanda se convirtió en nuestro propio castigo. Andamos juntos y errantes para siempre, pero Diarmuid, que fue mi amante, me ve siempre como un cuerpo que ha estado largo tiempo enterrado, y yo sé que verdaderamente es así. Pregúntame más, hazme más preguntas, pues los años todos han vertido su sabiduría en mi corazón y nadie me ha prestado oídos en estos setecientos años.

Un gran terror se había apoderado de Hanrahan, y elevando los brazos al cielo gritó tres veces con potente voz, y el ganado del valle alzó la cerviz y luego volvió a bajarla, y los pájaros del bosque en la linde de la montaña despertaron de su sueño y revolotearon por entre las hojas temblorosas. Pero bajo el borde del risco el tropel de pétalos de rosa seguía aún revoloteando en el aire, pues las puertas de la Eternidad se habían abierto y cerrado en un latido del corazón.

## LA MUERTE DE HANRAHAN

Hanrahan, que nunca permanecía mucho tiempo en el mismo sitio, había vuelto de nuevo a las aldeas situadas al pie del Slieve Echtge, a Illeton, Scalp y Ballylee, haciendo un alto unas veces en una casa y otras en otra, y siendo siempre bien recibido en todas partes en honor a los viejos tiempos y a su poesía y gran cultura. En la pequeña bolsa que llevaba bajo la capa había algunas monedas de plata y de cobre, pero rara vez tenía que echar mano de ellas, pues bien poco era lo que necesitaba, y entre la gente del pueblo nadie le hubiera aceptado nada en pago. Su mano caía con mayor peso sobre el bastón de endrino en que se apoyaba, y sus mejillas estaban hundidas y demacradas, pero en lo que a comida se refería, patatas y leche y un pedazo de torta de avena, tenía cuanto quería; y en la linde de un lugar tan salvaje y pantanoso como es el Echtge no había de faltarle una jarra de aguardiente, con aquel regusto a humo de turba. Paseaba sin rumbo por el gran bosque de Kinadife, o pasaba muchísimas horas del día sentado entre los juncos a la orilla del lago Belshragh, escuchando los torrentes que bajan de las colinas u observando las sombras de las oscuras lagunas pantanosas; permanecía sentado en el mayor de los silencios para no asustar a los ciervos que bajaban del brezal a la pradera y a los campos de cultivo al caer la noche. A medida que pasaban los días parecía como si empezara a formar parte de un mundo invisible y brumoso, que tenía por límites los colores que hay más allá de todos los demás colores y los silencios que existen más allá de todos los silencios de este mundo. Y algunas veces oía en el bosque el ir y venir de una música que al extinguirse se borraba de su memoria como un sueño; y en una ocasión, en la quietud del mediodía, oyó un sonido que era como el fragor de innumerables espadas, que se prolongó largo rato sin interrupción. Y cuando caía la noche y salía la luna, el lago parecía convertirse en un arco de plata y piedras resplandecientes, y entonces de su silencio brotaba el sonido lejano de un canto funerario, y de empavorecidas risas que el viento quebraba, y multitud de pálidas manos que hacían señas.

Una tarde, en la época de la recolección, estaba sentado contemplando el agua, pensando en todos los secretos ocultos en lagos y montañas, cuando oyó un grito procedente del sur, muy débil al principio, pero que se fue haciendo más potente y claro a medida que la sombra de los juncos se hacía cada vez más larga, hasta que pudo oír las palabras: «Soy bella, soy bella. Los pájaros en el aire, las mariposas nocturnas bajo las hojas, las moscas sobre el agua me miran, pues nunca vieron a nadie tan bella como yo. Soy joven, soy joven: miradme, montañas; miradme, bosques caducos, pues mi cuerpo brillará como las blancas aguas cuando vosotros ya hayáis desaparecido. Vosotros y toda la raza de los hombres, y la raza de las bestias, y la raza de los peces, y la raza alada, os vais apagando como la vela que está ya casi extinguida. Pero yo río a carcajadas porque estoy en mi juventud». La voz se quebraba de cuando en cuando, como fatigada, y entonces volvía a empezar de

nuevo, pronunciando siempre las mismas palabras, «Soy bella, soy bella». Poco después los arbustos a la orilla del pequeño lago temblaron un instante, y una mujer muy vieja se abrió paso entre ellos y cruzó por delante de Hanrahan, andando con pasos muy lentos. Su rostro era del color de la tierra, y más arrugado que la cara de cualquier vieja bruja que se haya visto jamás, sus grises cabellos le colgaban en greñas, y los harapos que llevaba apenas llegaban a cubrir su oscura piel, curtida por mil inclemencias. Pasó por delante de él con los ojos muy abiertos, la cabeza erguida, y los brazos colgándole pegados al cuerpo, y se perdió en la sombra de las colinas hacia el oeste.

Una especie de terror se apoderó de Hanrahan al verla, pues vio que se trataba de una tal Winny Byrne de las Encrucijadas, que iba mendigando de un sitio a otro profiriendo siempre el mismo grito, y a menudo había oído que, tiempo atrás, había poseído tal sabiduría que todas las mujeres de los contornos solían ir a pedirle consejo, y que había tenido una voz tan hermosa que hombres y mujeres acudían de todas partes para oírla cantar en duelos o en esponsales; y que los Otros, los grandes Sidhe, le habían robado el juicio una noche de Samhain hacía muchos años, cuando se quedó dormida al pie de un fortín y vio en sus sueños a los sirvientes de Echtge de las colinas.

Y al ir desapareciendo ladera arriba, parecía como si su grito, «Soy bella, soy bella», viniera de las estrellas de los cielos.

Un viento frío se deslizó por entre los juncos y Hanrahan empezó a tiritar, y se puso en pie para dirigirse a alguna casa que tuviera fuego en el hogar. Pero en vez de bajar rodeando la colina como solía hacer, siguió ladera arriba, por el pequeño sendero que antes habría sido tal vez una carretera o tal vez el cauce seco de algún torrente. Era el mismo camino por el que Winny se había ido, y conducía a la pequeña cabaña en que ella paraba, si es que alguna vez paraba en algún sitio. Ascendió muy lentamente la colina, como si llevara una pesada carga a la espalda, y por fin vio una luz un poco a la izquierda, y pensó que probablemente era de la casa de Winny de donde venía, y dejó el sendero para dirigirse hacia allí. Pero el cielo se había cubierto de nubes, y no podía ver bien el camino, y después de dar unos cuantos pasos su pie resbaló y cayó en una ciénaga viva, y aunque logró salir arrastrándose y agarrándose a las raíces de los brezos, la caída le había dado tal susto que juzgó más conveniente tumbarse en el suelo que seguir caminando. Pero siempre había tenido gran valor, y prosiguió su camino, paso a paso, hasta llegar por fin a la cabaña de Winny, que no tenía ventanas, sino que la luz salía por la puerta. Pensó en entrar y descansar un rato, pero cuando se asomó a la puerta no vio dentro a Winny, sino que lo que vio fueron cuatro viejas de cabellos grises que estaban jugando a las cartas, pero Winny no estaba con ellas. Hanrahan se sentó sobre un montón de turba al lado de la puerta, pues se encontraba totalmente exhausto, y no sentía el menor deseo de conversar o de jugar a las cartas, con sus huesos y sus articulaciones doliéndole como le dolían. Podía oír cómo las cuatro mujeres charlaban mientras

jugaban a las cartas, e iban voceando sus jugadas. Y le pareció que, como el extraño hombre del granero mucho tiempo atrás, decían: «Picas y Cuadrados, Valor y Poder. Tréboles y Corazones, Conocimiento y Placer». Y se repitió a sí mismo aquellas palabras una y otra vez; y estuviera soñando o no, el dolor que sentía en el hombro no le abandonó un solo momento. Y al cabo de un rato, las cuatro mujeres de la cabaña empezaron a pelearse, y cada una empezó a decirle a las demás que no habían jugado limpio, y sus voces fueron haciéndose cada vez más estentóreas, así como sus chillidos y maldiciones, hasta que al fin todo el aire en torno a la casa se llenó con su griterío, y Hanrahan, que las oía entre dormido y despierto, dijo: «Es como el fragor de la lucha entre los amigos y los detractores de algún hombre que está a las puertas de la muerte. Y yo me pregunto —continuó—, ¿quién será el hombre que está a las puertas de la muerte en este paraje solitario?».

Tenía la impresión de haber dormido mucho tiempo, abrió los ojos, y el rostro que vio inclinado sobre el suyo fue el viejo y arrugado rostro de Winny de las Encrucijadas. Le miraba fijamente, como para asegurarse de que no estaba muerto, le limpió la sangre que se le había secado sobre el rostro con un trapo húmedo, y un rato después le ayudó a levantarse y a entrar en la cabaña, y le acostó en lo que le hacía las veces de cama. Le dio un par de patatas de un puchero que tenía a la lumbre, y una jarra de agua de manantial, que fue lo que más le reanimó. Durmió un poco a intervalos, y a veces la oía cantar mientras iba y venía por la casa, y así transcurrió aquella noche. Cuando el alba empezó a rayar en el cielo, echó mano a la bolsa en la que llevaba su pequeña reserva de dinero, y se la tendió, y ella cogió unas cuantas monedas de cobre y de plata, pero volvió a dejarlas, como si para ella no tuvieran ningún valor, quizá porque no era dinero lo que solía mendigar, sino comida y trapos; o tal vez porque el despuntar del día la había llenado de orgullo y renovada convicción en su propia y extraordinaria belleza. Salió a cortar unos cuantos manojos de brezo, volvió cargada con ellos y los puso encima de Hanrahan en un montón, diciéndole algo sobre el frío de la mañana, y mientras lo hacía se percató de las arrugas de su rostro, del color gris de sus cabellos y de su mellada dentadura que estaba negra y llena de huecos. Y después de cubrirle bien con el brezo salió y empezó a bajar por la ladera de la montaña, y él podía oír cómo su grito, «Soy bella, soy bella», iba resonando cada vez más lejos hasta que al fin se extinguió por completo.

Hanrahan permaneció tendido allí todo el día, con sus dolores y su debilidad, y cuando empezaban a caer las sombras del anochecer volvió a oír su voz que se aproximaba subiendo por la colina, y ella entró, coció las patatas y las compartió con él como había hecho la vez anterior. Y así pasó un día y otro día, y sentía cómo se acentuaba el peso de la carne. Pero poco a poco, a medida que se debilitaba, fue notando que en la habitación había otros seres mucho más grandes que él y que empezaban a llenar toda la casa; y le parecía que todo el poder estaba en sus manos, y que con un simple manotazo podrían derribar aquel muro que los agudísimos dolores

habían alzado en torno suyo y llevárselo con ellos a su mundo. Y a veces podía oír unas voces, lejanas y alegres, que le llamaban por entre las vigas del techo o desde la llama del hogar, y en otras ocasiones una música inundaba toda la casa, atravesándola como el viento. Y al poco la debilidad no dejó ya lugar para el dolor, y entonces se hizo en torno suyo un gran silencio, como el silencio que reina en el corazón del lago, y a sus oídos llegaban, atravesándolo, como la llama de una vela de junco, aquellas voces lejanas y alegres por siempre jamás.

Una mañana oyó una música que sonaba en alguna parte fuera de la casa, y a medida que el día transcurría fue sonando cada vez con mayor fuerza, hasta ahogar finalmente las alegres y lejanas voces e incluso el grito de Winny por la ladera de la montaña al caer la tarde. Hacia la medianoche, de repente, pareció como si los muros se disolvieran y dejaran flotando su lecho en medio de una luz pálida y brumosa que resplandecía por todas partes hasta donde la vista alcanzaba; y tras una ceguera momentánea vio que estaba llena de grandes figuras de sombras que corrían de un lado para otro.

Al mismo tiempo la música llegó a sus oídos con gran claridad, y comprendió que no era sino el continuo entrecuchar de espadas.

—Voy en pos de mi muerte —exclamó—, y al mismísimo corazón de la música de los Cielos. ¡Oh, Querubines y Serafines, acoged mi alma!

Tras este grito la luz que le envolvía se llenó de destellos de una luz más resplandeciente aún, y vio que eran las puntas de las espadas dirigidas a su corazón; y entonces una súbita llamarada, luminosa y ardiente como el amor de Dios o el odio de Dios, apagó la luz, se extinguió y le dejó en tinieblas. Al principio no podía ver nada, pues todo estaba tan oscuro como si cuanto le rodeaba fuese tierra negra de los pantanos, pero, de pronto, el fuego se reavivó como si hubiesen arrojado un manojo de yesca. Y mientras lo contemplaba, la luz se encendió en el gran puchero que colgaba de un garfio, y en la piedra plana en la que Winny solía cocer algún pastel de cuando en cuando, y en el largo y herrumbroso cuchillo que utilizaba para cortar las raíces del brezo, y en el largo bastón de endrino que él mismo había llevado a la casa. Y al ver estas cuatro cosas, ciertos recuerdos acudieron a la mente de Hanrahan, y sacando fuerzas de flaqueza se incorporó, se sentó en la cama y con voz potente y clara exclamó:

—El Caldero, la Piedra, la Espada y la Lanza. ¿Qué son? ¿A quién le pertenecen? Y esta vez he hecho la pregunta.

Y después se dejó caer de nuevo, extenuado y faltándole el aliento.

Winny Byrne, que había estado atendiendo el fuego, acudió a su lado y clavó sus ojos en el lecho; y las lejanas y risueñas voces se dejaron oír de nuevo, y una luz pálida, gris como una ola, inundó la habitación y él no supo de qué secreto mundo procedía. Miró el rostro marchito de Winny y sus marchitos brazos, grises como un terrón de tierra, y a pesar de su debilidad se echó hacia atrás buscando la pared. Y entonces de los harapos cubiertos de lodo surgieron unos brazos blancos y sombríos



como la espuma de un río y rodearon su cuerpo, y una voz que podía oír perfectamente, pero que parecía venir de muy lejos, le dijo en un susurro:

—Ya no tendrás que buscarme en el regazo de las mujeres.

—¿Quién eres tú? —le preguntó entonces.

—Yo soy uno de esos seres imperecederos, una de esas Voces eternas e infatigables, que hallan su morada en los vencidos y en los moribundos y en quienes han perdido la razón; y vengo en tu busca, y serás mío hasta que el mundo entero se consuma como la vela que se extingue. Y ahora mira hacia arriba —concluyó—, pues los ramilletes de nuestras bodas ya están encendidos.

Entonces vio que la casa estaba llena de pálidas manos de sombras, y que cada mano portaba algo que tan pronto parecía un ramillete encendido para unas bodas, como un largo y blanco cirio para los muertos.

Cuando a la mañana del día siguiente salió el sol, Winny de las Encrucijadas se levantó de donde había permanecido sentada junto al cuerpo, y reemprendió su mendicante vagabundeo de comarca en comarca, cantando siempre mientras caminaba la misma canción: «Soy bella, soy bella. Los pájaros en el aire, las mariposas nocturnas bajo las hojas y las moscas sobre el agua me miran. Soy joven: miradme, montañas; miradme, bosques caducos, pues mi cuerpo brillará como las blancas aguas cuando vosotros ya hayáis desaparecido. Vosotros y toda la raza de los hombres, y la raza de las bestias, y la raza de los peces, y la raza alada, os vais apagando como la vela que está ya casi extinguida. Pero yo río a carcajadas porque estoy en mi juventud».

No regresó a la cabaña ni aquella ni ninguna otra noche, y tuvieron que pasar dos días para que los recolectores de turba, camino de los pantanos, hallaran el cuerpo de Owen Hanrahan el Rojo, y convocaron a los hombres para que lo velaran y a las mujeres para que le cantaran una oración fúnebre, y le dieran sepultura como tan gran poeta merecía.

**LA ROSA ALQUÍMICA,  
LAS TABLAS DE LA LEY Y  
LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS  
(1897)**

TRADUCCIÓN DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

Bendito y feliz aquel que, conocedor de los misterios de los dioses, santifica su vida y purifica su alma celebrando orgías en las montañas con purificaciones sagradas.

EURÍPIDES

*Para A. E.*

# LA ROSA ALQUÍMICA

## I

Hará ya más de diez años que vi por última vez a Michael Robartes, y por primera y última vez a sus amigos y discípulos, presencié el trágico final de todos ellos, y tuve unas extrañas vivencias que me han cambiado tanto que mis escritos se han vuelto menos populares e inteligibles y podría acabar tomando el hábito de Santo Domingo. Acababa de publicar *La rosa alquímica*, una obrita sobre los alquimistas un poco al estilo de sir Thomas Browne, y había recibido muchas cartas de creyentes en las ciencias arcanas que me reprochaban mi supuesto apocamiento, pues no podían convencerse de que mi evidente simpatía por aquel asunto fuese sólo la simpatía del artista, que no es sino una especie de compasión por todo lo que ha conmovido el corazón de los hombres en cualquier época. Muy al principio de mis investigaciones descubrí que su doctrina no era una mera fantasía acerca de la química, sino un sistema filosófico que aplicaban al mundo, a los elementos y al hombre en sí mismo; y que, si pretendían transformar en oro los metales más vulgares, era sólo como parte de una transmutación universal de todas las cosas en una sustancia divina e imperecedera; y eso me dio pie a convertir mi librito en una imaginativa ensoñación sobre la transmutación de la vida en arte y un lamento de deseo desmedido por un mundo constituido totalmente por esencias.

Me encontraba meditando sobre lo que llevaba escrito, en mi casa, en uno de los barrios del casco antiguo de Dublín; una residencia que mis antepasados habían hecho casi famosa gracias a su participación en la política de la ciudad y a la amistad que trabaron con los hombres más famosos de su época; y sentía la dicha desacostumbrada de haber puesto por fin en práctica mi largamente acariciado proyecto de transformar mis aposentos en la expresión de mi doctrina favorita. Había hecho descolgar los retratos, cuyo interés era más histórico que artístico, y gruesos tapices teñidos del bronce y el azul de los pavos reales cubrían las puertas y dejaban fuera cualquier actividad o historia exentas de belleza y paz; al contemplar mi Crivelli y demorar la mirada en la rosa que sostiene la Virgen en la mano y cuya forma era tan delicada y precisa que más parecía una idea que una flor, o mi Della Francesca, tan imbuido de fantasmal perplejidad, experimentaba un éxtasis cristiano carente de las servidumbres a la norma y la tradición. Al posar la vista sobre los antiguos dioses y diosas de bronce que había adquirido a costa de hipotecar mi casa sentía el deleite del pagano por su belleza aunque exento de su terror por el insomne destino y todos sus esfuerzos y sacrificios; y me bastaba con acercarme a mis estanterías, donde todos los volúmenes estaban encuadernados en piel labrada con intrincados adornos y colores escogidos: Shakespeare en el naranja de la gloria del

mundo, Dante en el rojo oscuro de su cólera y Milton en el gris azulado de su formal sosiego, para saber lo que necesitaba de las pasiones humanas sin experimentar ni su amargura ni su hastío. Me había rodeado de todos esos dioses porque no creía en ellos, y experimentaba todos los placeres porque no me entregaba a ninguno, sino que me mantenía apartado, aislado e indisoluble como un espejo de acero bruñido. Observaba en plena exaltación de esa idea los pájaros de Hera, centelleando a la luz del fuego como sacados de un mosaico bizantino; y en mi imaginación, para la que el simbolismo es una necesidad, eran los guardianes de mi mundo y dejaban fuera todo lo que no poseyera una belleza tan majestuosa como la suya. Por un momento pensé, como tantas veces antes, que era posible despojar a la vida de toda amargura excepto la de la muerte; y entonces una idea que una y otra vez había seguido a la primera me llenó de pesar apasionado. Todas esas formas: la Madonna con su meditativa pureza, los rostros deleitados y fantasmales bajo la luz de la mañana, las divinidades de bronce con su dignidad desapasionada, esas siluetas descabelladas que iban de la desesperación a la desesperanza, pertenecían a un universo divino del que yo no formaba parte; cualquier experiencia, por profunda que fuera, cualquier percepción, por exquisita que pareciese, me recordaría el sueño amargo de una energía ilimitada que nunca podría conocer, y también que, incluso en los momentos más perfectos, me hallaría escindido en dos seres, y uno contemplaría con gesto solemne el placer del otro. Había atesorado oro formado en crisoles ajenos, pero el sueño supremo del alquimista, la transmutación del corazón fatigado en un espíritu incansable, quedaba tan lejos de mí como sin duda lo había estado de él. Me volví hacia mi última adquisición, un juego de instrumentos alquímicos que, según el anticuario de la Rue Le Peletier, habían pertenecido otrora a Raimundo Lulio, y al empalmar el alambique al hornillo de atanor y dejar a su lado el *lavacrum maris*, comprendí la doctrina alquímica que dice que todos los seres se sienten hastiados cuando los arrancan del profundo abismo por donde vagan los espíritus indivisibles y sin embargo múltiples; y orgulloso de mi saber simpaticé con la extenuante sed de destrucción que impulsaba al alquimista a ocultar bajo sus símbolos de leones y dragones, de águilas y cuervos, de rocío y salitre, la búsqueda de una esencia que disolviera todas las cosas mortales. Repetí para mis adentros la novena clave de Basilius Valentinus, en la que compara el fuego del Día Postrero con el fuego del alquimista, y el mundo con sus hornillos, y nos advierte de que todo debe disolverse antes de que la sustancia divina, oro material o éxtasis inmaterial, despierte. Ciertamente yo había logrado disolver el mundo mortal y vivido entre esencias inmortales, pero no había experimentado ningún éxtasis milagroso. Mientras lo pensaba, descorrí las cortinas, me asomé a la oscuridad y mi atribulada fantasía imaginó que todos aquellos puntos de luz que cubrían el cielo eran los hornos de innumerables alquimistas divinos que trabajaban sin cesar convirtiendo el plomo en oro, la fatiga en éxtasis, los cuerpos en almas y la oscuridad en Dios; y, al contemplar la perfección de su tarea, me abrumó tanto el peso de mi condición de mortal que solté un grito semejante al de tantos soñadores y literatos de

nuestro tiempo ante la aparición de esa elaborada belleza espiritual que por sí sola podría elevar las almas apesadumbradas con tantísimos sueños.

## II

Mi ensoñación se vio interrumpida por alguien que llamaba ruidosamente a la puerta, y me extrañó muchísimo porque no acostumbraba recibir visitas y había pedido a los criados que trabajasen en silencio para no quebrar el sueño de una vida casi secreta. La curiosidad me impulsó a ir a abrir yo mismo la puerta y, tras coger uno de los candelabros de plata que había sobre la repisa de la chimenea, empecé a bajar las escaleras. Los criados parecían haber salido, pues aunque los ruidos se colaban hasta el último rincón y resquicio de la casa no se oía a nadie en el piso de abajo. Recordé que, como mis necesidades eran tan escasas y mi participación en la vida tan pequeña, habían empezado a ir y venir a voluntad y a menudo me dejaban solo horas enteras. El vacío y el silencio de un mundo al que había despojado de todo excepto de mis sueños me sobrecogieron de pronto y sentí un escalofrío al descender el pestillo. Encontré delante de mí a Michael Robartes, a quien hacía años que no veía; su cabello pelirrojo despeinado, sus ojos apasionados, sus labios trémulos y sensibles y su tosca vestimenta le daban, entonces igual que quince años atrás, la apariencia de una mezcla de disoluto, santo y campesino. Me explicó que acababa de llegar a Irlanda y deseaba verme por un asunto de suma importancia: de hecho, el único asunto que tenía importancia para él y para mí. Su voz trajo a mi memoria nuestros años de estudiantes en París y, al recordar la magnética influencia que había llegado a ejercer sobre mí en aquel entonces, sentí un leve temor mezclado con enfado por aquella intromisión injustificada. Mientras lo guiaba al piso de arriba por las anchas escaleras que en épocas más sencillas, antes de que el romanticismo en el arte y la literatura llenara de sutilezas y complicaciones la imaginación de los hombres, habían pisado Swift bromeando y clamando, y Curran contando historias y citando a los griegos, me eché a temblar como si fuese a tener una revelación inesperada. Noté que mis manos se estremecían y reparé en que la luz de las velas vacilaba más de lo acostumbrado sobre los dioses y las ninfas plasmados en la pared por algún escayolista italiano del siglo XVIII y hacía que pareciesen seres primigenios que cobraran forma lentamente en la oscuridad vacía e informe. En cuanto se cerró la puerta y la cortina de los pavos reales cayó separándonos del mundo, sentí, de un modo que no sabría explicar, que estaba a punto de suceder algo singular e inesperado. Me acerqué a la repisa de la chimenea y reparé en que un pequeño incensario de bronce engastado con piezas de porcelana pintada por Horacio Fontana que había llenado de amuletos antiguos se había volcado y su contenido se había desperdigado, empecé a meter los amuletos en su recipiente, en parte para organizar

mis ideas y en parte por esa habitual reverencia que siempre he creído que debemos a las cosas largo tiempo relacionadas con temores y esperanzas secretos.

—Veo —dijo Michael Robartes— que sigues siendo aficionado al incienso. Si me lo permites puedo mostrarte uno más precioso que ningún otro que hayas visto. — Mientras hablaba me quitó el incensario de la mano y dejó los amuletos en un montoncito entre el hornillo de atamor y el alambique. Tomé asiento y él se sentó a su vez junto al fuego y se quedó un rato mirando la lumbre con el incensario en la mano —. He venido a pedirte algo —dijo—, y el incienso inundará la habitación y nuestro pensamiento con su dulce aroma mientras hablamos. Me lo proporcionó un anciano en Siria que me aseguró que estaba hecho con las mismas flores que posaron sus pesados pétalos purpúreos sobre las manos, el cabello y los pies de Cristo en el Huerto de Getsemaní y lo envolvieron con su denso perfume hasta que clamó en contra de la cruz y de su destino. —Luego sacudió en el incensario un polvillo que sacó de una bolsita de seda, dejó el incensario en el suelo y prendió el polvillo, del que emanó un humo azulado que se elevó hacia el techo y volvió a descender hasta parecerse al árbol baniano de Milton. Me produjo, como a menudo hace el incienso, una leve somnolencia, por lo que me sobresalté un poco al oírle decir—: He venido a hacerte la misma pregunta que te hice en París y que te impulsó a abandonar la ciudad para no contestarme.

Había vuelto los ojos hacia mí, y los vi relucir a la luz del fuego entre la nube de incienso mientras contesté:

—¿Te refieres a si estoy dispuesto a convertirme en neófito de tu Orden de la Rosa Alquímica? Si no lo estuve en París, cuando me sentía tan insatisfecho, ¿crees probable que vaya a estarlo ahora que por fin he ordenado mi vida de acuerdo con mis deseos?

—Has cambiado mucho desde entonces —respondió—. He leído tus libros, y ahora te veo entre todas estas imágenes y te entiendo mejor que tú mismo, pues he estado en esta misma encrucijada con muchísimos soñadores. Te has apartado del mundo y has reunido estos dioses en torno a ti, y si no acabas prosternándote ante ellos, estarás siempre ahído de lasitud y vagos propósitos, pues en este mundo y en esta época quien pretenda olvidar su desdicha deberá hacerlo entre el bullicio y la agitación de la multitud, o bien buscar una unión mística con las multitudes que los gobiernan.

Luego musitó algo que no alcancé a oír como si se dirigiese a alguien invisible.

Por un instante el cuarto pareció oscurecerse, como ocurría siempre que estaba a punto de llevar a cabo algún experimento, y los pavos reales de las puertas parecieron brillar en la oscuridad con un color más intenso. Descarté aquella ilusión, causada, según decidí, sólo por la memoria y el incienso en la penumbra, pues me negué a reconocer que él todavía pudiera dominar mi intelecto, y dije:

—Aun concediendo que necesitara una creencia espiritual y alguna forma de adoración, ¿por qué iba a ir a Eleusis y no al Calvario?



Él se inclinó hacia delante y empezó a hablar con una leve cadencia rítmica, y una vez más tuve que enfrentarme a las sombras de una noche más antigua que la del sol, que empezaban a oscurecer la luz de las velas y a borrar los pequeños reflejos de los marcos de los cuadros y las divinidades de bronce, a convertir el humo azul del incienso en un intenso púrpura y a hacer que los pavos reales brillaran y reluciesen como si cada color por separado fuese un espíritu viviente. Me había sumido en una profunda ensoñación casi onírica en la que me parecía oírle a lo lejos.

—... y, sin embargo, nadie se halla en comunión con un único dios —estaba diciendo—, y cuanto más habita uno en la imaginación y las ideas refinadas, más dioses conoce y frecuenta y más queda bajo el poder de Roldán, que hizo sonar en Roncesvalles la última trompeta de la voluntad y el placer corporales; y de Hamlet, que los vio perecer y se limitó a exhalar un suspiro; y de Fausto, que los buscó por todo el mundo y no pudo encontrarlos; y bajo el poder de todas esas incontables divinidades que han cobrado forma espiritual en la imaginación de los poetas y novelistas modernos, y de las antiguas divinidades que, desde el Renacimiento, han recobrado su antiguo culto, quitando el sacrificio de pájaros y peces, la fragancia de las guirnaldas y el humo del incienso. Muchos creen que fueron los hombres quienes crearon esas divinidades, y que podrían volver a destruirlas; pero nosotros, que las hemos visto pasar con tintineantes armaduras y suaves túnicas, que las hemos oído hablar mientras yacíamos en un trance semejante a la muerte, sabemos que son ellas quienes siempre están creando y destruyendo a los hombres, que apenas son un mero temblor en sus labios. —Se había puesto en pie y empezado a ir y venir por la habitación, y en mi ensoñación se había convertido en la lanzadera de un telar en el que se estaba tejiendo un inmenso entramado purpúreo cuyos pliegues empezaban a llenar la habitación, que parecía haberse quedado inexplicablemente silenciosa, como si en el mundo no hubiera otra cosa que aquella trama y aquel tejido—. Han vuelto, han vuelto con nosotros —empezó otra vez la voz—, todos los que habitaban tus sueños y los que has visto en los libros. Está Lear, con la cabeza todavía húmeda por la tormenta y que se ríe porque creías existir cuando no eres más que una sombra y pensabas que él era una sombra cuando es un dios eterno; y Beatriz, con los labios partidos en una sonrisa, como si las estrellas estuviesen a punto de desaparecer en un suspiro amoroso; y la madre del Dios de la humildad, cuyo influjo sobre los hombres ha sido tan grande que han tratado de despoblar sus corazones para que Él pudiera reinar en ellos en solitario, y tiene en la mano una rosa cada uno de cuyos pétalos es un dios; y ahí, ¡con qué agilidad se mueve!, llega Afrodita bajo la sombra de las alas de innumerables gorriones y con unas palomas blancas y grises a sus pies.

En mitad de aquel sueño le vi extender el brazo izquierdo y pasar la mano derecha por encima, como si acariciase las alas de las palomas. Hice un violento esfuerzo por el que creí romperme en dos, y dije con forzada determinación:

—Si te lo permitiera, me arrastrarías a un mundo indefinido que me colma de terror; no obstante, un hombre sólo puede aspirar a la grandeza si logra que su

espíritu lo refleje todo con la indiferente precisión de un espejo. —Parecía totalmente dueño de mí mismo y proseguí aunque un poco más deprisa—: Te ordeno que te marches cuanto antes, pues tus ideas y fantasías no son más que ilusiones que se cuelean como los gusanos en las civilizaciones al inicio de su declive y en los espíritus que empiezan a entrar en decadencia.

De pronto me sentí muy enfadado; cogí el alambique de la mesa, y estaba a punto de levantarme y golpearle con él cuando los pavos reales de la puerta que tenía detrás parecieron volverse inmensos, el alambique se me escurrió entre los dedos y me vi sumido en una marea de plumas verdes, azules y bronceas; mientras me debatía inútilmente oí una voz distante que decía:

—Nuestro maestro Avicena ha escrito que toda la vida procede de la corrupción...

Las plumas me habían cubierto ya por completo y supe que, después de combatir cientos de años, había salido derrotado. Me estaba hundiendo en las profundidades cuando el verde, el azul y el bronce que parecían haber anegado el mundo se convirtieron en un mar de llamas que me arrastró consigo, y en ese momento oí una voz que gritaba: «El espejo se ha roto en dos mitades», y otra que respondía: «El espejo se ha roto en cuatro pedazos», y una más lejana que gritaba exultante: «El espejo se ha roto en un sinfín de pedazos»; y luego una multitud de manos lívidas trató de tocarme, unos rostros amables y desconocidos se inclinaron sobre mí y oí unas voces acariciantes y quejosas que murmuraban palabras que caían en el olvido nada más ser pronunciadas. Estaba elevándome sobre la marea de llamas y noté cómo mis recuerdos, mis esperanzas, mis pensamientos, mi voluntad y todo lo que consideraba parte de mí se desvanecían; luego creí alzarme sobre innumerables grupos de seres, cada uno de los cuales estaba, según intuí con algo más certero que la propia razón, envuelto en un momento eterno, en la perfección del movimiento de un brazo, en un rítmico círculo de palabras, en una ensoñación con la mirada perdida y los párpados entornados. Después pasé más allá de esas formas, que eran tan hermosas que casi habían dejado de existir, y tras soportar muchos estados de ánimo desconocidos que parecían melancólicos, con el peso de muchos mundos, caí en esa Muerte que es la Belleza en sí misma, y en esa Soledad que todas las multitudes desean incesantemente. Todo lo que había vivido alguna vez parecía habitar en mi corazón, y yo en el suyo, y jamás habría vuelto a conocer la mortalidad o el llanto si no hubiese pasado de pronto de la certeza de aquella visión a la incertidumbre del sueño, y me hubiera convertido en una gota de oro fundido que caía a enorme velocidad a través de una noche tachonada de estrellas mientras oía por doquier un llanto exultante y melancólico. Caí, caí y caí hasta que el llanto resultó ser sólo el aullido del viento en la chimenea y desperté apoyado sobre la mesa con la cabeza apoyada entre las manos. Vi el alambique oscilando de un lado al otro en el rincón donde había caído y a Michael Robartes que me observaba expectante.

—Iré a donde quieras —dije— y haré lo que me pidas, pues he visto a las criaturas eternas.

—Supe que responderías así —replicó— en cuanto vi cernerse la tormenta. Debes acompañarme muy lejos, porque se nos ha ordenado construir nuestro tiempo entre la pura multitud de las olas y la impura multitud de los hombres.

### III

No hablé mientras recorríamos en coche las calles desiertas, porque mi imaginación se hallaba curiosamente vacía de pensamientos y vivencias familiares; era como si la hubieran arrancado del mundo de lo concreto y la hubiesen arrojado desnuda a un mar sin orillas. Había momentos en que parecía que la visión estaba a punto de volver y que recordaría a medias, con un éxtasis de alegría o de pesar, crímenes y heroísmos, fortunas y desdichas, o bien empezaría a considerar, con un súbito sobresalto del corazón, esperanzas y terrores, deseos y ambiciones ajenos a mi vida ordenada y cuidadosa, y luego despertaría estremecido al pensar que algún ser imponderable había pasado a través de mi espíritu. De hecho tuvieron que pasar varios días antes de que aquella sensación desapareciese por completo e incluso ahora, que he buscado refugio en la única fe creíble, siento una gran tolerancia por aquellas personas con temperamentos incoherentes que se juntan en las capillas y lugares de reunión de ciertas sectas oscuras, porque yo también he visto cómo hábitos y principios muy arraigados se disolvían ante un poder que era *hysterica passio* o pura locura, si se quiere, pero que fue tan poderoso en su exultación melancólica que tiemblo sólo de pensar que pudiera volver a despertarse en mí y arrancarme de mi recién recobrada paz.

Cuando llegamos bajo la luz grisácea a la gran estación de ferrocarril semivacía me pareció haber cambiado tanto que ya no era, como todos los hombres, un instante de estremecimiento ante la eternidad, sino la eternidad misma llorando y riéndose de ese instante; y cuando nos pusimos en marcha y Michael Robartes se durmió casi enseguida, su rostro dormido, que no mostraba el menor indicio de nada de lo que tanto me había conmovido y ahora me mantenía despierto, le pareció a mi agitada imaginación más una máscara que un rostro. Me dominó la fantasía de que el hombre que había detrás de ella se había disuelto como la sal en el agua, y que se reía, suspiraba, clamaba y denunciaba a petición de seres mayores o menores que el hombre. Me repetí una y otra vez: «Éste no es Michael Robartes, Michael Robartes lleva muerto diez o veinte años». Al fin caí en un sueño febril, del que desperté cada vez que el tren atravesaba a toda prisa algún pueblecito con los tejados de pizarra brillantes por la humedad, o un lago tranquilo que centelleaba bajo la fría luz matutina. Había estado demasiado preocupado para preguntar adónde íbamos, o reparar en los billetes que había comprado Robartes, pero supe por la posición del sol

que nos dirigíamos al oeste, y pronto supe también, por el modo en que habían crecido los árboles como si fuesen mendigos andrajosos que inclinaran la cabeza hacia el este, que nos estábamos acercando a la costa. Casi de inmediato distinguí el mar entre las montañas bajas que había a nuestra izquierda y vi su color grisáceo oscuro surcado de manchas y líneas de color blanco.

Cuando nos apeamos del tren descubrí que todavía teníamos un largo camino por delante y nos pusimos en marcha después de abotonarnos los abrigo, pues el viento era violento y cruel. Michael Robartes guardaba silencio como si estuviese deseoso de dejarme sumido en mis pensamientos, y mientras andábamos entre el mar y la pared rocosa de un alto promontorio, comprendí aún con más claridad la enorme impresión que había sufrido mi forma de pensar y de sentir, a no ser que la sustancia de mi espíritu hubiese sufrido una misteriosa transformación, pues las olas grises coronadas de espuma habían adquirido una fantástica y torrencial vida interior; y cuando Michael Robartes señaló un caserón antiguo de planta cuadrada, al socaire del cual había otro edificio más moderno y mucho más pequeño, construido en el extremo de una escollera destartada y casi desierta, y afirmó que aquél era el Templo de la Rosa Alquímica, me dominó la idea de que el mar, que lo cubría incesantemente con rociones de espuma blanca, estaba reclamándolo como parte de una vida inconcreta y apasionada, que había declarado la guerra a nuestro cuidadoso y ordenado modo de vida y estaba a punto de hundir al universo entero en una noche tan oscura como la que siguió a la caída del mundo clásico. Una parte de mi alma se mofó de tan descabellados temores, pero la otra, la que seguía sumida en la visión, creyó oír el fragor de ejércitos desconocidos, y se estremeció ante el inconcebible fanatismo que movía a aquellas olas grises.

Habíamos dado unos cuantos pasos por la escollera cuando nos topamos con un anciano que era evidentemente un guarda, pues se hallaba sentado en un tonel puesto boca abajo cerca de un lugar donde los albañiles habían estado reparando una grieta en el rompeolas y tenía enfrente una fogata como las que se ven en esos braseros que llevan los quincalleros debajo de sus carros. Vi también que era un beato, como dicen los campesinos, porque tenía un rosario colgado de un clavo en el tonel, y al verlo me estremecí sin saber por qué. Apenas lo hubimos dejado atrás, oí que nos increpaba en gaélico: «¡Idólatras, idólatras, idos al infierno con vuestras brujas y diablos; idos al infierno y así volverán los arenques a la bahía!»; y durante un rato lo oí gritar y murmurar a nuestras espaldas.

—¿No os da miedo —pregunté— que esos incivilizados pescadores cometan alguna barbaridad contra vosotros?

—Ni a mí ni a los míos —respondió— puede herirnos o ayudarnos persona alguna, nos contamos entre los espíritus inmortales, y cuando muramos será por la consumación de la obra suprema. También llegará el momento en que esa gente sacrifique un mújol a Artemis o cualquier otro pescado a una nueva divinidad, a menos que sean sus propias divinidades quienes reconstruyan sus templos de piedra

gris. Su reino no ha cesado jamás, tan sólo ha declinado un poco su poder, pues los Sidhe siguen flotando en el viento y bailan y juegan al *hurling*, pero no pueden reconstruir sus templos hasta que se hayan producido martirios y victorias, y tal vez la largamente anunciada batalla en el valle del Cerdo Negro<sup>l\*1</sup>.

Arrimándonos al muro que recorría la escollera por la parte del mar para protegernos de los rociones de espuma y del viento que amenazaba con hacernos salir volando en cualquier momento, nos dirigimos hacia la puerta del edificio de planta cuadrada. Michael Robartes la abrió con una llave en la que aprecié el óxido producido por el salitre de muchos vientos marinos, y me condujo por un pasadizo desnudo y unas escaleras sin alfombras hasta una salita forrada de estanterías. Me explicó que me llevarían comida, aunque fuese sólo un poco de fruta, pues antes de la ceremonia debía someterme a un moderado ayuno, y también un libro sobre la doctrina y las costumbres de la Orden, leyendo el cual tendría que pasar las pocas horas de luz invernal que quedaban. Luego se marchó tras prometer que volvería una hora antes de la ceremonia. Empecé a rebuscar en los estantes y encontré una de las bibliotecas alquímicas más completas que jamás he visto. Allí estaban las obras de Morienus, que ocultaba su cuerpo inmortal bajo una camisa de crin; de Avicena, que era un borracho y aun así controlaba a una legión de espíritus; de Alfarabi, que metió a tantos espíritus en su laúd que podía hacer que los hombres rieran, llorasen o cayeran en un trance mortal; de Lulio, que podía adoptar la apariencia de un gallo rojo; de Flamel, que con su mujer Pernella creó el elixir hace cientos de años y, según se cuenta, vive todavía en Arabia entre los derviches; y de otros muchos no tan famosos. Había muy pocos místicos que no fuesen místicos alquimistas, debido, sin duda, a la devoción de casi todos ellos a un solo dios y a su limitado sentido de la belleza, lo que a Michael Robartes debía de parecerle una consecuencia inevitable; no obstante, reparé en la presencia de una colección completa de facsímiles de los escritos proféticos de William Blake, probablemente por las multitudes que poblaban sus visiones y eran «como los alegres peces entre las olas cuando la luna absorbe el rocío». Había también muchos poetas y escritores en prosa de diversas épocas, todos ellos levemente hastiados de la vida, como de hecho les ocurre siempre a los grandes, y que nos ofrecieron su imaginación porque ya no la necesitaban ahora que ascendían en sus espléndidas carrozas.

Después oí llamar a la puerta y una mujer entró y dejó un poco de fruta sobre la mesa. Juzgué que debía de haber sido hermosa, aunque sus mejillas estaban hundidas por lo que, de habérmela encontrado en cualquier otra parte, habría tomado por la excitación de la carne y la sed de placeres, pese a que debía de tratarse de la exaltación de la fantasía y la sed de belleza. Le pregunté no sé qué a propósito de la ceremonia, pero al no obtener más respuesta que un movimiento de cabeza, comprendí que debía esperar en silencio a la iniciación. Cuando terminé de comer, volvió a entrar y, después de dejar un cofre de bronce curiosamente labrado sobre la mesa, encendió las velas y se llevó la bandeja y los restos de comida. En cuanto me

quedé solo, me volví hacia el cofre y vi que los pavos reales de Hera extendían sus colas contra un fondo de estrellas sobre la tapa y los lados como para afirmar que el firmamento formaba parte de su gloria. Dentro había un libro encuadernado en pergamino y en él, pintada en oro y delicados colores, se hallaba la Rosa Alquímica amenazada por numerosas lanzas, aunque en vano, como mostraban las puntas melladas de las más cercanas a los pétalos. El libro estaba escrito en pergamino, con caracteres bellos y claros, intercalados de imágenes simbólicas y miniaturas al estilo del *Splendor Solis*.

El primer capítulo describía cómo seis estudiantes, de ascendencia celta, se entregaron cada cual por su cuenta al estudio de la alquimia y resolvieron uno el misterio del pelícano, otro el del dragón verde, otro el del águila y otro el de la sal y el mercurio. Una aparente sucesión de casualidades, que, según afirmaba el libro, fueron obra de los poderes sobrenaturales, hizo que coincidieran en el jardín de una posada del sur de Francia, y mientras conversaban se les ocurrió la idea de que la alquimia no era sino el destilado gradual del contenido del alma hasta que uno estuviera dispuesto a despojarse de lo mortal y revestirse sólo de lo inmortal. Una lechuza pasó volando sin hacer ruido entre las hojas de parra, luego llegó una anciana apoyada en su cayado, se sentó a su lado, y retomó la idea donde la habían dejado. Tras exponer el principio de la alquimia espiritual y ordenarles que fundaran la Orden de la Rosa Alquímica, se marchó, y cuando trataron de seguirla no la vieron por ninguna parte. Fundaron la Orden, compartieron sus bienes y siguieron juntos con sus pesquisas, y a medida que fueron perfeccionándose en la doctrina alquímica empezaron a ver apariciones que les revelaron misterios cada vez más maravillosos. El libro explicaba después todo lo que estaba permitido dar a conocer al neófito, y al principio se ocupaba con considerable detalle de la realidad independiente de nuestros pensamientos, que era, según afirmaba, la doctrina en que se basan todas las doctrinas verdaderas. Si uno imagina, decía, un ser vivo, no tardará en poseerlo un alma errante e irá de aquí para allá obrando el bien o el mal hasta que llegue el momento de su muerte; y proporcionaba muchos ejemplos recibidos, decía, de diversos dioses. Eros les había enseñado a fabricar formas en las que pudiese habitar un alma divina y susurrar lo que quisiera a los espíritus durmientes; Atis, formas desde las que seres demoníacos podían inocular la locura o los sueños inquietos en la sangre de quienes duermen; Hermes, que si uno imagina que hay un perro junto a su lecho le guardará hasta que despierte y espantará a los demonios más poderosos, pero que si no pones todo tu empeño en ello el perro será débil, los demonios vencerán y el can perecerá pronto; Afrodita, que si creas en tu imaginación una paloma coronada de plata y haces que aletee sobre tu cabeza, su suave arrullo hará que dulces sueños de amor inmortal prevalezcan sobre el sueño de los mortales; y todas las divinidades por igual les habían revelado entre advertencias y lamentaciones que todos los espíritus están engendrando constantemente esos seres y enviándolos a causar la salud o la enfermedad, la alegría o la locura. Cuando uno daba forma a los poderes

maléficos, proseguía, debía hacerlos feos, con el labio leporino y sediento de energía, o alterar las proporciones de su cuerpo bajo el peso de la vida; en cambio, los poderes divinos debían aparecer sólo bajo formas hermosas, que son, por así decirlo, las que abandonan temblorosas la existencia, plegándose a un éxtasis intemporal, sumiéndose con ojos semicerrados en un soñoliento silencio. Las almas incorpóreas que descendían a esas formas eran lo que los hombres llamaban los estados de ánimo, y obraban todos los grandes cambios que acontecen, pues igual que el mago o el artista podía convocarlos a voluntad, también ellos podían borrar de la imaginación del mago o el artista, o si eran demonios, de la del loco o el innoble, la forma que prefiriesen, y mediante su voz y sus gestos derramarse por el mundo. De este modo han sucedido todos los grandes acontecimientos: un estado de ánimo, una divinidad o un demonio descienden como un leve suspiro sobre la imaginación de los hombres y luego alteran sus pensamientos y sus actos hasta que los cabellos que eran rubios se vuelven morenos y los morenos rubios, y los imperios cambian sus fronteras como si fuesen hojas arrastradas por el viento. El resto del libro contenía símbolos de formas, sonidos y colores, y sus correspondencias con divinidades y demonios, para que el iniciado pudiera crear una forma para cada divinidad o cada demonio y ser tan poderoso como Avicena entre quienes viven en este valle de lágrimas y de risas.

## IV

Dos horas después de ponerse el sol regresó Michael Robartes y me explicó que tendría que aprender los pasos de un baile extremadamente antiguo ya que, antes de que mi iniciación pudiese llevarse a cabo, tendría que interpretar tres veces un baile mágico, pues el ritmo era la rueda de la Eternidad, y sólo con él podía quebrarse lo transitorio y lo accidental y liberarse el espíritu. Comprobé que los pasos, que eran muy sencillos, se parecían a ciertas danzas griegas antiguas, y como en mi juventud había sido buen bailarín y además conocía algunos pasos gaélicos muy curiosos, no tardé en memorizarlos. Luego se puso y me hizo ponerme a mí unas vestiduras que recordaban por su forma tanto a Grecia como a Egipto, aunque sus tonos carmesíes sugerían una vida más apasionada; y tras poner en mis manos un pequeño incensario de bronce labrado en forma de rosa por un artesano moderno, me pidió que abriera una portezuela que había enfrente de la puerta por la que había entrado. Puse la mano en el picaporte, pero en cuanto lo hice los vapores del incienso, ayudados tal vez por su misteriosa influencia, me hicieron sumirme nuevamente en un sueño, en el que creí ser una máscara sobre el mostrador de una tienda oriental. Muchas personas, de mirada tan brillante y reposada que supe que eran más que sobrehumanos, llegaron y me probaron en sus caras, pero por fin me arrojaron a un rincón entre risas; sin embargo, todo debió de pasar en un instante, pues cuando desperté mi mano seguía en el picaporte. Abrí la puerta y me encontré en un pasadizo maravilloso, en cuyos

lados había mosaicos tan hermosos como los del baptisterio de Rávena, aunque de belleza menos severa, que representaban diversas divinidades; el color predominante en cada una de ellas, sin duda un color simbólico, se repetía en las lámparas que pendían del techo: una lámpara de extraño aroma delante de cada divinidad. Pasé junto a ellos maravillado de que aquellos entusiastas hubiesen podido crear aquella belleza en un lugar tan remoto, y casi persuadido, en vista de tantas riquezas ocultas, de creer en una alquimia material; el incensario inundaba el aire de un humo de cambiantes colores.

Me detuve ante una puerta, en cuyos paneles de bronce había labradas grandes olas a cuya sombra había leves insinuaciones de rostros terribles. Quienes se hallaban al otro lado parecieron haber oído nuestros pasos, pues una voz gritó: «¿Ha terminado ya la obra del Fuego Incorruptible?». E inmediatamente Michael Robartes respondió: «El oro perfecto ha salido del hornillo de Atanor». La puerta se abrió, entramos a una gran sala circular y nos encontramos entre hombres y mujeres que danzaban lentamente con túnicas carmesíes. En el techo había un mosaico que representaba una enorme rosa; y en las paredes, también en mosaico, había una batalla entre los dioses y los ángeles; los dioses brillaban como rubíes y zafiros mientras que los ángeles eran todos grises, porque, como me susurró Michael Robartes, habían renunciado a su divinidad y su propio perfeccionamiento individual por amor a un dios de la humildad y el pesar. Unos pilares sostenían el techo y formaban una especie de claustro circular en el que cada pilar era una columna de formas confusas, divinidades, al parecer, del viento, que, en una agitada danza de vehemencia sobrehumana, se alzaban al son de címbalos y caramillos; de entre aquellas formas asomaban manos que sostenían incensarios. Me pidieron que dejara también el mío en una de las manos, ocupara mi lugar y bailara, y al volverme hacia los danzantes vi que el suelo era de una piedra verde y que en el centro había un Cristo pálido sobre una cruz blanca. Pregunté a Robartes por el significado de aquello y me informó de que pretendían perturbar su Unidad mediante sus pies multitudinarios. La danza prosiguió, trazando sobre el suelo las formas de los pétalos de la rosa del techo al son de ocultos instrumentos que tal vez fuesen antiguos pues yo nunca había oído nada parecido, y a cada momento se iba volviendo más apasionada, hasta que todos los vientos del mundo parecieron haberse levantado bajo nuestros pies. Al cabo de un rato me sentí fatigado y me quedé junto a uno de los pilares observando las idas y venidas de aquellas figuras flamígeras, hasta que poco a poco fui sumiéndome en un sueño del que desperté al ver caer lentamente los pétalos de la gran rosa, que ya no parecía un mosaico, entre el aire cargado del humo del incienso, y adoptar después la figura de unos seres vivientes de extraordinaria belleza. Leves y vaporosos al principio, empezaron a bailar y al hacerlo fueron cobrando una forma más definida hasta que pude distinguir bellos rostros griegos y augustas fisonomías egipcias, e incluso identificar de vez en cuando a alguna divinidad por el báculo que llevaba en su mano o por el ave que revoloteaba sobre su cabeza; y pronto todos los pies



mortales bailaron junto a los blancos pies de los inmortales; y en los ojos azorados que contemplaban aquellos otros ojos nebulosos e imperturbables percibí un deseo supremo, como si, tras un indescriptible peregrinar, hubiesen encontrado por fin el amor perdido de su juventud. A veces, aunque sólo por un instante, reparé en una figura vaga y solitaria con el rostro velado que portaba una antorcha y revoloteaba entre los danzantes, igual que un sueño dentro de un sueño, o una sombra dentro de una sombra, y supe, merced a un entendimiento nacido en una fuente más profunda que el intelecto, que era el propio Eros, y que llevaba velado el rostro porque desde la creación del mundo no ha habido hombre ni mujer que haya sabido qué es el Amor, ni le haya mirado a los ojos, pues de todas las divinidades Eros es la única que es sólo espíritu, y se oculta en pasiones que no son esencia suya cuando comulga con un corazón mortal. Por lo que quien ama noblemente conoce el Amor a través de una piedad infinita, una indescriptible confianza y una compasión inagotable; y quien lo hace de forma innoble lo conoce mediante los celos más vehementes, el odio repentino y un deseo insaciable; pero sin que el uno ni el otro lleguen a ver su rostro. Mientras pensaba en todo aquello, una voz me gritó de entre las figuras carmesíes: «¡A bailar! ¡Nadie puede dejar de bailar! ¡A bailar! ¡A bailar! Y que los dioses formen sus cuerpos de la sustancia de nuestros corazones», y antes de que pudiera responder una misteriosa oleada de pasión, que parecía el alma de la danza que se agita en nuestras almas, se apoderó de mí, y sin quererlo ni resistirme me vi arrastrado hasta el centro. Me encontré bailando con una augusta mujer inmortal que llevaba lirios negros en el pelo y cuyo gesto soñoliento parecía cargado de una sabiduría más profunda que la oscuridad que separa a una estrella de otra, y de un amor como el amor que respiró sobre las aguas; y mientras bailábamos el incienso flotaba entre nosotros y sobre nosotros, cubriéndonos como en el centro del mundo, y fue como si pasaran siglos y en los pliegues de nuestras vestiduras y en sus espesos cabellos se desataran y amainaran tormentas.

De pronto reparé en que sus párpados no habían temblado nunca, y en que sus lirios no se habían movido de su sitio ni habían perdido un solo pétalo, y comprendí horrorizado que estaba bailando con alguien que era más o menos que humano, y que estaba sorbiendo mi alma igual que un buey bebe el agua de un charco en el camino; caí al suelo y me sumí en la oscuridad.

## V

Desperté de pronto como si algo me hubiese arrancado de mi ensueño y vi que me hallaba tendido sobre un suelo toscamente pintado, que en el techo, no muy alto, había pintada burdamente una rosa y que en las paredes había unos frescos incompletos. Los pilares y los incensarios habían desaparecido, y cerca de mí una veintena de durmientes yacía envuelta en vestiduras desarregladas, sus rostros girados

hacia arriba me parecieron máscaras vacías iluminadas por el frío amanecer a través de una ventana alargada en la que no había reparado antes. Fuera se oía el rugido del océano. Vi a Michael Robartes tendido a poca distancia y junto a él un cuenco de bronce volcado que daba la impresión de haber contenido incienso. De pronto oí el griterío de unos hombres y mujeres airados mezclado con el rugido del mar, me puse en pie de un salto, corrí a donde estaba Michael Robartes y traté de despertarlo. Luego lo agarré por el hombro e intenté levantarlo, pero cayó hacia atrás; las voces sonaron aún más fuertes y airadas y se oyó a alguien que golpeaba con fuerza la puerta que daba a la escollera. De repente oí el sonido de la madera al quebrarse, supe que había empezado a ceder y corrí hacia la puerta de la sala, la abrí y salí al pasadizo cuyo entarimado crujió bajo mis pies. Encontré una puerta que daba a una cocina y al cruzar la puerta oí dos golpes seguidos y supe por el súbito sonido de las pisadas y los gritos que la puerta que daba a la escollera se había derrumbado. Salí corriendo de la cocina y llegué a un pequeño corral con unos escalones que descendían hacia el mar por el otro lado de la escollera, desde allí seguí junto al borde del agua con el airado sonido de las voces resonando todavía en mis oídos. Hacía poco que habían reconstruido aquella parte de la escollera con bloques de granito y todavía no estaban cubiertos de algas, pero cuando llegué a la parte más antigua estaba tan resbaladiza que tuve que trepar hasta el camino. Miré hacia el Templo de la Rosa Alquímica donde los pescadores y sus mujeres seguían profiriendo gritos, aunque ya no tan airados, y vi que no había nadie junto a la puerta ni en la escollera, sin embargo, en ese preciso instante, una pequeña multitud salió y empezó a recoger piedras que habían amontonado allí para colocarlas debajo de los bloques de granito la próxima vez que una tormenta dañase la escollera. Mientras observaba a la muchedumbre, un anciano, el devoto que habíamos visto antes, creo, me señaló con el dedo y soltó un grito, y la multitud empalideció y todos los rostros se volvieron hacia mí. Eché a correr, y tuve suerte de que aquellos remeros no fuesen tan hábiles con los pies como con los brazos y el cuerpo; sin embargo mientras corría apenas oía los pasos o los gritos de quienes me seguían, pues muchas voces quejosas y exultantes que había olvidado nada más oírlas, igual que se olvida un sueño, parecían resonar en el aire sobre mi cabeza.

Todavía hoy hay momentos en los que me parece oír esas mismas voces quejosas y exultantes, y en los que el mundo indefinido, que casi ha perdido toda la influencia que antaño ejerciera sobre mi corazón y mi intelecto, parece a punto de volver a dominarlos; pero llevo el rosario en torno al cuello, y cuando las oigo o creo oírlas, lo aprieto contra mi corazón y repito: «Aquel cuyo nombre es Legión espera a nuestra puerta para burlar con sutilezas a nuestro intelecto y adular a nuestros corazones con la belleza, pero nosotros confiamos sólo en Ti». Y entonces se aplaca la lucha que en otro tiempo se libraba en mi interior, y quedo en paz.

# LAS TABLAS DE LA LEY

## I

—¿Permitirás, Aherne —dije—, que te haga una pregunta que llevo años queriendo plantearte, aunque nunca me haya atrevido porque casi hemos llegado a ser dos desconocidos? ¿Por qué razón renunciaste al birrete eclesiástico y además en el último momento? Cuando vivíamos juntos, jamás te importaron el vino, las mujeres o el dinero, y sólo pensabas en la teología y el misticismo. —Llevaba toda la cena observándolo en busca del momento oportuno para plantearle aquella cuestión, y si me aventuré a hacerlo en aquel momento fue porque creí notar que había abandonado un poco la reserva y la indiferencia que, desde su regreso de Italia, había reemplazado a nuestra antigua amistad. Él acababa de preguntarme a su vez sobre ciertas cosas privadas y casi sagradas, y pensé que mi franqueza me había hecho merecedor de la misma sinceridad.

Cuando empecé a hablar, él estaba levantando una copa de aquel vino que tan bien sabía elegir y que valoraba tan poco, y al oírme lo puso lenta y pensativamente sobre la mesa y lo dejó allí con los largos y delicados dedos teñidos por la luz de color rojo oscuro. Aún recuerdo vívidamente la impresión que me causaron su rostro y su gesto y no logro separarla de otra imagen muy viva: la de un hombre sosteniendo una antorcha en la mano desnuda. En aquel momento, él era para mí la encarnación suprema de nuestra raza, que, cuando se alza o se hunde por debajo de los formalismos de una educación parcial y de los racionalismos de las afirmaciones y negaciones convencionales, se aparta —a menos que me cieguen mi fe en el mundo y la Iglesia— tanto de los deseos realizables como de otros tan desmesurados que la imaginación humana no puede contenerlos, intuiciones tan inmateriales que sus destellos lejanos dejan sumidos los manos y los pies en una negra oscuridad. Tenía esa naturaleza, mezcla entre monje y soldado de fortuna, que necesita convertir los actos en sueños y los sueños en actos, y para las personas como él no hay en este mundo orden, finalidad ni contento. Cuando éramos estudiantes en París pertenecimos a un pequeño grupo dedicado a especular sobre la alquimia y el misticismo. Más ortodoxo en casi todas sus creencias que Michael Robartes, lo superaba en su descabellado odio por la vida, y aquel odio había llegado a expresarse en la curiosa paradoja —en parte tomada de un monje fanático y en parte inventada por él mismo— de que las bellas artes habían sido enviadas al mundo para derribar naciones, y acabar por fin con la vida misma, sembrando por doquier deseos ilimitados, como antorchas lanzadas sobre una ciudad en llamas. Estoy convencido de que dicha paradoja era en aquel entonces sólo un adorno del orgullo de su juventud, y

de que hasta su regreso a Irlanda no sufrió la fermentación de las creencias que experimentan nuestras gentes cuando despierta de nuevo su vida imaginativa.

Enseguida se puso en pie diciendo:

—Ven y te explicaré el porqué. Tú al menos puedes comprenderlo.

Y, tomando una vela de la mesa, me condujo por el pasadizo empavesado que conducía a su capilla privada. Pasamos entre los retratos de los jesuitas y los sacerdotes —algunos de gran notoriedad— que su familia había donado a la Iglesia, los grabados y fotografías que le habían gustado especialmente y los escasos cuadros que su pequeña fortuna, reunida mediante una penosa abstinencia de las cosas que más desean los hombres, le había permitido comprar en sus viajes. Las fotografías y los grabados eran de obras maestras de diversas escuelas, pero en todos los casos su belleza, tanto si se trataba de la belleza de la religión, del amor o de alguna visión fantástica de bosques y montañas, era la belleza conseguida por temperamentos que buscan siempre una emoción absoluta y que encuentran su expresión más continuada, aunque no la más perfecta, en las leyendas, las vigilias y la música de los pueblos célticos. La certidumbre del fervor orgulloso o refinado de los rostros extasiados de los ángeles de Della Francesca y de los augustos semblantes de las sibilas de Miguel Ángel, y la incertidumbre, como de un alma que tiembla entre la excitación del espíritu y la de la carne, presente en los rostros trémulos de los frescos de las iglesias de Siena y en esas caras que parecen tenues llamas y que imaginaron los simbolistas modernos y los prerrafaelitas, a menudo habían hecho que aquel largo, sombrío y resonante pasadizo vacío me pareciera el vestíbulo de la eternidad.

Casi todos los detalles de la capilla, a la que accedimos a través de una estrecha puerta de estilo gótico cuyo umbral habían desgastado a fuerza de hollarlo los adoradores secretos de los tiempos de la persecución religiosa, seguían vívidos en mi memoria, pues había sido en esa misma capilla donde, de muchacho, me había conmovido por primera vez el medievalismo que hoy es la principal influencia en mi vida. Lo único que parecía nuevo era un cofre de bronce que había en el altar delante de seis cirios sin encender y del crucifijo de ébano, y que se parecía a los que se hacían en épocas más antiguas con materiales más preciosos para contener los libros sagrados. Aherne me pidió que me sentara en un banco de madera de roble y, tras inclinarse respetuosamente ante el crucifijo, cogió del altar el cofre de bronce, se sentó a mi lado y lo puso sobre sus rodillas.

—Tal vez hayas olvidado —dijo— la mayoría de las cosas que leíste sobre Joachim de Flora, pues hoy es poco más que un nombre incluso para los más eruditos. Fue abad en Cortale, en el siglo XII, y hoy se le conoce por la profecía, hecha en un libro titulado *Expositio in Apocalypsin*, de que el Reino del Padre había concluido, el Reino del Hijo periclitaba y el Reino del Espíritu estaba aún por llegar. Dicho Reino iba a ser un triunfo completo del Espíritu, la *spiritualis intelligentia* lo llamaba él, sobre la letra muerta. Tenía muchos seguidores entre los franciscanos más extremistas a quienes se acusaba de poseer un libro secreto suyo titulado *Liber*

*inducens in Evangelium aeternum*. Una y otra vez se acusó a grupos de visionarios de poseer ese libro terrible, en el que se ocultaba la libertad del Renacimiento, hasta que por fin el papa Alejandro IV lo encontró y mandó echarlo a las llamas. Tengo aquí el mayor tesoro del mundo: un ejemplar de dicho libro; mira qué grandes artistas tejieron las vestiduras en que está envuelto. El cofre de bronce es obra de Benvenuto Cellini, que lo cubrió de dioses y demonios con los ojos cerrados para simbolizar su ensimismamiento en la luz interior. —Abrió la tapa y sacó un libro encuadernado en piel y adornado con una elaborada filigrana de plata deslustrada—. De la encuadernación se encargó uno de los artesanos que trabajaban para Canevari. Giulio Clovio, un artista de finales del Renacimiento cuya obra no puede ser más primorosa y delicada, arrancó la primera página de cada capítulo del ejemplar antiguo y la sustituyó por una página encabezada por una letra muy ornamentada y una miniatura de alguno de los grandes personajes cuyo ejemplo se citaba en el capítulo, e incluyó también refinados emblemas o intrincados adornos en los espacios en blanco que dejaba la escritura.

Tomé el libro en mis manos y empecé a pasar las numerosas páginas doradas acercándolo a la vela para apreciar mejor la textura del papel.

—¿De dónde has sacado este libro tan extraordinario? —dije—. De ser auténtico, aunque con esta luz no me atrevería a decir si lo es o no, serías dueño de uno de los objetos más bellos del mundo.

—Es auténtico —replicó—. Cuando se destruyó el ejemplar original tan sólo quedó uno en posesión de un laudista de Florencia, de él pasó a su hijo, y así de generación en generación hasta que cayó en manos del padre de Benvenuto Cellini, que también tocaba el laúd, y de él a Giulio Clovio, y de Giulio Clovio a un grabador romano; y luego siguió pasando de generación en generación junto con la historia de su devenir hasta que llegó a ser propiedad de la familia de Aretino, y de Giulio Aretino, un artista y orfebre estudioso de las ensoñaciones cabalísticas de Pico della Mirandola. Pasamos muchas noches hablando de filosofía hasta que por fin me hice merecedor de su confianza y me mostró su tesoro máspreciado; y al ver en cuánta consideración lo tenía yo, y sintiéndose viejo e incapaz ya de aprovechar sus enseñanzas, me lo vendió por una suma no demasiado elevada, si tenemos en cuenta su enorme valor.

—¿Cuál es su doctrina? —pregunté—. ¿Una sarta de sutilezas medievales sobre la naturaleza de la Trinidad que hoy sólo sirven para mostrar cuántas cosas carentes de importancia conmovieron en su momento al mundo?

—No sé cómo hacerte comprender —dijo con un suspiro— que ninguna creencia carece de importancia, pero incluso tú admitirás que este libro es conmovedor. ¿Ves las tablas sobre las que se escribieron los mandamientos en latín? —Miré al fondo de la sala enfrente del altar y vi que las dos tablas de mármol habían desaparecido y que en su lugar había dos tablas de marfil en blanco parecidas a las tablillas que tenemos sobre nuestros escritorios—. Ha borrado los mandamientos del Padre —prosiguió—

y sustituido los del Hijo por los del Espíritu Santo. El primer libro se titula *Fractura Tabularum*. En el primer capítulo se citan los nombres de los grandes artistas que grabaron esas cosas y otras parecidas y las adoraron y sirvieron; en el segundo, los de los grandes sabios que tomaron el nombre de Dios nuestro Señor en vano; en ese largo tercer capítulo que ves cubierto de emblemas de rostros santificados con alas en los bordes, se alaba a quienes no cumplieron con el séptimo día y malgastaron los otros seis, y aun así disfrutaron de una vida cómoda y placentera; esos otros dos capítulos hablan de hombres y mujeres que clamaron contra sus padres, y recuerda que su dios era más antiguo que el de ellos; y el que tiene por emblema la espada de san Miguel encomia a los reyes que urdieron asesinatos secretos y consiguieron así para su pueblo una paz que era *amore somnoque gravata et vestibus versicoloribus*, «preñada de amor y sueño y vestidos multicolores»; y ése con la estrella pálida al final celebra las vidas de los jóvenes nobles que cortejaron a las mujeres y acabaron convertidos en recuerdos que han transformado otros corazones más débiles en dulces llamas; y el de la cabeza alada narra la historia de los ladrones que vivieron en el mar o en el desierto, vidas que compara con la vibración de la cuerda en el arco, *nervi stridentis instar*; y esos dos últimos son de oro y fuego y están consagrados a los satíricos que prestaron falso testimonio contra sus vecinos y aun así exhibieron una cólera eterna, y a aquellos que han ambicionado más riquezas y mujeres que los demás hombres y dominaron y ampliaron así grandes imperios.

»El segundo libro, titulado *Straminis Deflagratio*, reproduce las conversaciones que Joachim de Flora sostuvo, primero en su monasterio de Cortale y luego en el de las montañas de La Sila, con viajeros y peregrinos sobre las leyes en los diversos países: cómo en unos sitios la castidad era una virtud y el robo algo de poca importancia, mientras que en otros el robo era un crimen y apenas se concedía importancia a la lascivia, y también de las personas que se desentendieron de esas leyes y se convirtieron en *decussa veste Dei sidera*, estrellas arrancadas de las vestiduras divinas.

»El tercer libro, que es también el último, se titula *Lex Secreta*, y describe la verdadera inspiración de la acción, el único Evangelio Eterno, y concluye con una visión, que tuvo entre las montañas de La Sila, de sus discípulos entronizados en el profundo azul del cielo y riéndose en voz alta con una risa parecida al roce de las alas del Tiempo: *Coelis in coeruleis ridentes sedebant discipuli mei super thronos: talis erat risus, qualis temporis pennati susurrus*.

—Apenas sé nada de Joachim de Flora —dije— salvo que Dante lo situó en el Paraíso entre los grandes doctores. Si defendía una herejía tan singular, no entiendo cómo no llegó a oídos de Dante, y él no tenía compasión con los enemigos de la Iglesia.

—Joachim de Flora reconocía abiertamente la autoridad de la Iglesia, e incluso pidió que todos los escritos que publicara en vida, y los que se publicasen según su expreso deseo después de su muerte, se sometieran a la censura papal. Consideraba

que aquéllos cuyo trabajo era vivir y no revelar eran como niños y que el papa era su padre; pero enseñaba en secreto que había otros, cada vez más numerosos, elegidos no para vivir, sino para revelar esa sustancia oculta de Dios que es música, suavidad, color y un suave aroma; y que éstos no tienen más padre que el Espíritu Santo. Igual que los poetas, los pintores y los músicos trabajan en sus obras y las construyen con procedimientos legítimos e ilegítimos, con tal de dar forma a una belleza que perdure más allá de la tumba, los hijos del Espíritu Santo trabajan en determinados momentos con los ojos fijos en la brillante sustancia sobre la cual el Tiempo ha amontonado los desechos de la creación, pues el mundo existe sólo para ser relatado a las generaciones venideras, y el terror y el contento, el nacimiento y la muerte, el amor y el odio, y el fruto del Árbol no son sino instrumentos para ese arte supremo que nos ha de arrancar de la vida y nos incluirá en la eternidad como a palomas en su palomar.

»Dentro de poco me iré y viajaré a muchos lugares para conocer todos los destinos y accidentes, y cuando regrese escribiré mi ley secreta sobre esas tablas de marfil, igual que los poetas y novelistas han escrito los principios de su arte en sus prefacios, y reuniré discípulos que descubran su propia ley mediante el estudio de la mía, y el Reino del Espíritu Santo se establecerá de modo más firme y generalizado.

Iba y venía de arriba abajo y yo escuchaba el fervor de sus palabras y observaba sus gestos excitados con cierta preocupación. Me había acostumbrado a escuchar las especulaciones más descabelladas y siempre me habían parecido tan inofensivas como el gato persa que entrecierra sus ojos meditativos y saca sus largas garras delante de mi chimenea. Pero ahora quería defender la ortodoxia, incluso de lo anodino, y sólo se me ocurrió decir:

—No es necesario juzgar a todo el mundo con la ley, tenemos también el mandamiento cristiano del amor.

Se volvió y dijo mirándome con los ojos encendidos:

—Jonathan Swift les dio un alma a los caballeros de esta ciudad al odiar a su prójimo como a sí mismo.

—En todo caso, no me negarás que predicar una doctrina tan peligrosa supone aceptar una terrible responsabilidad.

—Leonardo da Vinci —replicó— dijo esta noble frase: «La esperanza y el deseo de volver a nuestro estado anterior es como la atracción que siente la polilla por la luz, y el hombre que con perpetuo anhelo espera cada nuevo mes y cada nuevo año pensando que lo que espera siempre llega demasiado tarde, no repara en que lo que anhela es su propia muerte». ¿Cómo no iba a ser peligroso el camino que nos conduce hacia el corazón de Dios? ¿Por qué ibas tú, que no eres materialista, a apreciar la continuidad y el orden del mundo como quienes carecen de otra cosa que el mundo? No valoras a los escritores que no expresan nada a menos que su razón comprenda cómo hará que lo justo sea más sencillo; ¿por qué entonces ibas a negarle una libertad parecida al arte supremo en que se fundan todas las demás artes? Sí, de

esta capilla saldrán santos, amantes, rebeldes y profetas: almas que se rodearán de paz, como si de un nido hecho de hierba se tratara, y a otros habré de llorarlos. El polvo se posará muchos años sobre este pequeño cofre y luego lo abriré y de él saldrá el tumulto que tal vez sea el de las llamas del Juicio Final.

No discutí con él esa noche porque me pareció que estaba muy alterado y temí que pudiera enfadarse; y cuando pasé por su casa unos días más tarde, descubrí que se había ido y que la casa estaba cerrada y vacía. Mucho he lamentado no haber combatido entonces su herejía y no haber puesto a prueba la autenticidad de aquel libro tan extraño. Desde el día de mi conversión, he hecho muchas veces penitencia por un error cuyo alcance sólo llegué a comprender al cabo de los años.

## II

Unos diez años después de nuestra conversación, me hallaba paseando por uno de los muelles de Dublín, en la parte más cercana al río, deteniéndome de vez en cuando a hojear las obras de un viejo puesto de libros y pensando, curiosamente, en el terrible destino de Michael Robartes y su hermandad, cuando vi a un hombre alto y encorvado que andaba despacio por el otro lado del muelle. Reconocí con un sobresalto, en una máscara sin vida de ojos apagados, el rostro antaño decidido y delicado de Owen Aherne. Crucé el muelle a toda prisa, pero apenas había recorrido unos metros cuando se dio la vuelta como si me hubiese visto y salió corriendo por un callejón; le seguí, pero acabé perdiéndolo de vista en las intrincadas callejas que hay al norte del río. Las semanas siguientes pregunté por él a todos sus conocidos, pero no se había puesto en contacto con nadie; llamé, sin resultado, a la puerta de su antigua casa, y casi había llegado a convencerme de que me había equivocado cuando volví a verlo en un callejón cerca de Four Courts y lo seguí hasta la puerta de su casa.

Le puse la mano en el brazo y él se volvió sin sorprenderse demasiado; es posible que a alguien cuya vida interior había absorbido toda su vida exterior una separación de años le pareciese sólo de unas pocas horas. Se quedó allí con la puerta entreabierta, como si no quisiera invitarme a entrar, y posiblemente se hubiese marchado sin decir palabra si no le hubiera dicho:

—Owen Aherne, una vez confiaste en mí, ¿no quieres volver a hacerlo y decirme qué ha sido de las ideas que discutimos en esta casa hace diez años?, aunque tal vez las hayas olvidado.

—Estás en tu derecho de oírlo —respondió—; ya que te hablé de ellas, debería hablarte del peligro que contienen, o más bien de la ilimitada maldad que contienen, pero cuando lo hayas oído tendremos que despedirnos para siempre, ¡pues estoy perdido y debo ocultarme!

Lo seguí por el pasadizo empavesado y vi que sus rincones estaban cubiertos de polvo y telarañas; los cuadros también estaban grises por el polvo y amortajados por



las telarañas, y ese mismo polvo y esas mismas telarañas habían cubierto el rubí y el zafiro de los santos de la vidriera y oscurecido sus colores. Señaló el lugar donde las tablas de marfil brillaban débilmente en la oscuridad y vi que estaban cubiertas con una letra muy pequeña, fui allí y empecé a leer lo que decía. Estaba en latín y era una elaborada casuística, ilustrada con numerosos ejemplos, aunque ignoro si tomados de su propia vida o de la de otros. Llevaba leídas unas cuantas frases cuando me pareció que un vago perfume había empezado a inundar la sala, me volví y le pregunté a Owen Aherne si había encendido el incienso.

—No —replicó, y señaló al incensario que yacía vacío y oxidado sobre uno de los bancos; cuando habló el fragante perfume pareció disiparse y pensé que lo había imaginado.

—¿Tan infeliz te ha hecho la filosofía del *Liber inducens in Evangelium aeternum*? —pregunté.

—Al principio me hizo muy feliz —respondió—, sentí un éxtasis divino, un fuego inmortal en cada una de mis pasiones, deseos, sueños y esperanzas, y vi en las sombras debajo de las hojas de los árboles, en el fondo de las aguas, en los ojos de hombres y mujeres, su imagen como reflejada en un espejo, y fue como si estuviese a punto de tocar el Corazón de Dios. Luego todo cambió y me sentí muy desdichado; mi desdicha me reveló que el hombre sólo puede llegar a Él mediante ese distanciamiento que llamamos pecado, y comprendí que yo no podía pecar porque había descubierto la ley de mi propia existencia y sólo podía expresarla o fracasar en el intento; ¡y también que Dios ha hecho una ley simple y arbitraria para que podamos pecar y arrepentirnos! —Se había sentado en uno de los bancos de madera y guardaba silencio con la cabeza gacha, los brazos inertes y el cuerpo lánguido, presa de un abatimiento que no he vuelto a ver jamás en la vida real o en ningún arte. Me acerqué y, apoyado en el altar, me quedé observándolo sin saber qué decirle; reparé en su chaqueta negra abotonada hasta el cuello, en su cabello corto y en la cabeza tonsurada, que conservaban el recuerdo de sus ambiciones clericales, y comprendí que el catolicismo le había asaltado en pleno vértigo de lo que él llamaba filosofía; reparé también en sus ojos apagados y en su tez cérea, supe que sólo había logrado afectarle tangencialmente y me sentí embargado por una angustiosa compasión—. ¡Es posible —prosiguió— que los ángeles que poseen el corazón del Éxtasis Divino y el cuerpo del Divino Intelecto necesiten sólo esa sed del inmortal elemento, en las esperanzas, los deseos y los sueños, mientras que, como nuestros corazones parecen a cada momento y nuestros cuerpos se deshacen como un suspiro, nosotros debemos agachar la cabeza y obedecer!

Me acerqué a él y le dije:

—La oración y el arrepentimiento harán que vuelvas a ser como los demás hombres.

—No, no —dijo—. No me cuento entre aquellos por los que murió Jesucristo, y por eso debo esconderme. Ni siquiera la Eternidad puede curar la lepra que padezco.

He visto el todo, ¿cómo voy a creer de nuevo que una parte es el todo? He perdido mi alma porque he contemplado los ojos de los ángeles.

De pronto vi, o me pareció ver, que la sala se oscurecía, y a unas vagas figuras revestidas de púrpura que portaban antorchas en brazos tan relucientes como si fueran de plata y se inclinaban sobre Owen Aherne; y vi, o creí ver, gotas de resina ardiente que caían de las antorchas y un denso humo purpúreo, parecido al incienso, que caía de las llamas y nos envolvía a los dos. Owen Aherne, más dichoso que yo, que sólo había sido iniciado a medias en la Orden de la Rosa Alquímica, o protegido tal vez por su enorme piedad, había vuelto a sumirse en el abatimiento y la postración y no vio nada de aquello; en cambio a mí me temblaron las rodillas, pues las figuras purpúreas se volvieron más nítidas a cada momento y empecé a oír el chisporroteo de la resina en las antorchas. No parecían haber reparado en mi presencia pues tenían los ojos fijos en Owen Aherne, y de vez en cuando las oía suspirar de pesar por su tristeza e incluso les oí pronunciar unas palabras que no acerté a comprender, aunque supe que eran tan dulces y afligidas como si un ser inmortal le hablase a otro inmortal. Entonces una de ellas hizo un gesto con la antorcha y las demás la imitaron, y por un instante fue como si un gran pájaro hecho de llamas hubiese ahuecado las plumas, y una voz gritó desde lo alto: «Ha acusado de locura incluso a los ángeles, y también ellos se humillan y obedecen; pero deja que tu corazón se funda con los nuestros, que están hechos de Éxtasis Divino, y tu cuerpo con los nuestros, que están hechos del Intelecto Divino». Y al oír aquel grito supe que la Orden de la Rosa Alquímica no era de este mundo, y que seguía buscando en él a cuantas almas pudiera atrapar con su red reluciente; y cuando todos los rostros se volvieron hacia mí y vi sus ojos amables y sus párpados fijos, me embargó un sentimiento de terror y pensé que estaban a punto de lanzarme las antorchas, de modo que todo lo que yo apreciaba y que me ligaba al orden social y espiritual fuese pasto de las llamas y mi alma quedara desnuda y temblorosa entre los vientos que soplan desde más allá de este mundo y desde más allá de las estrellas; entonces una voz gritó: «¿Por qué huyes de nuestras antorchas hechas con los árboles bajo los cuales lloró Cristo en el huerto de Getsemaní? ¿Por qué huyes de nuestras antorchas que están hechas de dulces maderas después de que perecieran en el mundo?».

Hasta que la puerta del caserón se cerró a mis espaldas en mi huida y oí los ruidos de la calle no volví en mí y recobré en parte el valor; y no he osado volver a pasar por casa de Owen Aherne desde ese día, pese a que estoy convencido de que se lo llevaron a algún lugar lejano esos espíritus cuyo nombre es legión, cuyo trono se encuentra en el abismo sin fondo, y a quienes obedece y no puede ver.

## LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS

Poco después de mi último encuentro con Aherne, me encontraba leyendo en mi sillón a altas horas de la noche, cuando oí llamar suavemente a la puerta principal y en el umbral encontré tres ancianos que portaban gruesos bastones. Aseguraron que les habían informado de que me hallarían despierto y levantado, y añadieron que tenían cosas muy importantes que contarme. Los conduje a mi despacho y cuando las cortinas de los pavos reales se cerraron a nuestra espalda, acerqué unas sillas a la chimenea, pues vi la escarcha sobre sus abrigos y sobre las largas barbas que casi les llegaban a la cintura. Se quitaron los abrigos, se arrimaron a la lumbre para calentarse las manos, y reparé en que su ropa seguía la moda campesina de nuestro tiempo, aunque también la ciudadana de épocas más cortesanas. Después de entrar en calor —aunque me pareció que se acercaban al fuego no tanto por el frío de la noche como por el placer de calentarse un poco—, se volvieron hacia mí de manera que la luz de la lámpara iluminara sus rostros curtidos por el sol y el viento y me contaron la historia que me dispongo a transcribir aquí. Hablaron por turnos, interrumpiéndose unos a otros, como hacen siempre los campesinos cuando no quieren olvidarse ni del más mínimo detalle. Cuando terminaron, me pidieron que tomase notas de la conversación, para que pudiese transcribir las palabras exactas; luego se levantaron para partir, y cuando les pregunté adónde iban, a qué se dedicaban y cómo se llamaban, no quisieron responder nada salvo que les habían ordenado viajar por toda Irlanda, de noche y a pie, para vivir más cerca de las piedras y los árboles a las horas en que los Inmortales están despiertos.

He dejado pasar unos años para escribir esta historia, pues siempre desconfío de esas apariciones surgidas de la inquietud del velo del Templo, que Mallarmé considera característica de nuestro tiempo, y si la escribo ahora es porque he llegado a convencerme de que no hay idea, por peligrosa que sea, que no pierda parte de su peligro cuando se pone por escrito en un inglés cuidado y sincero.

Los tres ancianos eran tres hermanos que habían vivido desde su juventud en una de las islas occidentales sin interesarse más que por los escritores clásicos y los antiguos escritores gaélicos que describieron una vida sencilla y heroica. Noche tras noche, en invierno, narradores gaélicos populares recitaban ante ellos antiguos poemas mientras degustaban whisky casero; y noche tras noche, en verano, cuando dichos narradores estaban trabajando en los campos o habían salido a pescar, leían en voz alta las obras de Virgilio y Homero, pues no sabían disfrutar de su soledad si no era imitando a los antiguos. Por fin, un hombre que dijo ser Michael Robartes fue a verles en un bote de pesca, igual que san Brandán, a quien atrajo una visión y guió una voz misteriosa, y les habló del regreso de los dioses y de las cosas antiguas, y sus corazones, que jamás habían soportado el peso de nuestro tiempo, sino sólo el de épocas más lejanas, no lo juzgaron inverosímil, sino que todo lo creyeron con

sencillez y alegría. Pasaron los años, hasta que un día, cuando el mayor de los ancianos, que había viajado en su juventud y pensaba a veces en otras tierras, se puso a contemplar las aguas grises en las que la gente ve el vago perfil de las Islas de la Juventud —las Islas Afortunadas donde los héroes gaélicos viven las vidas de los Feacios homéricos—, una voz llegó flotando en el viento sobre las aguas y le comunicó la muerte de Michael Robartes. Cuando todavía estaban llorándolo, el segundo de los ancianos se quedó dormido mientras leía la Quinta Égloga de Virgilio y una voz extraña habló a través de él, y les indicó que partieran hacia París, donde una moribunda les diría palabras secretas y transformaría el mundo de tal modo que una nueva Leda le abriría sus muslos al cisne y otro Aquiles volvería a asediar Troya.

Partieron de su isla y al principio les turbó lo que vieron en el mundo, llegaron a París y allí el más joven vio en sueños a una persona que le dijo que se dedicasen a deambular por la ciudad hasta que aquellos que habían dirigido hasta entonces sus pasos los llevaran a una calle y una casa parecidas a las que había visto en el sueño. Estuvieron varios días yendo de aquí para allá hasta que una mañana llegaron a unas estrechas y sucias callejas al sur del Sena donde mujeres de tez pálida y cabellos despeinados los observaban desde las ventanas; y cuando estaban a punto de dar media vuelta porque era absurdo que la Sabiduría hubiese descendido sobre ese barrio, pasaron por la calle y la casa del sueño. El mayor de los ancianos, que todavía recordaba algunos de los idiomas modernos que había estudiado en su juventud, se acercó y llamó a la puerta, el que le seguía en edad dijo que ésa no podía ser la casa que buscaban y le animó a preguntar por alguna persona inexistente y seguir su camino. Les abrió una vieja exageradamente vestida que dijo: «Ah, son los parientes de Irlanda. Lleva todo el día esperándoles». Los ancianos se miraron y la siguieron al piso de arriba, pasando junto a puertas por las que mujeres pálidas y desaliñadas asomaban la cabeza, y por fin llegaron a una sala donde una mujer muy hermosa yacía dormida con otra señora sentada a su lado. La vieja dijo: «Sí, por fin han venido; ahora podrá morir en paz», y se marchó.

—Nos han engañado unos demonios —dijo uno de los ancianos—. Los Inmortales no hablarían a través de alguien así.

—Sí —dijo otro—, nos han engañado los demonios y debemos marcharnos cuanto antes.

—Sí —coincidió el tercero—, nos han engañado los demonios, pero arrodillémonos aquí un rato, pues nos hallamos junto al lecho de muerte de alguien que una vez fue hermosa.

Se arrodillaron y la mujer que estaba sentada junto a la cama susurró con la cabeza gacha, presa al parecer de un invencible temor:

—En cuanto han llamado a la puerta, ha tenido una convulsión, ha gritado como hacen las mujeres al dar a luz y se ha desmayado.

Ellos contemplaron un momento el rostro que yacía sobre la almohada y al verlo se maravillaron de su gesto de insaciable deseo y de que una llama tan malévola

hubiese ardidado en aquel cuerpo refinado que casi parecía de porcelana.

De pronto el segundo de los ancianos cantó como un gallo y la sala pareció estremecerse con su canto. La mujer de la cama siguió sumida en un sueño mortal, en cambio la que estaba sentada a su cabecera se santiguó y se puso muy pálida. El más joven de los ancianos exclamó:

—Lo ha poseído un demonio, salgamos de aquí antes de que nos posea también a nosotros.

Antes de que pudieran incorporarse una voz resonante surgió de los labios del que había cantado y dijo:

—No soy un demonio, sino Hermes el Pastor de los Muertos, hago recados para los dioses y lo que habéis oído es mi señal. La mujer que yace ahí ha dado a luz, y lo que ha parido es semejante a un unicornio y lo más distinto a un hombre que puede imaginarse, pues es frío, duro y virginal. Parece haber nacido danzando y ha salido de la habitación casi al instante, pues en la naturaleza del unicornio está comprender la brevedad de la vida. Ella ignora que se ha ido, pues cayó en trance mientras bailaba, pero si acercáis el oído oiréis las palabras que debe obedecer. —Ninguno de los dos ancianos dijo nada, pero sin duda miraron con perplejidad al que hablaba, pues la voz volvió a empezar—: Cuando los Inmortales derriben las cosas presentes y retornen las de antaño no habrá quien les ayude, salvo alguien que ha quedado al margen de ellas. Inclinaos y humillaos pues han elegido a esta mujer en cuyo corazón han anidado todas las locuras y en cuyo cuerpo se han despertado todos los deseos, esta mujer a la que se ha expulsado del tiempo para dejarla en el seno de la Eternidad.

La voz terminó con un suspiro e inmediatamente el anciano despertó de su trance y preguntó:

—¿Ha hablado una voz a través de mí como cuando me dormí leyendo a Virgilio o ha sido sólo un sueño?

El mayor de los tres respondió:

—Ha hablado. ¿Dónde estaba tu alma mientras lo hacía?

—No sé dónde ha estado, pero soñé que me hallaba bajo el techo de un establo y al bajar la vista vi un buey y una burra; vi también un gallo rojo subido en un montón de heno y a una mujer abrazando a un niño; y tres ancianos vestidos con cota de malla arrodillados con la cabeza gacha delante de la mujer y el niño. Mientras los observaba el gallo cantó y un hombre con alas en los talones pasó volando y al hacerlo gritó: «Viejos estúpidos, una vez poseísteis la sabiduría de las estrellas». No entiendo mi sueño ni sé qué es lo que nos pide, pero vosotros que habéis oído la voz surgida de la sabiduría de mi sueño sabéis lo que debemos hacer.

Luego el más anciano de los tres les dijo que debían sacar del bolsillo los pergaminos que habían llevado consigo y extenderlos sobre el suelo. Después sacaron sus instrumentos de escritura, hechos con tres plumas caídas del ala del águila que habló de sabiduría con san Patricio.

—Creo que significa —dijo el más joven mientras dejaba los tinteros junto a los rollos de pergamino— que cuando la gente es buena agrada al mundo y éste toma posesión de ella, por eso la eternidad perdura a través de personas que no son buenas o que han caído en el olvido. Puede que el cristianismo fuese bueno y agradara al mundo, por eso ahora está declinando y los Inmortales empiezan a despertar.

—Lo que dices no tiene sentido —dijo el más anciano—, pues si hay muchos Inmortales es imposible que haya uno solo.

—Sin embargo, parece que lo que vamos a apuntar se refiere a uno, por lo que debe de poder adoptar diversas formas.

Entonces la mujer de la cama se movió como en sueños, tendió los brazos como para abrazar al ser que la había abandonado y murmuró cosas cariñosas y extrañas al mismo tiempo: «dolorosa dulzura», «amable amargura», «¡oh, soledad!», «oh, terror», y quedó inmóvil un rato. Después su voz cambió, dejó de parecer alegre o asustada, y habló en voz tan baja que la mujer que estaba sentada junto a la cama tuvo que inclinarse para acercar la oreja a sus labios.

El mayor de los ancianos dijo en francés:

—Debe haber otra cosa que no ha llegado a decirnos, pues ha murmurado algo justo cuando el alma dejaba su cuerpo.

La mujer respondió:

—Sólo ha murmurado el nombre de un pintor simbolista a quien apreciaba mucho. Asistía a algo que él llamaba Misa Negra y fue quien le enseñó a tener visiones y oír voces.

Eso fue lo que me contaron los tres viejos, y cuando recuerdo sus palabras y sus silencios, su llegada y su partida, estoy casi convencido de que si los hubiese seguido fuera de la casa no habría encontrado huellas en la nieve. Por lo que yo o cualquier otro pudiera colegir, ellos mismos podrían haber sido Inmortales: demonios inmortales llegados por algún motivo que no alcanzo a comprender para contarme una historia falsa. Fuesen quienes fuesen, he tomado un camino que me aparta de ellos y de la Orden de la Rosa Alquímica. Ya no vivo una vida sofisticada y altiva, sino que busco ensimismarme en las plegarias y los pesares de la multitud. Rezo mejor en las capillas humildes donde al arrodillarme me rozan helados abrigos de paño, y cuando pronuncio mis oraciones para alejar a los demonios, repito una plegaria escrita hace no sé cuántos siglos para ayudar a un pobre hombre o mujer gaélicos que habían pasado por sufrimientos como los míos:

*Seacht b-páidreacha fó seacht  
Chuir Muire faoi n-a Mac,  
Chuir Brighid faoi n-a brat,  
Chuir Dia faoi n-a neart,  
Eidir sinn 'san Sluagh Sidhe  
Eidir sinn 'san Sluagh Gaoith.*

[Siete veces siete padrenuestros | envía a María por su hijo | envía a santa Brígida por su manto, envía a Dios por su fuerza, | entre nosotros y la hueste de espíritus | entre nosotros y los demonios aéreos].

**«PER AMICA SILENTIA LUNAE»  
(1917)**



## PRÓLOGO

Mi querido Maurice:

¿Recuerdas aquella tarde en Calvados el verano pasado cuando tu gato persa negro *Minnaloushe*, que nos había seguido más de un kilómetro y medio, oyó el rumor de unas alas en unas zarzas? Pasamos un buen rato llamándolo en vano con nombres cariñosos, pero él parecía decidido a pasar la noche entre las zarzas. Había interrumpido una conversación, muchas veces interrumpida antes, sobre ciertas ideas tan recurrentes que me atreveré a considerarlas mis convicciones. Cuando regresé a Londres mi imaginación volvió una y otra vez a aquellas conversaciones y no encontré reposo hasta que terminé de escribir en este librito todo lo que te dije o me habría gustado decirte. Léelo algún día cuando *Minnaloushe* esté dormido.

W. B. YEATS

11 de mayo de 1917

## «EGO DOMINUS TUUS»

HIC

Sobre la arena gris, junto a las aguas someras,  
bajo tu vieja torre batida por el viento, donde todavía  
arde una lámpara junto al libro abierto  
que dejara Michael Robartes, paseas bajo el claro de luna,  
y aunque has pasado lo mejor de la vida, sigues trazando,  
hechizado por una ilusión inconquistable,  
formas mágicas.

ILLE

Con la ayuda de una imagen  
llamo a mi contrario, convoco a todo aquello  
de lo que menos me he ocupado y en lo que menos he reparado.

HIC

Y me encontraría a mí mismo y no una imagen.

ILLE

Ésa es nuestra esperanza moderna, y con su luz  
hemos iluminado los espíritus amables y sensibles  
y perdido la antigua indolencia de la mano;  
hayamos escogido el buril, la pluma o el pincel,  
no somos más que críticos, o creamos a medias,  
tímidos, embarullados, vacíos y avergonzados,  
sin el consentimiento de nuestros amigos.

HIC

Y no obstante  
el primer espíritu de la cristiandad,  
Dante Alighieri, se encontró tanto a sí mismo  
que su rostro hueco  
resulta más obvio para la vista que cualquier otro  
salvo el de Cristo.

ILLE

¿Y se encontró a sí mismo  
o fue el ansia lo que lo hizo hueco  
el ansia por la manzana de la rama  
más inalcanzable? ¿Y es su espectral imagen  
la del hombre a quien conocieron Lapo y Guido?  
Creo que formó de su contrario  
una imagen que habría sido un rostro pétreo  
con la mirada fija en el techo de crin de un beduino  
desde un acantilado con puertas y ventanas, o medio vuelto  
entre la áspera hierba y la bosta de camello.  
Aplicó su cincel a la piedra más dura.  
Blanco de las burlas de Guido por su vida licenciada,  
injurioso e injuriado, expulsado  
para subir por esas escaleras y comer ese pan amargo,

descubrió la justicia insobornable, y halló  
a la mujer más excelsa que amara hombre alguno.

HIC

Sin embargo, sin duda hay hombres cuyo arte no se inspira  
en ninguna guerra trágica, son amantes de la vida,  
hombres impulsivos que buscan la felicidad  
y cantan cuando la han encontrado.

ILLE

No, no cantan,  
quienes aman el mundo le sirven con hechos,  
se hacen ricos, populares e influyentes,  
y si pintaran o escribiesen, lo que hicieran seguirían siendo hechos:  
como la mosca que se debate en la mermelada.  
El retórico engañaría a sus vecinos,  
el sentimental a sí mismo; en cambio el arte  
es sólo una visión de la realidad.  
¿Qué parte del mundo puede poseer el artista  
que ha despertado del sueño común  
sino la disipación y la desesperanza?

HIC

Sin embargo  
nadie niega el amor de Keats por el mundo;  
recuerda su felicidad deliberada.

ILLE

Su arte es feliz, pero ¿quién conoce su imaginación?  
Cuando pienso en él veo a un colegial,  
con la nariz y la cara pegados al escaparate de una confitería,  
sin duda fue a la tumba  
con los sentidos y el corazón insatisfechos,  
y compuso —pobre, enfermo e ignorante,  
apartado de los lujos del mundo,  
el hijo apenas educado de un mozo de cuadra—  
una canción exuberante.

HIC

¿Por qué ibas a dejar la lámpara  
ardiendo sola junto a un libro abierto  
y trazar esos símbolos en la arena?  
El estilo se encuentra mediante esfuerzos sedentarios  
y en la imitación de los grandes maestros.

ILLE

Yo busco una imagen, y no un libro.  
Esos hombres que tan sabios son en sus escritos  
tan sólo poseen sus corazones perplejos y ciegos.  
Llamo al ser misterioso que aún  
andaré sobre la arena mojada al borde del agua  
y se parecerá mucho a mí, en realidad será mi doble,  
y demostrará todo lo inconcebible

lo más improbable, será mi anti-yo,  
y de pie junto a estos símbolos descifrará  
todo lo que busco, y lo susurrará como si  
temiera que los pájaros, que gritan  
sus gritos fugaces antes del alba,  
fuesen a comunicárselo a hombres blasfemos.

*Diciembre de 1915*

# «ANIMA HOMINIS»

## I

Siempre que vuelvo a casa después de estar con desconocidos, y a veces también después de conversar con algunas mujeres, repaso triste y decepcionado lo que les he dicho. Tal vez exagerara con intención de sorprender u ofender, llevado por una hostilidad que no oculta sino mi miedo; o mis pensamientos naturales se hayan visto anegados por una indisciplinada simpatía. Los demás comensales apenas parecían tener humanidad, ¿cómo iba yo a conservar la cabeza fría entre imágenes del bien y del mal, toscas alegorías?

Pero cuando cierro la puerta y enciendo la vela, invito a una musa marmórea, un arte en el que ninguna idea o emoción acude al pensamiento porque otro hombre haya pensado o sentido cosa diferente, ya que en ese momento sólo debe haber acción y no reacción, y el mundo debe conmover mi corazón únicamente porque éste se descubre a sí mismo, y empiezo a soñar con párpados que no tiemblan ante la bayoneta: todos mis pensamientos son despreocupados y alegres, soy todo virtud y confianza. Cuando pretenda poner en verso lo que he descubierto será una labor ardua, pero por un instante creo haberme encontrado a mí mismo y no a mi contrario. Tal vez sea sólo la aversión al trabajo lo que me convence de que no he sido más yo mismo de lo que el gato es la hierba medicinal que está comiendo en el jardín.

¿Cómo puedo haberme confundido con esa condición heroica que desde mi más tierna juventud ha hecho de mí una persona supersticiosa? Eso que parece completo y tan minuciosamente organizado como esos edificios y paisajes intrincados y brillantemente iluminados que aparecen un momento ante mis ojos cuando estoy entre el sueño y la vigilia debe proceder de más arriba y estar fuera de mi alcance. A veces recuerdo el pasaje de Dante en que ve en su habitación al Señor de Aspecto Terrible que aparentando «regocijarse en su interior de un modo que maravillaba verlo, habló y dijo muchas cosas de las que sólo pude entender unas pocas, y entre ellas éstas: *ego dominus tuus*», o si las condiciones las impusiera, por así decirlo, no un gesto —como en la imagen de un hombre—, sino un hermoso paisaje, probablemente pensaría en Boehme y en ese país donde nos «solazamos eternamente con la amena lozanía de toda suerte de flores y formas, entre árboles, plantas y frutos de toda índole».

## II

Cada vez que me paro a considerar cómo está organizado el intelecto de mis amigos descubro el mismo contraste entre artistas y escritores emotivos. Muchas veces le he dicho a una amiga íntima que su único defecto es su costumbre de juzgar con dureza a quienes no gozan de su simpatía, cuando ha escrito comedias en las que los malvados parecen sólo niños traviesos. Ella desconoce por qué ha creado ese mundo donde no se juzga nunca a nadie y que es una especie de exaltación de la indulgencia, pero en mi opinión su ideal de belleza es un sueño que compensa una naturaleza agobiada por el exceso de juicios. Conozco a una actriz famosa que en su vida privada es como esos capitanes de los barcos bucaneros que tenían sojuzgada a la tripulación a punta de trabuco, mientras que sobre el escenario destaca por su interpretación de mujeres que mueven a lástima y despiertan el deseo porque necesitan de nuestra protección, y resulta adorable en el papel de una de esas jóvenes reinas imaginadas por Maeterlinck que tienen tan poca voluntad y fe en sí mismas que parecen sombras suspirando en el confín del mundo. La última vez que la visité en su casa vivía inmersa en un torrente de palabras y movimientos, era incapaz de escuchar, y de sus paredes colgaban mujeres pintadas por Burne-Jones en su última época. Me había invitado con la esperanza de que defendería a aquellas mujeres, que siempre están escuchando y que le son tan necesarias como un buda contemplativo a un samurái, ante un crítico francés que trataba de persuadirla de que prefiriese un cuadro postimpresionista de una mujer gorda y rubicunda que yacía desnuda sobre una alfombra turca.

Sin duda hay hombres cuyo arte es menos una virtud opuesta que una compensación por alguna circunstancia o accidente de la salud. Al oír los abucheos que se produjeron tras la primera representación de *El galán de Occidente*, Synge se quedó perplejo, incapaz de pensar con claridad, y no tardó en caer enfermo —de hecho es probable que la tensión de aquella semana precipitara su muerte—, y eso que era, como suele ocurrir con los hombres amables y callados, escrupuloso y preciso en sus afirmaciones. En su arte creaba, para deleitar su oído y su imaginación, personajes volubles y temerarios que «se dedican a coquetear y retozar durante toda su vida [...] hasta el día del Juicio». En otros momentos, ese hombre, condenado por su mala salud a llevar la vida de un monje, se divertía con «grandes reinas [...] que no hacen otra cosa que buscar pareja desde el principio hasta el final». De hecho, en su imaginación siempre se complace en la vida física, en la vida cuando la luna arrastra la marea. El último acto de *Deirdre of the Sorrows*, en el que su arte se muestra en su forma más noble, lo escribió en su lecho de muerte. No estaba seguro de que hubiese un más allá y estaba dejando atrás a su prometida y una obra inacabada «¡Ay, qué pérdida de tiempo!», me dijo; odiaba tener que morir, y, sin embargo, en las últimas palabras de Deirdre y en el acto central aceptaba la muerte y se despedía de la vida con un gesto elegante. Otorgó a Deirdre la emoción que consideraba más deseable, más difícil y más adecuada, y tal vez viera en esos deliciosos siete años que entonces se alejaban de ella, la plenitud de su propia vida.

### III

Siempre que pienso en algún gran escritor poético del pasado (el realista es un historiador y oscurece la distancia con el testimonio de su mirada) compruebo, si conozco a grandes rasgos su vida, que la obra de un hombre es una huida de su horóscopo, una lucha a ciegas con el entramado de las estrellas. William Morris, un hombre feliz, ocupado y muy irascible, describía colores apagados y emociones meditabundas, y seguía, más que ningún otro hombre de su época, a una musa indolente; mientras que Savage Landor nos sobrecogía a todos con su calmada nobleza cuando tomaba la pluma y con la violencia de sus pasiones cuando la dejaba a un lado. En sus *Conversaciones imaginarias* nos había recordado, por así decirlo, que la Venus de Milo es una piedra, y no obstante, en una ocasión en que los ejemplares no salieron de la imprenta en la fecha prevista, escribió: «He tomado la resolución de hacer pedazos mis esbozos y proyectos y de renunciar a cualquier empresa futura. He tratado de pasar el tiempo durmiendo y paso dos tercios del día en la cama. Se puede decir que he muerto». Supongo que Keats nacería con esa ansia por los lujos tan habitual entre muchos de los pioneros del movimiento romántico, pero fue incapaz, al contrario que el acaudalado Beckford, de saciarla con objetos extraños y hermosos, lo que le empujó a buscar placeres imaginarios. Ignorante, pobre, con mala salud y no muy bien educado, sabía que le estaban vedados los lujos tangibles, y cuando conoció a Shelley se mostró suspicaz y resentido porque, tal como recuerda Leigh Hunt, «era demasiado sensible respecto a sus orígenes y tendía a ver en cualquier persona de noble cuna a un enemigo natural».

### IV

Hará unos treinta años leí una alegoría en prosa escrita por Simeon Solomon, hace tiempo descatalogada e imposible de encontrar, y recuerdo, o creo recordar, una frase: «una imagen hueca de deseos satisfechos». Cualquier arte feliz se me antoja igual que esa imagen hueca, en cambio, cuando sus rasgos expresan también la pobreza o la exasperación que empujaron a su creador a ponerse manos a la obra, lo llamamos arte trágico. Keats nos ofreció tan sólo sus sueños de lujo, pero al leer a Dante no podemos escapar por mucho tiempo del conflicto, en parte porque los versos son en determinados momentos un espejo de su historia, y aún más porque la historia es tan clara y sencilla que posee calidad artística. No soy experto en Dante, y tan sólo lo he leído en traducción de Shadwell o Dante Rossetti, pero siempre he estado convencido de que cantaba a la dama más pura que celebrara jamás ningún poeta y a la Justicia Divina no sólo porque la muerte le arrebatara a dicha dama y la ciudad de Florencia hubiera desterrado al cantor, sino porque tuvo que luchar en su propio corazón con su injusta ira y su lujuria; a diferencia de los grandes poetas que

están en paz con el mundo y en guerra consigo mismos, libró una doble lucha. «Siempre —nos dice Boccaccio—, tanto en su juventud como en su madurez, encontró sitio entre sus virtudes para la lascivia»; o como prefería expresarlo Matthew Arnold, «su conducta era extremadamente irregular». Guido Cavalcanti, tal como lo traduce Rossetti, veía «demasiado vil» a su amigo:

Y aunque tus palabras amables y sentidas  
me habían hecho atesorar tu poesía,  
tu vida abyecta hace que ya no me atreva a  
decir que apruebo tus rimas.

Y cuando Dante encuentra a Beatriz en el Edén, ¿acaso ésta no le cubre de reproches porque, cuando se fue, él la siguió a pesar de los sueños admonitorios y las falsas imágenes, de modo que, para salvarle de sí mismo, ella ha tenido que «visitar [...] las puertas de la Muerte» y enviarle a Virgilio como guía? Por su parte, Gino da Pistoia se queja de que, en su *Commedia*, sus «preciosas herejías [...] se abaten sobre los justos y dejan escapar a los malvados»:

Por eso sus vanos decretos, en los que tanto mintió,  
deben ser como cáscaras vacías que se desprecian;  
pero los falsos testimonios que levantó  
harán que una venganza francesa o italiana  
caiga sobre él como Antonio sobre Cicerón.

El propio Dante canta a Giovanni Guirino «al aproximarse la muerte»:

El rey, junto a cuya suntuosa tumba  
se instalan los criados con riquezas sin cuento,  
ordena que renuncie a mi amarga ira  
y eleve los ojos al gran Consistorio.

## V

De las disputas con los otros hacemos retórica, pero de las disputas con nosotros mismos hacemos poesía. A diferencia de los retóricos, que consiguen una voz segura a fuerza de repetir a la multitud que han vencido o podrían vencer, nosotros cantamos desde nuestra incertidumbre, y aplastados por la conciencia de nuestra soledad, incluso en presencia de la belleza más elevada, nuestros versos vacilan. También estoy convencido de que ningún buen poeta, por desordenada que haya sido su vida, ha perseguido jamás los placeres en sí mismos. Johnson y Dowson, amigos de mi juventud, eran hombres disipados, borracho el uno y borracho y mujeriego el otro, y aun así tenían la seriedad de quienes han comprendido el sentido de la vida y están despertando del sueño; y ambos, uno en la vida y en el arte, y el otro en el arte y menos en la vida, compartían una constante preocupación por la religión. Tampoco he leído, oído hablar o conocido a ningún poeta que haya sido un sentimental. El otro



yo, el anti yo o el yo antitético, como uno quiera llamarlo, se muestra sólo ante quienes ya no se engañan y sienten pasión por la realidad. Los sentimentales son personas prácticas que creen en el dinero, en la posición social y en las campanas de boda. Su idea de la felicidad consiste en estar tan ocupados, sea en el trabajo o en la diversión, que todo lo olviden menos su objetivo inmediato. Encuentran placer en una copa llenada en el embarcadero de Leteo, y para el despertar, la visión y la revelación de la realidad, la tradición nos ofrece una palabra distinta: éxtasis.

Un viejo artista me escribió describiéndome sus vagabundeos por los muelles de Nueva York, y me contó que allí había conocido a una mujer que cuidaba de su niño enfermo y la convenció de que le contara su historia. Ella le habló de los otros hijos que se le habían muerto: una historia larga y trágica. «Quería pintarla —escribía—, pues si me negase ese dolor no podría creer en mi propio éxtasis». No debemos construir una falsa fe ocultándole las dudas a nuestro pensamiento, ya que la fe es el logro más elevado del intelecto humano, el único regalo que el hombre puede hacerle a Dios, y debe ofrecerse con sinceridad. Del mismo modo tampoco debemos ocultar la fealdad para crear una falsa belleza y ofrendársela al mundo. Sólo quien ha soportado todos los dolores imaginables puede crear la mayor belleza imaginable, pues sólo cuando hayamos visto y previsto lo que tememos nos recompensará ese vagabundo deslumbrante e imprevisible de pies alados. Él es de todas las cosas no imposibles la más difícil, pues lo que se obtiene con facilidad no puede ser parte de nuestro ser; lo que fácil viene fácil se va, como dice el proverbio. Cuando comprenda que nada tengo y que los campaneros de la torre tocan a muerto en el himeneo del alma, comprobaré que la oscuridad se torna luminosa y el vacío fructífero.

Este último conocimiento a menudo lo adquieren más deprisa los hombres turbulentos, y su agitación se acrecienta por un tiempo. Cuando la vida desvele uno por uno todos sus trucos, puede que quienes nos hayan engañado por más tiempo sean la copa de vino y el beso sensual, porque nuestras Cámaras de Comercio y nuestros Parlamentos no poseen la arquitectura divina del cuerpo ni el sol ha madurado su frenesí. El poeta tal vez obtenga su perdón porque no puede quedarse en la casa sagrada sino que vive entre los remolinos que asedian su puerta.

## VI

Creo que el héroe y santo cristiano, en lugar de sentirse meramente insatisfecho, hace un sacrificio deliberado. Recuerdo haber leído una vez la autobiografía de un hombre que había hecho un arriesgado viaje disfrazado entre los exiliados rusos de Siberia y cómo contaba que de niño era tan tímido que se había ejercitado obligándose a deambular de noche por peligrosos callejones. El santo y el héroe no pueden contentarse con ser esa imagen hueca un instante y luego convertirse en un ser heterogéneo, sino que aspiran a parecerse siempre al yo antitético. El arquetipo

ensombrece al arquetipo, pues en todos los grandes estilos poéticos hay un santo o un héroe, pero, cuando todo acaba, Dante puede volver a sus enredos de alcoba y Shakespeare a su jarra de cerveza. No buscaban una perfección imposible más que cuando escribían en el papel o el pergamino. Lo mismo hará el santo o el héroe, pues como escribe con sangre en su propio cuerpo, y no en el papel o el pergamino, comprende mejor la sangre y el cuerpo ajenos.

Hace unos años empecé a creer que nuestra cultura, con su doctrina de la sinceridad y la autorrealización, nos hacía amables y pasivos, y que la Edad Media y el Renacimiento estaban en lo cierto al fundar la suya en la imitación de Cristo o de algún héroe clásico. San Francisco y César Borgia se convirtieron en personas dominantes y creativas apartándose del espejo y meditando sobre una máscara. Cuando pensé en ello ya no vi otra cosa en la vida. No pude escribir la obra de teatro que tenía proyectada, pues todo se volvió alegórico, y aunque descarté cientos de páginas en mi intento de escapar de la alegoría, mi imaginación se volvió estéril durante casi cinco años y sólo logré escapar cuando me burlé de mis propias ideas en una comedia. Siempre estaba pensando en el elemento imitativo en el estilo y en la vida, y en la vida más allá de la imitación heroica. Leo en un antiguo diario: «Creo que la felicidad depende de la energía para adoptar la máscara de otra vida, del renacimiento como algo distinto de uno mismo, algo creado en un momento y perpetuamente renovado; en jugar como lo hace un niño de modo que el infinito dolor de la autorrealización desaparezca detrás de una cara grotesca o solemne tras la que uno se oculta del horror del juicio. [...] Puede que todos los pecados y energías del mundo no sean más que la huida de un rayo infinitamente cegador»; y en una fecha anterior: «Si no podemos imaginarnos diferentes de lo que somos, y no intentamos asumir ese segundo ser, tampoco podemos imponernos ninguna disciplina a menos que nos la impongan otros. La virtud activa, en contraposición a la aceptación pasiva de un código, es por tanto teatral, conscientemente dramática, una máscara [...] Wordsworth, pese a ser un gran poeta, resulta a menudo plano y aburrido en parte porque su sentido moral, al tratarse de una disciplina que no había creado él, sino sólo de una mera obediencia, carece del elemento teatral. Y eso aumenta su popularidad entre los mejores periodistas y entre los políticos que han escrito libros».

## VII

Pensaba que el héroe encontró colgada de algún roble de Dodona una máscara antigua en la que tal vez perdurase algo de Egipto y la modificó a su antojo retocándola un poco aquí y allá, dorando las cejas o añadiendo una línea dorada a los pómulos; y que cuando por fin miró a través de ella supo que el aliento de otro respiraba a través del suyo por los labios tallados, y que en ese preciso instante sus

ojos quedaron fijos en un mundo visionario: ¿cómo iba a aparecérsenos si no el dios en el bosque? Los libros buenos e indoctos afirman que Aquel que tiene las estrellas más lejanas bajo su manto se aparece sin intermediarios, sin embargo los preceptos de Plutarco y la experiencia de esas viejas del Soho que ofrecen sus brujerías a las criadas a cambio de un chelín pretenden que un hombre vivo y extraño puede ganar un muerto ilustre para Daimon;<sup>[a]</sup> pero ahora añado otra idea: el Daimon no se presenta de igual a igual, sino buscando su propio opuesto, pues el hombre y el Daimon alimentan el hambre de sus respectivos corazones. Como el espíritu es simple y el hombre confuso y heterogéneo, tan sólo se entrelazan cuando el hombre encuentra una máscara cuyos rasgos permitan la expresión —por temible que sea— de todo aquello de lo que más carece, y sólo de eso.

Cuando más insaciables sean los deseos y mayor la resolución de renunciar al engaño o a una victoria fácil, más íntimo será el lazo y más violenta y clara la antipatía.

## VIII

Estoy convencido de que todos los hombres religiosos han creído que hay una mano ajena a la nuestra en los acontecimientos de la vida, y que, como dice alguien en el *Wilhelm Meister*, todo accidente es destino; y me parece que fue Heráclito quien dijo: «El Daimon es nuestro destino». Cuando pienso en la vida como una lucha con el Daimon que siempre nos obliga a trabajar en la tarea más difícil entre las no imposibles, comprendo por qué hay una enemistad tan profunda entre el hombre y su destino, y por qué los hombres aman tan sólo su destino. En un poema anglosajón se llama a un hombre, para aplicarle un epíteto que condense todo su heroísmo, «ansioso de su Sino». Estoy convencido de que el Daimon nos entrega y engaña, y de que tejió esa red a partir de las estrellas y luego se la quitó del hombro. Después mi imaginación pasa de Daimon al amado y adivino una analogía que escapa al intelecto. Recuerdo que los griegos antiguos nos aconsejaron buscar las estrellas principales — que gobiernan por igual al enemigo y al amado— entre las que están a punto de ocultarse, en la Séptima Casa, como dicen los astrólogos, y que es posible que «el amor sexual», que está «fundado en el odio espiritual», sea una imagen de la guerra que libran el hombre y Daimon, e incluso me pregunto si no puede haber cierta comunión secreta, ciertos susurros en la oscuridad entre Daimon y el amado. Recuerdo con qué frecuencia las mujeres enamoradas se vuelven supersticiosas y creen que pueden traer buena suerte a sus amados, y también una antigua leyenda irlandesa sobre tres jóvenes que fueron a buscar ayuda en la batalla a la casa de los dioses en Slieve-na-mon.

—Antes deberéis casaros —les respondió uno de los dioses—, pues la buena o la mala suerte siempre le llega al hombre través de una mujer.

A veces practico la esgrima media hora al acabar el día, y cuando cierro los ojos al apoyar la cabeza en la almohada veo un florete cuya punta se agita ante mi rostro. Cualquiera que sea nuestra labor o la ensoñación por la que nos dejemos arrastrar siempre nos encontramos con esa otra Voluntad en lo profundo del pensamiento.

## IX

El poeta encuentra y confecciona su máscara en la decepción, el héroe en la derrota. El deseo satisfecho no es un gran deseo, igual que el hombro que no ha empujado contra una puerta indestructible no ha agotado todas sus fuerzas. Sólo el santo no se deja engañar y no empuja con el hombro ni tiende insatisfecho las manos. Escalaría sin extraviarse hasta el ser antitético del mundo, el hindú que limita su pensamiento mediante la meditación o lo aparta de sí en la contemplación, el cristiano que imita a Cristo, el ser antitético del mundo clásico. Y es que el héroe ama el mundo hasta que éste termina destruyéndolo y el poeta hasta que se ha quebrantado su fe; en cambio el santo renuncia a él cuando todavía es agradable, y como renuncia a la experiencia en sí misma, lleva su máscara tal como la encuentra. El poeta o el héroe, independientemente de en qué corteza encuentren sus máscaras, poseen una fantasía tan torrencial que modifican un poco sus rasgos, pero el santo, cuya vida no es sino una repetición de obligaciones rutinarias, no necesita nada que no necesite todo el mundo, y día tras día flagela en su cuerpo a los conquistadores romanos y cristianos: Alejandro y César pasan hambre en su celda. Su origen no está en la decepción ni en la derrota, sino en una tentación como la de Cristo en el desierto, una contemplación eternamente renovada en un único instante de todos los reinos de la tierra, y como ha renunciado a ellos, todos muestran constantemente sus tronos vacíos. Edwin Ellis, recordando que Cristo también midió su sacrificio, se imaginó a sí mismo en un bello poema encontrándose en el Gólgota con el fantasma de «Cristo el Menor», el Cristo que podría haber tenido una vida próspera sin conocer el pecado, y que ahora vaga solitario día y noche, convertido en un espectro fatigado.

Lo vi y le grité:  
«¡Eli, me has abandonado!».  
Los clavos ardían en sus miembros,  
huyó para encontrar la felicidad.

Y aun así el santo se libra —a pesar de su corona de mártir y de su abstinencia de deseos— de la derrota, de la decepción amorosa y del pesar de la partida.

¡Oh, noche que guiaste!  
¡Oh, noche, amable más que el alborada!  
¡Oh, noche que juntaste  
amado con amada,  
amada en el amado transformada!

En mi pecho florido,  
que entero para él sólo se guardaba,  
allí quedó dormido,  
y yo le regalaba,  
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena,  
cuando yo sus cabellos esparcía,  
con su mano serena  
en mi cuello hería,  
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,  
el rostro recliné sobre el Amado;  
cesó todo, y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.

## X

Al hombre que toma la pluma o el cincel no le está permitido buscar la originalidad pues su único objetivo es la pasión, y no puede sino tallar o cantar según una nueva moda, porque ningún desastre se parece a otro. Es como esos fantasmas enamorados de la obra de teatro japonés que, obligados a vagar juntos y no mezclarse jamás, se lamentan: «No dormimos ni nos despertamos, pasamos nuestras noches sumidos en un pesar que al final es una visión, ¿qué son para nosotros esas escenas primaverales?». Si cuando hemos encontrado una máscara pensamos que no se ajustará a nuestro estado de ánimo hasta que retoquemos de oro las mejillas, lo haremos furtivamente y sólo allí donde los robles de Dodona arrojan su sombra más oscura, pues si el Daimon nos sorprendiera manos a la obra se nos echaría encima, ya que es nuestro enemigo.

## XI

Hace muchos años vi, entre el sueño y la vigilia, a una mujer de increíble belleza que disparaba una flecha hacia el cielo, y desde el primer instante en que traté de descifrar su significado he pensado mucho en la diferencia entre el movimiento serpenteante de la Naturaleza y la línea recta que en la *Seraphita* de Balzac se denomina la «Marca del Hombre», aunque podría llamarse más bien la marca del santo o el sabio. Creo que los poetas y los artistas no podemos disparar más allá de lo tangible y estamos condenados a pasar del deseo a la fatiga y otra vez al deseo, y a vivir esperando, con la humildad de las bestias, el momento en que se produzca la visión como un terrible relámpago. No dudo que esos círculos palpitantes y esos

arcos tendidos, sea en la vida o en la época del hombre, son matemáticos, y que haya en este mundo o fuera de él quien pueda predecir el suceso y sea capaz de fijar en el calendario la duración de la vida de un Cristo, un Buda o un Napoleón: que cada movimiento, en el sentir o en la imaginación, prepare en la oscuridad, mediante su confianza y claridad crecientes, a su propio ejecutor. Buscamos la realidad con el lento esfuerzo de nuestra debilidad y recibimos golpes desde lo ilimitado y lo imprevisto. Sólo si somos santos o sabios y renunciamos a la experiencia misma podemos, por utilizar una imagen de la cábala cristiana, abandonar el súbito relámpago y el camino de la serpiente y convertirnos en el arquero que apunta con su flecha al centro del sol.

## XII

Los médicos han descubierto que algunos sueños nocturnos, pues no concibo que con todos ocurra lo mismo, son los deseos frustrados del día, y que el terror que nos inspiran los deseos que nuestra conciencia condena deforman y perturban dichos sueños. Sólo han estudiado la aparición en el sueño de elementos que quedaron insatisfechos sin el desaliento purificador. En nuestras vidas podemos satisfacer algunas de nuestras pasiones y sólo un poco cada una de ellas, y nuestros caracteres se distinguen porque no hay dos hombres que negocien igual. El trato, el compromiso, está siempre amenazado, y cuando se rompe enloquecemos, nos domina la histeria o nos sentimos engañados; y así cuando una pasión denegada o prohibida aparece en un sueño, nosotros, antes de despertar, quebrantamos la lógica que le había dado su capacidad de acción y volvemos a sumirla en el caos. No obstante, las pasiones, cuando sabemos que no pueden satisfacerse, se transforman en visiones, y una visión, tanto si estamos despiertos como dormidos, prolonga su poder mediante el ritmo y las pautas, esa rueda donde el mundo se hace mariposa. Nosotros no necesitamos protección, pero ella sí, pues si nos interesamos por nosotros mismos, por nuestras propias vidas, pasamos por alto la visión. Es difícil decidir si somos nosotros o la visión quien crea la pauta y hace girar la rueda, pero sin duda hay cientos de maneras de tenerla cerca: elegimos nuestras imágenes de épocas pasadas, nos alejamos de nuestro tiempo e intentamos que Chaucer nos parezca más próximo que el periódico del día. Eso nos obliga a ocultar todo lo que la visión no puede incorporar, y cuando se presenta en sueños en ese momento en que incluso el sueño cierra los ojos y los sueños empiezan a soñar, nos arrastra, nos absorbe una luz blanca, olvidamos incluso nuestros propios nombres y acciones, y aun así seguimos siendo dueños de nosotros mismos y murmuramos como Fausto: «Detente, instante», pero lo hacemos en vano.

### XIII

Un poeta, cuando se va haciendo mayor, acaba preguntándose si no podrá conservar su máscara y su visión sin padecer nuevas amarguras y decepciones. ¿Podría, en tal caso, sabiendo lo frágil que es su vigor, imitar a Landor que vivió amando y odiando, ridículo e inconquistable, hasta una edad avanzada, tras perderlo todo menos el favor de sus Musas?

Dicen que Memoria es madre de las Musas;  
la una me ha abandonado, las otras siguen  
sacudiéndome el hombro y animándome a cantar.

Puede que piense: ahora que he hallado la visión y la máscara no tengo por qué sufrir más. Comprará tal vez una casita, como Ariosto, donde cultivar su huerto, y pensará que quizá pueda descubrir un ritmo y una pauta como los del sueño en el retorno de los pájaros y las hojas, o en el sol y la luna, y en el vuelo vespertino de los grajos, y no despertar ya de la visión. Luego recordará a Wordsworth marchitándose octogenario, célebre y senil, y subirá a alguna habitación vacía y encontrará allí, olvidada por la juventud, una amarga corteza.

*25 de febrero de 1917*

# «ANIMA MUNDI»

## I

Siempre he tratado de acercar mi pensamiento al de los poetas indios y japoneses, las ancianas de Connacht, las médiums del Soho, esos hermanos legos a quienes imagino soñando en algún monasterio medieval los sueños de su pueblo, y los autores eruditos que todo lo refieren a la Antigüedad para sumergirlo así en un pensamiento general en el que apenas es separable de eso que hemos empezado a llamar «el subconsciente»; liberarlo de consejos y comités, del mundo tal como se ve desde las universidades o las ciudades populosas, y poder creer que he murmurado invocaciones y he frecuentado a las médiums, que me he complacido con las grandes dificultades que se expresaban mediante imágenes sensuales o frases emocionantes, que de las escuelas abstractas he aceptado tan sólo unas cuantas palabras técnicas tan antiguas que son como arquivados rotos y abandonados entre las zarzas y los hierbajos, y que he empezado a educarme allí donde se ven todas las cosas: *A Tenedo tacitae per amica silentia lunae*. Hubo un tiempo en que pensé demostrar mis conclusiones citando diarios en los que he ido anotando ciertos acontecimientos extraños en el momento en que sucedieron, pero ahora he cambiado de opinión y me limitaré a decir como el muchacho árabe que llegó a visir: «Oh, hermano, he hecho acopio de saber en la arena del desierto y los dichos de los antiguos».

## II

Hay, no recuerdo dónde, una carta de Goethe que explica la evocación, aunque él se refería sólo a la literatura, en la que decía de un amigo que se quejaba de su esterilidad literaria que era demasiado inteligente. Uno debe permitir que las imágenes se formen con todas sus asociaciones antes de criticarlas. «Si uno las critica demasiado pronto —escribía— ni siquiera llegan a formarse». He descubierto que cuando uno logra suspender la facultad crítica, ya sea mediante la práctica o, si se tiene ese don, cayendo en un leve trance, las imágenes desfilan rápidamente ante sus ojos. Si logra suspender también el deseo y deja que se formen según su propio albedrío, el ensimismamiento es aún más completo y adquieren colores más nítidos y articulaciones más precisas y uno empieza a moverse con ellas en una especie de luz deslumbrante. Pero las imágenes pasan delante de uno unidas por ciertas asociaciones y de hecho al principio las ha convocado mediante su asociación con formas y sonidos tradicionales. Habrá descubierto cómo, si sabe suspender la voluntad y el intelecto, hacer surgir del «subconsciente» cualquier cosa de la que poseyera ya un



fragmento. Quienes siguen la antigua norma dejan el cuerpo inmóvil, mantienen la imaginación clara y despierta, y temen, por encima de cualquier otra cosa, la posible confusión entre las imágenes del pensamiento y los objetos de los sentidos; buscan convertirse, por así decirlo, en espejos pulidos.

Pronto comprendí que yo no poseía ningún don natural para esa quietud despejada, pues mi mente es anormalmente inquieta y pocas veces me deleitó esa súbita definición luminosa de la forma que hace que uno comprenda, casi a pesar de sí mismo, que no sólo está imaginando. Por ello inventé un procedimiento nuevo. Había comprobado que después de la evocación mis sueños se llenaban de formas y luces que no lograba ver cuando estaba despierto, y desarrollé un simbolismo de los objetos naturales para poder tener sueños —o más bien visiones, pues carecían de la confusión de los sueños— mientras dormía dejando ciertas flores u hojas sobre mi almohada o junto a la cama. Incluso hoy, después de veinte años, las exaltaciones y mensajes que me proporcionaron unas ramas de espino o de cualquier otra planta me parecen los momentos más felices y sabios de mi vida. Al cabo de un tiempo, tal vez porque pasada la novedad el símbolo perdió su fuerza, o porque mi trabajo en el Irish Theatre se volvió demasiado emocionante, mis sueños dejaron de ser tan eficaces. Tenía varios condiscípulos, y unas veces eran ellos y otras yo quienes hacíamos algún descubrimiento. En nuestras mentes aparecían imágenes, tanto en sueños como estando despiertos, que uno descubría poco después en algún libro que no había leído, y tras buscar en vano una explicación en la teoría actual de los recuerdos personales olvidados, llegué a creer en una Gran Memoria que pasa de generación en generación. Pero con eso no me bastó, pues las imágenes mostraban intención y preferencia. Tenían relación con lo que sabías y al mismo tiempo eran una extensión de tu propio conocimiento. Si no intervenía inteligencia alguna, ¿por qué iba yo a toparme de pronto con la sal y el antimonio o con la licuefacción del oro tal como los entendían los alquimistas, o con algún detalle del simbolismo cabalístico confirmado en último extremo por un estudioso erudito en un manuscrito inédito? ¿Y quién puede haber relacionado tan ingeniosamente, siguiendo alguna ley asociativa y al mismo tiempo con clara intención y aplicación personal, determinadas imágenes mitológicas? Se habían mostrado a mentes distintas, un fragmento cada vez, y sólo habían revelado su significado después de reconstruir el rompecabezas. Una y otra vez me repetía que aquellos estudios habían creado un contacto o mezcla con otras inteligencias que habían llevado a cabo un estudio similar en otra época y que dichas inteligencias todavía veían, pensaban y escogían. Sin duda nuestro pensamiento diario no era más que la línea de espuma en el borde de un océano vasto y luminoso; el *Anima Mundi* de Henry More, el mar inmortal de Wordsworth que nos había llevado hasta allí y cerca de cuyos confines juegan los niños, y en ese mar había quienes nadaban o navegaban y exploradores que tal vez conocían todas sus orillas.

### III

Siempre tuve que hacer un esfuerzo para fijar la imaginación en las inteligencias que hay detrás de las personificaciones, y aun así dichas personificaciones me parecían vivas y vívidas. Las inteligencias que dominaban esas imágenes aparentemente fluidas sin duda tenían forma, y las propias imágenes parecían, por así decirlo, reflejadas en una sustancia viva cuya forma no es sino un cambio de forma. Por tradición y percepción uno pensaba que la propia vida estaba simbolizada por la tierra, el lugar de las cosas heterogéneas, y en las imágenes como si estuviesen reflejadas en el agua, e intuía que las propias imágenes no eran más que aire; y estaba seguro de que, por detrás de todo, había ciertos objetivos y amores rectores como el fuego que todo lo simplifica. Sin embargo, las imágenes en sí mismas eran cuádruples, y uno juzgaba su significado en parte por el predominio de uno de los cuatro elementos, o por el del quinto elemento, el velo que oculta los otros cuatro, un pájaro nacido del fuego.

### IV

Anhelábamos saber algo —aunque sólo fuesen los nombres de pila y los apellidos — de aquellas inteligencias que podíamos adivinar y que aun así seguían siendo impersonales. La sensación de contacto se produjo sólo dos o tres veces con claridad y certeza, pero dejó, en todos los que la experimentaron, una huella, un súbito silencio, por así decirlo, en mitad del pensamiento o tal vez, en momentos de crisis, una voz débil. ¿Tendrían razón nuestros maestros cuando afirmaban con absoluta seguridad que deberíamos contentarnos con conocer esas presencias, que parecían amistosas y cercanas, como al «fantasma» del poema de Coleridge y pensar que, como dice santo Tomás, las ha embargado la posesión eterna de sí mismas en un único instante?

Toda apariencia y parecido tomados de la tierra,  
todo accidente de nacimiento y parentesco,  
se habían borrado. No quedaba rastro  
de nada en ese rostro iluminado,  
que se alzó por debajo de la piedra quebrada,  
salvo un espíritu todo de ella;  
ella, ella y sólo ella,  
brilló visiblemente a través de su cuerpo.

### V

Una noche oí una voz que decía: «El amor de Dios por todas las almas humanas es infinito, pues cada alma humana es única, ninguna otra puede satisfacer la misma necesidad en Dios». Nuestros maestros no habían negado que la personalidad sobrevive al cuerpo o incluso que en su forma más tosca puede aferrarse por un tiempo a nosotros después de la muerte, sino sólo que debíamos buscarla en los muertos. Sin embargo, cuando me relacioné con campesinos, comprobé que buscaban y encontraban las antiguas fragilidades, enfermedades y fisonomías que despertaban sus afectos cuando estaban vivas. El sabio de Spiddal, que recibía su saber del fantasma de su hermana, reparaba la Noche de Difuntos, cuando se topaba con ella en el extremo del jardín, en que su cabello se había tornado más gris. ¿Es que tal vez debía pasar unos años cerca de su casa porque había muerto antes de tiempo? Como ninguna autoridad parecía mayor que aquel conocimiento que se remontaba hasta los orígenes del mundo, empecé a estudiar ese espiritismo que tanto desprecia Stanislas de Gaeta, el único erudito verdaderamente elocuente que ha escrito de magia en nuestra generación.

## VI

Sé muchas cosas que nunca habría sabido si no hubiera aprendido a considerar en el más allá lo que, allí tanto como aquí, es tosco e inconexo; y no he descubierto en las médiums de Connacht y del Soho nada que no haya visto antes en Henry More, de quien se dijo en vida en su época que era el hombre más santo que pisaba la tierra.

Todas las almas tienen un vehículo o cuerpo, basta con saber eso para escapar, con More y los adeptos del platonismo, de las escuelas abstractas que buscan siempre el poder de alguna Iglesia o institución, y conocer la gran poesía y la superstición, que no es sino poesía popular, en un mundo placentero y peligroso. La belleza no es sino la vida corporal en una condición ideal. El vehículo del alma humana es lo que antes se denominaban espíritus animales, y Henry More cita a Hipócrates en esta frase: «La imaginación del hombre [...] no se nutre de la carne y la bebida que tiene en el estómago, sino de una sustancia clara y luminosa que surge de la separación de la sangre». Dichos espíritus animales llenan todas las partes del cuerpo y fabrican el cuerpo de aire, como decían algunos escritores del siglo XVII.<sup>[a]</sup> El alma tiene el don de la plasticidad, y si el vehículo deja el cuerpo por un tiempo, ya sea en vida o después de la muerte puede adoptar la forma que desee mediante un acto de la imaginación, aunque cuanto más diferente sea de su forma habitual mayor será el esfuerzo requerido. Tanto para los vivos como para los muertos, la pureza y la abundancia de los espíritus animales son una fuerza principal. El alma puede moldear a partir de ellos una aparición vestida como en vida y hacerla visible mostrándola ante nuestra imaginación, o incorporando a su sustancia ciertas partículas extraídas del cuerpo de un médium hasta hacerla tan visible y tangible como cualquier otro

objeto. Para favorecer ese proceso los antiguos ofrendaban mazorcas de maíz, resinas fragantes, el aroma de frutas y flores y la sangre de víctimas propiciatorias. El vehículo materializado en parte exuda lentamente de la piel en gotas espesas y luminosas o condensa en una nube luminosa la luz que se apaga a medida que aumenta el peso y la densidad. La bruja iba más allá de la médium y ofrecía al fantasma que iba cobrando forma lentamente unas gotas de su sangre. El vehículo, una vez que se separa del hombre o la mujer vivos, puede ser moldeado tanto por las almas ajenas como por la propia, e incluso, parece, por las de los vivos. Por un tiempo se convierte en parte de ese torrente de imágenes que he comparado con reflejos en el agua. Pero ¿cómo se comprende que almas que no han manejado nunca el pincel ni los instrumentos de modelado creen imágenes tan perfectas? Esas materializaciones que imprimen su poderoso rostro en la cera de parafina dejan allí una escultura que le habría costado muchas horas crear y concebir a un buen artista. ¿Cómo se comprende que una mujer ignorante pudiera, como había creído Henry More, proyectar su vehículo con un parecido tan perfecto a una liebre que los caballos, los sabuesos y los cazadores la siguiesen al son del cuerno de caza? ¿No es el mismo problema que se da con esas escenas y pautas tan bien articuladas que surgen de la oscuridad, aparentemente completas en un abrir y cerrar de ojos cuando estamos medio dormidos, y con todas esas imágenes tan elaboradas que pasan en los momentos de evocación o inspiración por delante de nuestra imaginación? Nuestros vehículos o espíritus animales son, por así decirlo, una condensación del vehículo del *Anima Mundi*, y dan sustancia a sus imágenes cuando se materializan vagamente en nuestro pensamiento común, o de forma más grosera cuando nos visita un fantasma. Una vez esas imágenes se han hundido en nuestro vehículo no debería costar mucho retratarlas con una cámara fotográfica. Henry More sostenía (aunque yo no estoy muy convencido) que una gallina a la que asustara un halcón cuando el gallo la montaba tendría pollitos con cabeza de halcón porque antes de que el alma del ave no nacida pudiera adoptar su forma «la imaginación profundamente impresionada de la madre» convocaría de la reserva general de formas una imagen que competiría con ella. «El alma del mundo —prosigue— se interpone y se insinúa ante todas las generaciones de cosas mientras la materia es fluida y dúctil, lo que induce a pensar que no puede quedarse ociosa ante la transformación del vehículo de los daimones, sino que se pliega a sus fantasías y deseos, y contribuye así a revestirlos y expresarlos a su gusto, o a veces contra sus voluntades porque la rigidez de la imaginación de la madre le obliga a dar a luz a un ser monstruoso». Aunque las imágenes parecen flotar y deslizarse, es posible que seamos nosotros quienes cambiemos nuestra relación respecto a ellas, ora perdiéndolas ora encontrándolas, con el fluir de nuestra imaginación; y ciertamente Henry More se ciñe a las reglas al afirmar que dichas imágenes pueden ser tan sólidas al tacto como «columnas de cristal» y tener colores tan intensos como se quiera si se las mira como es debido. Shelley, un sensato seguidor del platonismo, parece poner, en sus obras de juventud, esa alma universal

en el lugar de Dios, una opinión que podemos encontrar en Cudworth, un amigo de More, y que las autoridades clásicas han combatido o defendido según las épocas; pero More nos consoló con la siguiente definición: el alma universal, una vez separada de su vehículo, es «una sustancia incorpórea, pero sin el sentido ni la animadversión que impregnan toda la materia del universo, que ejerce su plasticidad, según las diversas predisposiciones y ocasiones, en las partes sobre las que obra, causando ciertos fenómenos en el mundo, al dirigir las partes de la materia y su movimiento de un modo que no puede explicarse por sus meras posibilidades mecánicas». Debo interpretar que el «sentido y la animadversión», la percepción y la dirección, son siempre facultades del alma individual, y que, en palabras de Blake, «Dios sólo actúa o existe en los seres vivientes o en los hombres».

## VII

El antiguo concepto teológico del alma individual como algo incorpóreo o abstracto condujo a lo que Henry More llama un «debate contradictorio» acerca de cuántos ángeles «podrían bailar con botas y espuelas sobre la punta de una aguja» y permitió que la fisiología racionalista nos persuadiera de que nuestro pensamiento sólo tiene existencia corpórea en las moléculas del cerebro. Shelley opinaba que los «pensamientos que llamamos objetos reales o externos» sólo se distinguían de «las alucinaciones, los sueños y las ideas delirantes» en la regularidad con que suceden, y anotaba que él había soñado, relativizando así dicha distinción, «exactamente el mismo sueño en tres ocasiones con intervalos de dos o más años». Si todas nuestras imágenes mentales, al igual que las apariciones (y no veo motivos para diferenciarlas), son formas que existen en el vehículo universal del *Anima Mundi* y se reflejan en nuestro vehículo particular, pueden enderezarse muchas cosas que hasta ahora parecían torcidas. Estoy convencido de que cualquier proceso lógico, o serie de imágenes relacionadas, tienen un cuerpo y una pauta, y concibo el *Anima Mundi* como un gran estanque o jardín en el que se mueve como una gran planta acuática o extiende sus ramas fragantes en el aire. Muy parecido al *Jardín de Adonis* de Spenser:

He ahí la sementera  
de todo lo que nace, vive y muere  
cada cual de acuerdo con su naturaleza.

More afirma que el alma atrae hacia sí cierto pensamiento mediante cambios de «congruencia vital» y que dicho pensamiento atrae por asociación la secuencia de muchos pensamientos y los dota de vida en el vehículo distribuyéndola según la intensidad de la primera percepción. Se planta así una semilla cuyo crecimiento puede seguir al margen del poder e incluso del conocimiento del alma. Si deseo «transferir» un pensamiento puedo pensar, digamos, en el zapato de Cenicienta, y mi

sujeto ver una anciana que sale de la chimenea; o al irme a acostar podría desear despertarme a las siete en punto y, aunque no vuelva a pensar en ello, despertar justo a esa hora. El pensamiento ha completado, por así decirlo, ciertos actos lógicos, se han formado giros y nudos en el tallo que quedan fuera de la vista y lejos de nuestro alcance. Siempre estamos iniciando esos vegetales parásitos y dejando que se enreden más allá de nuestro conocimiento, por lo que pueden llegar a ser como esa señora de Balzac que, después de una vida de santidad, planea en su lecho de muerte huir con el amante al que ha renunciado. Después de la muerte, un sueño o un deseo en el que tal vez hubiese dejado de creer debió de volver una y otra vez con su angustia y su felicidad. Sólo podemos negarnos a iniciar la secuencia o, una vez empezada, mantenerla bajo la luz intelectual en la que el tiempo vuela e impedir así que se cuele en tan escurridizo vehículo. Los vivos deben esforzarse para liberarse de una serie infinita de objetos, en cambio los muertos deben liberarse de una infinita secuencia de pensamientos. Una secuencia engendra a otra, y tienen poder porque no hacemos esas cosas sin más, sino por un bien imaginado.

## VIII

El espiritismo, ya sea el popular o el que se practica en los salones, las visiones de Swedenborg, y las especulaciones de los adeptos al platonismo y del teatro japonés, sostienen que en ciertos caminos y en determinadas casas podemos presenciar antiguos asesinatos que se cometen una y otra vez, igual que en ciertos campos pueden verse cazadores muertos que cabalgan al lado de sus perros y antiguos ejércitos que combaten sobre huesos y cenizas. Trasladamos nuestra memoria al *Anima Mundi* y por un tiempo esa memoria se convierte en nuestro mundo externo; y todos los momentos apasionados se repiten una y otra vez, porque más que cualquier otra cosa la pasión desea repetirse, y lo que pueda haber de complacencia o remordimiento es nuestro principio de enjuiciamiento; no recordamos sólo los sucesos de la vida, pues los pensamientos derivados del anhelo y el miedo, todas esas plantas parásitas que se nos han escapado entre los dedos, vuelven como el cabo de la soga para golpearnos en la cara; y tal como escribe Cornelius Agrippa: «Podemos soñar que nos consumimos en las llamas y nos persiguen los demonios», y ciertos espíritus se han quejado de que les sería difícil despertar a los muertos y parecen convencidos que no despertarían hasta que sonase una trompeta. Un fantasma en una obra de teatro japonesa se pega fuego por un absurdo escrúpulo y aunque un sacerdote budista le explica que el fuego se apagaría si el fantasma dejara de creer en él, no logra dejar de hacerlo. Cornelius Agrippa llamaba a esos sueños duendes del alma, y cuando Hamlet renuncia al puñal desnudo por los sueños que podría traerle no lo hace por un mero capricho literario. Al parecer, el alma puede modificar los objetos que la memoria construye en torno a nosotros, igual que puede cambiar de

forma; pero cuanto mayor es el cambio, mayor será el esfuerzo requerido y antes volverá a la imagen habitual. Sin duda en cualquier caso el esfuerzo queda a menudo fuera de su alcance. Hace años estuve presente cuando una mujer consultó a madame Blavatsky a propósito de una amiga suya que veía cada noche a su marido recién fallecido y olía la descomposición del cadáver y el hedor de la tumba. «Cuando estaba muriendo —respondió madame Blavatsky— pensó que la tumba era el final, y ahora que ha muerto no puede desembarazarse de esa imagen». Un brahmán le dijo a una actriz amiga mía que no le gustaba el teatro, porque si alguien moría interpretando a Hamlet, sería Hamlet durante toda la eternidad. Sin embargo, pasado un tiempo el alma se libera en parte y se convierte en el «mutador de formas» de las leyendas y puede moldear, como el mago medieval, las ilusiones que prefiera. En uno de los libros de lady Gregory hay un campesino irlandés que come por el camino con un desconocido, y luego vomita y descubre que no había comido más que hierba. Uno piensa además en los espíritus que se aparecen en forma de bestias salvajes.

## IX

Los muertos, a medida que se disipa la necesidad apasionada, adquieren cierta libertad y pueden variar el curso de los acontecimientos, iniciado cuando estaban vivos, en una nueva dirección, pero no pueden iniciar nada si no es a través de los vivos. Luego perciben gradualmente, aunque sigan viviendo en sus memorias, armonías, símbolos y pautas, como si estuviese retocándolos un artista, y se conmueven por emociones que les parecen dulces no por ningún bien común sino por el propio, como los niños que danzan en corro; y no me cabe duda de que hacen el amor en esa unión que Swedenborg ha dicho que es de todo el cuerpo y que desde lejos parece una incandescencia. Hasta entonces la sombra se ha comunicado con la sombra en momentos de recuerdo común que se repiten como las figuras de un baile con terror o alegría, pero ahora corren juntas de igual a igual, y sus aquelarres y acrobacias siguen un ritmo y una pauta. Se han preparado para esas carreras de todos hacia un centro sin perder su identidad, mediante la exploración de su vida moral, de sus beneficiarios y de sus víctimas, e incluso de todos los caminos sin recorrer, y sus pensamientos han moldeado el vehículo y se han convertido en suceso y circunstancia.

## X

Hay dos realidades, la condición terrestre y la Condición Ígnea.<sup>[a]</sup> Todo poder deriva de la condición terrestre, allí los opuestos se encuentran y sólo allí se da la

mayor posibilidad de elección, la libertad completa. Y allí se halla lo heterogéneo, y también el mal, ya que el mal es la tensión de los opuestos; en cambio en la Condición Ígnea todo es música y reposo. Entre ambas se encuentra la condición aérea donde las imágenes tienen sólo una vida vicaria, la de la memoria o la que se refleja en ellos cuando simbolizan colores o intensidades del fuego; es el lugar de las sombras que están «en el torbellino de quienes se desvanecen» y que gritan como esas sombras enamoradas de la obra de teatro japonesa:

Para adquirir poder  
incluso en nuestra leve sustancia,  
mostraremos incluso ahora,  
aunque no sea más que en sueños  
nuestra forma de arrepentimiento.

Después de tantas pulsaciones rítmicas el alma debe dejar de desear sus imágenes y puede, por así decirlo, cerrar los ojos.

Cuando toda la secuencia llega a su fin, el tiempo también concluye, y el alma adquiere el cuerpo rítmico o espiritual o el cuerpo luminoso y contempla todos los acontecimientos de su memoria y todos los impulsos posibles en una eterna posesión de sí misma en un momento único. Ésa es la única condición inanimada, lo demás es fantasía, y de ahí emanan todas las pasiones y, según sostienen algunos, el mismísimo calor corporal.

El tiempo disminuye y decae,  
como una vela que se consume,  
y a las montañas y a los bosques  
también les llega su hora.  
¿Quién en la huida  
de los humores nacidos del fuego  
ha caído?

## XI

El alma no puede acumular mucha sabiduría hasta que se ha desembarazado del hábito del tiempo y el espacio, pero hasta esa hora debe fijar su atención en lo más cercano, pensar en objetos, uno tras otro mientras paseamos la mirada o el dedo por ellos. Su poder intelectual no puede sino aumentar y alterarse a medida que sus percepciones se vuelven simultáneas. No obstante, incluso ahora parece que en algunos momentos escapamos del tiempo en eso que llamamos previsión y del espacio cuando vemos cosas distantes en un sueño y en sueños concurrentes. Hace un par de años, mientras me dedicaba a la meditación, mi cabeza pareció estar rodeada por un halo de rayos de sol y cuando me fui a la cama tuve un largo sueño de una mujer con los cabellos en llamas. Desperté y encendí una vela, y supe por el olor que al hacerlo le había pegado fuego a mi propio cabello. Hace muy poco soñé que estaba



escribiendo un relato y al mismo tiempo soñé que era uno de los personajes del mismo y trataba de conmover el corazón de una joven en contra de la intención del autor a la vez que era otro yo que trataba de acertar con el botón del florete en una jarra de porcelana. La oscuridad de los *Libros proféticos* de William Blake, que se escribieron en un estado visionario, procede casi enteramente de esos sueños concurrentes. Todo el mundo ha oído contar alguna historia o ha experimentado, en sueños o despierto, el súbito conocimiento de algún suceso, una desdicha en la mayoría de los casos, que le ha ocurrido a algún amigo lejano.

## XII

Estoy convencido de que los muertos que viven en sus recuerdos son el origen de todo lo que llamamos instinto y de que son sus amores y su deseos, desconocidos todos, los que nos empujan más allá de la razón o en contra de nuestros intereses; y son golondrinas soñadas las que, sin saberlo, sirven de maestros de obras a las golondrinas vivas que construyen sus elaborados nidos en las ventanas de las iglesias; y a su vez los fantasmas están ligados a un mayor deleite por una concordia entre sus vehículos puros y luminosos y nuestros sentidos. Sería un reproche al poder de la benevolencia de Dios creer que los hijos de Alejandro, que murieron de forma tan horrible, no pudieron aportar una urna al montón, ni Cesarión<sup>[a]</sup>, asesinado en la infancia, que le dio Cleopatra a César, o el joven de corta vida que tuvo Pericles con Aspasia, puesto que todos fueron de noble cuna.

## XIII

Dado que incluso los muertos más sabios no pueden sino ordenar sus recuerdos, igual que nosotros colocamos las piezas sobre un tablero de ajedrez, y obedecer sólo palabras recordadas, aquel que se vuelva mago tiene prohibido por el oráculo zoroástrico cambiar las «palabras bárbaras» de invocación. La comunicación con el *Anima Mundi* se consigue a través de la asociación de ideas, imágenes u objetos; y los muertos famosos, y aquellos de quienes se conserva sólo un vago recuerdo, todavía pueden —y ése es el único motivo de que, sin saber nada, valorem tanto la fama póstuma— recorrer los pasillos y ocupar las sillas vacías. Un guante y un nombre pueden convocar a su propietario; las sombras se codean con nosotros en sus antiguas y silenciosas habitaciones, y la propia «materialización» es más fácil, tal vez, entre paredes, o entre rocas y árboles, que traen ante su recuerdo algún momento o emoción de cuando todavía tenían cuerpos animados.

Sin duda la madre regresa de la tumba, y con brazos que pueden ser visibles y corpóreos puede, por un apresurado instante, consolar al niño abandonado o mecer su cuna; y en todas las épocas los hombres han sabido y afirmado que cuando el alma está inquieta, los que son una sombra y una canción

viven ahí,  
y se mueven como vientos de luz en un aire oscuro y tormentoso.

## XIV

Por un instante, reviven esos momentos apasionados, sin saber que están muertos, y cuando lo comprenden pueden despertarse, aunque sea a medias, para venir a visitarnos. ¿Cómo cambia su sueño a medida que el tiempo se acaba y sus sentidos se multiplican? ¿Aumenta su estatura, se vuelven más brillantes sus ojos? Ciertamente, los sueños duran más cuanto mayor fuese su pasión en vida: Helena puede abrir todavía a Paris la puerta de su cámara, o contemplarlo desde la pared, y saber que está soñando porque las noches y los días son conmovedores o las estrellas brillan demasiado. Sin duda podemos aplicar a esos muertos apasionados las palabras que Ben Jonson dedicó nada menos que a Shakespeare: «Tan llenos de vida están que no pueden sino crecer mientras son».

## XV

La afluencia de su vida reflejada, que reciben de la Condición Ígnea, cae dentro del tortuoso camino llamado Sendero de la Serpiente, y la que les llega a los hombres y los animales por igual se denomina natural. Hay otra afluencia que no es natural sino intelectual y procede del fuego; y desciende a través de las almas que escapan por un tiempo breve o largo de la vida del espejo, igual que cuando en sueños salimos de la vida del cuerpo, y aunque puede caer sobre una serpiente dormida, cae por lo general en caminos rectos. Si uno es como los demás hombres, la afluencia lo encuentra en el camino tortuoso, y si es un santo o un sabio, en el camino recto.

## XVI

El Daimon, por medio de sus sombras mediadoras, obliga al hombre a elegir una y otra vez, incrementa la tentación para que su elección sea tanto más decisiva, impone su propia lucidez a los acontecimientos y empuja a su víctima a esforzarse en la tarea más dificultosa entre las no imposibles. Sufre con el hombre igual que un

hombre de alma firme sufre amando a una mujer voluble y extravagante. Su poder no es ni tortuoso ni recto sino zigzagueante, ilumina las propiedades activas y pasivas, los dos frutos del árbol: es la súbita iluminación, pues todos sus actos de poder son instantáneos. Lo percibimos en el latido de la arteria y tras una lenta decadencia.

## XVII

Cada Daimon se siente atraído por el hombre o, si su naturaleza es más general, por la nación que menos se le parezca, y adopta en su propia imagen el hombre o la nación antitéticos. Los judíos habían mostrado ya, por los metales preciosos y la ostentosa riqueza del templo de Salomón, la pasión que los ha convertido en los prestamistas del mundo moderno. Si no hubiesen sido rapaces, lujuriosos, estrechos de miras y más intransigentes que cualquier otro pueblo de la época, la encarnación habría sido imposible, pero un impulso intelectual de la Condición Ígnea configuró su ser antitético en el del mundo clásico. Porque lo que proporciona a nuestros deseos vagos e insatisfechos una belleza, un significado y una forma aceptables es siempre el impulso de algún Daimon.

## XVIII

Sólo mediante un pensamiento rápido y sutil, o a través de leves acentos escuchados en el silencio de la mente, puede la inteligencia del espíritu llegar a nosotros sin modificarse apenas; pues la mente que aprehende los objetos simultáneamente según el grado de su liberación no piensa igual que la que los ve uno detrás de otro. El propósito de casi todas las enseñanzas religiosas y de la insistencia en la sumisión a la voluntad de Dios por encima de todo es garantizar la pasividad del vehículo donde es más puro y tenue. Cuando somos pasivos donde el vehículo es tosco, nos convertimos en médiums, y los espíritus que adoptan ese tosco vehículo sólo raras veces y con grandes dificultades pueden expresar sus propios pensamientos y conservar sus propios recuerdos. Están sometidos a una especie de ebriedad y se quedan pasmados, decían los escritores antiguos, como por el hidromiel, y enseguida confunden nuestros recuerdos con los suyos y creen ser alguien o algo que nos complace. Los dominamos y embarullamos, pues una vez se encuentran entre las percepciones de objetos sucesivos, nuestra razón, que no es más que un instrumento creado y afinado por dichos objetos, se vuelve más fuerte que su intelecto, y no pueden sino repetir, entre breves atisbos de otro estado, nuestro conocimiento y nuestras palabras.

## XIX

Un amigo soñó una vez que veía muchos dragones que escalaban la empinada ladera de un acantilado y se despeñaban sin cesar. Henry More nos enseñó que aquellos que, tras siglos de vida, no lograban dar con el cuerpo rítmico y pasar a la Condición Ígnea, volvían a nacer. Edmund Spenser, que se hallaba entre los maestros de More, confirmaba esa natividad sin ofrecer una causa:

Cuando después de regresados fuesen,  
y en ese jardín de nuevo los plantaran  
lozanos crecerían, como si visto no hubiesen  
corrupción carnal, ni dolor mortal conocieran.  
Hecho lo cual mil años allí quedaran  
y luego de él con otros rasgos revestidos  
al mudable mundo una vez más partieran  
para regresar a do eran venidos:  
y así, como una rueda, pasar de viejos a renacidos.

## XX

Pero sin duda siempre nos alzamos a la Condición Ígnea, donde no hay puertas ni muros ni nada detiene a las emociones, y la máscara descolgada del roble no es más que el cuerpo rítmico por mí imaginado. Podemos rezarle a esa última condición llamándola por cualquier nombre siempre que no le recemos como a una cosa o a un pensamiento, y casi todas las oraciones lo llaman hombre, mujer o niño:

La compasión tiene el corazón humano,  
rostro humano la piedad tiene.

En nuestro interior la Razón y la Voluntad, que son el hombre y la mujer, elevan a un altar oculto a un niño que ríe o llora.

## XXI

Cuando recuerdo que Shelley afirma que nuestra mente es «un espejo del fuego que todos ansían», no puedo sino plantearme la pregunta que todos se han hecho: «¿Qué o quién ha roto el espejo?». Empiezo a estudiar el único ser que conozco —a mí mismo— y vuelvo a enrollar el hilo en la bobina.

En ciertos momentos, siempre imprevistos, me alegro cuando por azar abro un libro de poesía. A veces me ocurre con mis propios versos si, en lugar de descubrir nuevos errores técnicos, los leo con la emoción con que los escribí por vez primera. Puede que esté sentado en un restaurante abarrotado, con el libro abierto a mi lado, o cerrado si mi entusiasmo ha desbordado la página. Miro a los desconocidos que tengo

a mi lado como si los conociera de toda la vida, y me parece raro no poder dirigirles la palabra: todo me conmueve, desaparecen los temores y aflicciones; ni siquiera recuerdo que esa felicidad habrá de tener forzosamente un final. Es como si el vehículo se hubiese vuelto puro de pronto y tan extendido y luminoso que las imágenes del *Anima Mundi* encarnadas ahí y embebidas en esa dulzura, pudieran, como el borracho de pueblo que lanza una tea sobre su propio tejado, incendiar el tiempo.

Puede transcurrir una hora antes de que se me pase ese estado de ánimo, pero en los últimos tiempos me ha parecido entender que siempre me embarga cuando dejo de odiar. Creo que la condición normal de nuestras vidas es el odio —al menos en mi caso—, la irritación por los asuntos y las personas públicas o privadas. Los olvidos de los criados y los retrasos de los comerciantes no son gran cosa, pero ¿cómo olvidar la mala educación de Carlyle, o la retórica de Swinburne, o a esa mujer que en la cena repite murmurando lo que opina su periódico del día? Y hace sólo una semana, el domingo pasado, oí al perrillo de aguas que molestó a una perdiz en su nido y a una trucha que mordió el anzuelo y escapó a pesar de todo. Los libros afirman que la felicidad emana de lo contrario del odio, pero no estoy muy seguro, porque hay amores desdichados. Y ciertamente, cuando cierro el libro, demasiado conmovido para seguir leyendo, y en esas breves e intensas visiones del sueño, hay algo que, aunque me impulsa a amar, siempre se parece más a la inocencia. Estoy en el lugar donde se encuentra el Daimon, pero no creo que esté conmigo, hasta que empiezo a crear una nueva personalidad, eligiendo entre aquellas imágenes, buscando siempre satisfacer un ansia que surge del desprecio por la dieta diaria; y sin embargo, cuando escribo la palabra «eligiendo», me domina la incertidumbre pues no sé cuándo soy el dedo y cuándo la arcilla. En una ocasión, hace veinte años, me pareció despertar de un sueño y me noté rígido, y creí oír una voz extraña que pronunciaba estas palabras a través de mis labios como a través de unos labios de piedra: «Construimos una imagen del durmiente, y no es él quien duerme, y lo llamamos Emmanuel».

## XXII

Cuando subo y bajo las escaleras y paso junto al dorado arcón de boda de estilo moruno donde guardo mis «bárbaras palabras» me pregunto si volveré a apreciarlas, pues me confunden esas voces como de murciélago que hablan como le hablaron a Ulises, o si, ahora que pronto seré viejo, desarrollaré la sencilla piedad de una anciana.

*9 de mayo de 1917*

## EPÍLOGO

Mi querido Maurice:

Antes de que nacieras, o cuando no eras más que un niño pequeño, viajé a menudo a Francia. La primera o segunda vez que estuve allí, Mallarmé acababa de escribir: «Nuestra época está conmovida por el temblor del velo del Templo». En todas partes conocía uno a jóvenes literatos que hablaban de magia. Un distinguido hombre de letras inglés me pidió que lo acompañara a ver a Stanislas de Gaeta porque no se atrevía a ir solo a esa casa misteriosa. De vez en cuando visité, con el poeta alemán Dauthendey, a un sueco muy serio, y hasta pasados unos años no supe que era Strindberg, que por aquel entonces buscaba la piedra filosofal en una habitación cerca de los Jardines de Luxemburgo; y un día, en las habitaciones del poeta Stuart Merrill, hablé con un joven erudito árabe que llevaba un anillo que había crecido a la vez que su dedo. El oro, según decía, no tenía aleación para endurecerlo, porque su maestro, un rabino judío, lo había fabricado con oro alquímico. Mi espíritu crítico —¿era amigo o enemigo?— se burló, pero aun así me dejó cautivado. París era tan legendario como Connacht. El orgullo del adepto se sumó así al del artista. Villiers de l'Isle-Adam, el más altivo de los hombres, había muerto hacía poco. Yo había leído su *Axël* lenta y laboriosamente como quien lee un libro sagrado —mi francés era muy malo— y lo había aplaudido en el escenario. Como no podía entender el texto hablado, no me aburrí ni siquiera cuando Axël y el comandante se ponen a hablar de filosofía más de media hora en lugar de batirse en duelo. Lo único que me impacientó fue que retrasaran la llegada del prosélito Janus, pues esperaba reconocer el momento en que Axël grita: «Conozco esa lámpara, ardía antes de Salomón», o ese otro momento en que exclama: «En cuanto a lo de vivir, ya lo harán por nosotros nuestros criados».

El movimiento de las letras había sido altivo incluso antes de que la magia influyera en él. Rimbaud había cantado: «¿Acaso soy una solterona para temer el abrazo de la muerte?». Y en todas partes en París y en Londres había jóvenes que se jactaban de sus buhardillas y de no necesitar lo que valoraba el vulgo.

El pasado verano, tú, que tenías la edad que tenía yo cuando oí hablar por primera vez de Mallarmé y Verlaine, hablaste mucho de los poetas franceses que leen los jóvenes hoy. A Claudel ya lo conocía por encima, pero me leíste por primera vez un diálogo de Jammes entre un poeta y un pájaro que nos hizo llorar, y un volumen entero del *Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc* de Péguy. Todo había cambiado salvo la preocupación por la religión, pues esos poetas sometían todo a la autoridad del papa, y todos, incluido Claudel, un orador orgulloso, afirmaban que veían el mundo con los ojos de quien cuida la viña o del carbonero. Ya no se trataba del alma, capaz de conmoverse y enseñarse a sí misma —el alma mágica—, sino de la Madre Francia y la Madre Iglesia.

¿Acaso no han seguido mis pensamientos un camino parecido, aunque no haya fundado mi tradición en la Iglesia católica, que no fue la Iglesia de mi infancia, sino allí donde la tradición es, según creo, más universal y antigua?

W. B. YEATS  
11 de mayo de 1917

# Notas



[1] Las traducciones de los tres poemas de Yeats que aparecen en este libro no pueden por menos de ser notablemente más infieles que las de sus textos en prosa. Por ello — y considerando que el autor fue un gran poeta— me parece justo y conveniente incluir los originales de cada uno de estos poemas. <<

[1] La palabra *faery*, tanto como sustantivo cuanto como adjetivo, es más genérica que cualquiera de sus posibles equivalentes en castellano. Por ese motivo la he ido traduciendo de diferentes maneras, según el contexto: ‘duende’ o ‘hada’ cuando aparece como sustantivo (si es *Faery*, con mayúscula, entonces ‘el País de las Hadas’); ‘encantado’, ‘de hadas’ o ‘feérico’ cuando aparece como adjetivo. <<

[a] Es curioso que llevara ribetes blancos en la cofia. La vieja de Mayo, que me ha relatado tantas historias, me ha contado que su cuñado vio a «una mujer con ribetes blancos en la cofia dando vueltas por los almiarés de un campo, y poco después se hizo un daño, y a los seis meses se murió». <<

[1] El verso procede de «In Time of Pestilence», de Thomas Nashe (1567-1601):  
«*Brightness falls from the air; | Queens have died young and fair; | Dust hath closed  
Helen's eye. | I am sick, I must die*». <<

[a] El castillo de Ballylee, o Thoor Ballylee, como lo he bautizado para huir de la palabra *castillo*, demasiado grandiosa, es ahora de mi propiedad, y allí paso mis veranos o alguna parte de ellos (1924). <<

[a] Un «patrón», o «patrono», son las fiestas en honor de un santo. <<

[a] Ahora estoy mejor enterado. Contamos con las fuerzas tenebrosas mucho más de lo que yo pensaba, pero no tanto como los escoceses, y aún sigo creyendo que la imaginación de las gentes se recrea eminentemente en lo fantástico y lo caprichoso.  
<<

[a] La orden religiosa a que había pertenecido. <<



[1] *Dirty Lane* sería algo así como 'la calle Guarra'. <<

[a] Estas palabras las empleaba el astrólogo Lilly<sup>[\*]</sup> en el Bosque de Windsor a modo de evocación (1924). <<

[a] La gente y los duendes, en Irlanda, son a veces del mismo tamaño que nosotros, a veces mayores y, a veces, según se me ha dicho, de unos tres pies de altura. La vieja de Mayo, a la que cito tan a menudo, cree que lo que los hace parecer pequeños o grandes es algo que está en nuestros propios ojos. <<

[b] La palabra *trance* produce una impresión falsa. Yo había aprendido, de MacGregor Mathers y sus discípulos, a suspender la voluntad de tal manera que la imaginación volara sola. La chica, sin embargo, sí estaba totalmente en trance, y el hombre tan afectado por ella que oía las voces infantiles como si las oyera con sus oídos de verdad. En dos ocasiones, más tarde, el trance de la chica me afectó de tal modo que también yo oí o vi parte de lo que ella oía o veía como si lo hiciera con ojos y oídos de verdad (1924). <<

[a] La reina Victoria. <<

[1] En el original, *marten cats*, como se llama a veces en inglés a las ‘martas’. <<

[1] El famoso y larguísimo poema que William Morris (1834-1896) publicó entre 1868 y 1870. <<

[a] En mi *Wind among the Reeds* hay una balada sobre este tema (1924). <<



[b] Con posterioridad he oído decir que no eran los Kirwan, sino los anteriores ocupantes del Castillo de Hackett, los propios Hackett, creo, quienes descendían de un hombre y un espíritu y eran notables por su belleza. Me imagino que la madre de Lord Cloncurry descendía de los Hackett. Bien puede ser que en todas estas historias el nombre de Kirwan haya sustituido al más antiguo (1902). El Castillo de Hackett fue quemado durante nuestra guerra civil por unos incendiarios (1924). <<

[a] No cabe duda de que Clooth-na-Bare debía ser Cailleac Beare, que significaría ‘la Vieja Beare’. Beare o Bere o Verah o Dera o Dhera fue una persona muy famosa, tal vez la mismísima Madre de los Dioses. Standish O’Grady<sup>[\*]</sup> la descubrió, según cree, frecuentando el Lough Leath, o lago Gris que hay en una montaña de las Few. El Lough la tal vez sea que yo oí mal, o la manera incorrecta en que el que contaba la historia pronunció Lough Leath, porque Loughs Leaths hay muchos. <<

[1] Pronunciación incorrecta de Castle Nore. <<

[1] La palabra *fool* quiere decir en inglés tanto ‘bufón’ como ‘loco’. Debe tenerse en cuenta, por tanto, que, si bien en este capítulo se alternan ambos términos según el contexto, en el original es siempre el mismo. <<

[a] Cerca de Coole un campesino me habló de un espíritu que ascendió así. Swedenborg, en su *Diario espiritual*, habla de rotaciones de espíritus, y Blake pintó la Escala de Jacob como un vórtice ascendente (1924). <<

[1] Para que el lector interesado pueda cotejar la versión inglesa de los poemas y canciones que aparecen en este volumen, me ha parecido conveniente incluir no sólo el poema-portada, original de Yeats, que da nombre a la colección, sino también los poemas y baladas del acervo folklórico irlandés que el autor recoge e inserta, un tanto reelaborados en algún caso, en distintos pasajes de estos cuentos. <<

[1] Continuación del poema recogido en las páginas 242-243 y que aparece por primera vez en «El trenzado de la cuerda». <<

[1] *Rath* en el original. <<



[a] En aquel entonces yo no alcanzaba a distinguir entre el Daimon permanente y el impermanente, que puede ser un «muerto ilustre», aunque sabía que existía esa diferencia. Trataré del asunto en *Una visión*. (Febrero de 1924). <<

[a] Este pasaje, en mi opinión, representa correctamente el pensamiento de Henry More, aunque ahora creo que se habría correspondido mejor con los hechos si hubiese descrito dicha «sustancia clara y luminosa» como una envoltura material y de los sentidos, moldeada a partir del «cuerpo de aire», o el auténtico «vehículo», y si hubiese limitado a él las palabras *espíritus animales*. Por tanto, debe considerarse que sobrevive por un tiempo a la muerte del cuerpo físico. Los espíritus no obtienen de él la forma material con que se crean sus formas, pero sus formas toman su luz de él igual que una vela toma la luz de otra (1924). <<

[a] Cuando escribí este ensayo no comprendí lo completa que debía ser la antítesis entre hombre y Daimon. El reposo del hombre lo elige el Daimon, y el reposo del Daimon lo elige el hombre, y lo que he llamado el estado terrestre del hombre y el estado ígneo del Daimon. Puedo haber visto esto, tal como se deduce de las palabras escritas por el mendigo en *The Hour Glass* en los muros de Babilonia (1924). <<

[a] No se me ocurre mejor autoridad para el caso de Cesarión que la obra de teatro de Landor. <<

# GLOSARIO

[\*] **Aengus** o **Angus** dios gaélico del amor y de la belleza, hijo de la juventud, que raptó a Edain, mujer de Mider (dios gaélico de las profundidades o del averno). <<

[\*] **banshee** o **banshie** espíritu femenino que avisa a las familias de la muerte inminente de alguno de sus miembros. A veces canta un lamento fúnebre mientras se peina el cabello, pero más frecuentemente gime, una o dos noches antes de que tenga lugar la muerte que vaticina, bajo las ventanas de la casa amenazada. <<

[\*] **Beltaine** (primero de mayo) festividad céltica para celebrar la llegada de la primavera y rito de la fertilidad. <<



[\*] **Ben Bulben** gran mole montañosa que se levanta frente al océano, al norte de la ciudad de Sligo. Escenario tradicional de innumerables leyendas épicas, muy especialmente del relato amoroso de Diarmuid y Grania, cuyo recuerdo inmortalizan numerosos túmulos. Dicha pareja aparece citada en la narración «La Visión de Hanrahan», que forma parte de la segunda serie de cuentos incluidos en este volumen. W. B. Yeats está enterrado según su deseo en el pequeño cementerio de Drumcliff, al pie del Ben Bulben. <<

[\*] **Bridget** diosa gaélica, hermana de Aengus y posteriormente cristianizada en «Brigitte». Es venerada por los poetas —a los que inspira—, los herreros —a los que enriquece— y por los médicos —a los que asiste, pues preside los partos. <<

[\*] **caballos acuáticos** (*water-horses* o *kelpies*) espíritus acuáticos representados bajo formas equinas. <<

[\*] **caldero, piedra y espada** talismanes de los Tuatha De Danann, estirpe de origen divino, antecesores de los Sidhe, y que en la mitología céltica irlandesa disputan a otras razas invasoras la posesión de la isla. La espada es el atributo de Nuada, que posee una mano de plata; la lanza —que va por sí sola a herir al enemigo del dios— es el de Lug; el caldero maravilloso es el del Dagda, y a Fal le corresponde «la piedra del destino», que grita cuando se sienta en ella al rey legítimo de Irlanda. <<

[\*] **Campbell, John Francis** (1822-1885) famoso recopilador de cuentos populares escoceses. <<

[\*] **Caolte** o **Caoilte** héroe del ciclo feniano, de pies ligeros, primo de Ossian; se dice que acompañó a san Patricio por toda Irlanda. <<

[\*] **Carolán** u **O'Carolán, Torlogh** (1670-1738) famoso bardo irlandés. <<

[\*] **Cathleen** condesa que vendió su alma al diablo para poder dar de comer a su pueblo, pero que finalmente es perdonada y salva su alma. Dicho personaje ya inspiró a Yeats la pieza teatral del mismo título, publicada en 1892. <<



[\*] **casa del Burgo** véase Sligo. <<

[\*] **Cerdo Negro, valle del** (Gleann Na Muice Duibhe) se corresponde con el actual condado de Down y con parte del condado de Antrim, y en el siglo XII constituía el reino del Ulster. <<

[\*] **Columcille** o **Colum Cille** antiguo santo irlandés que también fue poeta, más conocido como san Columba. <<

[\*] **Connacht** provincia irlandesa, situada al norte de Munster. Ambas forman la mitad occidental de la isla. A lo largo y a lo ancho de ambas provincias, y en Donegal, al norte, en la fachada más atlántica de Irlanda, se encuentran los distritos —conocidos globalmente como Gaeltacht— en los que mejor se ha preservado a lo largo de los siglos el idioma y la cultura tradicional irlandeses. <<

[\*] **Cuchulain** o **Cuchulainn** héroe legendario de fuerza prodigiosa, protagonista de los relatos del ciclo heroico del Ulster. <<

[\*] **Dana la Madre** diosa suprema del panteón insular, cuyos descendientes toman de ella su nombre: Tuatha De Danann (tribus de la Diosa Dana), míticos conquistadores de Irlanda y precursores de los Sidhe. <<

[\*] **Dagda** «Dios Eficaz», es el sobrenombre del dios jefe Eochaid, que es el primero entre los magos, temible guerrero y artesano de suprema habilidad. Posee un caldero maravilloso con el que se pueden alimentar todos los hombres de la tierra. <<

[\*] **Dervorgilla** personaje histórico de tintes legendarios que huye con el rey de Leinster, Dermot Mac Murrough, mientras su esposo el rey de Briefne había marchado en peregrinación al lago Derg. Tras esta peripecia que despierta gran oposición y disgusto en su reino, Dermot Mac Murrough es depuesto y desterrado. Para recobrar su trono pide ayuda a los normandos, brindando así a Enrique II el pretexto que esperaba para invadir la isla. <<



[\*] **Diarmuid** o **Diarmait** Adonis del ciclo feniano, que enamoró a Grainne, mujer de Finn mac Cumhal. <<

[\*] **Edain** o **Etain** princesa de los Sidhe, mujer de Mider raptada por Aengus. <<

[\*] **Ercildoune (o Erceldoune), Thomas of** (fl. 1220-1297?) poeta y profeta de la literatura legendaria escocesa. <<

[\*] **Eri, Erinn o Eire** salvo algún breve episodio unificador —de hecho el título de ard-ri, alto rey, con soberanía sobre toda la isla, aparece sólo en el siglo VIII—, Eri, Erinn o Eire—‘Irlanda’—estuvo dividida en cinco reinos hasta la época de la invasión y conquista anglonormandas. Los cinco reinos eran Ulster (Ulaid), Meath (Midhe), Leinster (Laigin), Munster (Muma) y Connaught (Connacht). Salvo Meath, absorbido como condado de Leinster, los otros cuatro siguieron y siguen constituyendo las cuatro divisiones provinciales tradicionales de Irlanda. <<

[\*] **Fand** mujer de Manannan, diosa de la cual se enamoró Cuchulain después de que fuera abandonada por su marido. <<

[\*] **Fergus** hijo de Rogh y jefe de los ejércitos que mandó contra Ulster Maeve, reina de Connaught. <<

[\*] **Fianna** (del gaélico *fian*, ‘la banda’) especie de caballería profesional instituida con el fin de mantener el orden y de proteger a Irlanda contra toda invasión. Las hazañas guerreras y cinegéticas de sus miembros se hicieron famosas. <<

[\*] **Finn mac Cumhal** o **Fionn mac Cumhail** héroe legendario, matador de monstruos, mago y poeta, casado con Grainne, quien lo abandonó por el atractivo Diarmuid; protagonista del ciclo heroico feniano. <<



[\*] **Gael** denominación de los irlandeses de raza, lengua y cultura céltica en contraposición a los descendientes de los conquistadores anglonormandos. <<

[\*] **Goban** o **Goibnu** dios gaélico de la fragua que sobrevive en la tradición como Goban Saer, es decir, ‘Goibnu el Arquitecto’. <<

[\*] **Hijo de Llyr** o **de Lir** divinidad del panteón céltico-irlandés; mago temible y señor de los mares. <<

[\*] **Hyde, Douglas** (1860-1949) recopilador de cuentos populares irlandeses. <<

[\*] **Hy Brazil o Hy Breasail (Isla de Breasal)** tierra mítica en la que se supone que buscaron refugio los dioses después de su exilio. <<

[\*] *hurley*, *hurly* o *hurling* juego irlandés muy semejante al hockey. El hurling es una variación. <<

[\*] **Knocknarea, túmulo del** el enorme túmulo que corona la cima del monte Knocknarea y desde el que se domina toda la comarca de Sligo es el de la reina Maeve, Medb o Mab. <<

[\*] **Lilly, William** (1602-1681) famoso astrólogo inglés. <<



[\*] **lisses** fuertes encantados o de los duendes. <<

[\*] **Maeldun** o **Mael Dúin** héroe de una antigua leyenda irlandesa; salió en una expedición marítima para vengar la muerte de su padre. <<

[\*] **Maeve** o **Medb**, o **Mab** (como aparece mencionada en *Romeo y Julieta*) pérfida reina de Connaught. Ésta —que da nombre a un conocido poema juvenil de Shelley—, es el feroz y legendario personaje que aparece con frecuencia en la épica céltica como reina de Connaught y cuya perfidia desencadenó una larga y sangrienta guerra entre el Ulster y los restantes reinos irlandeses. <<

[\*] **Manannan** hijo de Llyr, dios del Mar gaélico, marido de Fand. <<

[\*] **Mayo** condado más occidental de la provincia de Connacht, entre los de Sligo, al norte, y de Galway, al sur. <<

[\*] **Munster** provincia irlandesa, situada al sur de Connacht. <<

[\*] **Niam** o **Mam** hija de Manannan, diosa y hada que otorgó el don de la juventud a Ossian durante trescientos años. <<

[\*] **O'Grady, Standish James** (1846-1928) hombre de letras irlandés, pionero del Renacimiento celta. <<



[\*] **Ogham, Ogam** u **Ogum** escritura alfabética utilizada por el irlandés antiguo a partir del siglo IV d. C., de la que quedan unos centenares de inscripciones en piedra. Su origen es polémico. Mientras algunos lingüistas la han relacionado con los alfabetos rúnico o etrusco, otros la consideran como una simple derivación del latino.

<<

[\*] **rath** en Irlanda, antigua fortificación (atribuida en su día a los daneses), situada en una colina, con muralla de tierra y que servía de residencia a jefes y reyes. <<

[\*] **reel** danza irlandesa —y escocesa— de ritmo muy vivo en la que las parejas bailan en fila y describiendo círculos. <<

[\*] **Rogh, Roich** o **Roy** héroe del ciclo de Ulster y padre de Fergus. <<

[\*] **Samhain** (31 de octubre o primero de noviembre) festividad céltica para celebrar la entrada del invierno y rito de la fertilidad. En Samhain —al que se hace referencia en distintos pasajes de estas narraciones— se encendían hogueras que simbolizaban el Sol y grupos de adoradores bailaban a su alrededor para así hacerse partícipes de sus poderes. <<

[\*] **Sidhe** o **Aes Sidhe** ('Raza de los túmulos') con esta denominación, abreviada en Sidhe o Shee, continúa el pueblo irlandés designando el mundo invisible de las hadas. Los Sidhe se manifiestan en la realidad concreta o en los sueños, se muestran o desaparecen sin que se sepa de dónde vienen ni a dónde van, pueden hacerse invisibles, intervienen en las acciones de los hombres; participan en sus juegos y banquetes, establecen estrechas relaciones con jefes y guerreros e incluso combaten a su lado. <<

[\*] **Sligo** ciudad del noroeste de Irlanda, enclavada entre el mar y el lago Gill, le fueron concedidos el título y privilegios de Burgo en 1613. La ciudad aparece citada en distintos pasajes de estos relatos bien con su propio nombre, bien con esta otra denominación de Burgo, expresión de su rango de capital regional. La familia de John Butler Yeats, pintor y filósofo, padre del poeta y dramaturgo, era originaria de Sligo. La infancia de W. B. Yeats, así como la de su hermano Jack, pintor también como su padre, transcurrió allí. <<

[\*] *The Annals of the Four Masters* una de las más importantes recopilaciones sobre la historia de Irlanda, llevada a cabo en el monasterio franciscano de Donegal por Michael O'Clery (1575-1643), Conary O'Clery, Cucogry O'Clery y Ferfesa O'Mulconry, «los cuatro maestros». <<



[\*] **Three Rosses** llanura verde y arenosa junto al mar que se extiende entre la mole del Knocknarea y la del Ben Bulbin. <<